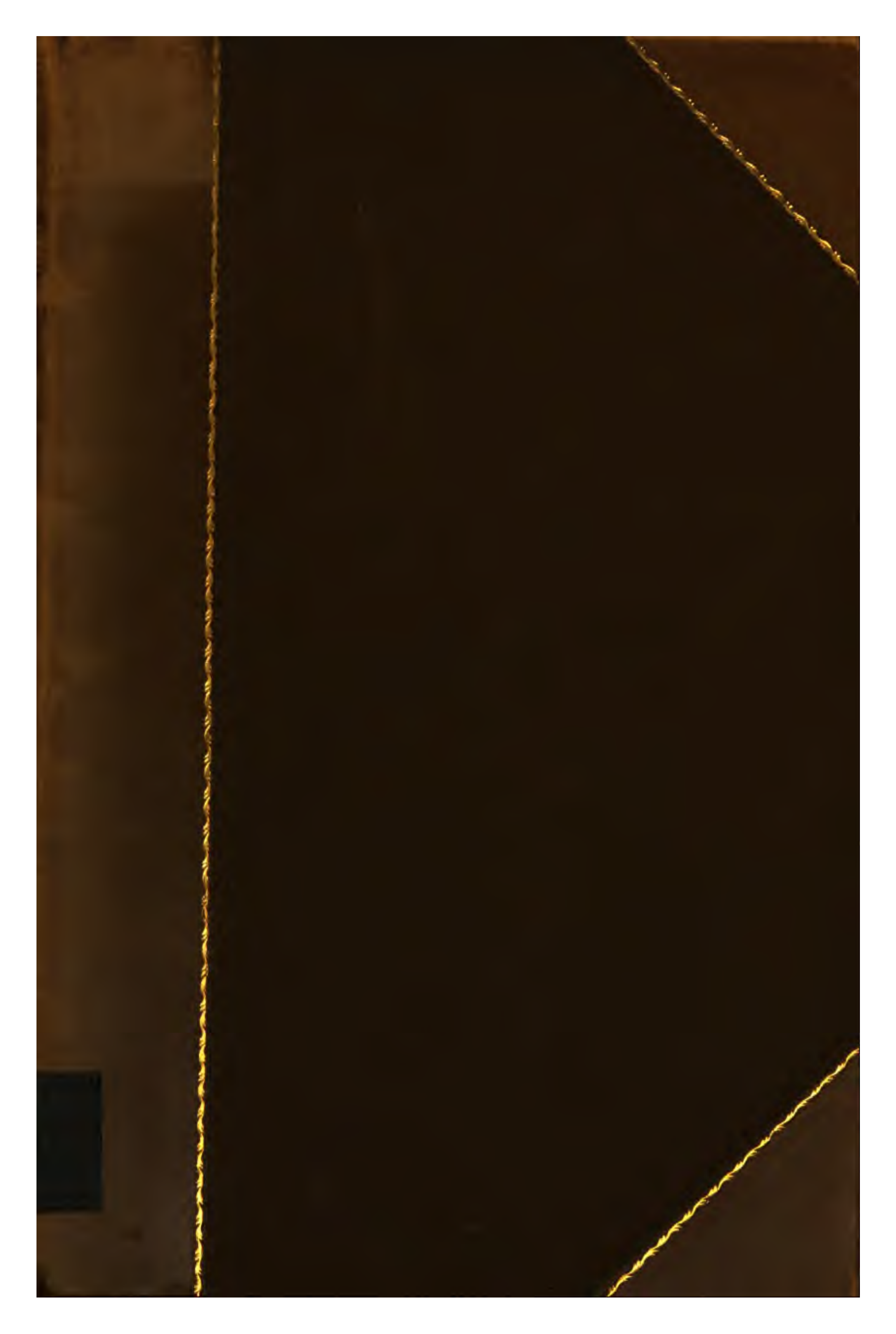




V
274 d 19
274 d. 13.
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.
M
1895
BSS 5650 A.1
REP. S. 1922



EL OCASO

DE

LA LIBERTAD.

EL OCASO

DE

LA LIBERTAD

OBRA LITERARIA É HISTÓRICA

DE

EMILIO CASTELAR.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.
1877

EL
OCASO DE LA LIBERTAD.

CAPITULO PRIMERO.

LOS METAMORFÓSEOS.

Siempre recordaré una mañana de Abril transcurrida en la caverna más hermosa de la bahía de Parthenope. La misteriosa gruta recordaba á la mente el poema de la general transformacion. Aquella agua espesa y clarísima, con tantos colores en disolucion por sus abismos claros como el éter, nos parecia la materia pronta á formar un nuevo astro, un nuevo planeta; y aquellas bóvedas y paredes, como el molde en que debia forjarse y componerse. Así, el pensamiento volaba por lo infinito, y los mundos se nos presentaban como larvas de las cuales surgian raudos en vistoso enjambre nuevos astros. Veíamos la materia primera desprenderse del sol, como una pluma de las gigantes alas de un ave de fuego; el cometa errante nadar en los senos de la nebulosa inmensa como en el agua los peces; el planeta esférico

formarse por la irradiacion del calor, rodando como una peonza de oro sobre sus ejes y en espirales infinitas alrededor de su centro de gravedad; las tempestades ciclópeas de los primeros volcanes en aquella universal incandescencia; las primeras aguas cayendo de la atmósfera espesísima sobre la ígnea colosal brasa y volviéndose á las alturas en nubes gigantescas henchidas de diluvios eléctricos, á cuyos truenos parecia desgajarse el Universo, y á cuyos relámpagos encenderse lo infinito; los mares inmensos envolviendo los espacios desiertos y alumbrados por las antorchas de los volcanes moribundos; las tierras surgiendo de los amores de las aguas recien caidas con los minerales recien forjados; la flora y la fauna colosal, cuyas raíces y cuyas ramas entrelazadas formaban selvas espesas y duras y formidables, cual si fuesen de hierro ó de bronce; las raíces del organismo en los corales, y en las acidias, y en los infusorios; su flor en el cerebro humano, del cual se desprende como el comienzo de lo divino la creadora, la inefable, la invisible esencia que se llama en nuestro imperfecto lenguaje el pensamiento, ó la idea.

¡Cuánta poesía la antigüedad ha puesto en el poema de las transformaciones! A cada paso brota un mito, cada mito es un símbolo, cada símbolo encierra un dogma de la metamorfósis uni-

versal. La cerúlea ninfa Liriope tuvo hermosísimo hijo, al cual puso por nombre Narciso. Al verlo crecer con tanto medro y tanta belleza, le preguntó al oráculo si viviria mucho tiempo el hijo de sus entrañas, y respondióle que viviria si no acertaba á verse á sí mismo. Cazador ligero, desnudo en el seno de la Naturaleza, errante por los bosques, el arco á la espalda, la flecha en la mano, robustecido por la castidad de su vida y el vigor de sus ejercicios, parecia, en la flor de su edad, en el vértigo de sus carreras, en los campos, despidiendo luz de los ojos negros é irradiando ideas de la frente espaciosa, como la movible estatua del amor animada por un soplo del cielo. Las ninfas, cuando corria ligero por el borde de los arroyos, sacaban para mirarlo su cabeza de las aguas, y se encendian por él en ardiente amor. ¡Cuántas hubieran dado su vida por depositar un beso en aquella frente, siquiera fuese tan casto como el beso que depositó Diana sobre la frente de Endimion dormido! Pero Narciso las desoia y despreciaba á todas. Una vez detúvose en su carrera, absorto, extático, fijos los ojos, mudos los labios, inclinada la frente, el dedo índice sobre el oido atento. Habia tocado por un instante en su corazon dulcísima voz que repetia su voz, palabras de tono suave y melodioso que doblaban sus palabras, cánticos que copiaban su cántico en el

seno de la Naturaleza. Era la ninfa Eco, condenada por Juno, en sus celos, á repetir los últimos sonidos de todo cuanto oia. Enamorada, perdida, fuera de sí, corria desalada tras el jóven cazador, abrasándose en su sombra como las mariposas se abrasan inocentes en las llamas. Pero el hijo de Liriope se habia detenido al eco de la propia voz, y no al amor de la graciosa ninfa. Y lanzaba palabras por el placer de oirlas repetidas. Y una vez dijo: «Unámonos». En el momento, «unámonos», repitió la ninfa, saliendo del bosque para lanzarse en brazos de su amado. Mas el ingrato, en cuanto la vió, la rechazó con rabia, y tuvo que retirarse á la soledad, y esconder la infeliz en el follaje la vergüenza de su encendido rostro y el color de sus encendidas lágrimas, trocándose poco á poco en árida roca y repitiendo eternamente elegiacos lamentos. Mas su venganza no tardó mucho tiempo. Otra ninfa, despreciada tambien, lanzó al jóven altivo, levantando los brazos á los dioses, una maldicion que le condenaba á amar sin poseer el objeto de su amor. Y la maldicion se cumplió. Habia un lago transparente donde jamás bebieron los ganados, vírgen y puro, cuyo cristal no fué desflorado ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de un ave ó de un insecto, lo mismo que el cristal de la gruta azul. Formábalo cristalina fuente que fluia de

esponjosa peña. Narciso, despues de haber corrido los ciervos por las selvas, se arrodilló en sus bordes y apagó la sed de sus labios. Pero una sed más ardiente acababa de despertarse en su corazon. Se habia visto y se habia enamorado de sí mismo. En vano queria acercarse á su imágen y abrazarla. Cercana á sus ojos por el reflejo, huia rápidamente á sus brazos. Las lágrimas de desesperacion enturbiaron el lago, borrando la imágen. Y se murió de pena. Y en las regiones de la muerte aún busca por las plomizas aguas de la laguna Estigia su propia adorada imágen. Las náyades sus hermanas lo lloraron y depusieron las largas cabelleras sobre la losa de su tumba; las driadas lo lloraron tambien; la ninfa Eco redobló sus gemidos; apercibieron todas la hoguera fúnebre, la antorcha aromática, las coronas y los ex-votos, y al ir á enterrarlo, encontraron en el lugar donde cayera su cuerpo una flor de rojo cáliz y de blancas hojas.

El adivino que anunciara la triste suerte de Narciso llamábase Tirésias, y con su prevision y con su acierto obtenia universal renombre. Todos en Tébas le consultaban, todos ménos Pentheo, el cual llevaba la injuriosa incredulidad hasta reirse de los mismos anuncios realizados y echarle en cara al oráculo su antigua irremediable ceguera. El ciego Tirésias no veia cosa alguna ma-

terial, pero en su virtud sencilla y en sus sábias respuestas expresaba el profundo deseo de que su enemigo no viera las fiestas de Baco, pues en ellas mancharia con su sangre las patrias tierras y el seno amoroso de sus hermanas y de su madre. Tan terrible horóscopo se cumplió á la letra. Un dia llegó á las puertas de la ciudad de Pentheo el culto á Baco, culto sensual, que desde India hasta Grecia corriera celebrando desordenadas orgías. Huestes ceñidas de pámpanos y hiedra; ebrias de vino nuevo, acompañadas del címbalo y de las trompetas de dos tubos, con el áureo tirso en las manos, el delirio en los ojos, la sacra palabra «Evohe» en los labios, recorrieron aquellos campos, é incorporaron á sus ceremonias y á sus sacrificios próceres y vulgo, niños y ancianos, mancebos y doncellas, padres y matronas, todo el pueblo. Pentheo, que habia visto su ciudad siempre consagrada á un culto severo, al culto de Marte, desdeñaba los báquicos transportes, y temia que los conquistadores de Tiro fueran conquistados, que sus cascos relucientes se trocaran en femeniles guirnaldas, sus espadas cortantes en dorados tirsos, sus himnos patrióticos en voluptuosas canciones, sus ceremonias severas en locas orgías, su ardor heroico en báquica embriaguez. Así, mandó que le trajeran encadenado á Baco, y en su defecto, al primer sacerdote de Baco para

infligirle castigo tal que por siempre le ahuyentara de Tébas. Los enviados por Pentheo no hubieron á Baco, pero presentaron á Acétes. Contóle éste á su perseguidor cómo habia abrazado la religion del dios. Pobre de nacimiento y de familia, no recibió de sus padres ni campos, ni bueyes, ni laníferos ganados, ni otra herencia que el mar inmenso y el diminuto anzuelo. Cansado de pescar sobre su playa, inmóvil como la roca, estudió los astros, conociendo desde la pluviosa cabra de Amaltea hasta las constelaciones de Taygétes y de la Ossa, y desde las señales de las tempestades hasta las señales del tiempo propicio y los favorables vientos. Se embarcó resueltamente, y fué resueltamente piloto. Cierto dia, dirigiéndose hácia Délos, abordó en Náxos. Marcharon por sus órdenes los tripulantes á hacer la aguada, y trajeron un jóven hermosísimo, de virginales formas, encontrado en plácida gruta, y que apénas podia tenerse de pié, tomado de una completa embriaguez. El piloto reconoció en él un dios, y le prestó culto. Pero sus tripulantes lo tomaron por una buena presa, creyeron que obtendrian por él cuantioso rescate, y se alejaron de las costas. Mas comprendiendo que Acétes le habia tomado por un dios, rogóle el jóven que diera vuelta á Náxos. Empuñó el timon dócilmente la mano del piloto y se plegó al mandato divino.

Mas los tripulantes se sublevaron y quisieron darle muerte, deseosos de abordar á otra isla donde pudieran realizar sus criminales maquinaciones. Inútil la lucha de los hombres con los dioses. A una señal, detiénese el barco y tórnase como si fuera de tierra; sus remos brotan hiedra, y sus velas parras; el jóven se vuelve dios y se ciñe sus atributos divinos, rodeado de tigres y panteras; miéntras los cuerpos de los tripulantes se cubren de escamas, sus brazos se encogen en aletas, sus piés se alargan en colas, sus cabezas de hombres se truecan en cabezas de peces, y relucientes é inquietos como violáceos atunes ó juguetones delfines, se lanzan á las ondas, saltan entre las aguas, juguetean con las espumas, arrojan por sus narices entreabiertas ligeros surtidores á lo alto, y van á confundirse para siempre con los mudos seres de los marinos abismos. Desde entónces Acétes, el único perdonado, es sacerdote de Baco. Mas Pentheo no se persuade y encadena al bacante y se dirige al lugar de las ceremonias báquicas para interrumpirlas. Cuando llega, su propia madre lo toma por un furioso jabalí y le lanza el primer dardo. Las otras bacantes, y con especialidad sus hermanas, lo despedazan. Y el anuncio de Tirésias se cumple, y el culto de Baco se queda para siempre en Tébas.

Mas ¡ah! que la guerra es universal, y sus

odios y sus horrores se extienden desde los abismos del mundo hasta las cimas del Olimpo. Baco ha perseguido y destrozado á un devoto de Marte; Juno atormentará á una devota de Baco. La hermosa Ino y su esposo Athamas duermen tranquilos en el palacio de Cadmo, sobre su lecho nupcial, con dos robustos y hermosísimos niños á su lado, frutos de castos y legítimos amores. Juno quiere atormentarlos porque Baco los protege; y á este fin desciende desde las alturas donde la luz es eterna, y el íris extiende sus matices como el pavo real su vistosa cola, y el rocío cuelga sus cristalinas gotas, á los tortuosos y oscuros senderos, á las tinieblas espesas, al profundísimo silencio, al frio horror, á la bajada de los muertos hácia la eternidad abierta entre los mefíticos vapores de la laguna Estigia y las plomizas aguas del rio Letheo, poblada de fantasmas pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin piel, pero con mirar siniestro, cuyos destellos semejan los destellos de los fuegos fatuos en los letales campos de la guerra. Y ya en el infierno, la reina de los dioses suscita á la furia Tisifone contra sus pobres víctimas; y se vuelve al cielo despues de recibir un rocío de agua lustral despedido por la ninfa Iris, que quita á su cuerpo los siniestros reflejos de las infernales llamas y las sucias manchas de las frias som-

bras. Tisifone echa hácia atras su cabellera de víboras, cuelga á los hombros su manto empapado en sangre, toma siniestra antorcha funeraria en las manos, se ciñe al cuerpo un cinturon de serpientes, se dirige al tranquilo lecho, y arrancándose sus animados cabellos que silban y destilan veneno y chasquean las rojas lenguas, los esparce sobre los cuerpos entrelazados de los esposos, y los suspende á sus felices corazones, donde hincan los dientes y muerden con mordeduras terribles, al mismo tiempo que un veneno formado de todas las sustancias más letales y más ponzoñosas del infierno se evapora y se extiende y se disipa por los aires para penetrar en los pulmones y abrasarlos, y abrasar en ellos la vida. El pobre Athamas, envenenado hasta el alma, ve en su mujer una leona, en su hijo mayor un cachorro, y asiéndolo fuertemente de los piés, y agitándolo en rápido círculo, cual suele el pastor agitar la honda sobre su cabeza, lo estrella, rompiendo todos sus huesos en las marmóreas paredes del palacio. Ino, loca tambien, pero huyendo instintivamente de tal horror, se lanza al mar con el segundo de sus hijos en brazos, y á ruego de Vénus la admite Neptuno entre las diosas marinas. Pero las damas de Ino se quedan á la orilla, convertidas unas en graciosas rocas y otras en esas voladoras aves que rozan con sus

alas de incomparable nitidez las crestas espumosas de las ondas.

El mal tambien está entre los dioses y semidioses; tambien penetra, como agria levadura, en la masa de su vida y en sus transformaciones y metamorfósis. El viejo rey Niso, de las riberas lelegeyas, se halla encerrado en su ciudad, cercada por el jóven rey Mínos; y toda su esperanza de vencer al sitiador consiste en cierto cabello rojo y en su exquisita conservacion sobre la venerable cabeza, como que á ello han ligado divinos mandatos la fortuna. En verdad no es la primera vez que el peso de todo un reino ha pendido de tenue cabello. Los muros de la ciudad sitiada eran sonoros desde que los tocó Apolo con su lira, y tenian elevada torre, cuyas piedras pulsaban los dedos de la hija de Niso, produciendo tristes y suaves melodías. Desde aquel misteriosísimo lugar miraba la incauta jóven al héroe sitiador Mínos, la cabeza coronada por áureo casco sobre el cual caia vistosísimo penacho, el brazo izquierdo oculto tras cincelado escudo, el brazo derecho ocupado con agudísima lanza, caballero en su rápido corcel, corriendo por doquier; y á la carrera hinchado del viento de las batallas que agitaba sobre sus espaldas el rojo manto de púrpura. Con tanto mirar al rey de Creta la hija de Niso cayó en la locura de amarlo, siguiéndolo

desde la alta sitiada torre con el pensamiento, con los ojos, con el deseo. ¡Cuánto envidiaba á veces los tejidos suspensos á los hombros del enemigo héroe, la espada ceñida á su costado, el arco y el dardo manejados por sus manos, las riendas con que sujetaba á su corcel, y el frio metal que ponia sobre su frente! Pero la angustia de la régia vírgen era extrema, grande su incertidumbre, como enamorada del sitiador y del enemigo, á quien debiera desear la derrota y la muerte. Si volvia los ojos á su ciudad, el patriotismo la enajenaba, y si volvia los ojos al campo, la enajenaba más el amor. Si se acordaba de su padre, del trono, de la autoridad, de la gloria, su sangre hervia; pero hervia mucho más su sangre si contemplaba al lejano héroe. Y en estos transportes se alegraba de la guerra, causa de sus amores; del sitio, que le habia permitido ver á su amado; de la nefasta fortuna de su pueblo. Y deseaba caer cautiva para ir á la tienda de Mínos, echarse á sus piés, abrazar sus rodillas, devorarlo de cerca con sus ojos ansiosos, y rendirlo á su encendido amor. Tales arrebatos, cuanto más concentrados, tanto más terribles y más próximos á una locura ó á un crímen. Así fué en verdad. Los vapores del corazon llenan la conciencia de la princesa, y los delirios del sentimiento destruyen la serenidad de la idea. Su amor fué más fuerte que su patriotismo. Por el

amante, á quien viera desde léjos, sacrificó el padre, que le comunicara la. vida. En lo interior de su sér se deslizó una idea falsa en justificacion de un crímen horrendo. Puesto que la derrota es cierta, puesto que Mínos ha de vencer por las armas de la guerra, venza por otras armas mucho más saludables, por las armas del amor. Ademas, á cada momento temia la infeliz que dardos despedidos desde la torre misma donde ella estaba hirieran al sitiador idolatrado y lo arrebataran á sus caricias. Sufrir más tiempo le era ya imposible, y dejar la ciudad para correr á los brazos de su amado, imposible tambien, por la vigilancia del padre-rey, por el número de centinelas solícitos, por los peligros del furioso cerco. Solamente le quedaba un medio de vencer á su padre, como se habia vencido á sí misma: arrancarle el tenue cabello á que estaba atada su resistencia en aquella contienda. Y á la callada noche, despues de largos insomnios, ebria de amor, exaltada por locas esperanzas y fantásticas visiones, ansiosa de ver poblada la soledad con los besos de su delirante pasion, se levanta del lecho, se dirige al cubículo donde duerme su padre, entra de puntillas, se abalanza reprimiendo la respiracion, le arranca el cabello fatal, y corre á la tienda del sitiador á ofrecerle su mano y la victoria. Pero Mínos se horroriza de tanto crímen, y acep-

tando el fruto de la traicion, rechaza á la traidora. ¡Oh! La hija de Niso, que sólo pidiera en pago de su accion el amor, y que sólo aspirara á habitar en el reino de los enemigos de su reino, rechazada de toda la tierra, porque, ciudadana, habia entregado su ciudad; princesa, perdido su monarquía; hija, inmolado á su padre, se retuerce de desesperacion por aquel abandono, igualmente herida en sus amores y en sus ambiciones; y maldice á quien tanto habia bendecido y llama tigre á quien habia llamado Dios y conjura todas las potencias infernales para que le acosen; y viendo al que tantas veces abrazara en sueños como esposo huir de su lado y darse á la vela, arrójase al mar y agárrase á la quilla de su barco, no plácida como los bondadosos delfines, sino furiosa como los hambrientos tiburones, y de allí jamás se apartara, cogida como pegajosa concha ó gelatinoso pulpo á las húmedas tablas, si el padre-rey, convertido en rapaz ave marina, no descendiera á herirla y devorarla, por lo cual, compadecidos los dioses, la transformaron de súbito en ligera pluma que arrastraba el viento.

¿Quién se extrañará de estas cosas? ¿Quién pondrá en duda estas historias? El rio Aquelon le contaba á Teseo, albergándolo en su palacio, construido todo él de piedra pómez y adornado de verde musgo y pintadas conchas, en el banquete

donde las ninfas escanciaban deliciosísimas bebidas rebosantes de copas preciosas, que la isla cercana á su desembocadura en el mar fué hermosa náyade, con la cual tuvo profundos y nunca olvidados amóres, cuya intensidad conmovió de tal manera á Neptuno, que transformara á la náyade en isla para que eternamente la abrazara el amoroso rio. ¿Quién no sabe la historia de Ceyx y Alcyon? Era Alcyon hija del dios Eolo, y se habia casado con Ceyx, audaz y valeroso marino. Espejo de felicidad debia llamarse tal matrimonio. La casa aparecia como un templo de amor, la vida como continuado encanto, y el marido existia solamente para la mujer y la mujer para el marido en la santa felicidad del matrimonio. La buena Alcyon, para quien su hogar compendiaba el Universo, no concebia cómo tanta paz y tanta ventura se podian turbar por ninguna aspiracion que no fuera el eterno durar de su ventura. La vida para ella, en aquel momento, debia semejarse á esas fuentes clarísimas, de manantiales perpetuos, jamás aumentadas por la lluvia ni disminuidas por la sequía, iguales durante todas las estaciones en caudal y en temperatura. Pero el corazon del hombre no es tan dulce y tan tierno como el corazon de la mujer. Esta se encierra fácilmente en su nido, y se contrae á tan breve espacio; aquél necesita de más febril actividad y

se dilata con mayor empuje por el Universo. El marino, enamorado, fidelísimo, de probada constancia, de religioso culto por su jóven esposa, debia viajar por los mares, oyendo la tumultuosa voz de sus instintos, y realizando la misteriosísima ley de su destino. Retenerle ó seguirle queria Alcyon, pero ni una ni otra cosa pudo conseguir de su esposo, cuyos labios, nunca engañadores, le prometian y le juraban próximo regreso. Suspiros y lágrimas en el hogar, insomnios en el lecho, besos y abrazos inacabables en la orilla, gritos al partirse, miradas inmóviles hasta que la nave ó la tierra se perdieran, la una en el mar y la otra en el horizonte, todo esto y mucho más pasó entre los esposos, doloridos ambos por aquella dolorosa separacion. No habia engañado su amor á la pobre Alcyon. Apénas pasa el primer dia de viaje, cuando las olas blanquean, las aguas hierven, los vientos soplan, las nubes truenan, las trombas sorben, las lluvias estallan, las montañas de espuma suben, los abismos de sombras bajan, las estrellas huyen, los huracanes vienen, las arenas del fondo ascienden á la superficie, y el rayo atraviesa por todas partes, iluminando con sus siniestros culebreos un infierno de horrores, como si el cielo se anegara en el mar, ó el mar se subiera á los cielos, movidos ambos, azotados, desgarrados por gigantesco furor. En vano unos

marinos se lanzan al timon, otros recogen los remos, éstos pliegan las velas, aquéllos aseguran los mástiles, varios despiden el agua, y algunos amarran los cables; la tormenta rabiosísima sacude la nave en sus epilépticos estremecimientos, y las tablas se apartan unas de otras en medio de los tremendos asaltos de las férvidas espumas, y del horrible estrépito de los vientos en choque con las aguas, y del azote de los rayos y de las trombas sobre las espaldas del mar. La tripulacion se acongoja, porque doquier vuelve la vista, sólo encuentra la muerte. Los amigos ausentes, la patria amada, la familia, las ilusiones queridas, las esperanzas acariciadas, la juventud próxima á perderse, la noche eterna próxima á venir, tristemente sirven de tema á las diversas invocaciones y lamentos de los náufragos al extinguirse sus fuerzas en el combate, al sentir el buque estremeciéndose bajo sus plantas, al caer en las aguas, al cogerse á la última tabla, al pronunciar la última palabra. Pero Ceyx, despues de haber dirigido su plegaria á los dioses, solamente se acuerda de su esposa. Alcyon dice cuando la nave se abre, Alcyon cuando en las aguas se hunde, Alcyon cuando se ase á la última tabla, prolongando su angustia por prolongar su vida y prolongando su vida por pronunciar alguna vez más el nombre de su esposa. Mas al ver que sus fuer-

zas se acaban sin que se acaben los furores del mar, dirige votos al cielo en demanda de que sus despojos vayan á dar en las patrias playas, para ser regados por las lágrimas de Alcyon. Y una ola negra é impetuosa se eleva en forma de bóveda y le acaba. Miéntras tanto, la fiel esposa importuna á los cielos con plegarias y ofrece á Juno sacrificios para que le conserve á Ceyx, ya muerto. Juno, para instruirla en su desgracia, expide la ninfa Iris á la gruta donde yace el Sueño, á fin de que le envie á la pobre Alcyon en la callada noche un misterioso mensaje, indicio seguro de su suerte. En el hueco de alta montaña hay una caverna donde jamás entrara un rayo de sol, envuelta en vapores impenetrables á la luz, inaccesible casi á todo movimiento y á toda vida, donde en vez del perro que ladre ó el gallo que cante, donde en vez del susurro de las aguas ó del rumor de los bosques, sólo se oye la corriente de Letheo convidando al olvido y al reposo, bajo cuya advocacion, y entre adormideras, cicuta y otras plantas letárgicas, descansa sobre lecho de ébano, en colchon de plumas, bajo cobertura de sombras, el dios, rodeado de las innumerables formas de vagos é indecisos ensueños. Y á los ruegos de Iris, uno de éstos se posa sobre los párpados de Alcyon dormida y le anuncia su desgracia en la forma misma de su esposo. Apénas despierta

la infeliz con el alba, corre á la orilla, mira las ondas, y las invoca para que le digan la verdad entera, y le den nuevas del que los sueños le han mostrado muerto. En esto aparece sobre las ondas un cadáver flotando. «¡Ay! Cualquiera que tú seas,—grita Alcyon,—compadezco tu suerte, náufrago extincto, pero compadezco mucho más la suerte de tu mujer, si es que la tienes.» Las olas despiden el cuerpo á la orilla, y Alcyon se arroja sobre él. Un grito agudísimo destroza su garganta, un suspiro su pecho, la sangre le nubla los ojos, las lágrimas le inundan el rostro, y fuera de sí, como demente, se mesa los cabellos y se arranca con las uñas á pedazos la carne de su convulso cuerpo. Es su esposo. Las gentes acuden á sus gritos de dolor; pero la mujer viva y el marido muerto se truecan en dos aves, que hienden los aires y los llenan de sus plañidos, y rozan las ondas con sus alas. Y se aman allá en los aires y confian sus nidos á los mares, que durante siete dias los llevan sobre su superficie, dias serenos y suaves, porque Eolo refrena el aliento para proteger á sus desgraciados hijos y á sus queridos netezuelos.

Así han brotado muchas islas y han nacido muchas aves marinas. ¿Veis esas delgadas y zancudas, cuyo breve cuerpo apénas se mantiene sobre las patas larguísimas, y cuya cabeza huye

del prolongado cuello, tristes y lamentosas como una elegía, sumergiéndose en el seno de los mares hasta desaparecer en ellos á manera de peces, cual si buscaran la muerte? Pues sus plañidos, su melancolía, su flaqueza, sus lamentos provienen de su orígen. Erase un pastor, hijo del rey Priamo y de hermosísima ninfa. El regio niño tiraba desde la cuna á seguir la vocacion de su errante madre. Así disgustábanle de todo en todo las ciudades, los muros, los monumentos, la compañía de los hombres. Para él no habia grandeza como la magnitud de las montañas, ni deleite como la hermosura de las selvas, ni música como las melodías de los campos, ni cuadros como las puestas del sol contempladas en la soledad, ni estatuas comparables á las móviles ninfas, ni libertad como la libertad en el seno de la Naturaleza. Alma tan reconcentrada debia sentir necesariamente, tarde ó temprano, amor muy profundo. Y cierto dia que vió á la ninfa Hesperia enjugándose los largos cabellos en las orillas del Cebreno, se enamoró de ella, y corrió á su presencia. Al ruido de sus pasos huyó Hesperia trémula y ligera como una cierva. En su carrera, traidora serpiente la muerde en las plantas, y la ninfa muere. Su blanco desnudo cuerpo tendido sobre la verde yerba, mal envuelto en la negra cabellera como en sedoso manto, aparecia bellísi-

mo con el frio de la muerte, cuya rigidez daba á todos sus miembros la transparencia del mármol. El jóven se inclina sobre aquel inanimado despojo, y viendo que no podia volverle el alma con sus calurosos suspiros, ni reanimarle la sangre con sus encendidas lágrimas, se sube á roca altísima, y desde su desolada cima se precipita en el férvido mar. Thétis, compadecida de su desgracia, le da alas que le permitan sostenerse sobre la superficie. Desde entónces el hijo de Priamo busca anheloso la muerte, y hasta la muerte le niegan los adversos hados.

Pero no acaban aquí las transformaciones. Habia un pescador que pasaba su vida á las orillas del mar, ora tendiendo el copo en las aguas, ora tirando á las aguas el tenue hilo rematado por el anzuelo. Una pradera vírgen, es decir, jamás hollada por la pezuña de los cuadrúpedos, bordaba las orillas de este mar celeste. Y sobre la pradera depositaba el jóven y hermoso pescador su reluciente pesca. Pocas cosas hay en el mundo que interesen tanto como la salida de un copo. Robustas gentes tiran de gruesas cuerdas, y gritos de entusiasmo alientan al rudo trabajo. Las redes han sido depositadas muyléjos desde los barquichuelos, y vienen pesadísimas, rompiendo á duras penas la resistencia de ondas y corrientes. Cuanto más pesan, más alegran, porque in-

dican mejor resultado. Por fin los dos coros de marineros que se aproximan á la orilla, desnudos los brazos y desnudas las piernas, mostrando el pecho hasta en los rigores del invierno, con sus cuerdas al hombro prontas á caer sobre las maromas del copo y agarrarlas come si fueran serpientes, sacan la codiciada presa. Entre los agujeros de la red vienen amontonadas muchas algas, entre las algas muchas conchas, entre las conchas muchos animalejos diminutos como infusorios; pero grandes latidos, movimientos bruscos, saltos violentísimos indican que hay pesca, y en efecto, relucen, apurando los últimos sorbos de su atmósfera y combatiendo la asfixia, peces de mil tamaños y colores, rojos, rosáceos, azules, violados, entre algunas estrellas marinas y algunos corales, todos relucientes y brillantes, que dan verdadera alegría á los ojos, y convierten la playa, henchida de marinos atentos á la fecundidad de aquel trabajo y gozosos por su éxito, en una verdadera fiesta. Glauco, amante de la soledad, como casi todos los seres extraordinarios, desempeñaba él solo todos estos trabajos, y él solo cumplia todos estos diversos ministerios de la pesca. Una tarde sacó sus redes á la pradera cercana, cuyas yerbas jamás habia segado la hoz, y cuyas flores jamás habian rozado ni el aguijon de la abeja ni el ala de la mariposa. Tendido en el

mullido lecho contaba los pescados. ¡Cuál no sería su asombro al depositarlos sobre aquellas yerbas, y verlos renacer, palpitar, mover la cola y las aletas, abrir gozosos las tráqueas, é irse con pasmosa celeridad, deslizándose á manera de reptiles por la tierra, hácia las saladas ondas, hasta precipitarse en su seno y revolverse alegres en nueva y más gozosa vida! La virtud de tales yerbas fijó su atencion y despertó su curiosidad. Y para saber qué contenian, arranca algunas briznas, y las prueba. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Extraña agitacion le posee, el aire del cielo le falta, y un poder mágico le arrastra hácia las aguas. Sus brazos se levantan á las alturas, sus ojos se fijan en la luz, da un adios supremo á nuestra atmósfera, y se hunde en los mares. Los dioses marinos lo convirtieron solícitos en dios tambien, despues de haberle dicho nueve veces las palabras mágicas y haberle bañado para que ganara la inmortalidad en cien rios distintos. Desde entónces todos esos reflejos verdes que toma el mar, y que ninguna paleta podria describir, se llaman glaucos. Las espaldas cristalinas del jóven dios, su larga cabellera, sus perfumados y al mismo tiempo claros ojos, dan á las aguas todos esos brillantísimos matices, y toda esa cristalina transparencia. Glauco es respecto á Neptuno como la luna respecto al sol, más dulce, más melancólico,

quizá más bello, aunque ménos poderoso y brillante y vívido. En las ondas rizadas, en las espumas ligeras, en las algas sedosas, en las estelas luminosísimas, en la florescencia de corales, en los dulces matices lo ven y lo adoran las ninfas de la orilla. Una que se negó á su amor, fué transformada por Circe en árida roca, que aún levanta, como sombrío contraste, su ceñuda frente por las risueñas costas de la divina Italia.

Así, cuando bogais por estas riberas de Ausonia, cuando veis las aguas del Tirreno mar, cuando recibis en la retina maravillada la alma luz, no encantan vuestros ojos en tan alto grado el corte clásico de las tierras, los verjeles encantados de los campos feraces, las largas cordilleras tachonadas de humaredas y de ventisqueros, las islas graciosas que surgen de las ondas, los cabos y los promontorios cargados de templos, las inflamadas tintas rojas del último crepúsculo, y las albas tintas perlas del primero; lo que más os maravilla son los enjambres de ideas, y las legiones de dioses, y los coros de ninfas y nereidas, y los poemas de recuerdos, y las églogas poéticas, y las tragedias históricas, y los espectáculos del espíritu levantándose varios y sublimes sobre los espectáculos de la Naturaleza.

¡Oh combustion universal de la vida, que das calor y forma á todas las cosas creadas! ¡Oh luz

que todo lo animas y lo conservas y lo transformas á tus besos de inefable amor! ¡Cuánto inspirais al que os siente y os contempla pegado al radio de su existencia como el insectillo á las hojas de la planta! Las fuerzas del Cósmos luchan en una batalla gigantesca y se equilibran dulcemente en una armonía perfecta. Ningun sér, desde el oscuro escarabajo que se arrastra en la tierra hasta la canora alondra que canta en lo infinito, se exceptúa ni de inscribirse en los ejércitos del combate universal, ni de anotarse en las escalas armónicas y en los coros innumerables del universal amor. Este aliento que sale de mi boca, ese humo que se escapa de un pedazo de leña ardiendo por la boca de mi chimenea, van sobre las alas del aire á fortalecer las fibras y á pintar los tejidos de las grandes hojas que en las altas ramas se columpian. Todo se transforma. La misma fuerza empuja la ola que se encrespa sobre los abismos del mar, y el témpano que se desprende en aludes de cristal y en torbellinos de hielo desde las desiertas cimas del monte. La destruccion universal sirve á la universal reconstruccion, y la muerte de todos los dias á la perennidad de la vida. Una semilla que se pudre da el pan que me alimenta, y una flor que se marchita, el oxígeno misterioso cuyos glóbulos coloran y calientan en las venas mi sangre.

Arbol, que recoges las sales de la tierra por tus raíces ocultas en la oscuridad, y regalas aromas y aire vital con tus flores acariciadas por la luz; tú, que conviertes en místico incienso allá por tu copa las toscas materias absorbidas por los tubos y por los filamentos de tus piés, ¿no eres imágen fiel de nuestra vida, que pasa desde los más rudimentarios sentimientos á las más etéreas ideas, con sus plantas en el barro tambien y con sus alas en el cielo? Nuestros cuerpos, compuestos de invisibles celdillas, son como los panales, donde los vientos, las aguas, los rayos del sol, la chispa eléctrica, el flúido magnético, depositan, á manera de invisibles abejas, la sabrosa miel de la vida. Esas columnas huracanadas, esos torbellinos gigantescos que alzan nubes de polvo, acaso traen el fosfato de cal necesario á mis huesos. Ese vegetal que se abre camino á traves de las piedras, acaso busca el átomo de hierro necesario á caldear mi vida. El grano de uva transparente que apaga mi sed y satisface mi hambre en el otoño me da cal, como el escultor da cal á los bocetos de sus estátuas; la hoja de té cuya infusion he bebido en las veladas de invierno, acaso me da férreo manganeso y sirve á mi vida como sirve el férreo cincel á la estatua. ¡Cuántos golpes de ese hierro invisible, transfundido en mi sér por una planta misteriosa, habrán aumentado los

golpes de mi sangre en la fragua del corazon y de los pulmones!

Atomos, que andais como una lluvia etérna por lo infinito, moviéndoos en danza perpetua y formando misteriosos círculos, ora caiga vuestro polvillo brillante sobre las tenues alas de la mariposa, ora enrojezca las tintas de la aurora boreal, ora se condense en los cristales de roca, ora se disipe y desvanezca en el humo, al movimiento que os arrastra, á la afinidad que os junta, al inmenso crisol químico que os produce, estamos todos subordinados y sometidos por nuestra respiracion y por nuestra nutricion, como el último de los infusorios. Cada planta es como una cocina alquímica donde sin conjuros, sin sortilegios, sin fórmulas cabalísticas, un alquimista invisible fabrica la verdadera piedra filosofal, más rica que el oro, á saber: la albúmina, indispensable á nuestra alimentacion. Sus tegumentos convierten el ácido carbónico y el agua en esa azúcar, necesario á nuestro ser, sacándola de la mina más transparente y más cercana y más rica, del aire vital. La pobre planta es la grande organizadora de la matéria inorgánica, y la que más contribuye con sus exhalaciones de oxígeno á la universal combustion de la vida, pues cada uno de nosotros ardemos en nuestra humildad como arden los soles en el inmenso cielo.

Nuestro cuerpo contiene cenizas y azufre como los volcanes, sales como los mares, electricidad como las nubes tonantes, fósforo idéntico al fuego que se agarra al mástil de los buques y que culebrea en las estelas de las ondas, hierro como las minas, cal y fosfato de cal como los campos, ácido carbónico como la ardiente llama, oxígeno como la hermosa flor herida por la luz, cuyos aromas absorbemos con verdadero anhelo. Y está de tal manera en relacion estrecha con el Universo, que recibe de todo el Cósmos y por todo el Cósmos despide en una circulacion perpetua los átomos componentes de su organismo, sujetos á una eterna transformacion en la Naturaleza y á un continuo movimiento: que solamente á este precio es posible la vida, al precio de una descomposicion y recomposicion incesantes, en cuyas operaciones se tocan y se confunden el nacer y el morir perpetuamente. El cuerpo es como un horno cuyas paredes y cuyas bóvedas fueran tambien candentes por sí mismas, y en el cual echaran combustibles todas las cosas creadas. El ave que abre sus alas en los espacios inmensos es como un haz de llamas, como un aerolito ardentísimo por la viva intensidad de su calor. Así no hay cadáveres. Su putrefaccion es una serie de nuevas combustiones vitales. Con sus átomos se tiñe de colores una flor, con sus jugos se hin-

cha de azúcar un sabroso fruto, con el fósforo de sus huesos se alimentan otros jóvenes huesos de los cuales se irradia la esperanza en el advenimiento de nuevas generaciones. La materia es una guerra perpetua, pero tambien es un perpetuo comercio; dos fuerzas que luchan se envian mutuamente sus átomos y se cambian sus respectivas sustancias. Así las excrecencias, los despojos, los restos, todo cuanto parece inútil, perdido, muerto, abriga los campos, fecunda como levadura de vida la tierra, se extiende en savia por las raíces, y se condensa en sustancias que calman el hambre de muchas generaciones y que aseguran la existencia de muchos pueblos. Hé ahí los eternos metamorfóseos.

Somos parte integrante de lo infinito. Desde el mundo donde estamos confinados vemos un fragmento del cielo, el cual es tan reducido respecto á la inmensidad como las tenues alas de fugaz mariposa respecto á nuestro cielo. El sol no es más que una de las estrellas diseminadas en los espacios. ¡Quién nos diera subir en alas de la electricidad á esos abismos cerúleos suspensos eternamente sobre nuestras cabezas, y ver en los varios mundos las várias formas revestidas por la impalpable esencia de la vida! Los nervios formarán allí como aquí arpas pulsadas por las chispas eléctricas. La ciencia ya nos ha dicho,

descomponiendo la lejana luz, cuán universales son las primeras sustancias, y cuán verdadera la existencia real de los elementos diseminados en todo el Cósmos; pero nada nos ha dicho aún de cómo varía en lo infinito el tejido de las formas y el collar del organismo. El oxígeno es la luz de la luz, como el pensamiento es el alma del alma. Y el oxígeno produce por todos los astros inacabables tempestades infinitas, columnas de llamas en las cuales deben brotar sustancias que se cristalicen, formas que se animen, vida que se eleve del divino calor. En el luminar de cuya luz es nuestro dia, de cuyo fuego es nuestra vida, de cuyos rayos son nuestros colores, van extendiéndose grandes sombras, las cuales nos anuncian una noche eterna en que podrá extinguirse, no ya nuestra pobre tierra, sino todo nuestro sistema planetario, envuelto en largos ataudes de vapores y de tinieblas. Entónces nuestro planeta será más triste aún que esa luna muerta, y nuestra atmósfera, más tenue y más gaseosa y más indefinible que esos cometas, formas indecisas, sueños de la luz, pálidos fantasmas que vagan sobre los confines de la nada, fosforescentes fuegos fatuos de un cementerio sin límites, venidos á nuestra vista como almas en pena, tenues presentimientos de mundos por nacer, pobres pavesas de mundos ya extinguidos.

Los soles con sus coros de planetas, los planetas con sus coros de lunas, los innumerables aerolitos que brotan como enjambres en la flor azul de los cielos, las tempestades y las tormentas de fuego eterno, los hirvientes océanos de metales fundidos, las largas masas de materia cósmica llenas de evaporaciones y de condensaciones continuas, toda esta erupcion de la vida, toda esta incandescencia en el espacio lanza á lo infinito mundos hoy vivientes para recibirlos acaso mañana muertos, y volver de nuevo á transformarlos en una destruccion y renacimiento sin término, como el tibio calor de la primavera convierte las larvas en gusanos y los gusanos en mariposas, ó como la gota de lluvia despierta con sus vapores los infusorios caidos despues de largo tiempo en el polvo, y renacientes á virtud de una ley divina, á virtud de la ley universal de las transformaciones.

Nosotros contamos la vida solamente desde que hemos tenido conciencia de nuestro sér. Pero es mucho más dilatada y más larga. Como hemos existido ántes de que tuviéramos memoria de nuestra existencia, hémos existido ántes de nuestra vida humana. Esta materia nuestra ha estado adherida al sol. Quizá ha sido el relámpago de una de sus tempestades, quizá el vapor de uno de sus volcanes, quizá la tenue gasa de la mate-

ria cósmica perdida y disipada en las irradiaciones de la Vía Láctea. Nuestro sér ha bogado por la inmensidad en alas de un cometa perdido y errante, como el pólen de esas flores que el viento se lleva en sus giros y en sus torbellinos. Esta esférica gota de esencia cósmica llamada tierra ha temblado en el espacio como tiembla el rocío, y en esa gota hemos sido nosotros como invisibles infusorios. Esponjas del mar, ramas de coral, acidias informes representan las raíces de nuestro organismo. Y así como hemos cogido en el hogar de nuestro cuerpo las cenizas de los muertos y las hemos avivado, tambien hemos recogido en los anillos de nuestro organismo el detritus de todas las materias, el substratum de todas las operaciones químicas del Universo, y lo hemos convertido en filamentos y lo hemos fecundado con el caliente y vivificador riego de nuestra sangre. Y despues de haber pasado por estas sucesivas transformaciones, por estas várias fáses, hemos llegado al espíritu, y en el espíritu hemos entrevisto el Sér de los seres, el centro de los pensamientos, el alma de las almas, el sol eterno en que todas las cosas tienen su orígen y todas las ideas su arquetipo, el inefable, el infalible, el santo, nuestro Dios.

Y, creedlo, así como en la esfera del Universo material reina la fuerza, y por combinaciones de

fuerzas se produce todo, en la esfera del Universo moral reina la libertad, y todo por la libertad se produce. El calor, el magnetismo, la electricidad, el movimiento, la mecánica celeste, la dinámica vital, todo es resultado de la fuerza cósmica; y el arte, y la ciencia, y el estudio, y el derecho, son como cristalizaciones várias de la libertad moral. El infinito espiritual y el infinito material coexisten. A las miriadas de astros corresponden miriadas de ideas. A la luz misteriosa en que se bañan los mundos se une la luz misteriosa del pensamiento. Como el cielo completa la tierra, el Espíritu completa el cielo. Como la tierra boga en el éter, el alma boga en Dios.

¿Y quién puede manchar el Espíritu y la Naturaleza? ¿Quién puede, cuando la evolucion de los seres orgánicos se ha concluido, cuando la vida de la tierra se ha perfeccionado, levantarse sobre todos y hacer de todo un escabel para sus plantas, una corona para su frente? ¿Quién puede empañar con su aliento la transparencia de los cielos, y oscurecer con sus crímenes el mar de la vida? ¿Quién puede soltar en este eden del Universo la serpiente del mal? ¿Quién puede coger el Espíritu, oprimirlo, encadenarlo, y borrar casi su luz? ¿Quién es capaz de todos estos crímenes? El que es capaz de sustituirse á Dios mismo: un tirano.

Mirad esta isla de Capri, miradla en su hermosura. Mares de un color celeste como no los puede soñar ningun pintor; grutas que no serian más bellas si las hubiera cortado en transparentes zafiros; cabos y promontorios que abren deliciosas ensenadas; montañas por cuyas laderas se entrelazan las parras con los olivos, y los naranjales con los pinares; crestas sobre cuyos deliciosos recortes vuelan las palomas mezcladas con las gaviotas; hermosas mujeres cuyos ojos iluminan como estrellas de amor, y todo ha sido profanado por la sombra de los tiranos. El último de estos infames se cree con autoridad y con derecho bastante para sustituirse á esta trilogia eterna, á la Naturaleza, á la Libertad y á Dios. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

UN EMPERADOR EN EL CAMPO.

En la parte más oriental de la isla de Capri, sobre la eminencia donde hoy campea la ermita de Nuestra Señora del Socorro, todavía se ven ruinas de grandioso edificio, que, segun los más autorizados anticuarios, deben pertenecer á un palacio de Augusto. Suetonio dijo, y todos los historiadores con él repiten, que el sucesor de César detestaba las magnificencias orientales, propias de todo despotismo, y lo mismo en la ciudad que en el campo, habitaba modestas viviendas, propias para recordar cómo en su persona y en su tiempo no se habian extinguido por completo las virtudes antiguas de la República. Un magnífico palacio construido por su lasciva hija Julia fué de órden de Augusto derribado, y la casa imperial de Alba semejaba al sencillo refugio del más modesto ciudadano de Roma, y no á la quin-

ta del amo y señor dios de la tierra. Estaba muy léjos el primer Emperador romano del ostentoso lujo que gastara el último orador. En casi todos los sitios más bellos de Italia os mostrarán la tradicion y la Historia ruinas de las quintas y palacios de Ciceron. Casa en el Palatino mirando al Foro, casa en las orillas de los lagos del Norte, casa enfrente de la cascada de Tívoli, casa en las alturas de Tusculum, donde al traves de las hayas podia contemplar en los léjos del horizonte la ciudad de Roma y cerca el campo de Anníbal, casa en Arpino, casa en Parthenope, casa en Puzzoli, casa en Bayas, á pesar del temor tantas veces manifestado de que le injuriaran y le calumniaran al verlo residir en sitios de pésimo renombre, como esta última ciudad consagrada á Vénus. ¿El caballero Ciceron queria demostrar adónde llevaban en la Roma libre los esfuerzos de la palabra y del ingenio, miéntras el César Augusto queria demostrar cómo, áun despues de muerto, infundia á sus mismos sacrificadores culto casi religioso la República? Averígüelo Várgas. Pero la severidad del César debió tener algun mentís en Capri, cuando tan maravillosas aparecen las ruinas augustales, cuya magnificencia sólo se explica ó por una excepcion singular, ó por aditamentos y trabajos del sucesor de Augusto.

Lo cierto es que estas ruinas deben contarse

entre las maravillas arqueológicas de la antigüedad: sus muros espesos, sus columnas rotas, sus galerías espaciosísimas, los fragmentos de estatuas y de lapislázuli encontrados bajo sus escombros, los suelos de mármoles y mosaicos, los frescos que aún lucen á traves de las injurias de los elementos y de las cóleras de los hombres, las bóvedas de algunas cámaras todavía íntegras, las ágatas y las amatistas y los zafiros, signos de riquísimas incrustaciones, las estatuas de allí trasladadas, los fragmentos gigantescos, eterna argamasa sobre los cuales crecen hoy las ortigas, el jaramago, la cicuta y la zarza. Augusto se prendó en tal manera de Capri, que, como perteneciera á Nápoles, se la apropió, dando en cambio la grandiosa Isquia, no léjos del cabo Miseno. Al visitar la isla Parthenopea creia visitar una isla arrancada al coro de las cycladas griegas. Hasta la supersticion romana le incitaba á la posesion de aquel terreno. Un árbol añoso y seco reverdeció el dia de la toma de posesion, como para indicar el rejuvenecimiento de Augusto por haber tocado en la prodigiosa region. Y, á la verdad, cuando estais allí no podeis desasiros del influjo mágico que sobre vosotros ejerce el incomparable paisaje. Una montaña os sirve de pedestal gigantesco. Las olas juguetean en los abismos y argentan con sus espumas los esponjosos escollos de

variadas formas. El Vesubio humea á vuestra derecha, y los dos anfiteatros de Nápoles y Bayas extienden sus graciosas curvas. Al Mediodía, los mares de Sicilia, resplandecientes siempre y siempre hermosos, presentan una inmensa y como bruñida superficie en la cual se rompen los rayos de la luz y se reflejan los astros del cielo. Al Oriente, en primer término, el valle de Sorrento y el cabo de Minerva; entre el cabo de Minerva y la bahía de Salerno, las islas de las Sirenas; tras la bahía de Salerno, las abruptas y várias montañas de los Abruzos; al pié de estas montañas y en las orillas mismas del mar, los templos de Pæsthum realzados por la magia de tanta luz, y repitiendo la incomparable y severa hermosura de la antigua Grecia.

Ya conoceis el teatro. ¿Deseais conocer ahora el protagonista de este teatro? Al dios Augusto se le ha descompuesto el vientre. ¡Qué quereis! Su divinidad ha dominado el avizor espíritu del hombre, pero no ha podido dominar á la ciega naturaleza. Los años le abruman. La vejez lo acaba. Ronda la muerte en torno de su inmortalidad, y le da un mordisco en los intestinos. El dueño de la tierra se retuerce como cualquier mortal y busca en los aires frescos de la Campania alivio á sus dolores. Para distraerse y espaciarse, se ha llevado de viaje muchos amigos, y especialmente los

llamados de la primera admision; y yo supongo que entre ellos iria aquel estoico republicano Cremutio Cordo, el cual trazaba unos anales del reinado de Augusto, verdaderas elegías de la República muerta, verdaderas apoteósis de su inmortal recuerdo, donde se llamaba á Bruto y á Casio, inmoladores de Julio César, los últimos romanos. En el pasaje de Puzzoli á Capri, cuando la galera imperial apénas se apartaba de la orilla, acercósele una hermosísima nave de Alejandría, con pasajeros y navegantes alejandrinos, todos coronados de flores y vestidos de blanco, llevando en las manos pomos que exhalaban riquísimas esencias, y en los labios armoniosos loores en honor á quien, despues de ser bastante fuerte para vencerlos, fué tambien bastante magnánimo para no exterminarlos á todos y no arruinar su ciudad como Alejandro á Tiro y Escipion á Cartago. Augusto, que recordó en aquel momento sus mocedades, los varios triunviratos, la rivalidad con Antonio, la batalla de Actio ganada por milagro, la invasion en Egipto, el sitio de Alejandría, la muerte de Cleopatra, dió á su comitiva grandes cantidades con expreso encargo de emplearlas en mercancías alejandrinas. Al ver tanta generosidad, debieron decir los libertos, guiñándose el ojo: «Este se quiere morir». Llegado á Capri, é instalado en su palacio, presenció los juegos he-

lénicos que los efebos de la isla todavía recordaban y seguian como en memoria de su antigua patria, de la madre inmortal, de la divina Grecia.

Cuatro dias habitó Capri, y en uno de estos dias debió tener con el severo historiador, á quien llamaba como al poeta Horacio su buen republicano, esta conversacion que os transmito y humildemente os recomiendo, lectores mios, como una enseñanza moral para aprender esta verdad saludable, nunca bastante repetida en el mundo: todo despotismo es corrupcion, así para aquéllos que lo sufren, como para aquél que lo ejerce.

—¡Qué mañana de estío!—exclamaba Augusto desde su jardin.—El sol brillante, el aire fresco, la mar bella, la isla deliciosa. Todo me recuerda aquel dia en que aceptamos Antonio y yo un convite de Sexto Pompeyo, á quien habíamos confinado, por un respeto supersticioso hácia la memoria de su padre, en el gobierno de Sicilia. Dábase la comida en sus galeras, y cuando más embebidos estábamos en los placeres propios de la mesa, vino á decirle el piloto misteriosamente que estaba pronto á cortar los cables, conducirnos á alta mar, y allí lanzarnos á las ondas para pasto de los peces. Y el hijo de Pompeyo le replicó: «Eso ¡ah! se hace y no se dice. Desde el momento en que lo has dicho, siquier sea solamente á mí, es imposible tu proyecto...»

—Admirable respuesta,—dijo Cremutio Cordo,—que no le eximió, Augusto, de tu venganza, á pesar de defenderle tanto la memoria de su padre, defensor desgraciado de la República. Si el pensamiento del piloto se realiza, hubieran cambiado los destinos del mundo. Unos cuantos sorbos de agua salada decidieran de todo. Pero no creas que nos has dado con vivir tanto tiempo seguridad alguna. Se acercan dias fatales. Los dioses te han concedido una florida vejez, pero no esa inmortalidad que te decretan tus cortesanos y que tú recibes con amable sonrisa en los labios y dolor verdadero en el ánimo. Cuando ménos lo pienses, descenderás al sepulcro. ¿Y cuál será entónces la suerte de los que, Augusto, te sobrevivan? Nos dejas entregados á lo desconocido, y envueltos en sombras mucho más espesas y mucho más terribles que las sombras de tu muerte. El mejor tirano es el conocido. La mente no puede adivinar, por más que combine todas las suposiciones, de cuántos horrores, maldades, infamias, es capaz la tiranía.

—¡Siempre quejándote! Yo he conservado supersticiosamente la República. Yo he consentido que los plebeyos se reunan á su arbitrio en los comicios por tribus y los patricios deliberen á sus anchas en el Senado. Consulado, tribunado, censura, nada te falta. ¿Qué temes? ¿Por qué tiemblas?

—Tiemblo por Roma. Hay consulado, pero el cónsul eres tú; tribunado, pero tú eres el tribuno; censura, pero tú el censor. Antes todo eso lo era Roma, y Roma es inmortal. Ahora todo eso lo eres tú, Augusto, y tú eres mortal. ¿Y no quieres que temblemos al ver nuestra ciudad, que no cabe en la tierra, tal vez reducida á caber dentro del sarcófago de un hombre?

—Ya he asociado mi sucesor al Imperio; ya he elegido á Tiberio.

—Con que tú lo elijas, basta. En los antiguos tiempos las generaciones romanas venian á la vida seguras de elegir ellas mismas sus magistrados. Ahora dependen de un testamento. Sus magistraturas, pues, se alimentan de las cenizas de un muerto. Quiéranlo ó no, han de aceptar al que les designe los caprichos del nacimiento ó los estertores de la agonía. ¿Y nadie sabe lo que pueden depararles esos juegos de lo más azaroso que hay en el mundo, del amor y la muerte?

—Pero Tiberio es un hombre maduro, instruido en las cosas públicas, de verdadero valor y verdadero mérito, como hijo de la matrona más ilustre que ha tenido Roma, como hijo de mi esposa Livia.

—No disputo sobre las calidades de tu entenado. Ten por cierto que no igualan á las tuyas. Si yo hubiera elegido mis magistrados, te eligie-

ra á tí, Augusto, en la seguridad de elegir compendiadas la sabiduría y la prudencia. Pero te quisiera mi primer magistrado, y no mi señor; te quisiera designado por mi arbitrio, y no impuesto por la fuerza y conservado por la astucia. Tú al fin has visto la República, siquier fuese en sus postrimerías. Guardas algun respeto á las instituciones en que has nacido. Sabes cuánto merece el pueblo y lo cautivas con tus halagos. Al mismo tiempo que lo oprimes, lo acaricias. Pero tus sucesores habrán nacido en los palacios. Una guardia pretoriana les rodeará eternamente para interponerse entre ellos y el pueblo. Una nube de cortesanos les mentirá toda suerte de lisonjas en los oidos, acostumbrados á vergonzosa adulacion. El Senado irá de rodillas á su cubículo, como ya ha ido al tuyo. Los sacerdotes les quemarán incienso que se les subirá á la cabeza. Y tratados como dioses, han de creerse dioses necesariamente. Y como dioses, han de disponer á su arbitrio de nuestra vida y de nuestra muerte, de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, creyendo que les debemos hasta el aire que respiramos. No hay verdadera ventura sino en la verdadera dignidad. Ni hay verdadera dignidad sino en el seno de las libertades públicas. Yo quiero ser feliz, mas la primera condicion de la felicidad es que la busque y la encuentre yo mismo como á la

mujer propia. Si por mí la buscan y me la imponen, ¡ah! no la quiero. Antepongo á los funestos presentes del genio de Julio César las modestas y oscuras virtudes de Cincinato. Este ¡ah! te ilumina y aquél te deslumbra, y por lo mismo te ciega. Como quiero ver por mis ojos y pensar con mis ideas y sentir con mi corazon, quiero ser ciudadano y no súbdito, llevar al seno de Roma mi propia voluntad y no las voluntades ajenas.

—Cremutio, me miras con reconcentrado odio, como si yo fuera realmente fundador del Imperio. Esta nueva forma de la vida romana ha nacido, no de mi voluntad, sino de vuestros vicios. El lujo de las conquistas os habia tristemente afeminado. El escándalo de las guerras civiles os habia herido y desangrado. Exánimes en vuestros lechos de púrpura, se os cayeron de las manos tanto la espada de Escipion como el arado de Cincinato. Y os entregásteis voluntariamente á la tiranía, cuyas deformidades ocultaba un resplandor tan brillante como el resplandor despedido por el genio de César. ¿Quieres, por ventura, que, alargando dócil y resignado el cuello á la coyunda, no tuviera dueño y amo el pueblo rey de la tierra?

—Es verdad. La República se desmayó; pero vosotros convertísteis su desmayo en muerte. Aspirásteis á ser mayores que la ciudad, y lo conseguísteis. Vuestras frentes se irguieron sobre to-

das las frentes, y frisaron con el mismo cielo. Encontrásteis los hijos de los héroes profundamente decaidos; y en vez de darles á beber el vino viejo y fortificante de la antigua libertad, les dísteis el oriental narcótico de vuestro mágico prestigio, y fomentásteis todos sus vicios. Creísteis haber acabado con la República, y habíais acabado con Roma. Vuelve los ojos, Augusto, á tu alredédor. Dejas la paz y el silencio, pero la paz y el silencio de la muerte. En la Tribuna de los Rostros no aparecen los oradores, y aparecen las prostitutas. El Senado es un rebaño que hoy encuentra un pastor y mañana encontrará un carnicero. La sombra de los tribunos se pierde en las alturas del Palatino, porque los tribunos ó son Césares ó cortesanos de los Césares. El pueblo no acude á los comicios por acudir á los circos. Las artes se hinchan, pero con la hinchazon de los cadáveres. La juventud se desnuda de la toga de lana para vestirse con la toga de púrpura, como los afeminados asiáticos. Sobre sus sienes no resplandece la corona de la gloria, sino la corona de la orgía. Los jóvenes romanos se han convertido de soldados de Marte en cerdos de Epicuro. Los muchachos, los viejos, los nacidos en la libertad y privados de este bien supremo vuelven los ojos del alma á la filosofía de la desesperacion, á la indiferencia por todos los sentimientos, á la im-

pasibilidad ante todos los dolores, á las invocaciones de la muerte como único puerto de la vida. El suicidio se ha elevado á dogma, á esperanza universal. ¿Y sabes por qué? Porque todos ven que lo único permitido á su albedrío es la muerte. Contra ese acto de la voluntad nada puede tu poder. Son dueños de morir ántes de que tú los mates, Augusto. Roma se pudrirá en la tiranía. Cuando tus dias estén contados, y desciendas al orco, y encuentres á nuestros gloriosos padres, díme qué cuenta vas á darles de nuestras leyes, de nuestras instituciones, de nuestras libertades. Augusto, Augusto, vuélvenos la República. Deja la herencia de César á los hijos de Roma, y no al hijo de Livia. Eres un dios, y no extrañes que te pidamos el alma y la vida; es decir, que te pidamos hasta de rodillas la libertad.

—¿La libertad? Cremutio Cordo, te desconozco. La libertad se conquista y no se pide. La libertad se gana blandiendo la espada en el aire, y no arrastrando las rodillas por el suelo. Ni tú puedes pedir la libertad, ni yo decretarla. Ese bien supremo no será nunca un regalo de los poderosos, sino una conquista de los ciudadanos. Si no se gana, no se obtiene.

Cremutio Cordo se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzado de sí mismo, y asintiendo por primera vez en su vida á las palabras de

Augusto. Pero este dueño del mundo se sintió peor despues de aquel esfuerzo en su conversacion, y tembló al presentir los desórdenes en los asuntos del Imperio, á causa de los desórdenes en el vientre del Emperador.

CAPITULO III.

LOS DIOSES DE LA TIERRA.

Estamos en plena Campania, y por Agosto del año catorce de las edades cristianas. El calor era sofocante, como debia suceder en las regiones meridionales de Italia y sucede en nuestros reinos de Andalucía y de Valencia. El viejo Augusto espiraba á los setenta y seis años de edad, á los cincuenta de próspero y no disputado imperio. Habia llevado la paz y el órden sobre Roma, pero arrancándole todas sus libertades. Así dejaba una sociedad y no dejaba hombres para componerla y sustentarla. Cuando el resorte moral de la libertad se pierde, los ciudadanos sólo se mueven, como las masas de materia bruta en los espacios, por el resorte mecánico de la fuerza. Y la tiranía mostraba en la hora suprema de agonizar el tirano toda su irremediable impotencia. Miéntras el hombre pudiera matarse á sí mismo, quedábale á

la libertad de los romanos algun refugio: el supremo y sublime á que habian acudido Bruto y Caton. Miéntras el tirano pudiera morir, estaba tocada de muerte tambien la tiranía. Inútilmente se multiplicaban los templos y se reunian los sacerdotes y se quemaban sobre las aras toda suerte de inciensos; el César no era Dios, puesto que no podia superar las olas del tiempo, cuyos torbellinos á todos nos arrastran juntamente, ni vencer á la Naturaleza, ni sustraerse á la implacable igualdad de la muerte. Así Augusto, que habia visto su divinizacion universalmente aceptada por aquellos pueblos, pura materia en la cual sólo ejercia su imperio la pura fuerza, dolorido, apenado, exhausto, á la hora de su último trance burlábase un tantico de sí mismo, y mucho, muchísimo de sus devotos: que nada hay tan despreciable á los ojos de los opresores como la bajeza de los oprimidos.

Miéntras Augusto vivió, todo anduvo bien, porque supo satisfacer la universal necesidad de reposo. Pero en cuanto Augusto se moria, los tímidos temblaban por la incertidumbre de su suerte; los patriotas advertian cuántos peligros se encierra en todo despotismo para la patria; volvíanse los agradecidos y no desmemoriados al recuerdo de las virtudes antiguas y de las instituciones republicanas; experimentaban todos la

inclinacion universal en nuestra especie hácia el más preciado de los bienes, hácia la libertad. Los jóvenes epicúreos á quienes el deleite de los sentidos apartara de los goces del alma; y los viejos estoicos muertos en vida por el hielo moral de la indiferencia; y los sobrevivientes de las guerras civiles, tan anhelosos de paz y tan resignados á tenerla en la servidumbre; y los plebeyos, divertidos por las fiestas del circo y alimentados por los dispendios de la Annona, nobles aunque pobres ciudadanos de la República en otro tiempo, y á la sazon animales domésticos del próvido César, todos sentian á una en la crísis última y en el último trance de la augusta existencia cuánto daño trae el poner la vida de los pueblos en las frágiles manos de un hombre, sujeto á las enfermedades y á la muerte.

El buen Emperador, que tanto denostara á Antonio por la pasion á Cleopatra, cayó á su vez en todo el tiempo de su reinado bajo la tutela de una mujer, bella, sí, inteligente, sí, pero no hechicera, ni maga, ni divina, ni rodeada de los prestigios del trono, ni ardiendo en las llamas del placer, sino fria, rígida, severa, incapaz de corrupcion, porque tambien era incapaz de amor, ocupada sólo de sus ambiciones, y queriendo satisfacerlas en la persona de su hijo, merced á ella adoptado y reconocido como sucesor en la suprema

autoridad, aunque sospechoso y temible para todo el mundo, pues sólo siniestros presentimientos engendraba el glaciál y sombrío Tiberio. Cuando, en aquel viaje por Campania, despues de haber recorrido Bayas y Puzzoli, habitado Capri, saludado á Parthenope, Augusto llegó á Nola, sintióse tan mal que hubo necesidad de detenerse y aguardar allí, ó el alivio, ó la muerte. Nola está hoy unida á Nápoles por un trayecto de vía férrea que cuenta treinta y siete kilómetros. Es ciudad antiquísima y ha conservado, como Capua, su primitivo nombre, segun unos etrusco, y griego segun otros. En aquel tiempo, los numerosos habitantes de Nola, y los fuertes muros en los cuales se estrellara la cólera de Annibal, y las magníficas doce puertas, y los preciosísimos vasos cocidos y pintados á la usanza griega, dábanle universal renombre. Para Augusto, en el estado de ánimo á que lo condenaba su estado, tenia una particularidad especialísima, á saber: que allí mismo habia muerto su padre; y así que bajó de la litera, dió órden de que lo llevaran á la misma habitacion y arreglaran el lecho en el mismo sitio donde el autor de sus dias pasó de éste al otro mundo.

En cuanto Augusto se encierra, Livia se sienta á los piés de su cama. Esta matrona es la imágen exacta de la ambicion devorando la concien-

cia. En su sentir, todo debe intentarse para dominar y guardar la dominacion, y sobre todo, debe intentarse el crímen. Los súbditos sirven de alimento al poderoso, á la manera que los animales inferiores sirven de alimento al hombre. Y así como no sentimos ningun remordimiento cuando nos regalamos con sabroso cordero, en cuyo corazon sensible é inocente hemos clavado el cuchillo de la cocina, sin curarnos de los plañideros balidos ni de las tiernas miradas del pobre animal, no debemos sentir tampoco remordimientos al sacrificar los destinados para alimentar con sus despojos las grandes almas y para mover con su sangre las fuertes é imperiosas voluntades. Cuarenta años hace que Livia está casada con Augusto. Y en el trance de la agonía no se acuerda de conservar el esposo, sino de conservar el poder. Le pasa la mano por la frente, le toma el pulso, le inspecciona la lengua, no por el temor de quedarse viuda, y en la tristeza de la viudez, sino por el temor de quedarse sin el Imperio, y en la humildad de un sencillo hogar. No siente que se vaya el marido, sino que se vaya el Emperador. Y siente que se vaya el Emperador, porque con él se va tambien su propio Imperio. Así el único pensamiento que la embarga es recoger la autoridad exhalada con el último suspiro de aquella vida augusta, y vincularla por algun me-

dio en su persona, dándole el nombre y la corona de Emperador á su hijo Tiberio, y reteniendo por ende en sí toda la majestad del Imperio.

Pertenecia Livia á la familia preclara de los Claudios, y estuvo casada con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la arrancó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada, y hasta adelantadísima en su embarazo. El padre recibió su hijo tres meses despues de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecia. En cuanto Livia entró en la casa imperial, constituyóse en genio y en oráculo político del Emperador. Así imitaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo por consiguiente siempre de lana, é hilando con su propia mano los vestidos de su esposo. Ni el lujo podia seducir ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de la más desapoderada ambicion. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecíale indigno de su rango. Así los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus piés sin tocar jamás en aquella su frente coronada como las alturas del planeta por los hielos eternos. Fria á todas las seducciones de los sentidos,

inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que el propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades várias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos son los compañeros del amor, y en aquel corazon empedernido y cerrado á todo fuego sólo se deslizaban, como frias serpientes, los recelos de la ambicion. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta, hé ahí el blanco de todos sus deseos. Pertenecia á su sexo únicamente en lo flexible que era para acomodarse á las circunstancias y en lo paciente para aguardar su hora. Escondia sus garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podia sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulyses con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posicion dificilísima, hasta apoderarse completamente de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero tambien disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, compitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de

los medios, y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparacion empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de Paris encontrareis medallas, ó bustos, ó estatuas que la representen; y en todas esas efigies podeis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fria impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; los ojos, aunque algo saltones, de un prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única faccion que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos, y la boca cerrada firmemente cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habituados á ejercer de antiguo la dominacion sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversion irremediable; una Eumenide roncando sordamente bajo la fria y marmórea majestad de una diosa.

Campean, sobre todo, en aquel rostro facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su carácter im-

placable: los labios delgados y contraidos, ántes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de la hiena abreviado; la barba ancha, cuya amplitud es una gran base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la inteligencia; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazon y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; herir con afectos tiernos su corazon, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambicion sin límites al estrecho pero venturoso nido del hogar: tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de la ambicion y del poder. Ese pecho jamás sentirá la frialdad de la razon de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso, forman otros tantos círculos donde su natural hermosura se engarza como en su centro de gravedad. Mas por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la ambicion se desliza en su ánimo, tórnase esta pasion en sentimiento

más ciego, más impetuoso, más vehemente que la ambicion de los hombres. El amor para que ha nacido se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominacion toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna ha pintado en lady Macbeth los excesos de la ambicion desapoderada y fria. Tal era Livia. Sin mandar, no concebia la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habian hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalia á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebia el sepulcro. Miéntras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio, y de asegurar por tanto la propia fortuna. Pero muerto Augusto, los sucesores la condenarian al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizá á la muerte. En tanto esperó sucesion, esperó tambien que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el Imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de léjos, saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imágen y semejanza, á guisa de dioses. Pero cuando pasaron los años, vino la ancianidad y se desvanecieron las esperanzas de sucesion directa, Livia sólo tuvo

entónces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, y para realizar este pensamiento sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre, y lo vereis convertirse en bestia.

¡Cuántos crímenes, repito, en los palacios del despotismo! Suprimis la libertad que es la luz, y viene la noche. Y en el seno de la noche se arrastran aves carniceras, reptiles inmundos, los hijos naturales de las tinieblas. A las competencias del Foro suceden las competencias del salon; á los debates, las intrigas; á los retos en el comicio ó en el Senado, las maniobras cortesanas; á los tribunos del pueblo, los favoritos del tirano; á la vida, tempestuosa muchas veces y agitadísima, la paz, sí, pero la paz de los sepulcros. No hay los peligros de las elecciones, pero hay los peligros todavía mayores de la herencia. No hay aire, y por consiguiente no hay vientos ni huracanes, pero tampoco respiracion posible. En la oscuridad se desliza el crímen. Apénas Augusto funda el despotismo, cuando trae con el despotismo todos los horrores de esa cuestion de las herencias, en cuyo seno se encierra el nefasto principio y la raíz venenosa de las castas. Livia personificaba todos los peligros de la herencia cesárea, tenien-

do toda la perversidad posible en la naturaleza humana. Llegar al poder por la herencia y asegurar la herencia por el crímen, era todo su pensamiento. Así, como ya hemos dicho, al llegar á la vejez, volvió los ojos la implacable matrona á la familia imperial, y se propuso sustituirle su propia familia, áun á riesgo de perpetrar los mayores crímenes. El Emperador no tenia hijos varones, pero tenia nietos, muchos nietos. Todos caerán segados por la guadaña de Livia, terrible y glacial como la muerte. Obstáculos á su ambicion serán vencidos; muros entre el poder y sus ávidas manos serán friamente derribados. Los más odiados eran los más cercanos. Así Julia, hija de Augusto, dotada de inteligencia y de gracia, centro de la buena sociedad romana, Julia parecia como el reverso de Livia; sencilla ésta, y aquélla lujosa; austerísima ésta, y aquélla sensual; ésta casera, y aquélla mundana; pensando siempre la esposa del Emperador en la política, y la hija en los placeres; la esposa en satisfacer su ambicion, y la hija en saciar sus sentidos.

Y Augusto pretendia que fuera su Julia un modelo de severidad en la vida y un ejemplo de virtud en el mundo. Habíase propuesto sustituir al vigor de las libertades perdidas el vigor de las costumbres sanas, ignorando sin duda que no hay virtudes privadas donde no puede haber dignidad

pública. Y sus leyes tiraban á rehacer el matrimonio, quebrantado por las guerras civiles, y á reorganizar la familia, completamente destrozada. Para cumplir su fin necesitaba que le ayudasen sus parientes, y ántes que todos, Julia, su hija Julia. Así la reconvino un dia que armó mucho ruido en el teatro con sus risas y sus ademanes; y otro dia que se presentó en palacio con traje oriental; y otro dia que se arrancó los cabellos blancos para fingir más juventud y hermosura, prohibiéndole terminantemente emplear cosméticos en su persona, y malgastar el tiempo en fiestas y devaneos. Julia iba, pues, á las cortas veladas de su padre en traje sencillísimo, é hilaba lana con la severidad de las antiguas matronas. Pero en cuanto su padre, abrumado por los trabajos diarios, rendido por el excesivo madrugar, se metia en su cuarto y se acostaba en su cama, tornábase á su palacio Julia, y en el palacio se daba á los goces más desordenados, á las cenas más babilónicas, á las orgías más voluptuosas, á las fiestas y los saraos más orientales, á todas las embriagueces de los sentidos, en compañía de todos los nobles perdidos y de todos los jóvenes epicúreos. Cuando el sueño venía sobre la Ciudad Eterna, cuando estaban desiertas sus calles, al amparo de las sombras, salian en tropel, como bandadas de bacantes, Julia y los su-

yos, interrumpian el sueño de los romanos con canciones voluptuosas y con besos ardientes, consumaban bestiales ayuntamientos á las puertas de los templos y ante el ara de los dioses, é iban á la Tribuna de los Rostros á dejar en la estatua de Marsyas, junto á esta tribuna erigida, tantas coronas como tragos habian apurado de su protervo amor. La Tribuna de los Rostros, el cerebro de la tierra, el pedestal de la libertad, el núcleo de las ideas, el luminar de la conciencia, el santuario de la República y la voz eterna de Roma, el ara sagrada de la elocuencia; aquel santo lugar alzado en el Foro, que habia visto pasar por sus cimas desde la virtud de los Gracos hasta la palabra de Ciceron, ¡oh! servia en la edad imperial de lecho á una prostituta y á sus impuros mancebos.

Los vicios de Julia quedaban ocultos á los ojos de su padre. ¿Quién podia darle ese disgusto? Livia, que los espiaba y los sabía, era demasiado hábil para revelarlos inoportunamente. No perdia la emperatriz su tiempo en cosas inútiles. Recogia pruebas, amontonaba hechos, seguia su proceso; pero aguardando con serena calma la hora suprema de una revelacion provechosa á sus maduros planes. Julia, despues de todo, habia sido corrompida por su propio padre, que la casara con cuantos exigia la razon de Estado. Era necesario tener al triunviro Antonio sometido, pues

casamiento de Julia con un hijo de Antonio que se llamaba Antyllo. Era necesario asegurar en la familia de César la herencia imperial, pues casamiento de Julia con su primo hermano Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto. Era necesario tener, perdido Antonio y muerto Marcelo, un gran general á la devocion del Imperio, capaz de heredar al Emperador y de sustituirlo con gloria, pues casamiento de Julia con el general Agripa. Era necesario que la familia de Livia cobrase un gran poder en la corte y en la política, pues casamiento de Julia con Tiberio, el primogénito de Livia. No tenia, pues, Augusto derecho á quejarse de la corrupcion de su hija, cuando él mismo la habia prostituido. Al sacrificarla á la razon de Estado, al hacerla botin y despojo de todas sus batallas políticas, al convertirla en ciego instrumento de su imperio, al pasarla de lecho en lecho, sin consultar jamás su voluntad, sin oir los latidos de su corazon, como si fuera una estatua privada de vida, y sujeta á cruzar los palacios de los que la habian comprado por alguna merced, Augusto apagó la naturaleza, la conciencia, el pudor en su hija, y la dejó entregada á todos los apetitos de la más grosera sensualidad. El matrimonio era ya para ella una prostitucion; la santa maternidad, un oficio; el corazon, un cortesano que se ataba al hombre y

al lecho designados, no por el amor, sino por el Estado. De tales errores solamente pueden brotar males y una completa perversion de la voluntad y de la conciencia. Julia no se satisfacia con los maridos que le decretaba su padre, é iba en pos de los amantes que le señalaba su capricho. Veinte años vivió esta vida, y en veinte años nada supo Augusto. Pero un dia Livia comprendió que se acercaba la hora de dar un golpe decisivo. Julia estaba con Tiberio designada á heredar el poder supremo. Livia necesitaba que lo heredara en verdad Tiberio, mas para compartirlo con ella, con la madre, no con la esposa. Luégo Julia tenia tres hijos, y era fácil que en algun momento su ternura de hija y su amor de madre cambiasen el testamento de Augusto y arrancaran la herencia del Imperio para cualquiera de sus cachorros. Perdida Julia, se perdia con ella la más temible aspirante al Imperio, y la más poderosa rivalidad en la herencia. Pues á perderla. Y la mujer que parecia de su entenada amorosa madre, se convirtió bien pronto en implacable madrastra.

Livia se fué una mañana al cuarto de su esposo, y le reveló todas las infamias de Julia. Constituido el Emperador por un voto del Senado en maestro de las costumbres, acababa de subir á la Tribuna de los Rostros para promulgar desde allí una ley favorable á la santidad del ma-

trimonio; y en la noche de aquel dia solemne, presagio seguro de una restauracion en las antiguas virtudes romanas, Julia congregaba sus adoradores y conspuia la Tribuna con sus escándalos, hiriendo la mejilla de su padre y faltando á la majestad de su estirpe. En cuanto Augusto supo tal perversidad, Augusto se creyó perdido. Si no era su familia la primer familia del mundo, lo mismo en virtud que en inteligencia, no merecia el poder supremo y la suprema autoridad en la tierra. Los vapores de la maldad de su hija empañaban la frente del padre. La ciudad entera se iba á reir de su ignorancia y á tomarla por complicidad. Si no sabía cuanto pasaba en su palacio, ¿cómo iba á saber cuanto pasaba en las remotas regiones de su Imperio? Y si lo sabía y lo callaba, tambien él era un epicúreo, un gangrenado, un vicioso. Augusto se creyó perdido para siempre. A estos temores se unieron las ponzoñosas revelaciones de la hábil madrastra. La casa de Julia era una casa de oposicion al Imperio. Se recitaban arengas en que latian argumentos contra los taimados y los dobles de carácter; se recitaban tambien versos en que se ridiculizaban los escrúpulos del César, no admitiendo el título de dictador, cuando ejercia la dictadura más poderosa y más extensa. Se viciaba la descendencia imperial, porque se corrompia á los

nietos del Emperador. La hija mayor de Julia, llamada tambien como su madre en memoria de César, habia sido prostituida al poeta Ovidio, que compusiera en su loor libros y versos escandalosos. Hasta se llegó con alguna de aquellas confabulaciones, entre eróticas y políticas, á tramar el asesinato de Augusto á fin de poner más seguramente el lecho de todos los placeres sobre las espaldas del Imperio.

Augusto se encerró en su cuarto como en frio sepulcro. Los ojos se le arrasaban de lágrimas, y los suspiros le partian en mil pedazos el pecho. «Para ser feliz,—exclamaba á cada momento,—para gobernar con autoridad la tierra, ni debí casarme, ni debí tener hijos.» Su reconcentrada ira estalló al cabo. Toda la casa de Julia fué registrada, todos sus papeles revisados, todos sus amantes detenidos ó presos, todos sus esclavos y libertos cuestionados en los potros del tormento. Los murmuradores decian que si Augusto desterraba á cuantos compartieron los favores de Julia, bien pronto iban á poblarse de desterrados todas las islas en todos los mares conocidos, y á convertirse en verdadero desierto las calles romanas. Fébus, liberto de la desgraciada princesa, fué cercado de tal manera por las repetidas preguntas y cuestiones de Augusto, que no sabiendo cómo salir de su apuro, se ahorcó. Un nieto de

Antonio, amante tambien de la hija de Augusto, se traspasó el corazon de parte á parte con su espada. El Emperador escribió una Memoria sobre todos estos hechos, y la presentó al Senado, sin curarse de las consecuencias terribles á su nombre y á su familia que pudiera traer este recurso. Imposibilitado ya de retroceder en su camino, confinó su Julia á la isla Pandataria, donde no dejaba acercarse ninguna persona viviente, y mucho ménos ningun hombre. Si por acaso la infeliz necesitaba un médico, debia ser autorizado por el Emperador, que ántes se enteraba minuciosamente de su edad, de sus condiciones, de su estado, de sus señas, de su presencia, de cuanto pudiera tentar la furiosa lascivia de Julia. Y la que ornó á Roma, cayó en la soledad del desierto; la que compartió las grandezas del Imperio, cayó en terrible abandono, hasta morir de hambre y de miseria.

Derribado este primer obstáculo, ya era fácil derribar todos los otros. Pueden los nietos ganar el corazon de su abuelo, y hacer olvidar con sus gracias las desgracias de Julia. Pues desaparecerán los nietos tambien. ¿Qué obstáculo material ni qué remordimiento moral bastaban á impedirlo? Livia habia sacrificado al jóven Marcelo, sobrino de Augusto, cantado por Virgilio, hijo de la dulce Octavia, aquella mujer que en tiem-

po del triunvirato se interpusiera en los odios de los triunviros como númen de paz y como genio de reconciliacion y de armonía. Marcelo, delicia de su tio, esperanza del Imperio, objeto de culto para toda la sociedad romana, se extinguió á los veinte años, de una manera misteriosa, cuando lo exentaban de la edad exigida para el pontificado y el tribunado, y lo designaban así á la sucesion inmediata en la suprema autoridad imperial. Durante su enfermedad hay un seguro indicio de su muerte. El médico que curaba á Marcelo era el mismo médico de Livia. Y con la muerte de Marcelo, esta furia ha quitado un competidor temible á su hijo en la herencia, y se ha quitado á sí misma una rival temible en la amistad del César; porque con la muerte del adorado jóven aleja á la hermana de Augusto, á la virtuosa Octavia, de la corte y de sus ambiciones, y la lleva á esperar en el dolor y el llanto la hora señalada por el destino para reunirse con el fruto de sus entrañas en los Elíseos Campos. Y así desaparecerán todos cuantos tengan que ver algo con la herencia de Augusto.

Nadie puede explicarse la muerte de Agripa en la flor de la salud y de los años; Agripa, yerno del Emperador, su general, su ministro, su heredero. Y nadie tampoco la muerte de los nietos de Augusto. Lucio César se extingue de una

enfermedad misteriosa en Marsella. Cayo César recibe una ligera rozadura de débil flecha en las guerras asiáticas, y sucumbe, no al dolor de su herida, á las curas de Lolio, amigo íntimo de Livia. Ya sólo queda Pósthumo, único náufrago en aquella tormenta, único sobreviviente de la muerte universal que en los herederos del Imperio terriblemente se encarniza y se ceba. Livia emponzoña el ánimo del abuelo en tales términos contra el nieto, que le envia á Sorrento y luégo á una isla desierta, á pesar de ser último vástago de la familia augusta. Por manera que heredar el nombre de César, recibir en la sangre la autoridad y el Imperio, llevar en las venas el privilegio del gobierno sobre la humanidad, pertenecer á una casta de dioses que tendrán súbditos y cortesanos, adoradores y templos, léjos de ser un título para vivir, es un motivo para tener perpetuamente la existencia celada por esbirros, y la muerte pendiente de los brebajes de los envenenadores y de las arterías de los médicos; horrible compensacion á la omnipotencia.

Estas melancólicas reflexiones debieron asaltar al emperador Augusto, cuando al fin de sus dias, preservándose de Livia como de siniestra sombra, corre secretamente á la isla donde él mismo ha confinado su nieto Pósthumo, y lo abraza y lo besa y le empapa el rostro de lágrimas, co-

mo si con aquella efusion quisiera contrastar todas las flaquezas de su voluntad y borrar la criminal aunque indirecta participacion que ha tenido en la muerte de todos los suyos. Mas ¿dónde irá Augusto, que no le siga la sombra de Livia? ¿Dónde se esconderá, que no le encuentre el ojo avizor de aquella ave nocturna? Livia está á su lado en el gabinete ó cubículo de trabajo; Livia á su lado en la litera de paseo; Livia á su lado en los consejos del gobierno; Livia á su lado en el sueño y en el reposo. No es más que un esclavo de Livia el señor de la tierra. Su esposa le tendrá en perpetua tutela, y con él tendrá en tutela á la humanidad: que tal es nuestra suerte cuando nos desasimos de las leyes y de las instituciones para entregarnos á la vieja arbitrariedad de los poderosos. Livia sabe que Augusto ha ido á ver á su nieto, y por lo mismo que todo lo sabe, no le pregunta nada á la vuelta. El mayor medio de gobierno que tenia la artera matrona se encontraba en sus muestras de subordinacion eterna al esposo imperial, y en su menosprecio de las apariencias del poder, bastándole por completo la satisfactoria realidad. Así ninguna investigacion imprudente sobre el viaje de Augusto. Pero desde que ha llegado á cerciorarse de su objeto, prepárale otro viaje más largo. Desde luégo el único romano que acompañara al Empera-

dor, muere súbitamente. Y á la mañana del regreso, en los jardines de Nola, su mujer ofrece á Augusto el manjar por excelencia del verano en los campos meridionales, aquellos higos destilando miel que los atenienses ponian sobre todos los frutos de la tierra. Augusto los come con placer á pesar del estado de su vientre, y Livia le acompaña. Mas cualquier observador hubiera podido distinguir fácilmente que ésta cogia los higos para el Emperador de unas ramas, y los higos para sí de otras ramas de la fatal higuera.

Cuando Augusto sintió que se moria, llamó á los cortesanos y á los amigos presentes. En ningun nacido se cumplió como en él aquella sentencia, tal la vida como la muerte, y tal la muerte como la vida. Viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo como una cortesana, fingiendo benévola y fina sonrisa. Hipócrita, artero, doble, astuto, reveló á la posteridad y á la Historia el juicio definitivo sobre su vida; que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de véras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado y el consulado y la censura en una falsificacion gigantesca para que Roma pasara de la República á la tiranía sin advertir su paso, la vida de Augusto

fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente, y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su consumada habilidad en la representacion de aquella farsa.

Cuando hubo despedido á sus amigos, quedóse completamente solo con Livia, con su mujer y su verdugo. La obra de cuarenta años podia perderse para la matrona romana en cuarenta minutos. El ministro de su ambicion era la muerte. Decretóla y expidióla inmediatamente al desterrado Pósthumo, que espiró el dia diez y nueve de Agosto del año catorce de nuestra era, es decir, el dia mismo que Augusto. Luégo Tiberio estaba en Iliria cuando su predecesor iba á dejar este mundo. En el intermedio de uno á otro reinado podia renacer la República, que estaba como guardada en todos los corazones; despertarse la libertad, que estaba dormida, y no muerta; recordar el pueblo romano sus perdidos derechos; rehacerse el Senado y recuperar el gobierno; querer los patricios la ciudadanía, y no la esclavitud; salir algun retoño de Bruto por aquellas cenizas tan fecundas en tribunos y en héroes. Livia mandaba correo tras correo á su ausente hijo, conjurándole para el pronto regreso y diciéndole que el pueblo debia saber á un tiempo la muerte del Emperador y la exalacion de su heredero, á fin de que ni un momen-

to pudiesen respirar libremente Roma y la tierra. Despues de haber acelerado la muerte de Augusto, queria detenerla, como si imperase en la Naturaleza cual en la sociedad imperaba. Sus ojos se suspendian á los ojos vidriosos, sus labios á los labios cárdenos, su pecho al pecho destrozado, los latidos de su corazon á los resuellos de aquel gran moribundo, como para darle un soplo de vida todavía con su aliento. Augusto, que engañara á la tierra, vivió y murió engañado por una mujer artera. En la suprema hora, en la última agonía, debió sentir, para colmo de su engaño, que se doblaban la solicitud, el cariño, el próvido cuidado de Livia. Y era porque Livia no habia contado bien el tiempo, y se encontraba con una muerte algo prematura en la combinacion de sus proyectos. Y Augusto perdia por completo el conocimiento, gritando que veia entrar cuarenta jóvenes en su cubículo, y llevárselo en hombros. Pero luégo recobró el conocimiento, invocó várias veces á Livia, y bendijo el recuerdo de esta mujer amada, y recibió tranquilamente sobre sus párpados entornados el eterno sueño. Livia recorrió el cuarto en todas direcciones, se asomó á la cerradura de todas las puertas, y se dejó caer al pié de su esposo, decidida á no revelar su muerte hasta que no estuviera segura del próximo regreso de su hijo Tiberio. En cuanto su temor se

ahuyentó, abrió las puertas de par en par, notificando á los cortesanos que Augusto habia espirado, y remitiéndoles el cuerpo. Mas habian pasado algunos dias entre la muerte y la revelacion de la muerte. Así les entregaba un cadáver podrido y pestilente como el Imperio.

CAPITULO IV.

LOS FUNERALES.

Al morir Augusto, sólo muriera un hombre; y sin embargo, Roma imaginaba que con ese hombre moria tambien su autoridad sobre la tierra. En otro tiempo, cuando la libertad sonreia en su conciencia y animaba su vida, los hombres mayores de la Historia desaparecian al inexcusable llamamiento de la muerte, sin que Roma sintiese los horrores de la desesperacion, quedándole en pié siempre la fuerza de las instituciones y la virtud de las leyes, fecundas en estadistas y héroes. Pero desde el dia en que, pervertida por la corrupcion su sangre, envenenada de escepticismo su alma, extincta su República, Roma se desciñó de sus leyes para ceñirse á un solo hombre, las enfermedades, los vicios, las supersticiones, las dudas de este individuo privilegiado refluian sobre ella y la manchaban y la torturaban

cruelmente en justo castigo á su servidumbre. Así los funerales de Augusto, que rigiera por espacio de cuarenta años la tierra, funerales eran de verdadero y público dolor en aquella Roma que jamás llorara la libertad perdida como en esta sazon lloraba al tirano muerto.

Los ojos vieron el cielo inflamado de incendios, y los incendios hinchados de vapores de sangre; los oidos escucharon palabras siniestras que salian de la tierra por grietas horribles, y bajaban de las nubes como lluvia de maldiciones; el Senado, al reunirse para dirigir súplicas al Cielo por la salud de Augusto, encontró cerrada la puerta de su curia, y en lo más alto del pórtico, triste mochuelo solitario, fijo sobre una de sus patas, mirando á todas partes con sus ojos siniestros como las llamas exhaladas de los sepulcros, y despidiendo gemidos tales que partian de dolor los corazones y las piedras; como si no contenta la Ciudad Eterna de su propia prostitucion, quisiese prostituir tambien la Naturaleza y asociarla á su perdurable infamia. Las villas y ciudades de la Campania se despoblaban por correr en pos del fúnebre cortejo, y saludar al augusto cadáver; los senadores y decuriones ofrecian sus hombros para llevar por los caminos la carga de aquel podrido cuerpo; las basílicas lo alojaban como si fuera la imágen de la justicia, y

los templos como si fuera la persona de un Dios; los caballeros romanos andaban diez millas á pié para esperar y honrar á quien les despojara de todos sus privilegios; el pueblo se lanzaba al paso, loco de afliccion, como si hubiera perdido un padre con perder un señor; y á lo largo de la Vía Apia, orlada de sepulcros y funerarias estatuas, en las sombras de la noche, dos hileras de resinosos hachones, despidiendo siniestros reflejos y espesas nubes de humo, se extendian por leguas y leguas, y semejaban los albores de la eternidad resplandeciendo por los vastos espacios de aquella majestuosa campiña, en cuyo centro se elevaba como una divinidad misteriosa la capital del mundo, la divina Roma, llorosa como viuda por la muerte de Augusto.

Tras siete dias de esta peregrinacion luctuosa llegaron los despojos al monte Palatino y fueron depositados en el vestíbulo de la casa imperial. Inmediatamente tras el cuerpo del Emperador, que se hundia en la tierra como un astro siniestro, irguióse el cuerpo de su heredero, más siniestro todavía. Apénas tomara en sus manos la autoridad despedida del cadáver insepulto, cuando le anuncian que Pósthumo, el hijo menor y único superviviente de su repudiada mujer Julia, el nieto de Augusto, príncipe jóven y valeroso, acababa de morir asesinado á golpes como una fiera

por misteriosos asesinos, con los cuales porfiara y combatiera á brazo partido, en logro de su malhadada existencia. Tiberio quiso anunciar el hecho al Senado y ocurrir á su castigo; pero el asesino Salustio se presentó á Livia confuso de tal resolucion; y Livia, amaestrada por larga experiencia en el gobierno de la tierra, se deslizó junto á su hijo, recordándole implacable que la autoridad imperial se adquiere por el crímen, y por el crímen se conserva y se aumenta.

En esta espesa noche de la conciencia humana todos se precipitaban á los piés del Emperador para que los reconociera y los llamara sus esclavos, como diz que se precipitan los idólatras indios bajo las ruedas del carro de sus dioses para que les aplaste el cerebro y les triture los sesos. En las tinieblas universales, en el universal silencio, interrogaban los romanos la mirada del siniestro buho colgado de la casa imperial, para vivir segun él y sus mandatos, no segun las leyes y la conciencia. Unos temian entristecerse mucho por la muerte de Augusto, no fuera que atribuyesen su tristeza á pesar por el advenimiento de Tiberio; y otros temian alegrarse mucho de la exaltacion de Tiberio, no fuera que atribuyesen su alegría á gozo por la muerte de Augusto. El miedo reina, como señor absoluto y Dios omnipotente, en esta religion de la servi-

dumbre. Los más distinguidos eran los más esclavos. Las grandes almas se aplastan más en sus caidas, y se rebajan por lo mismo que caen de más alto. Así, cuando Tiberio convocó el Senado al pié del vestíbulo donde estaba expuesto su predecesor, como para indicarle que sólo servia para cortesano de los Emperadores vivos y enterrador de los Emperadores muertos, mostró el Senado á porfía su ya irremediable vileza, echándose unos senadores á los piés del César á fin de abrazarle las rodillas como débiles mujeres vencidas; llorando otros senadores á gritos la muerte de su último amo, para el cual hubieran querido la inmortalidad; deshaciéndose éstos en adulaciones, en elogios, en ditirambos á la familia imperial; jurando aquéllos fidelidad inquebrantable y propósitos de ciega obediencia; agrupados todos en torno del nuevo tirano con la estúpida indiferencia de un rebaño reunido en torno de su pastor ó de su carnicero.

Y eso que Tiberio, modelo acabado de la astucia política en su vida, debia ser modelo de respeto religioso al Senado: ni una palabra de su adopcion por Augusto, ni un gesto que acusase pretensiones de César; al frente de sus cartas los nombres de los cónsules, como si todavía estuviera viva la República; por toda dignidad invocada en su persona la dignidad de tribuno, mo-

desto cargo popular; por todo acto la convocacion del Senado, como si en su seno residiese la autoridad y la soberanía: lo único que se agenció fué el ejército, la guardia pretoriana, la guarnicion que le circundaba y le protegia, diciendo bien á las claras cómo en la ciudad del derecho sólo quedaba la fuerza. Así los cónsules se adelantaron á todos en proclamar su servidumbre y la autoridad imperial; á los cónsules siguieron el prefecto de la Annona, que disponia del trigo reservado al pueblo, y el prefecto del pretorio, que disponia de una parte considerable de la autoridad; á los prefectos los senadores, que representaban la majestad de las leyes y la soberanía de los romanos; á los senadores la plebe y el ejército.

Y sin embargo, perseveraba Tiberio en su respeto al Senado, y como que se estremecia de aceptar la herencia imperial. A muchos, á los incautos y optimistas, parecíales tal modestia signo de reinado favorable y próspero á la libertad; pero los cautos y experimentados observaban en la reserva de Tiberio siniestros misterios, en su escrupulosidad perseverantes intenciones, en su mirada escudriñadora el estudio de sus cortesanos para dividirlos en amigos y enemigos, procediendo contra éstos con la crueldad ingénita en todo despotismo. Hábil, habilísimo, todo su empeño estaba en aparentar la eleccion donde sólo existia

la violencia, y en convertir á sus jueces en cómplices de la tiranía y en reos de la injusticia misma de que debian ser víctimas. Para más revelar á los senadores que aquella su asamblea de dioses habia quedado reducida á una reunion de domésticos, quiso consagrar exclusivamente la primera sesion de su reinado á conmemorar la vida y la muerte de Augusto. Las vestales trajeron el testamento, que fué leido con los honores debidos á la única ley fundamental del Imperio. Despues de este solemne acto, los senadores agotaron su inventiva para decretar honores extraordinarios al difunto. Los unos clamaban por que pasara el cadáver bajo los arcos de la puerta triunfal en signo de sus victorias; los otros aconsejaban el llevar delante del inanimado cuerpo los títulos de las leyes dadas en su reinado y los nombres de las victorias alcanzadas; éstos proponian más, proponian que se le declarase inmortal aunque tanto hedia á muerto; aquéllos que se le pusiese solemnemente entre los dioses; y todos se brindaban á una, encorvándose hasta tocar en tierra, á conducir sobre sus espaldas los despojos para arrojarlos á la funeraria hoguera; pudiendo decir que no se cansaban de dar á la muerte vilmente todas las formas de la vida que podian caber en la podredumbre de la adulacion y de la mentira. Una escena bien cómica pasó en este pugilato de

obediencia y servilismo. El senador Valerio propuso que todos los años se renovara el juramento de fidelidad á los Césares. Tiberio, al ver tanta vileza, volvióse hácia el proponente y le dijo: «Te conjuro á que declares ante el Senado, como es verdad, que no he tenido parte alguna en tu proposicion». «No la has tenido, Tiberio. La idea es mia, y no tuya. La sostengo ante el Senado con toda conviccion, la sostendria contra todos los senadores juntos. Importaríame poco en verdad que tú mismo la contradijeras. Cuando yo creo que una medida conviene al Estado, no acostumbro á mirar la cara del César.» Agotadas todas las formas de la adulacion, dice Tácito, parecia imposible que aún quedase ésta desconocida y nueva. *Ea sola species adulandi supererat.*

En seguida se procedió á los funerales, que duraron siete dias. En lo alto del Palatino, desde cuyas cimas se descubre toda la Ciudad Eterna, sobre altísimo catafalco de oro y marfil compuesto, entre paños de la más rica púrpura de la antigua Tiro, yacia el cuerpo augusto revestido de la espléndida toga triunfal, y vaciado en cera con tanto arte que semejaba vivo y dormido, rodeándolo esclavos jóvenes que con abanicos de plumas renovaban el aire y espantaban las moscas, senadores envueltos en sus penulas sombrías, ma-

tronas ceñidas de estolas blancas, médicos consagrados á referir la muerte, soldados vistosamente vestidos y en celosa guardia, muchedumbres de curiosos que acudian al reclamo del nunca visto espectáculo. Pero lo que más á todos extrañaba era el número de fuerzas armadas que se congregaba en aquella ocasion solemnísima. Cuando Bruto y Casio inmolaron al dictador, y la única autoridad respetada desapareció con la persona del muerto, y las libertades populares volvieron de improviso, y la República se reanimó lanzando sus últimos destellos, y las competencias parecian muchas y pocos los hábitos de sumision, escasas fuerzas bastaron á mantener el órden; miéntras que en los funerales de Augusto, olvidadas las antiguas magistraturas, silenciosa la tribuna, sumiso el Senado, perdidos los comicios, eclipsada la libertad, los Césares en el cielo como los dioses, y los ciudadanos bajo el yugo como las bestias de carga, no se necesitaba un ejército semejante al de ciudad conquistada para guardar el cuerpo de un César muerto, y la inercia de un pueblo más muerto aún que su César.

Los cónsules alzaron el cadáver, y los senadores lo recibieron sobre sus espaldas; una estatua de oro, efigie de la victoria, ábria el cortejo, y en pos de ella una imágen de Augusto perfectamente erguida sobre su carro triunfal; á un lado

y otro, formando dos hileras paralelas, en bustos y estatuas, todos los principales ascendientes de la familia imperial y todos los principales héroes de la historia romana; despues grandes simulacros y estandartes con los títulos de las leyes dadas y los nombres de las naciones vencidas por Augusto; luégo coros de mancebos y doncellas, todos de la órden patricia, entonando elegías fúnebres; por último, pretorianos, caballeros, senadores y pueblo en traje de duelo, encaminándose todos por la cuesta Capitolina, á comenzar la procesion, deteniéndose en el Foro á oir los discursos apologéticos, pasando bajo el arco triunfal, y reuniéndose en la Vía Flaminia, al cabo, sobre la explanada del Busto, ceñida toda ella y ornada de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y perfumados, realzada por varios ornamentos, entre los cuales se veia un templo circular, y en su centro el lecho, depósito aparejado para el augusto cuerpo, á cuyo alrededor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en las manos, tres los pretorianos que arrojaban sus joyas y preseas, tres la multitud que vertia esencias y aromas; hasta que, acercándose Tiberio, antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se esparcieron por los aires, y lluvias de cenizas se precipitaron sobre la tierra, saliendo

entre las llamas un águila imperial, en cuyas garras iba el alma del muerto á posarse en el Olimpo junto al trono de Júpiter.

Terminada la ceremonia, se fueron las corporaciones oficiales. Tras las corporaciones oficiales, poco á poco, la engañada y engañosa multitud se fué tambien, sin ver cómo los átomos de su señor se perdian por completo en la igualdad implacable de la Naturaleza. Solamente Livia estuvo cinco dias en la casa mortuoria de los Césares, velando las sagradas cenizas. Al término de este duelo, trajo magnífica urna de alabastro oriental, y en esta urna depositó cuanto quedaba al mundo de su esposo, un poco de fria tierra. Luégo llevóla al Mausoleo, que todavía se conserva con el nombre de Mausoleo de Augusto. Mas era cosa ya averiguada, y fuera de toda duda, que aquel Emperador no pertenecia á la raza de los hombres, pertenecia á la raza de los dioses. El águila que saliera de su sarcófago, daba de esta verdad público testimonio. Luégo un personaje respetable, senador del Imperio, pretoriano por añadidura, juraba en su conciencia y en su honra, invocando el nombre de sus dioses y los manes de sus progenitores, haber visto la persona de Augusto, vestido y calzado, subir á los cielos como pudiera subir por la escalera de su casa. Tal testimonio no costó muy caro, un millon de sexter-

cios, ó como si dijéramos, un millon de reales á la viuda del Emperador. Aquel astuto Augusto, que se deslizaba como una serpiente por el polvo, erguíase sobre las estrellas de los cielos; aquel tímido y nervioso personaje, que se ocultaba temblando bajo la cama en cuanto oia tronar, vibraba el rayo en sus manos inmortales; aquel infame, manchado con todos los crímenes, con perjurios, robos, asesinatos, traiciones, recibia la espléndida corona de todas las virtudes; aquel enfermo, cuyo vientre se descomponia tan fácilmente en la tierra, gozaba así de la omnisciencia como de la omnipotencia en compañía de los dioses por las cimas del Olimpo; y despues de haber con dolo y falsía reinado visiblemente sobre los humanos vicios, reinaba en lo invisible con deslumbrantes resplandores.

Un moderno historiador de Augusto ha notado con exactitud y con profundidad que el Mausoleo del dios se ha convertido en un teatro de vaudevilles, bufos, cancanes y otras farsas. En efecto, miéntras el sepulcro de Adriano se eleva sobre la ciudad coronado por los blasones de la guerra, y el sepulcro de Cecilia Metela, bruñido por el sol de los siglos, parece crecer y perfeccionarse al cincel de la Historia, al paso de la vida, y la pirámide de Sextio aún provoca las miradas de los viandantes, su religioso respeto, en el ca-

mino hácia la basílica de San Pablo, y en aquella sublime Vía Apia, por el desierto que exhala vapores de muerte, entre fragmentos y ruinas de otras edades, los túmulos de los Horacios y de los Curiacios, simples montones de argamasa elevados sobre zócalos de piedra, obtienen de la memoria humana los holocaustos debidos al sacrificio y al heroísmo, la tumba del divino Augusto es la reunion de todos los titiriteros, de todos los payasos, de todos los bufones que divierten con sus gestos y con sus dicharachos los más bajos instintos de la romana plebe. Dominad la tierra, daos por un dios en el Olimpo, vivid recibiendo los homenajes de todos los hombres y la obediencia de todos los pueblos; mandad, relampagueando como las nubes y luciendo como los astros del cielo, para que luégo, en el refugio último de la vida, en el asilo de la muerte, allí donde os habíais levantado templos y altares á vuestro culto, vengan á profanaros y á maldeciros turbas de ridículos farsantes que manchen vuestros despojos y turben vuestro sueño. Hay Providencia. Ese hombre descollaba en el arte de engañar; la mentira se prendia á sus labios y el sofisma á su inteligencia; era su política una farsa y su vida una comedia; á la hora de espirar, cuando más necesitado estaba de presentarse desnudo ante la Historia, puesto que desnudo tambien debia presen-

tarse ante la eternidad, arreglaba su tocado al espejo y pedia á sus amigos y á sus cortesanos que reconocieran en él uno de los más consumados y de los más perfectos comediantes. La posteridad ha oido estos votos. En su sepulcro se representa una farsa eterna. Donde debia reinar el silencio, reina la algazara; donde debian correr lágrimas, corre vino; donde debian subir á lo alto religiosas plegarias, suben ridículas jácaras; donde debian estar de hinojos colegios de sacerdotes, saltan y se rien compañías de payasos; por aquellas bóvedas, en vez de fúnebres elegías, resuenan histéricas carcajadas. Comparad las tumbas de los perseguidos, de los humillados, de los pobres, de los mártires; comparad las catacumbas, todas cubiertas de frescos, regadas de lágrimas, henchidas de oraciones, con ese Mausoleo profanado por un cancan eterno, y decidme luégo si debe ser terrible para los tiranos la justicia de Dios, cuando es así, tan grave y tan implacable, la justicia de la Historia.

La farsa continúa al tratarse de la sucesion y de la herencia. Concluidos los funerales, congrégase el Senado. Cualquiera diria que iba derechamente á recoger la autoridad y á dictar leyes, destronando el cesarismo, para no verse expuesto á padecer nuevas perturbaciones, si los Césares son buenos, con su muerte, y con su vida, si los Césares son corrompidos y perversos. Pero no: en

cuanto Tiberio aparece, todas las rodillas se doblan, todas las manos se elevan, todas las voluntades se rebajan, todas las lenguas se desatan pidiendo á una que tome el imperio y que sobre las espaldas encorvadas de los ciudadanos levante su indisputable autoridad. El astuto Emperador dice, poco más ó ménos, lo siguiente: «El Imperio es grande, y pequeña mi inteligencia. Se trata de la tierra entera adquirida por César, conservada por Augusto, y la tierra entera no cabe en la estrecha palma de mi mano. Mis predecesores no fueron hombres sujetos como yo á todas las miserias humanas, fueron dioses. Y como no le es dado á un pobre animal elevarse, á pesar de su instinto, hasta nuestra razon, no le es dado á nuestra razon elevarse, á pesar de su grandeza, hasta la divinidad. Asociado al Imperio por mi predecesor, conozco cuántas fuerzas necesita el supremo mando, cuántos cuidados; todas las horas del dia, á veces largos desvelos robados al reparador sueño, siempre la virtud y la fuerza creadora del genio. En ciudad tan excelsa y antigua como Roma, campo de maniobras para el ejército, escuela de la ciencia para el filósofo, centro de tribunales para el jurisconsulto, gimnasio donde ejercitâr sus fuerzas el hombre de Estado, no conviene fiarlo todo á una sola persona, ántes precisa dividir los cargos, separar las facultades, des-

hacer entre muchos la autoridad suprema, para que marche por su propia fuerza y por su propia virtud se rija toda la República». Jamás mintió humana boca tan descaradamente.

«¿Qué va á ser de nosotros, miserables huérfanos?»—gritaban algunos, entre ellos, viejos de probada experiencia.—«Estamos abandonados de los dioses»,—decian otros como si les fuera á faltar la luz y el calor de la vida.—«Lloremos, lloremos como viudas esta extincion de la voluntad de Tiberio, más terrible que la extincion de la existencia de Augusto»,—gritaban guerreros fornidos que aún tenian su espada.—«Si nos dejas, buscarémos un refugio en la muerte»,—clamaban los jóvenes que debian sentir el calor de la sangre en las venas y el reclamo de la esperanza en el alma.—«Apiadaos de nosotros, genios tutelares de Roma, clamad al corazon del hijo adoptivo del César, para que quiera ser en esta vida nuestro amo y en la otra vuestro compañero»,—murmuraban varios, de hinojos ante las divinas efigies.—«Vale más desgarrarse las entrañas como Caton, que asistir á esta soledad del mundo, privados de su dios y de su sol»,—añadian los más cortesanos.—«Divino Augusto,—decia un retórico,—puesto que tus cenizas aún están calientes, envia su calor al que has dejado por único heredero en tu testamento.» — «No tienes derecho á

desheredarnos», —añadia un jurisconsulto.—Y todos se miraban, se conjuraban, se dirigian apóstrofes calurosas, se arrojaban al pié de los altares, se hundian en profundas adulaciones ante Tiberio, se deshacian en clamores y en lágrimas como si un voraz incendio flamease sobre sus cabezas, y á sus piés se abriese un inevitable naufragio.

Tiberio comprendió despues de esta algazara que la obra de César y de Augusto estaba ya perfecta, y que la servidumbre habia penetrado hasta el espíritu mismo de las nuevas generaciones, aparejándolas á una larga obediencia. Así es que despues de haber renunciado á todo el Imperio, se atrevió á pedir humildemente una parte. Muchos de los que le escuchaban atentos, no pudiendo penetrar en la lobreguez de aquel abismo de alma pervertida, se detenian á meditar sobre si le disgustaban ó no tantas instancias para que recogiera todo el Imperio, tentados á creer humildad el disimulo. Entónces Asinio Galo, ó más ingenuo, ó más fatigado, se encaró con él y le dijo: «Puesto que, ofrecido á tu disposicion todo el Imperio, lo has rechazado, y ahora como que pides una parte, designa verbalmente aquélla que te plazca regir». No esperaba el nuevo César en verdad esta franca respuesta. Su desconcierto fué tan grande pero tan taimado como su disimulo. Al pronto no sabía qué hacer ni qué decir.

Tanto atrevimiento le extrañaba más de lo que hubiera creido. Pero reponiéndose de la sorpresa y recobrando el imperio acostumbrado sobre sí mismo, dijo con reconcentrada ira que su decencia no le permitia escoger una parte y rechazar otra, cuando reiteradamente habia pedido que se le dispensase del todo. Por mucho que Tiberio queria reconcentrar su ira, se le asomaba por las arrugas de la frente, por los arcos de las cejas, por el destello de los ojos, por la contraccion de los labios. Así es que Galo, acostumbrado á leer cuanto ocultaba la palabra del tirano, se excusó de su atrevida proposicion balbuceando la idea de que era tan sólo el exacto cumplimiento de las palabras de Tiberio. Mas Tiberio ya le habia tomado por aspirante á la suprema autoridad, y ya en sus listas lo habia puesto y señalado entre los reos de muerte.

Entónces vino Arruntio al auxilio de Galo. Sus palabras se unieron estrechamente con las palabras del precedente. Si álguien habia sido osado á proponer una parte del Imperio al César que lo rehusaba todo, era secundándole y favoreciéndole. Tiberio se irritó más todavía de esta intervencion de Arruntio que de la iniciativa de Galo. Recordaba con ira unas palabras de Augusto en las cuales ya parecia designarse á este senador poderoso como un temible aspirante á la

púrpura, y en su intencion y en su pensamiento lo condenaba por una sentencia inapelable á muerte. Dos senadores vinieron aún á extender sombras en aquella frente y á envenenar con corrosiva ponzoña aquel instante. El uno de ellos, Haterio, le preguntó hasta cuándo pensaba dejar la República sin jefe; y el otro, Escauro, si habia tomado la magistratura de tribuno para oponer su veto á toda resolucion. Como observa profundamente Tácito, el César se volvió airado contra Haterio; pero contra Escauro, á quien de antiguo aborrecia, no dijo ni una sola palabra. Conocido ya el vado, sondeada la inmensa humillacion casi sin fondo de aquellos senadores, creyó fácil acaparar el Imperio; y lo recogió como quien se resigna, actitud muy propia de la doblez de su carácter.

Pero aún los senadores no creian haber descendido bastante. Elevado Tiberio al trono, precisaba elevar al cielo á su madre. Así, en el momento de la aceptacion misma, se forjó la apoteósis de aquella vieja fatal, manchada con toda suerte de crímenes. Unos proponian que se le diese el título de madre del Imperio, de aquel Imperio que no cabia en las entrañas del planeta; otros querian que se la llamase madre de la patria, de aquella patria forjada en el horno de tantas guerras, ungida con la sangre de tantos mártires, tem-

plo de los dioses, tan vasta y tan dilatada como el humano espíritu. Hubo quien propuso un altar. El taimado Emperador, que no podia sufrir la imperiosa tutela de su madre, los reprendió agriamente, pretextando lo inusitado de decretar tales honores al sexo débil, y se opuso hasta que se concediese un lictor á su madre. Más imperialistas que el mismo Emperador, querian, creidos de agradarle, insistir en la apoteósis; pero al ver que le disgustaban, se callaron como las fieras por el domador amenazadas. A un Senado así entregó Tiberio los comicios populares, aquellos comicios por tribus donde se desarrollara con tanto vigor y tanta robustez la democracia romana. Y luégo que hubo concluido y perfeccionado esta obra, extincta la antigua libertad, suprimidos los comicios, rebajada la curia, muda la tribuna, los soldados convertidos en domésticos del palacio imperial, los senadores en cortesanos, la plebe en sierva, Tiberio convirtió sus ojos de mochuelo á todas partes, y viendo por doquier obediencia y servilismo y vicios, pudo decir tranquilo: «El mundo es un lobezno que tengo agarrado yo por las orejas».

CAPITULO V.

LA ESCLAVITUD DE UN TIRANO.

En su casa del monte Palatino estaba, poco despues de su exaltacion al Imperio, el nuevo Emperador. Aunque sólo tiene cuarenta años, Tiberio ha envejecido, como si lo devoraran interiormente y lo consumieran las llamas y los rescoldos de sus reconcentradas pasiones. Su cráneo ha perdido casi todos los cabellos. Sus facciones han tomado el corte siniestro de sus siniestros pensamientos. Su rostro, hermosísimo en otro tiempo, está manchado de erupciones cutáneas que parecen escupitajos cancerosos de todos los vicios reunidos en su perversa naturaleza. Una melancolía profunda lo posee, la melancolía de quien ha tocado al límite de todos sus deseos, y no ha podido encontrar ni satisfaccion ni reposo. Al contrario, en cuanto ha subido al voraginosísimo cráter que se llama el trono, se ha visto confi-

ñado en alturas inaccesibles y circuido de atmósfera irrespirable. Al mirar hácia abajo, sólo ha descubierto los hombres perdidos como hormigas inquietas en los abismos; al mirar hácia arriba, sólo ha descubierto el cielo sombrío, sordo á sus quejas, mudo á sus interrogaciones, uniforme é implacable, el misterio de los misterios.

Pero lo que más le atormentaba era haber alcanzado el poder y no haber alcanzado la libertad. Podia suprimir el albedrío de toda la humanidad, y no podia ejercer el propio albedrío. La última voluntad de Augusto, leida en el Senado, asociaba su viuda Livia al poder de Tiberio. El difunto habia hecho de la siniestra vieja su primer heredera, y Roma debia elevarla á diosa. Es natural en toda servidumbre creer que ennoblece sus cadenas ligándolas á un altar. Para los oprimidos que se han despojado de la conciencia viva de su derecho, son divinidades sublimes los opresores. Desde el punto y hora en que existe tal creencia, la libertad perdida no vuelve. Se desconoce que una ley rige, como los mundos, las sociedades, y se invoca la arbitrariedad de una sola persona. Livia, que para oprimir á su sabor la humanidad, trataba de corromperla, y para corromperla, de estudiarla, conoció á ciencia cierta cómo podia envilecer más á Roma, y fundó la religion imperial, que sólo podia fundarse elevando

Augusto á dios para que toda su familia participase por igual de esa prestada divinidad en una continua apoteósis. Y si Augusto era un dios, su mujer, su viuda, la que compartiera su existencia, debia pasar á la categoría de diosa. En aquel estado de las sociedades, en aquel calor de los sentimientos, en aquella fiebre de las ideas, al término de la historia antigua, al principio de la historia moderna, cuando todos los oidos se aplicaban á la tierra para atender si acaso resonaban los pasos de algun Mesías, de algun redentor, trayendo palabras salvadoras ó luz divina, cosa fácil parecia hasta fundar una religion basada en el absurdo Cesarismo. Servir en su conciencia, servir en su voluntad, servir en vida y servir en muerte para fundamento de un trono ó de un ara, aunque en el trono se asiente la tiranía y en el ara se eleve el sofisma, es la ley suprema de las épocas siniestras en que la libertad se apaga. Mas como en Roma todo era extraordinario y absurdo durante esta época de la fundacion del Imperio, un César omnipotente, el sucesor de Augusto, que se acostaba sobre las espaldas del género humano como sobre su propio lecho, que consideraba la tierra entera su mancebía, que aguardaba la hora de ser contado entre las constelaciones del cielo, brillando con luz inextinguible, aquí en este mundo junto á los astros, allá en otro mundo

junto á los dioses, veia su propia alma, esa sombra inmensa proyectada en lo infinito, á merced de astuta y débil mujer destruida casi por los años y próxima al sepulcro. Imaginaos cuántos pensamientos rodarian por aquella cabeza, coronada por una corona semejante á la aureola de luz que lleva el sol, y reducida en realidad á tristísimo escabel de moribunda vieja. Estudiad como querais á los que se ensoberbecen y se elevan á falsa omnipotencia; siempre encontrareis que la Naturaleza se venga de ellos sabiamente, hiriéndolos con la ponzoñosa y aguda flecha de eso indescifrable, pero asesino, que se llama en lengua corriente lo ridículo.

—Aquí estás, ¡oh, César!—decíase á sí mismo Tiberio,—temblando como en la infancia por si te reñirá ó te golpeará tu madre. Casado ya con várias mujeres hermosas, general de numerosos ejércitos, vencedor en cien batallas, padre de familia, heredero de Augusto, tribuno, cónsul, pontífice, Emperador, casi un Dios, á guisa de mujer, vives en perpetua tutela. Hay momentos en que me maldigo á mí mismo, y hasta maldigo la hora en que, acabado el diluvio, Deucalion descendió de su barca para coger las duras piedras y ablandarlas y convertirlas en nuestra carne. ¿Los pueblos se reunirán tranquilos en torno mio como un rebaño para que los lleve yo al corral de Li-

via? ¿Me creerá todo el género humano divino padre de los hombres, cuando solamente soy pobre hijo de orgullosa matrona? Vale más que regir de esta manera el mundo, darme de colorete, vestirme de seda, colgar áureos pendientes á mis orejas, enroscar un collar á mi garganta, é irme por ahí, por esos mundos, como una prostituta; ya que he prostituido lo más sagrado, la majestad del Imperio. Y yo, que he llevado la espada de Julio César en Iliria, debo llevar ahora el espejo de las hembras en Roma, en esta Roma ,donde pensaba entrar como si fuera Júpiter, coronado de rayos. ¡Oh vieja, que pareces la Parca pronta á tejer ó cortar á tu antojo la urdimbre del Imperio! ¿No podré yo confundirte en el abismo, ya que usurpas el punto destinado solamente á mi persona, ya que ocupas la cima de la tierra? Ambiciosa, artera, astuta, malvada...

Pero en el momento mismo de pronunciar estas palabras entre dientes, aparece Livia, y Tiberio, dirigiéndose hácia ella, le dice:

—Madre mia querida, ídolo del pueblo romano, compañera del divino César Augusto, matrona sin igual en los fastos, Semíramis por el valor, Artemisa por la fidelidad, en buen hora vengas á la mansion de tu hijo, que debes habitar eternamente, como desde que lo engendraste y lo pariste habitas en su corazon.

—Hijo mio,—exclamó Livia,—tu madre vela por tí como veló por tu padre adoptivo, el divino Augusto. No te cures de cosa alguna miéntras esté en tu compañía la mujer que te diera la vida y luégo la completara con el Imperio. Inmensa ventaja ser César, el primero entre los hombres, el dueño de la tierra, sin necesidad de soportar los desvelos del gobierno, todos confiados á Livia, en cuyas manos quedan como en depósito el mundo y el Emperador.

—Nadie conoce, Livia, tu genio como lo conoce Tiberio. Nadie lo admira ni lo estima como yo lo admiro y lo estimo. Quiero que imperes, pues debe imperar siempre el genio, no lo dudes. El mayor de los hombres dispuesto está á ser el menor de tus esclavos. Permíteme, sin embargo, dirigirte una observacion importante. Si los ilustres romanos, aquéllos á quienes debemos la patria, Escipion, Camilo, sombras augustas é inmortales, alzan sus cabezas coronadas de laureles rociados por el agua lustral, y convierten hácia nosotros los ojos, descubriendo al traves de las olorosas antorchas encendidas en su honra allá por los Elíseos Campos, la tierra amada que hace tanto tiempo dejaron, al ver nuestros pueblos regidos por una matrona, y por una matrona mandados nuestros ejércitos, creerán sin duda que ya no hay hombres en Roma.

Livia se mordió los delgados labios con los finos cortantes dientes, y dijo:

—Roma debe mucho á sus matronas, que la han ilustrado al par de sus guerreros. La castidad de una Lucrecia, el pudor de una Virginia, el patriotismo de la madre de Coroliano, el sueño de la esposa de Julio César, han contribuido tanto á la grandeza de Roma como los edictos de sus legisladores y los sacrificios de sus héroes.

—Roma es siempre grande; pero confiesa, Livia, que está muy cambiada. Ningun recuerdo vivo de la antigua religion del patriotismo va quedando entre nosotros. Los romanos olvidan que fuera de la puerta Capena se extiende el valle en que la ninfa Egeria murmuró al oido de Numa los primeros sagrados principios de nuestras leyes; y que aquí en el Palatino se alza la colina donde Rómulo dirigió sus brazos vencedores á Júpiter. Ni un adorador en el templo, ni un devoto en la gruta sagrada, donde los artificios de nuestras manos han profanado la santa ingenuidad de la Naturaleza. Cortesanos en el Senado, acróbatas en el municipio, sofistas en las escuelas, perjuros en los templos, intrigantes en el ejército; los que sólo han sacrificado en la arena gladiadores comprados, y no en el campo enemigos soberbios, los que sólo han dado juegos al pueblo ebrio, puestos en las primeras posiciones

del Imperio, miéntras emigran los verdaderos ciudadanos, llevándose en una carreta su pobre ajuar, por no ver la corrupcion del Oriente como una corriente de puz mezclándose con las aguas del Tíber; la antigua sencillez nuestra reemplazada con las mitras asiáticas; los nietos de Rómulo, ignorantes de la espada y del arado, con zarcillos á las orejas y collares á la garganta; los griegos, hábiles en el arte de adular y de mentir, dueños casi de todos nuestros empleos; y la plèbe envilecida, sin más pensamiento ni más objeto que pasar sus dias en las altas gradas del Circo, y descolgarse de allí para caer en las infames voluptuosidades de la orgía.

Livia, al oir este largo período, verdaderamente ciceroniano, lanzó una carcajada en la cual habia ecos de los maullidos del tigre, y dijo entre amenazadora y burlona, mirando de hito en hito á Tiberio:

—Díme, ¿te has hecho al sentir sobre tus hombros la pesada herencia imperial un republicano? ¡Tendria que ver al César demagogo!

Tiberio conoció que en aquella palabra se encerraba una verdadera amenaza, una amenaza quizá de muerte, y dijo, cambiando de pronto el tono:

—Vamos, Livia, veo que para engañarte sólo necesito querer engañarte. Al entrar tú ensayaba una declamacion, pues ya sabes que siempre fuí

á las declamaciones aficionado. Guardaba en mi memoria ésa que has oido, compuesta sobre el tema retórico de los vicios de Roma, y te la he arrojado al rostro con tanta naturalidad, que has debido tomarla por la expresion de mis pensamientos más íntimos. Te engañabas, tú, tan sábia. Dije cuatro vulgaridades sobre los vicios de Roma como hubiera podido decirlas sobre la serpiente Pithon ó sobre el coloso de Ródas. No soy tan estúpido que ignore cómo Augusto ha serenado el mundo con serenar aquel antiguo oleaje de la elocuencia republicana, en cuyo seno tronaban tantas tempestades. Roma no ha menester de libertad. Este misterio viviente debe regirse por otro misterio; esta diosa debe desposarse con un dios. La tribuna donde la luz resplandece se ha volcado para siempre en las ruinas de la República extincta. La llama de la elocuencia podia iluminar al mundo, pero tambien abrasarlo. Aquellos grandes oradores, padres de pueblos y provincias, jefes de clientela tan numerosa como nuestros ejércitos, seguidos de aduladores y de cortesanos sin número, elevándose en la Tribuna de los Rostros como en sagradas aras y altares, teniendo bajo sus manos un pueblo que se embriagaba de elocuencia; dictadores de los entendimientos, reyes de los corazones, árbitros de los comicios, tan prontos á suscitar las tormentas rui-

dosas con un apóstrofe, como á traer la calma y la serenidad con una sonrisa; filósofos por sus ideas, artistas por sus formas, actores y comediantes por su accion, déspotas y tiranos por esa virtud de la palabra, más fuerte y más avasalladora que todas las cadenas, ¡ah! no podian vivir ni podian hablar en paz frente á frente de nuestra divina autoridad. Así en Roma sólo debe oirse la voz del Emperador. Los comicios se han disuelto, los abogados se han ido al encierro de un templo, el Foro se ha limpiado de asambleas, la Tribuna de los Rostros está muda, y el Senado se ha reducido á una escuela de gimnasia intelectual, donde los senadores, en vez de pronunciar sus propias arengas, tendrán que oir, que aprender, que comentar perpetuamente las arengas de Augusto.

—Pues bien, Tiberio, no imitemos nosotros la estúpida garrulería de esos oradores pronunciando largos discursos, en vez de emprender maduras obras. El gobierno es accion, accion, siempre accion. En las palabras excesivas se malgasta la fuerza necesaria. Hay que disponer várias cosas, todas al igual indispensables. Por de pronto, esta mañana, pasando un pomposo entierro, cierto ciudadano de aquéllos que no han recibido aún los legados del testamento de Augusto, exclamó, encarándose con el muerto y en voz alta: «Díle

al divino Emperador que todavía estamos esperando su dinero». Lo he mandado prender, le he hecho contar el dinero en la mano, y lo he matado, encargándole que fuera él mismo en persona al otro mundo á certificar la fidelidad y la puntualidad en el pago.

—¡Magnífico! ¡magnífico!—murmuró Tiberio frotándose las manos.

—Para asegurar la religion debida á mi esposo, pues no siendo él un Dios, no seríamos Césares nosotros, he castigado con pena de muerte á los que han tenido la audacia de desnudarse para entrar al baño en presencia de su estatua, y á los que han pagado en lupanares las caricias de la prostitucion con monedas que llevaban marcada la efigie de Augusto.

—¡Bien! ¡bien!—añadia Tiberio, reducido á prestar sus aplausos á la política de su madre.

—Así acabo de organizar el culto debido al divino Augusto con la asociacion del Senado á las ceremonias, con mi nombramiento de gran sacerdotisa, con el decreto de colegios augustales, con el establecimiento de templos desde las riberas del Ponto Euxino hasta las riberas de los mares de Gádes. La parte del género humano que se escape al encadenamiento de la fuerza caerá por el prestigio de la supersticion.

—¡Incomparable! ¡incomparable!—decia ma-

quinalmente Tiberio, resuelto á celebrar todo cuanto propusiese su madre.

—Luégo necesitamos intentar y consumar otras muchas empresas no ménos necesarias. Jamás profesé la teoría absurda del crímen por el crímen. Creo condenable toda crueldad inútil; pero creo irremisible en estas alturas la crueldad. Nuestro primer ministro es la muerte, y á la muerte debemos apelar siempre que la creamos precisa. Sabes bien que al llegar á recoger la herencia de tu padre adoptivo, te encontraste fuera ya de este mundo al temible competidor Pósthumo. Pues bien, la hija de Augusto, la viuda de Agripa, la madre de tantos príncipes, tu esposa Julia, todavía vive, y su vida es una sombra para tu corona.

—Pues hay que matarla,—exclamaba Tiberio, como si de matar cualquier animal se tratase.

—Luégo hace catorce años que el amante de tu esposa Julia, Sempronio, escribió cartas injuriosas contra tí.

—¡Catorce años! Es verdad. Y ya hace catorce dias que soy César, y aún vive. Madre, que muera.

—¡Morirá! Pero no olvides que Druso conspira todavía para resucitar la República.

—Pues que vaya entre los muertos por haber querido resucitar una muerta.

—No olvides que Silano muestra una independencia peligrosa.

—Pues muera Silano.

—Y no olvides que un falso Agripa se da por el gran general, y te disputa al frente de bandas insurrectas el Imperio.

—Pues muera tambien Agripa.

—Sobre todo, Tiberio, el dulce y valeroso Germánico, que lleva en sus venas sangre imperial, que tiene por esposa una mujer idolatrada del pueblo, que se ha oido mil veces decir Emperador por sus legiones, que ha domado tantas tribus indómitas, que ha aparecido ante Roma con apariencias de tribuno, debe, por su propia grandeza y sus innumerables servicios, caer tambien, pues junto á un César poderoso y verdadero es otro César, cuya sombra oscurecerá tu frente.

—¡Germánico! Pero las legiones del Rhin ¡ay! sin él no me obedecerian.

—Por lo mismo debe morir.

—Pues mil pueblos no me obedecerian sin él.

—Por lo mismo debe morir. Con el peso de ese agradecimiento no se puede permanecer allá sobre las altísimas eminencias de la sociedad y del mundo. Imposible ejercer en paz el Imperio enfrente de otro que lo merezca.

—Pues, madre mia, que muera Germánico.

—Bien, hijo mio; ahora mereces verdadera-

mente la dignidad de César. Los escrúpulos son telas de araña que sólo sirven para cazar moscas. Animo, ánimo, siempre ánimo, á fin de sostener, salvar y conservar la autoridad imperial. El mundo sólo cede al miedo.

—Es verdad.

Y Tiberio temblaba al oir esta terrible palabra, temblaba ante su madre, y se persuadia por este gran temblor de que efectivamente sólo estaba ligado á ella por el miedo. Así es que en cuanto Livia se levantó y se fué, dióse nuevamente á sus murmuraciones el César.

—¡Oh! ¿De qué sirven glorias, grandezas, poderes omnímodos? Mi madre lo acapara todo y me entrega los restos de autoridad desprendidos de sus manos, como si en vez de su Emperador fuera yo su perro. Ella bate moneda con su efigie á guisa de supremo imperante; se ciñe la corona de Juno y el traje de los sacerdotes; se denomina la Justicia, la Misericordia, la Majestad; pretende que los pueblos la crean en comunicacion perpetua con Augusto; asocia su nombre á mi nombre, y muchas veces pone el suyo ántes que el mio; toma los privilegios y los títulos que más cuadran á los caprichos de su gusto; reune al Senado en su casa; preside las funciones del teatro y da juegos en el Circo; lleva los caballeros y los patricios tras de su litera; acude como un prefecto á los incen-

dios y como un pontífice á los templos; hace de sus libertos mis favoritos y privados; de tal suerte que estoy como cuando era un tosco feto, contenido, encerrado en las entrañas de Livia. Antes que ver esta infamia, rebajado, avergonzadísimo, confuso á mis propios ojos, á mi propia conciencia, huyo de Roma y me confino en una isla desierta.

Efectivamente, no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolucion reinó Livia como Emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposó, ni á la cara de su hijo. Cuarenta años de incontestado poder habian puesto en sus manos resortes desconocidos. El Imperio no tenia para ella secretos, como la conciencia no tenia en ella escrúpulos. Consagrada á mandar, ningun otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasion su pecho. Creida de que ella era la salud del mundo, creia tambien justo cuanto á conservarla se encaminara. El destierro á lejanas tierras, la reclusion perpetua en oscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en las almas, todo contra sus enemigos, le era igual, si conspiraba al fin deseado, á la conservacion y robustecimiento de su poder y de su

fuerza. Lo que más tenia sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenia á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento, donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariencia como de astuta hembra, y en realidad crudelísimo é implacable; porque aquella hembra era fria como una horrible Parca. A los setenta años, semejante varonil mujer, sin que el peso de la edad abrumase sus espaldas, ni el peso de los remordimientos abrumase su alma, sosteníase entera y erguida, superior á todas las fatigas, como pendiente de una idea cuya fuerza de atraccion era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenia de presidir por su genio á la suprema direccion del mundo, y de llevarlo con esta direccion inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se encerrase en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunia los magistrados, los poetas, los senadores, los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de su hijo en público, y recordar indirectamente que Livia lo habia engendrado, parido,

criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarle; libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial; llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan léjos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y Emperador, se embriagába de sangre.

Cuando el Emperador recibia los periódicos de Roma, y echaba una ojeada sobre los contertulios de la Emperatriz, pompòsamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposicion implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese tambien más despreciada; el tribuno se dolia de que, teniendo un veto para amparar al pueblo, despues que Tiberio usurpaba sus facultades, no podia acertar ni dónde acababan sus derechos ni dónde comenzaban sus deberes; los jurisconsultos se reian de que en Roma nadie supiera los hechos vedados ni los hechos permitidos; el satírico azotaba las malas costumbres alimentadas por los altos ejemplos; y el filósofo discurria sobre las virtudes perdidas con las instituciones antiguas,

usando todos de unas libertades de lenguaje más latas ó restrictas, segun que la madre estaba de buenas ó de malas con su opresor y opreso hijo. Pero si, en medio de estos atrevimientos de la palabra, excitados muchas veces por el vino, llegaban á creer que alguno de los presentes podia tener la alta honra de contarse entre los espías tiberianos, quedábanse todos helados y mudos de espanto. Cierto dia que Tiberio dirigió algunas palabras duras al Senado, hubo un senador que allí mismo, en su privilegiada silla, se murió del susto. Y sin embargo, habia quienes no se resignaban fácilmente á perder sus epigramas, aunque corrieran seguro riesgo de perder sus cabezas.

Lo cierto es que, alentados por las murmuraciones corrientes en casa de Livia, los ciudadanos se asentaban al aire libre, en los bancos de piedra circulares erigidos por las encrucijadas, y allí, entre los juegos de los titiriteros, los ejercicios de perros, monos y hasta cerdos sabios, las canciones propias de la calle, los versos recitados por los poetas ambulantes, los gritos de los vendedores, los pregones de los anuncios, discurrian de política, pasaban revista á las magistraturas, descomponian la geografía del Imperio, contaban anécdotas sobre la vida privada del Emperador, y vertian las ideas más extrañas y las noticias más raras acerca de los diversos ejércitos disemi-

nados por las fronteras y de sus continuas guerras. De pronto, la gran dama pasaba en su litera conducida por esclavos, y á la portezuela iba, peinado como una mujer, es decir, con la raya partida por mitad de la frente, vestido de ricas preseas, oliendo á todos los perfumes de la Arabia, mostrando los brazos desnudos y afeitados, el jóven epicúreo, galanteador y murmuron y dicharachero, que entre un cantar de Egipto y otro cantar de España, y entre dos cuentecillos verdes y algunas anécdotas escandalosas, despues de haber dicho quién era la querida del vecino y cómo se llamaba la manceba del transeunte, solia soltar con miedo, pero con gracia, algunas palabras de oposicion al Emperador y al Imperio. A lo mejor hacian algo más, deslizaban furtivamente un libelo que no se leia sino cuando el lector estaba expuesto materialmente á la muerte.

Durante algun tiempo Tiberio habia resuelto no parar miéntes en esta oposicion, repitiendo ciertas palabras de Augusto que aconsejaban á los Césares curarse poco del mal que pudieran decir de ellos, y mucho del mal que pudieran personalmente hacerles. Pero luégo se fué indignando á medida que fué creciendo en autoridad y en poder. Bien es verdad que le criticaban por mal hijo si reñia con Livia, y por mal Emperador si la respetaba; por cruel si iba á los gladiadores,

y por misántropo y sombrío si no iba; por vanidoso si oia las adulaciones y aceptaba los honores, y por soberbio si lo desdeñaba todo; por tonto si prohibia la fundacion de templos á su nombre, y por insensato si la toleraba; por irreverente con la Naturaleza si encàuzaba las aguas del Tíber, y por asesino de los romanos si las dejaba fluir á su antojo y diseminar las homicidas fiebres; por cobarde si no acudia al ejército, y por ambicioso si acudia; siempre asaeteado de una oposicion que le envenenaba hasta el alma. Así daba muestras muy expresivas de que aquella irreverencia no podia continuar, arrojando de lo alto del Capitolio abajo á un murmurador, y ahorcando á otro en la cárcel; pero duraba el silencio lo que duraba el miedo, y el miedo á su vez lo que el siniestro recuerdo de estos crímenes.

Donde la oposicion se avivaba más, era en el teatro. Toda tragedia tenia un personaje igual completamente al traidor de nuestros melodramas, y era el tirano. Pasaba la escena en Grecia, á las orillas del Egeo, entre los bosques de Thesalia, bajo los laureles del Pindo, ó al eco de los ruiseñores de Colonna; pero lo cierto era que aquel hombre, superior á todos los hombres, calzado de coturno, vestido de púrpura, coronado de resplandeciente diadema, puesto en el trono, sobre cuya persona se condensaban todos los crí-

menes y todos los odios, ebrio de orgullo, largo en palabras resonantes, corto en acciones buenas, manchado de sangre, sordo á toda súplica, blando á toda lisonja, con la muerte por mensajera y la guadaña por cetro, señalado al puñal de un Bruto y de un Casio como la víctima en verdad más agradable á Júpiter, maldecido en versos que recordaban la antigua indignacion de los tribunos... ¡ah! ni era ni podia ser otro que el Emperador reinante sobre todos y de todos odiado. Llegábase hasta repetir en las tablas palabras que Tiberio habia dicho como éstas: «Solamente los Césares demasiado benévolos matan de un golpe; en mi Imperio los condenados concluirán por agradecerme como un favor la muerte».

Las injurias llegaban á tal extremo, que el Emperador se veia obligado, por su tumulto y por su número, á ir en persona á Roma para refrenarlas. En cuanto el Senado queria apuntar su oposicion al Emperador, decretaba alguna nueva manera de honrar á Livia. Y en cuanto Livia aceptaba la honra decretada, el Emperador prohibia su ejecucion. Ordenada una estatua, Tiberio la impidió. Livia, en venganza, elevó por el mismo sitio designado á su efigie, cerca del teatro Marcelo, otra efigie de Augusto, inscribiendo su nombre y su dignidad de Emperatriz ántes que el nombre y la dignidad de su hijo. Luégo, vien-

do que éste no iba resueltamente á verla, se entró en sus salones con la naturalidad y el imperio de siempre, á imponerle cualquier decreto repugnante para probar todo su poder. Tiberio, que muchas veces acariciaba en secreto la idea de sacrificar á su madre, caia rendido á sus plantas, fascinado por el terror, en cuanto la veia aparecer, altiva é imperiosa, como si ella fuese aún jóven y él aún fuese niño. La primera vez que le habló despues de sus últimos disgustos, herido Tiberio por las tertulias de Livia, y herida Livia por las disposiciones contra su estatua, que sostuviera tan tenazmente Tiberio, empeñóse la Emperatriz en que habia de dar no sé cuál dignidad altísima á uno de sus libertos. El Emperador se resistió tenazmente; pero más tenazmente todavía reclamó la Emperatriz. Vencido al fin Tiberio por aquella mirada fascinadora, por aquellas palabras cortadas y breves, por aquel tono imperioso, por aquellos ademanes resueltos, convino en decretar la dignidad demandada, pero á condicion de poner en el decreto que cedia á las obsesiones de Livia. Al oir esto la Emperatriz, se irguió como una serpiente anhelosa de clavar su aguijon y de verter su veneno. Relámpagos de ira cruzaron por sus ojos de gata. La voz salió de su garganta como el resuello de un volcan comprimido. Los recuerdos de cuanto Tiberio le debia á

ella y de cuanto ella le debia á Tiberio brotaron de sus estrechos labios y se agarraron como las célebres culebras del Laoconte al cuerpo del Emperador. Ya fuera de sí, como quien busca un puñal para dar un golpe de gracia, buscó en su pecho unos recuerdos de Augusto, unas cartas donde estaba escrito el juicio de Tiberio trazado de mano maestra por su predecesor. Miéntras Tiberio se revolvia en su silla, la Emperatriz, de pié á su lado, cogiéndole por el brazo como para obligarle á recibir por fuerza los asesinos golpes, leia la sentencia póstuma, palabra por palabra, recalcando las más duras y las más acerbas, y uniéndolas á relámpagos de ira lanzados por sus ojos, teñidos del color verdoso de la muerte. A semejante lectura en que salian á borbotones las palabras de taimado, hipócrita, cruel, traidor, soberbio, vicioso, criminal, cobarde, el Emperador temblaba, demostrando sentir un escalofrio homicida que le cogia de los piés á la cabeza, y se agarraba á su madre como en súplica de misericordia y perdon. Pero cuando no pudo ya más, cuando perdió la luz de los ojos, cuando sacudimientos epilépticos atravesaron todo su cuerpo, y nubes oscurísimas cayeron sobre su alma, fué al oir que Livia leeria, si preciso era, al Senado esta opinion de Augusto sobre su infame sucesor, opinion que redundaria en su eterna deshonra. Bajo

tal amenaza firmó Tiberio el decreto con presteza, despidió á su madre con amor, llamó una litera con impaciencia, salió de Roma con miedo, y se fué á la isla Caprea, anheloso por ocultar su vergüenza y decidido á ofrecer todos los dias un sacrificio á los dioses para que lo libertaran prontamente de su imperiosa y vengativa madre.

Esta, cada dia más airada contra su hijo, presentábase al Circo para complacer al pueblo y para contrastar con sus gracias y con sus larguezas la sombría avaricia y la prolongada ausencia de Tiberio. Desde el dia en que los comicios se acabaron, crecieron los juegos. No pudiendo ir los pueblos á las asambleas, iban á los anfiteatros. No pudiendo apasionarse por la libertad y por el derecho, se apasionaban por el caballo de España ó por el atleta de Tracia. Los partidarios de Pompeyo, de Caton, de Marco Tulio ya no existian; pero existian los partidarios de los verdes, los azules, los blancos y los rojos. Mucha sangre se derramó por la dignidad de los tribunos, por los votos en curias ó en centurias; pero más sangre, mucha más sangre se derramó por las carreras y por las luchas del Circo. En una de estas sangrientas competencias murieron treinta mil ciudadanos. Y no habia remedio, el alma del pueblo necesitaba alimento, su corazon emociones, su sensibilidad motivos de un febril ejercicio; y vi-

nieron estos combates protervos á reemplazar las nobles luchas del pensamiento y de la palabra. Jamás se dió una caida tan profunda desde una altura tan eminente como la caida del pueblo romano desde las cimas de la libertad á los profundos abismos del Imperio.

Entre el monte Palatino y el monte Aventino, en valle estrecho y profundo, se extiende el Circo Máximo, la grande liza, dos millas trescientos piés de larga y quinientos piés de ancha, rodeado al exterior por un muro fortísimo compuesto de ladrillos y argamasa romana, maravilla de las maravillas: los pórticos larguísimos y formados de arcos sobrepuestos; la elipse ocupada por espaciosa escalinata y ceñida en su remate con galería de mármol, tan sólida como ligera y aérea; el podium ó base de un espesor y de una solidez como la raíz de las montañas; los canales al pié de ese podio, canales profundos y claros como caúces de cristalinos rios; el pavimento sembrado de puzolana, con la cual se mezclan átomos de vidrios relucientes como plata, y que contrastan con el color entre rojo y dorado de las piedras; en medio la espina, ó radio, sobre la cual se eleva gigantesco obelisco y dos series de estatuas forjadas en reluciente bronce; al fin las tres metas que deben tocar los luchadores, y donde deben detenerse los carros; y por todos aquellos espacios

se extiende y se aglomera un pueblo entusiasmado, delirante, fuera de sí, que sigue con los ojos y con los gritos y con los aplausos la procesion compuesta de todos los colegios sacerdotales y consagrada á los grandes dioses, precedida por coros de niños que entonan odas, y por los justadores y atletas desnudos como estatuas, y por grupos de danza, y por cantores de versos acompañados de música armoniosa, y por sátiros vestidos de pieles de macho cabrío, y por silenos coronados de flores, y por mancebos con pebeteros despidiendo perfumes; hasta que al fin las legiones de atletas, las compañías de carros, las cuadrigas de marfil, los caballos montados por los más diestros jinetes, salen, como en tropel, y sin embargo en órden, y se lanzan con ímpetu á la carrera, y se disputan con afan el consabido premio entre una desmedida algazara, originada por más de cien mil espectadores á quienes las innumerables libaciones y el mutuo entusiasmo embriagan y enloquecen.

Tiberio no parece por los juegos. Pero Livia los preside, sabiendo que la presencia en los juegos constituye una parte esencial de su política. Los años pasaban por esta mujer de hierro, y no disminuian sus fuerzas. Diríase, al verla, que personificaba la Ciudad Eterna y que tenia como la misma Roma vinculadas en su persona la inmor-

talidad y la fuerza. Mas al cabo, un dia vino, como era natural y necesario, la muerte. En edad bien avanzada, bajo el consulado de los Geminos, aparatosos nombres republicanos irrisoriamente conservados á la cabeza del Imperio, espiró la Emperatriz, llamada Livia de nombre propio, Julia por su ingreso en la familia de los Césares, Augusta por su dignidad; descendiente de los Claudios, orgullosos patricios que desde los primeros tiempos de la República descollaron por su odio á la plebe; mujer un dia del noble Neron, madre del tirano Tiberio, genio é inspiracion de Octavio; superior á los placeres y voluptuosidades de los sentidos como una matrona de la República; criminal y asesina como una furia del Imperio; dama imperiosa en su política; de un disimulo singular y de una maestría sin límites; tan dispuesta á sufrir las fatigas de los soldados, como á ejercer las seducciones que la debilidad y la ternura prestan á su sexo; resuelta á todas las maldades necesarias para consolidar su imperio bajo la apariencia de una virtud austerísima; genio verdadero de la dominacion, implacable imágen del despotismo.

En cuanto murió la madre respiró el hijo. Así fué su entierro sin aparato, su testamento sin efecto, su elogio obra de uno de sus nietos medio loco, pues ya no inspiraban miedo los restos de aquella majestuosísima é imperiosa madre. En su

retiro estaba Tiberio al recibir la fausta noticia, y se excusó de asistir á los funerales so pretexto de ocupacion, y borró las honras decretadas por el Senado, y se opuso á la apoteósis, y escribió cartas lanzando finos acerados dardos á los idólatras de las mujeres metidas á pedantear en la política, dardos que iban emponzoñados con un sarcasmo aterrador, puesto que eran próximos é inmediatos mensajeros de la muerte. Lo cierto es que desde este instante no tenia ya ningun freno el despotismo de Tiberio. César y cautivo, con la sombra de su madre desaparecia la última sombra de su cautiverio. Era ya dueño y señor de la tierra. Su madre, cuando la luz de los ojos se apagaba, cuando la respiracion en el pecho se extinguia; al convertir los ojos á la vida que se le escapaba y á la eternidad que venía, léjos de recogerse en su conciencia para examinar los hechos de su vida y el juicio de la Historia, se volvió hácia uno de sus libertos y le dijo que encargaba á Tiberio con resolucion la muerte de sus últimos competidores todavía supervivientes á tantas emboscadas, á tantas traiciones, á tantos crímenes. Y aquellos competidores eran sus propios nietos. ¡Cuán desoladora es la tiranía!

CAPITULO VI.

EL ABISMO DE UN ALMA.

Si tratáramos de calificar á Tiberio en pocas palabras, le llamaríamos la siniestra y torva personificacion del odio. Hay naturalezas que sienten amor purísimo por todas las cosas, como si la virtud creadora, como si la atraccion amante del Universo hubiera en su seno refluido; y hay naturalezas, por el contrario, tocadas del odio, que aborrecen desde la materia hasta el espíritu, desde la tierra hasta la humanidad, como si las fuerzas de repulsion, de guerra, que hay esparcidas en el planeta, se hubieran agarrado á su pecho. Acordaos del pobre penitente de la Edad Media que recibia en las faldas de su hábito las liebres por los cazadores perseguidas; que departia en coloquios suaves con las avecillas del cielo; que curaba la pata de los lobos estropeados, reduciéndolos á su obediencia por la humana virtud de

ardiente caridad; acordaos de ese pobre cenobita, y comparadlo con Tiberio, todo cólera, todo odio, todo saña; amarillento como la bílis, siniestro como el cuervo, carnicero como el tigre, que se gozaba en ver el dolor, la desesperacion, los estertores de la agonía, las angustias de la muerte, lo mismo entre los animales que entre los hombres; sombrío genio de la destruccion, semejante á los genios del mal en las antiguas teogonías.

El odio al género humano le tenia en continua irritacion y exacerbamiento. Y no era este odio la cólera ciega que estalla y pasa como el relámpago y el trueno, sino la cólera condensada, permanente, semejándose su alma á esos terrenos pestilenciales y malditos en cuyas emanaciones va disuelto el hálito de la muerte. Nunca dormia en él esta pasion del odio, ni siquiera durante el sueño. ¡Cuántas veces se despertaba en las altas horas de la noche, y léjos de ver el brillo de la propia conciencia en la oscuridad, como se ve en las tinieblas el brillo de los astros, veia la necesidad de nuevas inmolaciones, de nuevos sacrificios, de nuevas muertes! Así se aislaba del mundo, y en este aislamiento crecia su pasion dominante, esa pasion llamada en el usual lenguaje negra misantropía. Omnipotente, y por ende con harta fuerza para herir á sus enemigos de un golpe, tomaba tortuosos senderos en el acecho y

ataque, cual si, á semejanza de la serpiente, gozase en arrastrarse. ¡Cuántas veces su cabeza se le caia sobre el pecho como al peso de un gran pensamiento, arrugábasele la frente por cuyos surcos corrian espesas nubes de odio, frunciánse sus cejas cual dos arcos que lanzaran ponzoñosos invisibles dardos, chispeaban sus ojos como los ojos del gato en la oscuridad, sacudíanse á estremecimientos nerviosos sus párpados y sus labios, se abrian sus narices y su boca como para respirar con fuerza, y una siniestra sonrisa se dibujaba en su rostro, la sonrisa de quien ha concebido algo horrible, y en el horror encuentra una satisfaccion voluptuosa! Pero otras veces, despues de haber pasado por estas gradaciones, tendia sus brazos y sus ojos á todas partes como en señal de alejar algun objeto, de combatir algun asalto, de torcer alguna amenaza, y echaba á correr huyendo quizá de quien jamás podia escaparse, huyendo de sí mismo.

Un fisiólogo entendido no atribuyera las enfermedades de Tiberio, al mediar la vida, aquella lividez de su rostro y de sus labios, aquellas pústulas que eran como la erupcion de su volcánica sangre, solamente á sus vicios y á sus placeres, sino tambien á la contraccion continua de su pecho y de su estómago, á las compresiones de su corazon y de sus entrañas, al incendio que

la cólera eterna alimentaba en sus venas, á la hiel mezclada de continuo á su saliva, y al terror que esparcia como un frio irradiante henchido de muerte, al reves del sol que irradia un calor henchido de alegría y de vida. La crueldad de Calígula y de Neron, por ejemplo, era una crueldad ciega, irreflexiva, loca, algo mecánico y fatal, obra en su mayor parte del temperamento; mas la crueldad de Tiberio era una crueldad concentrada, razonadísima, íntima, á la cual ponia un comentario perpetuo su profunda razon, y una perpetua excusa su perversa conciencia. Quizá en aquella su refinadísima inteligencia nació esa teoría luégo aprovechada por el cesarismo contemporáneo, la teoría de que un tirano se sostiene sobre los hombros del pueblo, y que para satisfacer al pueblo es necesario echarle, como al leon enjaulado se le echa carne chorreando sangre humeante, los cuerpos disyectos de los aristócratas y de los patricios. Lo más horrible que en la crueldad de Tiberio habia, era la razon de esa crueldad. Me parece ménos culpado quien mata por instinto de complexion, que quien eleva en las regiones de lo ideal un asesinato á las alturas de una teoría de justicia. Prefiero la crueldad ebria de Marat, á la fria y razonada crueldad de Robespierre.

El mirar de la serpiente petrifica á un animal

tan móvil, tan nervioso, tan ligero como los pajarillos del aire. Pues la mirada de Tiberio petrificaba á sus víctimas. Sus ojos eran un abismo de odio, como su saliva un océano de veneno. Diríase que su cabeza habia sido forjada como un ariete para destruir la humanidad. Diríase que sus huesosas manos eran arañas tejiendo perpetuamente frios sudarios. Sus palabras cortadas semejaban á las sentencias de un juez implacable, y sus gestos á los ademanes de un verdugo increible. En cuanto álguien se aparecia á sus ojos, solamente le miraba por el lado odioso ó por el lado ridículo que llevamos en nuestra naturaleza, como llevamos el triste engarce del límite, y la amarga levadura del mal. No queria ver nada bueno en el género humano, para excusarse de amar y de admirar. Ciego al brillo de todas las cualidades, era perspicaz en la observacion de todos los defectos. Pueda ser que en una comunicacion perpetua con el mundo, necesitado de los demas ó necesitándolos, en el encuentro con las pasiones buenas y con los sacrificios austeros, hubiera reformado su sentir; pero no podia reformarlo un hombre nacido en las alturas de la sociedad, desde cuyas cimas todo se ve pequeño, y luégo allá arriba, recluido en vida cerrada al amor, en una vida concéntrica. Su trono parecia una isla desierta, donde tenia el infeliz para ali-

mentarse que comerse sus propias carnes. Así, en cuanto veia algun sér extraño, se le erizaban los raros cabellos á fuerte escalofrio, como se le eriza al gato la piel cuando ve á un perro. Hay en la naturaleza especies contrarias de otras especies, como las aves de rapiña son contrarias á las aves inocentes, y las mismas aves inocentes contrarias á los insectillos; pero Tiberio parecia pertenecer á una especie contraria á todo el Universo. Los seres á quienes acercaba á su seno, á su compañía, los manchaba con sus vicios; y los seres alejados de él... ¡ah! los perseguia con su odio. En algunos de sus ensueños quizá aspiraba á quedarse solo sobre la tierra, como sobre su pedestal está sola una estatua. El primer hombre de su tiempo, si no por el mérito, por la posicion social de jefe del Imperio, envidiaba á todo el mundo. El único que entónces podia hablar con franqueza y proceder con resolucion, se encerraba en la hipocresía de los oprimidos y de los débiles, sin duda para que no le faltase ningun vicio, ni siquiera aquellos pocos que son al cabo por la tiranía contrastables. Hasta debilidades modernas, apénas conocidas en los tiempos del equilibrio entre la Naturaleza y el Espíritu, se deslizaban por aquel espectro del mal, como cierto disgusto de la vida, cierta nostalgia espiritualista, cierta tristeza, cierta desconfianza de sí mismo, pues aquejaban

al monstruo todas las enfermedades de lo pasado y todas las enfermedades de lo porvenir concentradas en su perversa naturaleza.

Mas la pasion que sobre todo le dominaba, era el miedo. Como tenia urdida una conjuracion profunda contra la humanidad entera, creia que la humanidad entera acechaba la hora de su venganza. Como habia cometido tantos crímenes, prestaba homenaje á la justicia universal, viendo á todas horas aquellos crímenes caer en espesa lluvia sobre su maldecida cabeza para anegarlo y confundirlo. Sus largas separaciones de Roma, su voluntario confinamiento en la isla de Capri, sus dobles guardias ante fuertes muros en este mismo asilo, mostraban bien cómo le perseguia el terror levantado en las tinieblas de su conciencia por la siniestra fosforescencia de todas sus infamias. ¡Cuántas veces, al ruido de una puerta ó al paso de una sombra, la sangre le refluia al corazon, que estallaba, y los nervios le sacudian todos los miembros como si los hubiera atravesado un rayo, despues de habérsele crispado y enfriado las manos como á un muerto, y quedádosele fija é inmóvil la vista como á un espectro! En el mundo se debe huir siempre de los que tienen miedo. Y si esto es verdad, imaginaos cómo se deberá huir del miedo cuando el miedo reina, cuando ocupa la cima del planeta, cuando dirige al

humanidad á su antojo, cuando penetra hasta en el cielo y se declara un Dios. El terror que esparcia Tiberio en el mundo lo experimentaba primeramente sobre sí mismo. Era un muerto que mataba. Y aunque su interior parecia oscurecido por espesísimas tinieblas, sus víctimas le rodeaban como furias invisibles de continuo, y le pedian cuenta estrechísima de sus crímenes á gritos agudos de asesinos remordimientos. Mas estos gritos, léjos de avasallarle, empujaban su ánimo á nuevas inmolaciones, dictadas casi siempre por los escalofrios del miedo y por los vértigos del terror. No sabía que miéntras quedase un sér viviente en la tierra, le quedaba con él un enemigo. Así es que en cuanto veia de improviso un sér humano, corria á ocultarse como el perro que teme un castigo, ó se detenia helado, rígido, como un caballo que se encabrita de espanto. Así de todo el mundo sospechaba, y muchas veces se cogia la cabeza entre las manos, sospechando de sí mismo, á lo ménos, temiendo con razon que iba á volverse completamente loco.

El infeliz cosechaba los frutos amarguísimos de su educacion y de su temperamento. Su familia, la familia de los Claudios, habia sido siempre una familia robusta, como hijos de las agrias montañas sabinas; pero tambien una familia violenta, como perteneciente á los fuertes patricios

romanos. La ternura maternal no dulcificó nunca ni con sus caricias ni con su prevision esta natural rudeza vinculada en Tiberio, porque Livia pasaba con razon por una antigua matrona, pero no por una verdadera madre. Ocupada en los asuntos de Estado, que exigen atencion tan múltiple, no se curaba en manera alguna de sus hijos. Cuando se volvia hácia ellos, no los miraba como pedazos queridos de sus entrañas, necesarios á la vida, sino como peldaños de la escalera ó piedras de la base por donde podia subir al trono y en el trono afirmarse. Tiberio crecia solo y abandonado en la cima del monte Palatino, en aquel estercolero de ambiciones. Su padrastro Augusto se burlaba mucho de él, y no hay cosa que agrie el carácter y lo pervierta como las burlas á la infancia, que tanto ha menester de las caricias. Siendo muy niño, como le viera siempre taciturno, triste, ensimismado, llamábale el Emperador viejecillo. Siendo jóven, al volver de las guerras cantábricas, supo con pena y resentimiento que el Emperador conocia y criticaba acerbamente los estragos causados en la naturaleza de su hijastro por el ardiente vino de España, y los motes lanzados contra sus borracheras por los soldados, los cuales alteraban los nombres y apellidos de su jóven general, llamándole en vez de Tiberius, Biberius, ó sea bebedor;

en vez de Claudius, Caldius, ó sea vino caliente; y en vez de Nero, Mero, ó sea vino puro. Estas pesadas bromas engendraban naturalmente horrible infierno en las entrañas de aquel jóven, llamado á la herencia de tan grande Imperio. El amor podia haber dulcificado un poco sus heridas; pero en el amor fué tambien desgraciadísimo. Casado con la hija de Agripa, con la bella Agripina, por la cual sentia una verdadera pasion, las implacables razones de Estado, que jugaban con el corazon de los Césares, le descasaron para unirle á Julia, la voluptuosa hija de Augusto, á la cual sólo tuvo un momento apego carnalísimo, que se sació con el tiempo, y se tornó en repugnante hastío. Los dos únicos amigos de su vida, que fueron Marcelo y Druso, murieron tambien muy jóvenes, y dejaron un vacío muy grande en su pecho. Luégo vino el largo destierro de Ródas, en el cual comenzó á sentir ese odio al género humano, rasgo distintivo de su funesto imperio. Tras el destierro de Ródas vinieron los crímenes necesarios para apartar todos los obstáculos interpuestos en su camino al trono, crímenes que mancharon de manchas cancerosas su conciencia. Llegado al trono, y en edad ya avanzada, se lo encontró ocupado por su madre, y la amargura de aquella humillacion aumentó la ignominia interior á sus propios ojos, exacerbó de

una manera horrible su sed ardiente de venganza, y enconó su odio á la humanidad.

Tiberio no era de ninguna manera feo ni repugnante. Despues que el exceso de vino y el exceso de placer mancharon su rostro, se volvió asqueroso. En esto seméjase á Felipe II, hermosísimo en la juventud, y á la vejez consumido por las supersticiones de su turbada conciencia y los cuidados de su ciclópea corona. Uno y otro se han helado á la sombra de colosales montañas de hielo, es decir, á la sombra de los tronos mayores que ha visto la tierra. Estudiando el retrato legado por Suetonio, y los bustos y los simulacros reunidos en los diversos museos, échase de ver bien claramente que era Tiberio robusto de complexion, sano de natural, erguido y alto de estatura; en sus articulaciones tan acerado, en sus movimientos tan ágil, en sus puños tan fuerte, en su constitucion tan fornido, en sus músculos tan resistente como un gladiador de las fiestas del Circo, ó un soldado de los campos de Germania, ó un jornalero de las montañas de Sabina. Tenia la tez finísima y digna de una dama; la color entre sonrosada y blanca; los ojos muy grandes y con la facultad de ver y de lucir en la oscuridad, como los ojos del tigre; la frente más ancha que alta y atravesada por profundas arrugas, surcos del pensamiento; el cuello rígido como si fuera la

estatua de la autoridad y del poder; los pómulos salientes y las quijadas desproporcionadísimas; aire de general, ademan de emperador, nariz de griego, entrecejo de filósofo, barba de atleta, mirada de lechuza, boca de esbirro, y algo siniestro en todo su sér, como el asesino y el verdugo. A la verdad, se confirmaba en Tiberio una ley que puede aplicarse á todos los grandes tipos de Césares en toda la sucesion de los siglos. Allá abajo, entre los ciudadanos, quizá un hombre de mérito; allá arriba, entre los dioses, un monstruo. No se puede llegar á la tiranía sin romper las leyes de la Naturaleza; y no se pueden romper las leyes de la Naturaleza sin recibir un tremendo castigo. En cuanto se vió libre de todos sus rivales, libre de la tutela de su madre, emperador, no de nombre, emperador de véras, comenzó á moverse siniestramente, á la manera del caiman, que en cuanto experimenta el primer asomo de la vida en su nido de lodo, rechina los dientes.

CAPITULO VII.

SEJANO.

Eran los primeros dias de Abril de 1868, y habitábamos en Roma. En nuestros paseos por la Ciudad Eterna íbamos á visitar con estudio y preferencia las ruinas: que no habíamos ido allí á tratar con los vivos, sino á tratar con los muertos; no habíamos ido allí á ver las tiendas del moderno Corso, sino los restos del antiguo mundo. Un dia entramos en la iglesia de Santa María de los Angeles á contemplar vistoso cuadro del Dominiquino y severa estatua de San Bruno cincelada por cierto aleman contemporáneo. La iglesia es un fragmento de las termas de Diocleciano, arregladas á las exigencias de nuestro culto por el genio de Miguel Angel. Pero el Dios católico no ha podido expulsar á los romanos de este monumento como no ha podido expulsar á los árabes de la mezquita de Córdoba. En los dilatados

espacios, en las gruesas columnas semejantes á gigantescos troncos de árboles seculares, en los arcos de un atrevimiento y de una solidez incomprensibles, descúbrese la grandeza romana hinchada un poco del genio asiático que penetraba en la decadencia por todos los poros de Roma. Es indecible la impresion de grandeza colosal que en el ánimo dejan estos salones interminables, donde se jugaba, se departia, se paseaba, se veian fiestas gimnásticas, se contaban historias y se oia la hueca declamacion imperial sustituyendo á la antigua elocuencia republicana. Mas cerca de allí hábia dos restos igualmente célebres que debíamos visitar con igual cuidado. El uno remontaba á los tiempos de la antigua monarquía, y era el campo de Servio Tulio, aquel representante entre los reyes de la democracia destinada á rebosar en el mundo; y el otro remontaba á los primeros tiempos del Imperio, y era el campo de aquellos pretorianos que pudrieron y tiranizaron la tierra, concluyendo por sacar la autoridad de los Césares á pública subasta en vil mercado. Pisamos sus dilatados espacios, y subimos á la cima de sus bastiones, despues de haber visitado varios camarines que parecen hoy sucias madrigueras, y que eran entónces alojamientos de aquellos soldados á cuyo arbitrio se rindió toda entera la tierra.

¡Qué hermosa vista desde aquellas alturas! Hácia Occidente, la ciudad con sus rotondas y sus intercolumnios, elevándose entre laberintos de ruinas; al Norte, las cordilleras tachonadas de nieve y teñidas de esmaltes azules; al Mediodía, el campo romano con sus bosques en primer término, donde se enlazan los pinos con los cipreses y los olivos con las hayas, y en segundo término la inmensidad cortada por los arcos de gigantescos acueductos, por las líneas de despedazados sepulcros, por las sombras de graníticos colosos envueltos en los vapores de la mallaria, que parece el aliento de la muerte; y hácia el Este, bruñidas de colores varios y realzadas por los toques de una luz verdaderamente deslumbradora, las antiguas regiones de la Sabina, que por empinados montes se extienden, sembradas de pueblos, cuya posicion y cuyos recuerdos les dan aspecto de blancos panteones, sobre los cuales vagara como el espíritu de insepultos manes la austera imágen de la antigua Roma.

¡Ay! El polvo hollado por nuestras plantas guarda ponzoñosos recuerdos. Estamos en el campamento pretoriano, fábrica de la tiranía. Aquí se forjaron las cadenas cuyo peso debia abrumar á la tierra. En estos espacios los veteranos de César, los ebrios soldados de Antonio, corrompidos por todos los vicios y adulados por todos los ambi-

ciosos, cambiaron las curias en campamentos, el Senado en cuartel, las magistraturas en Imperio, las legiones en comicios, los tribunos en rancheros; aquí los demagogos vinieron, despues de inmolar al dictador por las manos crueles pero justicieras de Casio y Bruto, á impedir el renacimiento de la República y ahogar en el humo de los incendios la aspiracion á la libertad; aquí se arrastró el astuto Augusto á los piés de estas gentes en armas, para llevarlos á sacrificar todos sus competidores, y á ceñirle á él, en aquellas sus débiles sienes, la corona de la tierra; estos muros abrigaban á los que acabaron de fundar la tiranía y de fortalecerla; á los que ahogaron á Tiberio con las almohadas de su cama y le sustituyeron el demente Calígula; á los que soportaron las infamias de Claudio y de Neron; á los que recibieron para abrirle paso al trono el oro y las promesas de Galba, y luégo le dejaron caer y morir porque no les habia dado bastante; á los que marcharon tras Othon, cuyos vicios resucitaban la política neroniana; á los que ensangrentaron las calles de Roma y convirtieron sus plazas en circos de gladiadores; á los que un dia colgaron en alto la púrpura imperial y le pusieron precio, entregándola al que más oro ofrecia, como si fuese la reina de las naciones inmunda prostituta.

A la verdad, el campo pretoriano se organizó y se fortaleció como un poder permanente en tiempo de Tiberio. Sin él, sin su institucion, la tiranía no hubiera durado tantos siglos, hasta concluir por corromper la ciudad y entregarla atada de piés y manos á los bárbaros. Para completar el cuadro de los males que puede traer á un pueblo la muerte de la libertad por los males que á Roma llevó su servidumbre, me permitirá el lector que resucite una escena fidelísima, en cuanto alcancen mis fuerzas, de lo que fué el pretorianismo permanente en la Ciudad Eterna. Cualquiera que haya saludado la historia romana sabe estas tres cosas fundamentales: que la tiranía fué engendrada por el genio de César, y establecida por la astucia de Augusto, y organizada por las maldades de Tiberio. Y el que verdaderamente la organizó en nombre de éste fué Sejano, su privado, su favorito, su ministro, al cual vamos á ver en escena, en una escena que es verdaderamente trágica.

Dirijámonos, como he dicho, al campo de los pretorianos, situado al Nordeste de Roma, entre la puerta Colina y la puerta Viminal; dirijámonos á verlo como estaba en el siglo primero de nuestra era y bajo el reinado de Tiberio. Lo que más llamará nuestra atencion, segun que al campo nos aproximemos, serán los barrios militares, una es-

pecie de poblaciones ambulantes, de suburbios inciertos, donde se aglomeran los chalanes, los taberneros, las viejas terceras, las bellas mancebas, las cantinas, las fisgonas que en sus ratos de ocio y de esparcimiento sirven al soldado, y sobre todo, á una especie de soldado, sin cuyos brazos y cuyas armas no se concebiria el Imperio, soldado por tanto mimadísimo y hasta corrompido en una corrupcion sistemática. Luégo se descubre un cuadrado equilateral, y en este cuadro encerrada una ciudad militar, compuesta por gran número de tiendas de campaña. Cuatro fosos se extienden á los cuatro frentes; muros espesos y hechos de tierra se elevan sobre los fosos; empalizadas con grande arte construidas se elevan á su vez sobre los muros; cuatro puertas en la mitad exacta de cada línea erigidas abren paso, llamándose Pretoriana la que está á uno de los extremos del eje perpendicular, porque al traves de ella entra y sale el general; ancho camino de cintura, paralelo á los fosos y á los muros, deja medios fáciles á las comunicaciones y á las marchas, y al cómodo almacenamiento de los víveres; líneas de tiendas se dirigen desde un borde á otro del camino de cintura, abrigando las más cercanas la infantería, y la caballería las más alejadas; dos largas vías en cruz, á cuyos cuatro extremos se hallan las cuatro puertas, dividen el campamento; en el centro,

en la interseccion de los ejes perpendicular y horizontal, se eleva el pretorio, sitio del mando en jefe, á cuyos dos lados brillan los altares de los sacrificios, las aras de los augurios, y á cincuenta piés más allá surgen los doce alojamientos de los tribunos militares, que vienen á ser como el núcleo de toda aquella fuerza; del lado de los augurios el Foro ó mercado, y al otro lado la cuestura ó tesorería; seis columnas perpendiculares forman las tiendas, y entre estas seis columnas se extienden caminos de cincuenta piés de anchura: disposiciones admirables, de una combinacion geométrica tan sábia y tan segura, que permiten tener sin género alguno de embarazo todo cuanto necesita una ciudad de este género, desde el templo hasta el tribunal, y desde el molino hasta la letrina, en completa regularidad y con severísimo ordenamiento.

En la hora de mediodía devoraban los soldados su rancho en corro y de pié junto á espaciosas mesas, cuando resuenan trompetas y timbales, que anuncian la llegada del general en jefe, ó sea del prefecto único del pretorio, á la sazon el etrusco Sejano, omnipotente en el ánimo de Tiberio despues de la muerte de Livia, como si el opresor de la tierra estuviera destinado á vivir bajo opresion perpetua. El orígen de la fortuna de este hombre dependió de un acaso, muestra del impe-

rio que los acasos en el despotismo ejercen, como en verdadero juego de azar. Un dia que Tiberio se refugiara en gruta de la Campania, desplomóse la bóveda, y sus piedras aplastaron á varios de la comitiva en rededor, salvándose él por un esfuerzo de Sejano, que contuvo en sus brazos parte del desplome. Desde entónces Tiberio creyó que le debia la vida al etrusco, y que estaba obligado por tanto á pagarle con toda suerte de favores. Así, cuanto se le antojaba, conseguia. Favorito único, y en consecuencia dispensador de todas las gracias; ministro universal, y en consecuencia depositario del poder supremo; prefecto del pretorio, y en consecuencia jefe de la soldadesca reunida, concentrada, dispuesta en el campo pretoriano como en una guerra, Sejano parecia el verdadero Emperador, y Tiberio su sombra. Bien podia, pues, llamarse al favorito dueño del dueño de la tierra. Suya habia sido la idea de reunir el mayor número de legiones en Roma y tenerlas allí en campamento fortificado y perpetuo, bajo una sola mano, para empujarlas en hora oportuna sobre el pueblo y aniquilarlo si tenia veleidades de reclamar su derecho. Así Sejano, el prefecto único del pretorio, era verdaderamente el Emperador de Roma en este momento.

Cierto dia, comiendo los soldados de pié en torno de toscas mesas, á las doce de la mañana,

suena el anuncio de que el general en jefe, prefecto único del pretorio, se ha presentado. Los oficiales quisieron interrumpir la comida para correr al encuentro de tan alto personaje; pero otro anuncio de trompetas y timbales impone la órden imperiosa de apurar el rancho. En cuanto éste se ha concluido, y lo han dicho así las bocinas del campamento, preséntase perfumado como una mujer, vestido como un cómico, arrojando á todos lados besamanos como un atleta del Circo, seguido de su comitiva de eunucos, gréculos, espías, esbirros, y demas podridos seides de la fortuna y del poder, Sejano, prefecto del pretorio. Como buen etrusco, es el favorito de refinada astucia, y como buen astuto, de pérfida malicia, y como buen malicioso, sabe que en el mundo ya no queda otra autoridad que la fuerza, y la fuerza está en los cuarteles. Así, para elevarse sobre la corona de los Césares, se arrastraba á las plantas de los pretorianos. Y para tener á su lado los pretorianos, lisonjéalos de la misma suerte que los cortesanos le lisonjeaban á él, vilmente.

—¡Hola!—les dice.—Muchachos, ¿habeis comido bien? ¿Los rancheros han sazonado vuestros bodrios? Empinad el codo cuanto querais hoy en honor de César y de su prefecto, cuya única ocupacion es vuestra ventura. Tú, Sereno, viejo vencedor de Actium, toma esas monedas. Tú, Satur-

nino, que has pinchado á tanto rebelde, apipórrate en esta ánfora y sueña en una plácida embriaguez. Tú, Feliciano, ten ese collar para tu querida, y cuando la requieras de amores, enséñale á pronunciar el nombre de tu general y á bendecirlo. Tú, Fonteyo, toma ese juego de dados y fuerza la fortuna como forzaste á las mujeres de Perusa. ¿Quién os ofende? ¿Quién podria ofenderos que no recibiese la muerte? Yo tengo por dioses lares los centuriones. Yo les quemo incienso, porque á ellos se debe la salud del Imperio. Donde vosotros estais, está Marte, y donde está Marte, pronto aparece Vénus. Cuando os alojábais por las casas de Roma, teníais qué sufrir las impertinencias de los ciudadanos; ahora, que los ciudadanos sufran vuestra autoridad incontestable y vuestra fuerza avasalladora. Ahí se me han presentado varios en queja con un diente y un ojo de ménos, con una giba y un tumor de más, querellándose de vosotros y diciéndome que los habíais golpeado; á todo lo cual contesté que golpes dados por vuestras manos honran y enaltecen. Algunos han insistido, y les he recordado la ley Camila, que da por juez un centurion á todo aquél que de otro centurion se queja. Como gritaran y me interrumpieran á este recuerdo, creyéndose todavía en tiempos de libertad, les he anunciado que si insisten locamente en perseguir

á los soldados, se aperciban á luchar con toda su cohorte. Vuestras sandalias de tres suelas claveteadas por el más fuerte y el más brillante hierro son las segurísimas bases del trono de los Césares. Con esos clavos de vuestros zapatos ha fijado Tiberio la rueda de su fortuna. Así vosotros sois los verdaderos y únicos ciudadanos de Roma. Vosotros podeis testar en vida de vuestros padres y disponer de los bienes recibidos bajo las potentes alas de vuestras águilas y sobre los campos sagrados de la guerra. Los patricios de Roma murmuran; pero reios á mandíbulas batientes de sus murmuraciones. Los osos alobrogos se han vuelto mansos como los corderos de Padua. Les llamamos patricios cuando no tienen patria, como llamamos tigre al perrillo que lame nuestras manos y el aceite de nuestras lámparas. Ellos descienden de Hércules, de Numa, de Cincinato; vosotros descendeis del Tígris, del Eufrates, de Germania, de Pannonia, de donde reinan la guerra y la muerte. Enorgullézcanse ellos de sus nombres; vosotros de vuestras acciones. Sois para el trono del Emperador como el zócalo para la columna, miéntras ellos son la herrumbre y la polilla. Apareceis velludos como los españoles, y ellos afeitados como los griegos. Os sentis capaces de vencer si preciso fuese á Cantabria, y ellos capaces de adular á Corinto. Nada hay en Roma

como el soldado. Todo se mantiene en sus brazos, desde el palacio de los Césares hasta la taberna de los plebeyos. Comed, reid, emborrachaos, gozad; vosotros debeis gustar todos los placeres, porque sin vosotros ninguno existiria en Roma, como no fuera el placer de las charlatanerías de los Rostros, seguidas por los horrores de las civiles guerras. Así yo vengo, cargado de dones militares, á recompensar á los que nos preservan de las discusiones y de las asonadas. Toma, tú, centurion, el asta que mereciste en las orillas del Rhin por haber combatido cuerpo á cuerpo con tres germanos y haberlos domado á todos. Soldado de á caballo, más ligero que un partho, recibe este collar de plata en memoria de tus atrevidas correrías, y ajústalo con precision á tu garganta. Vosotros, decuriones, repartíos esos brazaletes de oro, que llevan unidos al nombre de Tiberio el nombre de Sejano. Oficiales, las enseñas blancas y purpúreas que flotan sobre vuestras cabezas como la señal del valor y de la victoria están aquí en mi poder para distinguiros y para honraros. Vosotros, jefes, tomad las coronas de todas dignidades: que al calor de mi poder brotan diademas y demas dones militares, como brotan flores y frutos al calor del sol. Así regocijaos, que la alegría es la salud. Comed hasta hartaros, pues vientre vacío no tiene oidos. Estad siempre dis-

puestos á castigar á todos los rebeldes, pues la negligencia es más cara que la diligencia. Ya sé yo que hablaros de política es como recitar larga historia á burro sordo. Pero dispuestos á todo, no os pareis en cosas pequeñas, ni disentais por la lana de las cabras. Miéntras cada romano se vista segun su estatura y se calce segun su pié, dejadlo en paz; pero si á mayores se levanta, y perturba el Imperio, no tengais de él piedad. Ni todos aquéllos que tienen cítaras saben tocarlas, ni todos aquéllos que obedecen á Tiberio y á Sejano saben comprenderlos y admirarlos. Pero que los cerdos no quieran enseñar á leer á Minerva, ni los simples y modestos plebeyos quieran á su vez enseñarnos á imperar á nosotros. La frente está ántes de la nuca. Y miéntras seais fieles, tendrémos muchos sardos que vender: pues quien tocase la autoridad del César, sería tan infeliz como si hubiera tocado el oro de Tolosa.

Estos discursos, llenos de refranes, henchidos de promesas, bárbaros como los juegos del campamento, corruptores como la lisonja, consagrados á suscitar todas las bajas pasiones contra todas las morales grandezas, debian ser muy gustados de la soldadesca y resonar con una inmensa resonancia en los campamentos. Si á esto se añade que colocó en fila de batalla las huestes, que pasó delante de todas ellas seguido de los cuesto-

res, que entregó por su propia mano las pagas y recibió los memoriales, que á cada soldado le saludó con su nombre propio y á todos les despertó las peores pasiones, que visitó la prision y dió libertad á muchos prisioneros, que, alzado en el pretorio, repartió gracias y ascensos, nombrando entre otras dignidades varios tribunos, se comprenderá fácilmente cómo al irse, las aclamaciones más soldadescas le seguian, y el choque de las rodillas en los escudos de acero le saludaba, diciéndole que tenia en sus manos la suerte del mundo, y por consiguiente, que podia prescindir de todas las leyes morales y atreverse á todas las crueldades y á todas las infamias.

No desaprovechó la leccion, ni dejó de oir las excitaciones al crímen. Desde el campamento, y ya al anochecer, dirigióse al Palatino, donde no residia Tiberio, porque Tiberio odiaba y abandonaba á Roma, pero donde residia la familia de Tiberio. Allí una mujer aguardaba impaciente á Sejano. Vestida de seda y púrpura, coronada de lustrosas trenzas por las cuales se entrelazaban orientales perlas, en su continente majestuoso, en su nariz aguileña, en su mirada imperiosa y penetrante, demostraba pertenecer á la familia de los Césares. Y en efecto, era Livila, hija de Germánico, esposa de Druso, nuera de Tiberio. Sus ojos se dirigian hácia el Foro, como buscando ál-

guien; sus ojos hermosísimos, pero encendidos de crueldad y de lujuria. Al poco tiempo de este pertinaz mirar dió un grito de alegría, y murmuró estas palabras: «Hélo ahí. Gracias sean dadas á los dioses».

En efecto, Sejano subia por la cuesta de la Victoria á las alturas del Palatino, antigua ciudad de Rómulo, fuente misteriosa del derecho civil, convertida en mancebía de los Césares por las infames necesidades del despotismo. El favorito pasó ante la casa del Emperador, y saludó instintivamente los dos laureles plantados y la corona de encina colgada á la puerta. Pero no franqueó el vestíbulo, porque no iba á la casa imperial, completamente desierta, sino á la casa cercana, fundada en otros dias por Tiberio, vivienda á la sazon de Druso, hijo de Tiberio, y de Livila, mujer de Druso. El favorito pasó ante el templo de Júpiter Propugnator, atravesó el Pórtico de las naciones y subió las gradas que conducian á la segunda casa imperial. La noche avanzaba sobre la ciudad, y la luna llena surgia inflamada por los límites del horizonte. A luz tan suave brillaba el Palatino entre las demas colinas, como un grueso diamante en riquísimo collar; y desde sus cimas la vista seguia el corte tortuoso de los antiguos muros ilustrados por tantas inmortales hazañas; las crestas fortificadas del campamento pre-

toriano y las líneas de sus elegantes bastiones; el campo de Servio, henchido de recuerdos sublimes y consagrado por inmortales sombras; las cimas de Túsculo y de Alba, en cuyas faldas se dilatan espaciosos jardines rodeados de espesas selvas y quintas llenas de todos los refinamientos del arte; el Janículo con sus fortalezas, y el Vaticano con sus florestas; las tortuosas vueltas del Tíber y los espacios dilatadísimos de los Bosques sagrados; y al pié el Circo Máximo con sus altares y sus obeliscos, el Foro con sus intercolumnios, los monumentos inmensos, los arcos de triunfo, los templos de los dioses, las legiones de estatuas, los trofeos de innumerables victorias, los despojos de todos los campos de batalla, la imágen de la tierra, y como la condensacion del humano espíritu en aquella atmósfera impregnada de inextinguibles ideas.

Sejano, á pesar de la precipitacion con que sube, se detiene un momento á contemplar el espectáculo, y lo admira, entrando, despues de haber atravesado el atrio, en la cámara donde le aguardaba Livila.

—He pasado una verdadera ansiedad,—le dice ésta al verlo entrar.

—¿Por qué?

—Porque siempre las visitas al campamento me inquietan. ¡Son los pretorianos tan volunta-

riosos, y por lo mismo tan temibles! Cuando te veo allí, experimento un escalofrio como si te viera en jaula de alimañas feroces.

—¡Por Hércules! Hay para temer á esas gentes. Pero es mucho más temible el pueblo. Un ejército se compra. ¿Quién tiene tesoros bastantes á comprar un pueblo? Y por fuerza debemos tener al pueblo sujeto por el hierro de los pretorianos, y el hierro de los pretorianos sujeto por el oro de los Césares.

—Mas no menudees las visitas. El dia que se persuadan del valor y del poder que tienen dentro del Imperio, harán los pretorianos de los Emperadores sus hechuras y sus clientes. Sean enhorabuena el sosten de la autoridad imperial, pero que no lo adviertan. Así, Sejano, regatéales un poco tus visitas.

—Hice la de hoy completamente obligado por la fuerza. Ya sabes cuán bárbaro es tu imperial marido. Venía yo contento de una revista en que pasé ante los ojos del pueblo y ante las barbas del Senado las cohortes pretorianas aclamándome y bendiciéndome, ¡oh! y me da la mala tentacion de entrarme en el Circo. Allí estaba tu Druso, el hijo del César, el marido de Livila, el heredero de la corona, la esperanza de Roma, ebrio, medio loco, los ojos fuera casi de las órbitas, las manos crispadas excitando los gladiadores que caian

á racimos sobre la arena empapada en sangre, y rodeado de gréculos indecentes, de sirios voluptuosos, de mancebos borrachos, de prostitutas inmundas, de taberneros y carniceros y chalanes, próximo quizá á revolcarse ante el pueblo en la arena como un cerdo y á deshonrar la majestad y el nombre de su padre. Merced al funesto influjo de tu esposo, las fiestas del Circo se han convertido en verdaderas matanzas, pues se gloría de haber inventado unas espadas dichas drusianas, que de un tajo hienden un hombre. Dirigíme á él, reprendíle, y me contestó dándome en pleno Circo, ante el pueblo, ante el ejército, ante los enviados de las provincias, ante los senadores y los patricios, una bofetada que resonó horriblemente. Yo me creí perdido. Un hombre abofeteado en público no puede tener autoridad en Roma. Al pronto devoré la injuria; pero me apercibí á la venganza. He comenzado por asegurar al Emperador, y creo que me deja ensañarme en su hijo. He continuado yendo al campamento, para adular á los pretorianos. Con el Senado cuentan todos aquéllos que tienen á mano un verdugo. Del pueblo no hago caso. Ahora sólo me faltas tú, y en tí estriba todo. ¿Me amas, Livila, me amas?

—Más inconstante eres que esa luna de várias fases, más sensible que la trémula hoja aca-

riciada por el viento, más ligero que el ciervo amenazado, más irritable que las ondas del mar; pero yo te amo, y quiero contigo vivir y morir contigo. Te amaré miéntras salga el sol todos los dias por el Oriente, y el lobo persiga al cordero en los apriscos, y el invierno traiga nieves á la montaña, y flores la primavera al prado, y agiten las auras el dorado cabello de Apolo. Ya sabes que te he seguido por los campos como una bacante, y que por no dejarte he llegado en pos de tí durante las cacerías adonde no llegan las cabras en pos del oloroso tomillo. ¡Cuántas veces al presentarme en el Circo, envuelta en mi peplum, los cabellos recogidos por redes de oro y perlas, los piés calzados con peribarides de plata, los brazos circuidos por serpientes de esmeraldas, exhalando embriagadores aromas y despidiendo venenosas miradas, un murmullo de religiosa admiracion me ha acogido, y yo, loca por tí, sólo he buscado en medio del tumulto la mirada y la sonrisa de Sejano!

—Perfectamente hablado. Diríase que era una arenga del Foro y una oda de Horacio. Mas no puedo ya fiarme de palabras, por dulces que sean, pues necesito hechos, pruebas evidentes de amor. Tú me amas, y Druso vive todavía. Druso me abofetea, y le llamas tu esposo. Yo he lanzado á Apitaca del lecho conyugal, y tú duermes todavía con

el hijo de Tiberio. Ya se ve, él es de la sangre de los dioses, y yo soy de la sangre de los etruscos. El tiene la evidencia de heredar una corona, y yo dejaré el poder en cuanto me falte la amistad de César. Y tú prefieres ser adúltera á tus propios ojos á dejar de ser diosa á los ojos del mundo. Prefieres ser mi manceba á dejar de ser la futura Emperatriz. Tienes mucho amor, pero tienes más ambicion que amor. ¡Y cuánto te engañas! Si te deshicieras de ese borracho que no ejerce dominio alguno sobre sí mismo, de ese gladiador que te mancha, de ese infame que te prostituye, de ese gloton que te arroja á las narices su aliento cargado de mal olientes ajos, verias cómo allanábamos todos los caminos, vencíamos todas las dificultades, atravesábamos todas las tormentas, y apoyados el uno en el otro, subíamos por nuestro propio esfuerzo hasta el trono de la tierra, ganado por nuestros méritos y no recibido de un testamento de Tiberio. Ademas, si llegas á esa cima del mundo con tu Druso, tendrás que compartir tus privilegios con los atletas y con las mancebas, en tanto que si llegas conmigo, lo ejercerás tú sola, dominando sobre los hombres como dominas sobre mi voluntad y mi pensamiento. Livila, el César me adora, y por tanto me dejaria el Imperio, si la existencia de Druso, su hijo y tu marido, no lo impidiese. Liberta al padre del

hijo, al ministro del rival, y libértate del esposo tú misma.

—Los dioses me son testigos de que no puedo sufrir á Druso, y ménos desde que te conozco á tí, ¡oh amable Sejano! ¡Cuántas veces, en las largas noches, al verlo dormido en una estúpida embriaguez y sin defensa posible en su letargo, he tratado de destruirlo entre mis manos crispadas por la desesperacion y por la rabia! Pero te engañas si crees que Tiberio desama á su hijo. Lleva por nombre Druso, y le recuerda aquel hermano por quien ha sentido quizá el único dulce afecto de su vida, una tierna y verdadera amistad. Es el fruto de sus amores con la primera mujer, separada por la política de sus brazos, pero jamás separada de su memoria. Por consiguiente, si el César adivina ó sabe que le hemos de su hijo único nosotros mismos privado, nos odiará profundamente, y nada hay tan temible como su odio. Créelo, Sejano, créelo.

—Livila, todos esos razonamientos son excusas que opones á mi deseo, y sofismas con que ocultas tu verdadera voluntad. No quieres, no, desasirte de Druso; quieres conservarlo para conservar con él ese futuro Imperio con que desatentada sueñas. Pues yo tengo tomada una resolucion irrevocable. No quiero ser tu amante, sino tu esposo. Miéntras no pueda llamarte mia ple-

na, completamente, así en presencia de los dioses como en presencia de los hombres, no volveré á tu lado. Me despido para siempre de tí, Livila, me despido para decirte, de la manera irrevocable que suelo, como no volveré á verte miéntras Druso exista. Ese hombre es un obstáculo entre los dos. Yo lo derribara cien veces, á no haberse interpuesto tu pecho entre su corazon y mi venganza. Pero el bofeton que me ha dado abrasa aún mi rostro y mi alma. Y si tú atizas esa ofensa defendiendo al ofensor, no extrañes que mis heridas se abran de nuevo y te envuelva á tí con él en mi odio y en mi venganza. Adios, Livila; te dejo en la soledad para que reflexiones sobre tu suerte y sobre mi suerte. Adios quizá para siempre, adios.

Y Sejano salió de la estancia con decidida resolucion, atravesó el atrio y el vestíbulo, bajó la escalera, y se perdió en las sombras sin volver los ojos hácia su amada; Livila se quedó muda de espanto. Aunque despreciaba á su esposo, no le aborrecia. En su juicio Druso era un loco; pero Druso no era un criminal. La carga del matrimonio no pesaba gran cosa á Livila, teniendo una libertad completa de relaciones con cuantos se le antojaba, sin dar cuenta á un marido poco cuidadoso de amor y de honra. Habíase forjado, pues, la ilusion de que con Druso por esposo y Sejano por amante, gozaba la realidad del poder en

vida de Tiberio, y aguardaba á tener la realidad y el nombre despues de su muerte, no queriendo cambiar una posicion excepcional en que todo le parecia igualmente favorable. Pero temia mucho el carácter astuto y la voluntad indómita de Sejano. La resolucion que acababa de anunciar podia cumplirse con la misma implacable necesidad con que las leyes del Universo mundo se cumplen siempre. Una mujer manchada por el crímen es capaz de todo y á todo se arriesga. El bajar una grada en la escala moral es lo difícil; despues de esa grada, se rueda rápidamente hácia el abismo. Livila, acostumbrada á las brutalidades de Druso, habia concebido una ciega pasion por Sejano, finísimo, delicado, elocuente, lujoso, de flexibilidad griega, de maneras distinguidas, de espléndidas larguezas, sumido en todo género de maldades y de corrupciones veladas por la más refinada urbanidad y el más redomado arte, todo lo cual acabó por rendir y sujetar el ánimo de la delicada princesa. Y en cuanto acabó de medir las razones que en pro y en contra de la muerte de Druso le dictaba su turbada conciencia, llamó á su médico y entabló con él esta conversacion singularísima, propia de aquellos tristes tiempos:

—¡Eudemo!

—¡Livila!

—Ya sabes que para tí no guardo misterios.

—Si el médico no puede contar los huesos del esqueleto, las fibras de la carne y los secretos del alma, no llameis al médico.

—Eudemo, tú me lo debes todo.

—Es verdad. Me has sacado de mi taberna, donde habitaba entre esquiladores y chalanes, para traerme á los mejores barrios de Roma y granjearme la amistad de todos los personajes de cuenta. Me has enriquecido en términos que podria comprar el gobierno de una provincia. Tienes razon. Te debo todo cuanto soy.

—¿Me estás agradecido?

—Sería un monstruo si no lo estuviese á mi protectora, á la diosa de mis lares, á la Minerva médica...

—Basta. Pues ya sabes que no puedo por más tiempo soportar á mi marido.

—¿Que lo sé? No lo sabía. Es la primer noticia que de tal afecto de tu ánimo tengo. Antes por el contrario, imaginaba que ni siquiera sabías si vive ó muere...

—Un marido odioso, por alejado que esté, atormenta y fatiga. Todas las incómodas compañías se pueden sufrir, ménos la compañía de un marido odiado y odioso.

—Bien. Yo quisiera que me dijeses adónde esos razonamientos conducen..

—Eudemo, creí que lo habias adivinado.

—Livila, tus ojos toman tal tinte sombrío, que dan horror, tus ojos tan hermosos.

—En Roma sólo hay una clase que tenga capacidad y facultades para matar impunemente: la clase de los médicos.

—¿Qué dices?

Y Eudemo cogió con horror las manos de Livila, como conjurándola á que volviese á recoger aquel siniestro pensamiento. Pero la jóven princesa continuó impasible, profiriendo con calma fria sus criminales pensamientos:

—¿A cuántas gentes habrás matado por ignorancia? ¿Cuántas drogas fabricarás que las Parcas y los infiernos deban agradecerte? Pues ahora se trata de matar con verdadera ciencia, de componer un brebaje el cual dé á una muerte violenta el aspecto de una muerte natural. Como las aguas estancadas del Tíber, tus retortas deben dar la fiebre, y esta fiebre la muerte.

—¡Oh, Livila! Yo no puedo negarte cosa alguna. Si tú quieres que Druso muera, Druso morirá. Pero déjame interceder por él, por tu marido. ¿Cómo te oprime? ¿En qué, Livila, te molesta? Pasa sus dias de espectáculo, sus noches de cena. El Circo parece su vivienda, y el combate de gladiadores su única ocupacion. Tu libertad es completa á su lado. La seguridad de obtener la corona es absoluta, debiendo recibir la herencia

de Tiberio. No pienses, pues, en desasirte de su compañía, ni en separarte de su lado. Sufre alguna molestia; que hartas compensaciones encuentras en ese matrimonio. Mañana, en brazos de otro marido que te amara, quizá echarias de ménos la grata libertad, cuyo peso tanto ahora te abruma.

—Ninguna de esas razones me persuade, ninguna. He menester que Druso muera á mi voluntad y á tus manos. Despues de decir esto, nada hay ya que hablar. Tú mismo lo has dicho: Druso morirá.

—¿Y la cólera del Emperador?

—No temas nada. El Emperador detesta á su hijo como le detesto yo. El dia que se vea libre de él, será un dia fausto en su vida. Luégo no se ocupa en cosa alguna embargado entre sus paseos por la bahía de Parthenope y sus paseos por los tribunales de Roma. Sejano es el verdadero Emperador, y Sejano ha de ver bien la muerte de Druso. El secreto más inviolable rodeará esta accion terrible. Nadie sabrá que le hemos asesinado; todos creerán que le hemos solícitamente atendido en una enfermedad natural é incurable. Druso padece de frecuentes dolores de cabeza. Su favorito, el eunuco Lygdo, le propinará el brebaje que tú le prepares, y nadie sabrá que en ese brebaje ha ido disuelta la muerte. En Roma es

costumbre decir que á todos los enfermos los ha rematado su médico, y costumbre tambien el no prestar atencion alguna á semejante especie. Un chusco ha escrito este epitafio en su agonía, que han plantado sobre su losa despues de enterrado: «Muerto al número de sus médicos». Las gentes lo leen, se rien, alzan los hombros, juran no volver á llamar ningun sacerdote de Esculapio, y en cuanto les duele un dedo, los llaman, y se entregan sin vacilar á sus manos y á sus homicidas medicinas.

—¿Y las leyes?

—¡Las leyes, Eudemo! Las leyes no llegan á estas alturas. Nosotros estamos fuera del derecho, porque somos superiores al derecho. Con nosotros no rezan las leyes. Luégo aquel edicto de Sila que castigaba con la deportacion ó con la muerte la negligencia de los médicos no se cumple hace tiempo. Todo nos favorece, y no admito más réplicas. Es necesario que Druso muera.

—No hablemos más, Livila, Druso morirá.

La princesa tendió la mano á Eudemo, él la apretó fuertemente, y salió en seguida, sin añadir palabra alguna, como un autómata, á preparar sus asesinas drogas.

Pocas noches despues la casa llamada Tiberiana, en el monte Palatino, rebosaba en gentes que iban y venian tristes, inquietas, anhelosas,

como si extraordinaria calamidad pública sucediese. Los unos se apretaban las manos, los otros convertian los ojos al cielo, éstos daban señales de torva desesperacion, aquéllos proferian maldiciones y juramentos. La causa de semejante agitacion estaba en que Druso, hijo único del Emperador, único heredero del Imperio, se moria irremediablemente, sin que pudiesen evitarlo todos los recursos del arte de curar, tan perfeccionado en Roma desde los tiempos de Asclepiades y sus sabios sucesores. Habíase en último recurso apelado á Eudemo, que á la sazon encabezaba por sus prodigiosas curaciones la clase de médicos, y Eudemo sólo alcanzó alivio pasajero de algunos dias, á cuyo término vino irremediable postracion, y tras esta postracion el fatal desenlace de la muerte. Aquel jóven robusto, hercúleo, habituado á los juegos atléticos, forzudo de brazos, ágil de piernas, ancho de espaldas, murió como una dama, de languidez, de desmayo, de desgana, de consuncion, devorado el estómago de un horrible cáncer, y consumidos por súbita tísis los pulmones. Decir cuánto lloró Livila, cómo se retorcieron sus brazos, cómo se diseminaron sus cabellos, cómo se rasgaron sus vestiduras, y las bellas facciones de su rostro salieron afeadas de golpes dados por sus propias manos en el espasmo de la desesperacion; decir todo esto, encarecerlo,

pintarlo tal como pasaba, sería completamente imposible. Pero un observador experimentado hubiera podido ver fácilmente, con sólo seguir en momento oportuno á Livila y á Sejano, el cual como primer ministro y prefecto del pretorio y apoderado del César apercibia los funerales del difunto y consolaba las penas de su viuda, que ambos á dos entraban en el cuarto de Druso muerto. Y volviéndose el redomado favorito á todas partes para cerciorarse de que no habia nadie fuera de ellos dos, aplicaba un rencoroso bofeton en la lívida mejilla de Druso, á lo cual añadia Livila una larga carcajada.

CAPITULO VIII.

LA CONCIENCIA HUMANA.

Tiberio volvió de Capua y estuvo algun tiempo en Roma con motivo de la enfermedad y de la muerte de su hijo. Pero no interrumpió sus tareas, y no asistió á los funerales, sin dejar de asistir al Tribunal y al Senado. Una comision de troyanos vino á darle el pésame y á decirle el duelo general causado por esta desgracia, duelo inconsolable. Tiberio, que tenia muy buenas salidas, y que de satírico se picaba, les preguntó, al ver su desconsuelo, si estaban ya consolados de la muerte de Héctor. Luégo él mismo pronunció ante la Asamblea de los Padres conscriptos el elogio de Druso, elogio acompasado, estudiadísimo, de latin clásico, de períodos ciceronianos, nacido de la meditacion y no del dolor; prueba evidente de la frialdad de aquel ánimo dispuesto á espaciarse en los laberintos y tortuosidades de una recalentada y artificiosa retórica. Y para de-

mostrar que el mundo opreso no podia quedar de opresores huérfano, recomendó al Senado los hijos de Germánico, y á los hijos de Germánico les recomendó la mayor compostura de alma y cuerpo, diciendo una verdad tristísima, pero una gran verdad, á saber: que sus virtudes y sus vicios importaban mucho al Universo.

Sejano, aunque algo resentido por estas demostraciones á los hijos de Germánico, se dió con mayor seguridad y desenfreno al goce completo de su poder omnímodo y á la preparacion de la perpetuidad de este poder para despues de la muerte de Tiberio, que rayaba en los cincuenta y seis años y entraba en una vejez muy cansada. Todo indicaba que el favorito debia eclipsar por completo al Emperador. En las calles brillaban las estatuas de aquél en tanto número como las estatuas de éste. En el teatro habia dos tronos de oro, uno para Tiberio y otro para Sejano. Cierto dia fué éste á oir á uno de los más célebres histriones recitar trágicos versos, y á varios de los más hábiles mímicos á representar várias pantomimas. Y en el teatro corrian ya rumores siniestros sobre el papel que Sejano habia representado en la muerte de Druso. Eran estos rumores naturales, porque Sejano jamás tomó precaucion alguna para ocultar su alegría. Y era más natural tambien que en el teatro comenzase la indigna-

cion de la conciencia pública y el asomo de la venganza universal, porque Druso capitaneaba una compañía de histriones, y los incitaba á burlarse de los edictos de Tiberio y de los decretos del Senado, sustentando y manteniendo su influencia sobre Roma hasta el punto de sacar la caballeresca espada en su defensa y herir á los que osaban ultrajarlos en lances comenzados como ligeras escaramuzas y concluidos como sangrientas batallas. En el momento de entrar el favorito, un rumor resuena, uno de esos rumores que parecen como la voz del espíritu y de la conciencia sobreponiéndose al terror y al silencio. El caballero etrusco, acostumbrado á sentir los latidos del corazon de Roma bajo su fina mano, se desconcierta, y cree ver pasar en aquellos ecos, á manera de un relámpago de sombras, el alma de su víctima. Pero muy pronto repuesto, y con grande dominio sobre sí mismo, se sonrie cual si hubiera recibido pruebas de admiracion y de cariño, arrellanándose en su silla para ver y escuchar á sus anchas la deleitosa representacion. El histrion que representaba en aquel momento Aquíles dirigiendo una diatriba contra Agamenon, la pronunció con tanto ánimo, la animó con tan vivos acentos, la acompañó con tales ademanes, se encaró de tal suerte hácia Sejano cuando decia los calificativos cruel, malvado, cobarde, traidor, insensato, pérfido, ladron,

asesino, que el prefecto recibió en su alma una bofetada del pueblo romano, tan fuerte como la bofetada recibida en su rostro de las manos de Druso. Al irse, los mismos que juntos le habian injuriado con sus murmullos y sus aplausos, le saludaban cada cual por sí, le salian al paso para agasajarle, y le reverenciaban como á un Dios. Pero la ofensa no podia quedar sin venganza, y al dia siguiente, el autor de los versos apareció muerto en una de las plazas públicas de Roma. Imaginaos el terror de todos aquéllos que le habian aplaudido.

Mas no paraban aquí sus crueldades. Corrian por Roma dos fábulas de Fedro, una relativa á las ranas pidiendo rey, otra relativa al casamiento del sol. En el culebron que sustituye al leño enviado por Júpiter á la servil y triste laguna, cuyos habitantes le demandaban á una soberbio monarca, se vió Sejano á sí mismo; y en el terror que sentia el mundo seco y desolado al casamiento del sol y á las temidas hazañas de sus futuros hijos, vió tambien pérfidas reticencias sobre su próximo enlace con la infame Livila. Así es que inmediatamente decretó la muerte de Fedro. Necesitó éste la intercesion de la misma zaherida princesa para quedar con vida, despues de haber quedado sin destino y sin salario. En estos tiempos ya no se permitia aquella gran lite-

ratura engendrada en los últimos dias de la República, y nacida en los primeros dias del Imperio. Los poemas de Virgilio, despertando el recuerdo religioso de la antigua Roma y el culto á independiente patriotismo, sus églogas á la vida del campo y á la comunicacion estrecha con la naturaleza, fuente de vida y piedra de toque para apreciar el verdadero vigor de una generacion; las odas de Horacio, en que latia el espíritu de la antigua libertad, y á traves de adulaciones impuestas por el ajeno poder y la propia flaqueza resplandecian las antiguas instituciones en toda su severa hermosura; las historias de Tito Livio, sagrado museo donde brillaban las imágenes de todos los héroes y todos los tribunos á cuyos esfuerzos y á cuyos sacrificios se debió la grandeza inmortal de la República; todas estas maravillas morales, capaces de elevar la conciencia humana sobre los vapores del vicio á los cielos de la eterna razon para buscar allí la justicia y el derecho, se sustituian y reemplazaban por versos inspirados en el estómago y consagrados á cantar las excelencias de las berzas y los combates homéricos de las ostras con los hongos. Así, Prisco, que habia cantado la muerte de Druso, fué muerto; y muerto tambien Saturnino, que habia deslizado algunas palabras de amor á la libertad y de odio á la tiranía en atrevida sátira. Los romanos vie-

ron á éste subir al Capitolio, conducido por la mano de los esbirros, y cuando estaba en la cima, caer y precipitarse en los abismos, arrojado por la mano de los verdugos.

Pocos dias despues se encontraba en presencia del ministro Sejano el historiador Cremutio Cordo. A pesar de que el ministro habia llamado al historiador para reconvenirle y amenazarle, parecia éste el acusador y el acusado aquél. Sejano levantaba sus ojos á mirarlo con arrogancia; y al ver aquella mirada fija, reflejo de un alma estoica, los convertia y bajaba hácia el suelo, como si en la retina del ciudadano descubriera la sentencia del juez. Cremutio estaba á su frente, de pié, inmóvil, cruzados ambos brazos, aguardando una pregunta ó una resolucion. El temor de Sejano ante esta actitud, entre imperiosa y despreciativa, creció tanto que, á haber estado en sus manos, despidiera á Cremutio y áun le presentara excusa por haberlo incomodado inútilmente. Mas no podia retroceder, y despues de haberle hecho llamar á su presencia, pugnaba para dominarse y dominar á un adversario á cuyos piés acababa de caer moralmente herido en aquel rápido sendo encuentro de sus ojos henchidos de bien opuestos afectos. Siendo el silencio más penoso que la accion, Sejano le rompió con una frase muy cortada é incierta...

—Me han dicho...

—¿Qué te han dicho?—preguntó el historiador con la arrogancia de un juez interrogando á su reo.

—Me han dicho que ayer, en el teatro, al bajar de mi áurea silla, habias exclamado: «Bruto y Caton fueron los últimos romanos».

—Si has creido que por tí lo dije, te has engañado tristemente. Si has imaginado que echaba de ménos un Bruto para tí, honor has pretendido en desproporcion grandísima con tu verdadera valía. Para acabar con César, se necesitaba el puñal de un tribuno; para acabar con Sejano, sólo se necesita el apólogo de un fabulista. Para César, Bruto; para Sejano, Fedro.

—Audaz te muestras, porque sin duda olvidas cómo puedo yo castigar esta audacia.

—¡Olvidarlo! Bien lo sé. Puedes castigarme con la muerte. Pero ¿crees, por ventura, que la muerte le importa algo á quien ha visto morir la patria, morir la libertad, morir la República? Hace tiempo que, al perder todos estos dioses penates de mi corazon, acepté la vida como el mayor de los males, y recurrí al pensamiento de la muerte como el supremo refugio. Ya ves el miedo que puedes dar á quien darás el consuelo de la tumba. Llama á tus verdugos, ó suelta á tus tigres. Desde que Roma se ha convertido en una

ergastula, no se puede respirar en Roma. Cada dia trae una pena tal, que en comparacion de ella es como dulce miel ese amargo acíbar de la muerte.

—Pero yo puedo acabar con algo más importante para tí que la vida misma.

—¿Con qué? Familia no tengo, porque no he querido engendrar esclavos: hartos cuenta el mundo. Fama y gloria no necesito. Donde mi nombre resonara, resonaria tambien el ruido de mi cadena, y por lo mismo gusto del silencio y del olvido. A mi honra no atentará tu pensamiento, porque mi honra se elevará más pura á medida que más se eleve tu odio. Díme, tirano, qué puedes sobre quien ha llevado tus plantas en las espaldas encorvadas, por no poder sacudirlas, pero ha conservado su libertad en el alma, superior á todo tu poder y á todas tus insidias.

—Cremutio, eres historiador. Has levantado un monumento á la eternidad. Amas tu historia sobre todo. Y tu historia podrá caer á mis manos. Yo la reduciré á cenizas.

Cremutio levantó los hombros con verdadera indiferencia y se sonrió con verdadero desden.

—Mi obra no es la obra de Tito Livio, no es el poema en que cruza la virtud de los ciudadanos, el valor de los héroes, la luz de la libertad, el espíritu de la República, todo cuanto ha engen-

drado la grandeza de Roma. Mi obra es una obra de verdadera decadencia. Cuenta nuestra agonía, la agonía de esta ciudad sin rival. Cuenta cómo las guerras civiles nos desgarraron las entrañas, y las conspiraciones sociales nos pudrieron la sangre, y las competencias entre los generales nos prepararon á la servidumbre, y el nacimiento de un genio tan grande como el genio de César sólo sirvió para que todos, bajo el peso de sus alas, nos asfixiáramos, y muriéramos para la libertad. Destruye mi obra en buen hora. Yo la escribí para descargo de mi conciencia, y la consagré completamente á la verdad. Plegue á los dioses ocultar á los venideros cómo hemos perdido la República, por qué caminos tan tortuosos y en qué abismos tan profundos, para evitarles el dolor de tener que avergonzarse tristemente de sus padres.

—¡Cremutio!—murmuró Sejano, temblando ante aquella impasible energía.

—No creas que por matar mis historias matarás la Historia tambien. No creas que por libertarte de mi juicio te libertarás de la posteridad. El tirano puede inmolar una generacion entera con su guadaña, pero no puede inmolar el alma de esa generacion, ni la conciencia de esa alma. Al castigo que los siglos te preparan no te escaparás. Hasta que el sol se extinga, hasta que perezca la tierra, por siglos de siglos, cuantos quie-

ran mostrar á los hombres los gusanos engendrados por la podredumbre, las sombras levantadas por la tiranía, los horrores caidos sobre un pueblo opreso, las infamias del despotismo, clavarán su instrumento de análisis, más cortante que un cuchillo, en tus carnes vivas, y te entregarán desnudo de cuerpo á las maldiciones inextinguibles, al odio inacabable de la posteridad, descoyuntando tus huesos en el tormento gigantesco de un potro infinito, donde en vano pedirás misericordia á los jueces y los verdugos encargados de infligirte completa y perdurable justicia.

Sejano cayó horrorizado sobre su silla, como si en sueños viera su castigo; Cremutio Cordo, dirigiéndole una mirada de desprecio, salió, se fué á su casa, se encerró en apartado cubículo, y se dejó morir de hambre. A los pocos dias las historias de Cremutio Cordo eran quemadas; y las gentes no podian recordarlas sino por algunos fragmentos guardados en memorias fieles al heroísmo y á la desgracia. Pero el castigo anunciado por Cordo al tirano se cumplió tambien. Y con destruir los anales redactados por su enemigo, no pudo Sejano destruir su propio recuerdo y su execrable memoria.

CAPITULO IX.

EL NATALICIO DE SEJANO.

Poco á poco habia ido el favorito apoderándose del Imperio y sustituyéndose al Emperador. Su presencia en el Senado y en los tribunales era saludada como la presencia misma del César. Su influjo en los campamentos excedia al influjo de Tiberio. Brillaban sus estatuas en el Foro y en la puerta de los teatros, como si fuese de la familia imperial. Y bien podia esperarse de tantos honores acumulados sobre su persona y sobre su nombre que pronto se le viese brillar como una constelacion de primer órden allá en el cielo y entre los dioses. Sobre todo, el dia de su natalicio era un dia elevado por la costumbre al rango de las públicas festividades. Practicábanse primero las ceremonias de rúbrica. Sejano se vestia su toga blanca como el ampo de la nieve; se peinaba con los refinamientos del arte; ceñia á sus sienes guir-

naldas de várias flores; calzaba sus piés con sandalias de vistosos matices; y ante el ara de los Lares, rodeado por los suyos, humeante el fuego de los sacrificios, apercibidos los vasos sacros, rechazaba la inmolacion de víctimas que pudieran recordar la muerte en la hora de su nacimiento, prefiriendo, como lo prescribia el culto doméstico, quemar incienso y otros aromas orientales, libar puro vino, y compartir las libaciones con sus gentes, entre el són de las cítaras, de los címbalos, de las flautas, y el himno de los coros que elevaban al cielo en loor de los dioses una deliciosísima armonía. Palabras de buen augurio henchian su casa, nubes de incienso flotaban entre las columnas de su atrio, panes sacros se apilaban al pié de las aras, esencias de nardo corrian por todas las frentes, lazos de flores trenzaban voluptuosas danzas; y dones de todas suertes, desde frutos del campo hasta manjares para la mesa, desde mantos contra el frio hasta abanicos contra el calor, desde pieles de tigre hasta parasoles de seda, desde togas de lino hasta joyas de zafiros y esmeraldas, demostraban cómo Roma entera ofrecia tributos manchados por la servidumbre al soberbio dios de la fortuna y del poder. Apénas rayaba el alba, cuando hermosas jóvenes, disfrazadas de musas, iban á ofrecerle todos los presentes de la inteligencia y á desearle

un dia sin cuidados, un cielo sin nubes, una voluntad sin contradicciones, un ánimo sin dolores; auspicios excelentes, augurios prósperos, antorchas perfumadas que derramaran luz propicia, felicidad y amor. Luégo venian los clientes con las manos llenas de ricas ofrendas y las espórtulas vacías. Los cazadores mandábanle liebres, los marineros pescado, los cosecheros vino, los pastores terneras y recentales, los soldados ofertas de fidelidad, los retóricos arengas, los filósofos apotegmas, los sacerdotes ex-votos, los senadores adulaciones, los cortesanos incienso, los potentados joyas, los poetas versos; porque toda Roma era la manceba del tirano. Arruinábanse las gentes por colmarlo de riquezas. Así decia riendo y bromeando, al ver cuánto su natalicio le reportaba, que tenia tentaciones de imitar á las prostitutas, las cuales, para granjearse riquísimos presentes, cumplen años dos ó tres veces cada mes. Por la noche, el festin se prolongaba hasta las altas horas. Los atletas combatian desnudos, las gaditanas y las sirias bailaban al són de las castañuelas y de los panderos, jóvenes de uno y otro sexo nacidos y educados en Grecia cantaban coros armoniosísimos; los patricios y sus mujeres, coronados de flores tendíanse en lechos de púrpura junto á mesas relucientes de oro y esmeraldas; el pavimento brotaba surtidores de olorosas

aguas, y el techo llovia vapores de esencias; nubes de pájaros, puestos en libertad y salidos de los platos más raros, alegraban con su piar los ánimos; y versos críticos pronunciados por el regente, el dios del festin, se mezclaban con las carcajadas y con los besos.

A las dos de la mañana todo se concluyó. Apagábanse las luminarias, íbanse los convidados, dormíanse los esclavos, reinaba ya la soledad y el silencio en los salones donde ántes reinara la algazara, cuando una sombra se desliza furtivamente, y anda como errante por sus solitarios espacios. Largo manto la envuelve, bajo cuyos pliegues se dibuja el cuerpo de una mujer. Al ver su alta estatura, su majestuoso ademan, su actitud imperiosa, sus formas perfectas, sus líneas magistralmente dibujadas, hubiérase dicho que era una estatua de los mejores artistas atenienses, descendida de su pedestal y animada de vida y movimiento. Algo ó álguien buscaba, porque recorria con ansiedad todos los rincones con prolijo escudriñamiento. En efecto, sobre un lecho de púrpura, al pié de un ánfora de oro, vestido todavía con las preseas del festin, las flores marchitas sobre la frente sudorosa, roncaba Sejano. La mujer se encaró con él y le asió fuertemente el brazo, sacudiéndole para despertarlo. Aunque el sueño era muy profundo, el sacudimiento tenia tanta

violencia, que el ministro se despertó con estupor y extrañeza tales como un muerto que volviera á la vida.

—Duerme, ingrato, duerme brutalmente para persuadirme de que no tienes remordimientos.

—Li... vi... la,—dijo Sejano, poniendo un bostezo enorme entre cada una de las sílabas del nombre de su amada.

—Sí, Livila, que en esta noche de orgías viene á turbar tu contento con sus dolores, y á traerte por todo presente sus ojos encendidos y sus amargas lágrimas.

—¿Cómo es eso?

—¡Y tú me lo preguntas! Ha pasado tu natalicio. Roma entera ha venido á tu puerta. Los escalones de tu atrio están gastados al roce de los piés que los han subido ó bajado. Los lechos de recepcion se han roto al peso de los amontonados clientes. El Senado se ha reunido en tu palacio, como si tu palacio fuera un templo. El campo pretoriano se ha trasladado á tus jardines. Parecen tus salas el Foro de los mercaderes, segun los objetos que las llenan, riquísimos presentes de tus innumerables cortesanos.

—Pero todo esto debia regocijarte, Livila, porque todo esto demuestra el inmenso poder y la inmensa autoridad de tu Sejano.

—¡Regocijarme! ¿Crees tú que debia regoci-

jarme? Hasta ese punto me desconoces y me desamas. ¿Yo qué soy? Yo soy la viuda de Druso. El poder ha huido de mis manos, como la alegría ha huido de mi alma. Recluida en el cubículo durante todas estas largas horas de tus placeres, he oido en mi palacio solitario y abandonado el rumor de Roma entera que se apresuraba á rendirte homenaje y á agasajarte con toda suerte de obsequios. Tú eres el dios de la ciudad. ¿Y yo qué soy? La viuda de Druso. Cuando era su esposa, cuando compartia su mesa y su lecho, la esperanza de una inmediata herencia y la corona de un vastísimo Imperio me realzaban á los ojos de todos, y me traian el universal acatamiento. Pero ahora, en mi duelo, en mi tristeza, en el olvido público, las gentes que te vuelven á tí la cara, me vuelven á mí la espalda. Yo debo ocultarme, y tú mostrarte á Roma; yo dolerme y llorar, tú reirte y beber; yo consagrarme á la viudez, tú al goce; yo consumirme en el retiro, y tú espaciarte en el Imperio.

—Pero ya sabes, amor mio, que Tiberio...

—Ya sé ¡oh, Sejano! que no tienes valor para pedirle en casamiento á la princesa Livila.

—Soy un simple caballero.

—Eres un dios.

—No me oirá.

—¿Cómo te ha de oir, si no levantas la voz?

—Livila, algunas veces tengo miedo.

—No lo tenias cuando me incitabas al crímen. Ansiando libertarte entónces de un rival, á quien no odiabas por marido de Livila, sino por hijo de Tiberio, me pintabas con los colores más vivos tu poder y tu autoridad en el mundo. Desde aquella ocasion terrible, ese poder ha crecido. A todos tus deudos protege, á todos tus amigos llega, ménos á mí. Yo parezco una miserable sierva; yo, que debia ser una omnipotente Emperatriz. Y halagada por tí, seducida por tí, embriagada por tu ponzoñoso aliento, víctima de una fascinacion mágica, derramé el veneno en la sangre de mi esposo, y extinguí su vida. Si vieras... Ahora sí que está Druso junto á mí. Ahora sí que no puedo separarlo de mi lado. Parece la sombra de mi alma. Sus ojos me siguen á todas partes. Su voz tiene tal poder, que domina este océano de Roma. Ahora sí que duerme en el lecho, á mi lado, sin dejarme un punto, pegándome con sus abrazos de hielo el frio de la muerte. Si apago la luz, se encienden sus ojos. Si aplico para dormirme un narcótico á mis labios, me parece que bebo su sangre. Si me duermo al fin, reaparece en sueños, lánguido, triste, moribundo, mirándome con aquella última mirada de su agonía, reconviniéndome con palabras misteriosas é indescifrables como las que cortó su últi-

mo suspiro. Mira el tormento horrible, el torcedor espantoso, el castigo sin nombre á que me has condenado condenándome á un crímen, y á un crímen inútil. Porque luégo vuelvo los ojos á mi estado, y me encuentro viuda, sin corona, sin Imperio, relegada casi fuera de Roma, languideciendo en tristísimo abandono, sin más compañía que mis recuerdos, sin más distraccion que mis remordimientos, abrazada tristemente á un muerto, y herida á cada minuto por una pena sin consuelo y una ambicion sin esperanza.

—Consuélate, Livila, consuélate.

—No puedo.

—Yo te prometo pedir tu mano.

—Hoy mismo.

—Yo te prometo demostrar á Tiberio que este casamiento es la salud de Roma.

—Y su salud tambien.

—Yo te prometo no dejarle un momento hasta haber conseguido la satisfaccion de nuestro deseo, y habernos enlazado en un matrimonio que sea de nosotros dos legítimo orgullo, y de Roma legítima esperanza, como que no podrá salir de nuestras manos la augusta herencia del Imperio.

—Pero no me basta, no, todo eso. Necesito precaver una cosa, la negativa de Tiberio.

—¿Su negativa?

—¿No la presientes?

—No la comprendo.

—¿Cómo?

—Tiberio se ha prosternado constantemente á mis piés y se ha sometido á mi deseo.

—Tú mismo, tú me has dicho muchas veces que tiene la naturaleza del tigre.

—Verdaderamente.

—Y el tigre se tiende, se olvida de todo, se duerme, desaparece de tal suerte que lo tomaríais por un tronco perdido en las selvas, por un objeto sin animacion ni movimiento, hasta que súbito se despierta y levanta como un ciervo, se esperezа y se alarga como una serpiente, salta y casi vuela como un águila, y sobre su presa se arroja como un leon.

—Tal es el tigre, y tal tambien Tiberio.

—Pues prevé y calcula una negativa.

—Es imposible.

—Es fácil.

—Entónces...

—Entónces, ¿qué?

—Entónces...

—Debes pagarme tu deuda.

—¿Qué quieres decir?

—¿No me adivinas?

—Explícate, Livila.

—No deberia tener necesidad alguna de explicarme.

—Ruégote por los dioses, por el dia de mi natalicio, por nuestro amor, ruégote que te expliques.

—Nada se pierde con una suposicion. Supongamos que Tiberio te niega mi mano.

—Supongámoslo.

—¿Qué harias?

—¡Oh! Me volveria loco.

Livila no pudo contener ruidosa carcajada, que, semejante á rápido terremoto, parecia sacudir hasta los techos y las paredes donde resonaba.

—¿Me volveria loco? Si no conociera tanto y de antiguo tu natural frio, diria que loco estabas realmente. Esa respuesta la da un jóven inexperto á la mujer que requiere de amores; la da un poeta en vena de tópicos á Cinthia, Lesbia ó Corina. Pero el favorito, el ministro, el prefecto del pretorio, el árbitro de los senadores, el cónsul y tribuno perpetuo, el dueño de Roma no puede hablar así, porque dispone de todo, y al disponer de todo, tambien dispone de la muerte.

—¿Qué has dicho, Livila? ¿No sabes que las paredes oyen? ¿No sabes que los ciudadanos de Roma se han convertido en rebaño de esbirros? ¿No sabes que cada uno de nosotros llevamos detras, como pegada al cuerpo, la sombra de un espía?

—¿Y qué?

—¿Qué? Esas palabras pueden ser mi muerte y tu muerte.

—Sejano, estabas sediento de venganza. Tus dias se perdian en la tristeza, y en el insomnio tus noches. El bofeton recibido en la mejilla te resonaba en la conciencia. Y viniste á mí sin miedo alguno á los espías y á los esbirros. Y me incitaste á la venganza sin recelo y sin escrúpulo. Y el hijo de Tiberio, el heredero de la autoridad, el príncipe de la sangre, el fuerte Drúso, murió á manos de su médico, envenenado por su esposa. Necesité pisarme las entrañas, morderme el corazon, ahogar en vino y en placeres mi conciencia, herirme de remordimientos desgarradores como puñales, retorcerme en sacudimientos de una epilepsia mortal para derramar la muerte en las venas de aquel jóven, mi compañero, mi amador, mi esposo, que me miraba como el ciervo herido al cazador, ó como el borrego moribundo al carnicero. Y ahora vengo á pedirte que me satisfagas á mí, ó que me mates. Vengo á pedirte que demandes mi mano, y si la obtienes, sirvas hasta su muerte á Tiberio. Pero si no llegas á obtenerla, arrojándome desde mis ensueños al abismo, no hay más desenlace posible que la muerte. Y entre morir ó matar, la eleccion no es dudosa. Debe á toda costa y á toda prisa morir Tiberio, que se opone á nuestra felicidad y que

nos impide nuestra union. Roma sabe que tú la gobiernas. El Senado te eleva estatuas y las provincias te elevarán templos. No tienen, pues, que cambiar de dueño. Sobre el cadáver de Tiberio debemos subir al trono de la tierra. Yo te sacrifiqué mi esposo; tú sacrifícame tu amigo. De lo contrario, nuestra suerte está decidida tambien, nuestro porvenir resuelto, nuestra gran catástrofe consumada. Me arrojo á las plantas de Tiberio, y le digo que tú y yo hemos inmolado á Druso, y nos apercibíamos á inmolarlo á él. Así que sepa esto, nos clavará en las entrañas sus garras de tigre. No podrémos vivir juntos, pero juntos morirémos. Ya sabes hasta dónde puede llegar el rencor de una mujer ofendida.

—Livila, no me atormentes. Guardarme todos estos dolores para la noche de mi natalicio, en que debia tener derecho á tus caricias, es tanto como anunciarme un funestísimo presagio.

—Sejano, ¿quieres que yo vea prolongarse con indiferencia tu poder y mi soledad?

—¿Qué hemos de hacer?

—Pedir inmediatamente mi mano á Tiberio.

—Hoy mismo.

—Y si la niega, apercibirnos á su muerte y á nuestra venganza; apercibirnos á subir sobre su cadáver al trono de la tierra.

—Livila, serás obedecida.

En este momento la sombra de una mujer se deslizaba por los intercolumnios de la casa de Sejano, y salia furtivamente á la calle, miéntras los dos amantes, apaciguadas las tormentas y concluidas las disputas, se entregaban descuidados á su amor. Quien hubiera seguido aquella mujer, viérala entrar en la casa misma de los Césares, despertar á uno de los libertos, encerrarse en apartada estancia, hablarle largamente, y expedirle con apresuramiento á Caprea en busca de Tiberio. Era esta mujer una de las viudas de la familia y de la casa del Emperador, que se habia industriado perfectamente para seguir á Livila, sorprenderla y escuchar palabra por palabra su siniestra conversacion, la cual iba á resonar bien pronto en los oidos del César.

CAPITULO X.

EL TERROR ATERRADO...

—¿Quién va? ¿Quién me persigue? ¿Quién me acosa?—grita desde su lecho Tiberio, despertado despues de horrible pesadilla por el esclavo griego que le guarda el sueño.

—No te espantes, Tiberio. Obedezco tus órdenes y mi consigna cumplo. Dijísteme que á cualquier hora te despertase en viniendo noticias de Roma, y te despierto.

—¡Oh! Ni en el sueño se encuentra la paz. Unas veces macero el flaco cuerpo para que obedezca á mi voluntad; y esta voluntad capaz de regir los mundos y hasta los cielos, no rige la pobre máquina de mis descarnados huesos. Otras veces me entrego al placer, á la voluptuosidad en toda su fuerza para desmayarme y dormirme; pero me desvelo, y se desvela mi conciencia. ¡Oh! Si pudiera arrancarme de la frente este fuego que me

calcina el cráneo, dormiria, dormiria alguna vez tranquilo.

—Pues dormias, y áun roncabas. Jamás te despertara de ese profundo sueño si no temiera tanto como temo tus arrebatos y no cumpliera tan fielmente como las cumplo todas tus órdenes.

—No dormia, soñaba; y soñaba cosas bien desapacibles y tristes. ¿No se han levantado en el polvo del Foro las sombras de Bruto y Casio destellando ira de sus ojos secos y blandiendo sendos puñales en las manos crispadas? ¿No se ha oido la voz de Ciceron en los intercolumnios del templo en que se congregaba el antiguo Senado? ¿La República no ha vuelto á erigirse en su pedestal, y la libertad no ha esclarecido de nuevo y abrasado al Universo?

Movió el griego que escuchaba estas palabras la cabeza tristemente, y dijo con amargura:

—No, no. La libertad no vuelve. Acuérdate de aquella Grecia, á cuyos labios iban como abejas todas las grandes inspiraciones á libar la miel de la vida, acuérdate. Lanzada de su altar, no ha vuelto á levantarse. Despojada del alma en la esclavitud, como dice Homero, ha consentido que los conquistadores se llevaran esclavos á sus hijos y esclavos á sus dioses...

—No te quejes, gréculo, no te quejes. Yo he podido regirla, pero no he podido resucitarla. Si

la libertad descendiera alguna vez de la tiranía, ya tendrias libre tu divina Grecia por mis mandatos. Pero no pudiendo hacer otra cosa, he evitado que la rigieran los patricios, tan dulces para Roma, tan duros para el mundo. Le he dejado largo tiempo sus gobernadores, pues siempre comen ménos los hartos que los hambrientos. Los murmurones, allá por los círculos de las encrucijadas romanas, dicen que no multiplico los nombramientos por no multiplicar los afortunados, cuando no los multiplico porque el tirano conocido resulta siempre el mejor tirano; y los buenos gobernadores son de temer por mi propia seguridad, y los malos de evitar por la seguridad del Estado.

—Mas, Tiberio, te dije que habia nuevas de Roma.

—Nuevas... nuevas. ¡Qué pereza! ¿Para qué me molestarán? He dejado Roma entregada á Sejano á fin de que no me distraigan, y todavía me distraen de esta contemplacion á que me hallo consagrado, léjos del mundo, y ante las cosas permanentes y eternas. Veamos, pues, las epístolas enviadas de Roma y las noticias anteriores á la llegada del último mensajero.

—Algo nuevo hay de poesía.

—Es necesario cultivar ese arte. Solamente el cántico llegará á consolar al romano de haber

co que se veia tranquilo como una estrella al través de los relámpagos era la figura severísima de Caton Uticense, inmóvil, sostenido en su silla curul, envuelto en ruda túnica quirital sobre cuyos pliegues caen los blancos cabellos y la luenga barba crecidos en desórden por los duelos de la patria, mostrando en su derecha mano el puñal que se hundirá en el corazon despedazado por la muerte de la antigua libertad y por la ruina irreparable de la República.

—Lo has visto como pudiera verlo un republicano, y lo has pintado como pudiera pintarlo un poeta.

—Pero al acercarme á él... ¡oh! se ha levantado como una sombra gigantesca, y sin decirme una palabra, con la reconvencion muda de sus ojos me ha dirigido tal anatema y se ha separado con tan noble furia de mi contacto, que todavía el recuerdo de su actitud me pesa como losa gravísima sobre la frente. Vi el alma de Roma que me perseguia, la ira de nuestros sacros padres que me acusaba, el mundo entero que se venía sobre mí para aplastarme. ¡Cuán terrible, oh Caton, es tu venganza!

—¿Te has olvidado de la tragedia?

—Verdaderamente.

—El símbolo pertenece á Atrea; la realidad á Caton.

—El descendiente de Escauro es un republicano.

—Ciertamente.

—Los republicanos... ¡ah! no pueden vivir donde viven los Césares.

—¡Tiberio!

—La naturaleza entera es un vasto campo de batalla.

—Como estamos en plena conversacion literaria, recuerdas sin duda el poema de Lucrecio, en que Marte...

—La guerra es universal.

—Pero tambien es universal... ¡oh! el amor.

—¡Calla!

—¿Por qué?

—No me recuerdes mi soledad y mi desdicha.

—¿Cómo?

—Yo que fuí amado de jóven cuando era oscuro militar, hoy, de Emperador, no encuentro quien me ame.

—Y es lástima.

—¿Por qué? No te burles de mí.

—Presérvenme los dioses de semejante desacato.

—Díme por qué mi soledad te lastima.

—Por aquello que dice Lucrecio en los primeros versos de su poema.

—¡Ah!

—Si el Marte imperial tuviera una Vénus amada, cuando se cansase de odiar, recurriria, vencido por la eterna herida del corazon, á sus brazos; y en su seno, contemplándola con los ojos extáticos, los labios pendientes de sus labios, el corazon palpitante junto á su corazon, la frente perdida entre las hebras de su abundante cabellera, al sentirse feliz, al escuchar gratísimas palabras, al beber aromático aliento, encendido en el fuego de la pasion, disipándose en aquel océano de delicias, querria que nadie en el mundo fuese desgraciado, y lloveria sobre todos la paz alcanzada en sus tranquilos amores.

—Griego, griego, evocas con la elocuencia de tu patria la dicha que he perdido y que jamás recobraré. Me abres las carnes con la untura de esa palabra dulce como la miel desprendida del romero y del tomillo que crece en las faldas del Hibla y del Himeto. Ayer, cuando sentí el amor, fuí un dios. Ahora, que sólo siento el vicio, soy un cáncer. Abandonado de todos en esta soledad, he querido con placeres bestiales burlarme hasta de la Naturaleza, y la Naturaleza se ha vengado triste y cruelmente de mí.

—No goces en atormentarte.

—No me atormento yo, me atormentan mis llagas el cuerpo, mis remordimientos el alma.

—Volvamos á la tragedia, á la *Atrea.*

—Volvamos.

—Leerémos por cualquier parte.

—Lee lo que quisieres. Al cabo el dueño del mundo no pasará jamás de esclavo de sus esclavos.

—Leo, pues.

—Temo hasta que leas.

—Los versos te distraerán.

—¿Los versos? Nada me distrae, ni el arte cuando estoy despierto, ni el sueño cuando estoy dormido.

—¿Comienzo?

—Me es igual.

—Aguardo tu vénia.

—Lee por cualquier parte.

—Leo.

—Veamos.

—«Las tonterías de los reyes (leyendo) deben ser por sus vasallos resignadamente soportadas.»

—¿Y eso en Roma se representa?

—Sin duda alguna.

—¿Y se dice eso en el teatro?

—Ya lo oyes.

—Entónces, no hay Imperio; la República existe todavía.

—¿De qué te extrañas?

—De que la ironía brote por todas partes á su antojo. Tengo la invectiva por ménos peligro-

sa. Pero ese dardo cruel de la sátira, que nos hace ridículos, me llega al corazon más, mucho más que la aguda y violenta puñalada. Morir á las manos de un Bruto, en la puerta del Senado, al pié de la estatua de Pompeyo, entre el horror de los amigos y la alegría de los enemigos, aún es morir como héroe; pero caer en el teatro, al silbido de un farsante, entre las carcajadas históricas de la plebe estúpida, herido en el corazon por un dicharacho, arrastrado por el fango, escupido y abofeteado por asquerosas injurias... ¡oh! morir así es morir como un miserable payaso.

—Tiemblo por el último Escauro.

—El debió temblar ántes de escribir semejante frase. El pueblo me creerá un estólido. El ciudadano le contará á su mujer que me han llamado tonto. Pues no podrá contarle, no, que lo he sufrido en paciencia. Tales cosas no se dicen bajo un Emperador como yo, y en un Imperio como el Imperio romano, sino cuando se quiere renunciar á la vida.

—Me asustas.

—¿Con que mi terror sólo me aterra á mí mismo?

—¡Tiberio!

—¡Gréculo!

—Manda, y obedeceré.

—Que muera en cuanto esta órden mia llegue

á Roma, que muera el último de los Escauros.

—Morirá.

—Respiro.

—Tiberio, tus esclavos parecen reyes; tus porteros, dioses.

—¿Con qué nueva jerigonza te descuelgas ahora? ¿Qué quiere todo eso decir? Habla lisamente.

—Como no vas á Roma, vienen aquí los caballeros y los senadores á verte. Como no lo consiguen, gracias á tu retiro, nos instan, nos regalan, nos adulan, nos lisonjean, nos quisieran comprar, como si nosotros fuéramos los dispensadores de tu favor. ¿Por qué no los ves?

—¡Oh! No quiero verlos. Me causan miedo, porque me muestran cómo ha decaido la patria. Mentidles, siervos mios. La mentira, como toda corrupcion, pertenece á los instrumentos de autoridad y de dominio. Decidles que no estoy entregado al placer, sino al pensamiento; que no trabajo por mi grandeza, sino por la grandeza de Roma; que no fundo la tiranía, sino el restablecimiento de la República y de sus santas leyes: Añadid que si rehuyo su presencia, no lo atribuyan á despego, sino á necesidad de estar á solas con mi idea única, con la idea de devolver la libertad, incomprensible en la prostituida Roma de los cortesanos. Engañadles así. Que la República, tan viví-

da ántes como la misma Naturaleza, aquella República á cuyos pechos se criaron las generaciones heroicas, quede pronto reducida á una coleccion de frases retóricas cortadas por el patron de las recetas. Y ¡ay del infeliz que pronunciase una frase feliz! Demostraria cómo existe en Roma algun republicano de talento, cómo ese talento de uno puede traer la libertad de todos, y moriria sin remedio. ¡Oh! Cuanto me rodea me da escalofrios. Despedid como perros de Caprea á los senadores de Roma.

—Tu voluntad es ley.

—Vaya, como que esa frase tuya pasará á los siglos cual fundamento único de la jurisprudencia. Díme, ¿y esos senadores se han persuadido ya de que la familia augusta de Germánico, amparada por ellos como esperanza de libertad, no puede ni vivir ni respirar en el mismo mundo en que vive y respira Tiberio?

—Ya lo saben. Ya tienen noticia de que Neron, el hijo mayor de Germánico, ha fenecido en la isla de Ponza; y de que Druso, el hijo segundo, ha pasado tal hambre ántes de morir en los sótanos de tu palacio imperial, que ha roido como un raton la tosca lana de los colchones de su cama. Ya tienen noticia de que Agripina se ha dado la muerte por no poder sufrir la vida.

—La consideraban como una matrona de la

República, la tenian por la diosa de la libertad. Su majestuoso continente, su bello rostro, su estatura digna de una estatua, el velo de tristeza que cubria sus ojos y el manto de luto que ocultaba su cuerpo, la urna cineraria en las manos y la prole robusta y hermosísima á los piés, daban á Agripina, á la viuda de Germánico, en el hogar pudorosa como una doncella, en el campamento fortísima como un soldado, el aspecto de una efigie de la antigua Roma. Ya no tienen ese recuerdo vivo de las virtudes republicanas, ni esa reconvencion eterna é implacable á lo que llaman ellos mi negra tiranía. ¿Se ha despedido la gente?

—Está ya despedida.

—He venido á esta isla inabordable, y todavía la abordan. Me he encerrado en esta soledad apartadísima, y todavía la perturban. Yo quiero estar solo con mi conciencia. Nada me repugna tanto como el rumor que produce la multitud. Decidles á los pescadores y navegantes de las riberas parthenopeas que si me traen un solo romano á estas playas, serán todos sin piedad degollados. Yendo una vez de viaje desde esta isla á Roma, al llegar cerca de la ciudad, me encontré con que mi serpiente favorita se habia muerto, comida, devorada por los moscardones. Y me torné á la isla sin entrar en Roma, porque aprendí claramente que de la misma suerte me podia devorar

la multitud si con ella me mostraba amable y complaciente. Que no vuelva yo á ver en este peñasco ningun sér humano, fuera de aquéllos que componen mi familia y mi comitiva. Aquí solamente necesito á los que han de ser objeto de mis placeres, ó los qué han de ser víctimas de mi justicia. Conmigo sólo pueden y sólo deben vivir mis cortesanos y mis reos. Le tengo horror al mundo. Que vengan mis retóricos, mis gramáticos, mis astrónomos.

Aún no habia expresado este deseo, cuando se abrió la puerta para dejar paso á tan excelsos cortesanos. Los sabios traian tablillas escritas unos, instrumentos de cálculo y de astronomía otros, signos de su profesion todos. Con ellos entraron, como para contrastar la aridez de la conversacion y variar la uniformidad del espectáculo, bufones, enanos, payasos, acróbatas, efebos, que ora saltaban, ora corrian, ora injuriaban á éste ó al otro entre estentóreas carcajadas, ora ponian las manos en el suelo y los piés en el aire como si estuvieran solos en el gimnasio y en el circo, ora hacian cualquier gesto desvergonzado é indecente para desfruncir el fruncido ceño de su señor y atraer la sonrisa á sus ulcerados labios.

—Salud, Thrasyllo. ¿Has estudiado el tiempo?—dijo Tiberio dirigiéndose al jefe ó director de sus astrónomos.

—Lo he estudiado, y creo que anuncia tempestad.

—Pues que me traigan mi corona de laurel para preservarme del rayo.

—Aquí la traia yo apercibida, sabiendo que la pedirias en cuanto te anunciase mis pronósticos.

—¡Cuántas veces, Thrasyllo, he visto contigo desde las altas rocas salir del seno de las ondas á Orion, cual si en las aguas se bañase su misteriosa luz! ¡Cuántas veces hemos sentido juntos esta inquieta curiosidad que nos llevaba á preguntar quién empuja los vientos, quién calma los mares, si hay dentro de cada astro el alma de un Dios, ó si hay el número de nuestras tablas aritméticas y la simple proporcion matemática y la simplicísima fuerza mecánica! ¡Felices los astrónomos, que huyen del barro de la tierra, como las canoras aves, para perderse y explayarse en la vívida luz de los cielos, mil veces felices! Los cuidados que me da el gobierno de los hombres impídenme el bañarme en el éter de los espacios. Pero, si me ha quedado algun momento de vagar, me he puesto junto á tí, sin oir en los rumores de la Naturaleza cosa alguna que no fuera tu voz, y he buscado en la inmensidad los cinco planetas con el balbuceo y la extrañeza del niño que deletrea las letras de su alfabeto. Recuerdo que me has dicho no comprender cómo cinco solamente entre los astros

innumerables se mueven y los demas se hallan fijos, con su luz siempre viva como las lámparas de un templo. Y si yo me he aterrado por la presencia de uno de esos cometas, que no se sabe de dónde vienen ni adónde van, que salen de nuestro Zodiaco y vuelven como seres misteriosos, errantes á su antojo por la inmensidad, que se extienden como rojiza espada de fuego sobre nuestras cabezas y nos amenazan; si yo ante ellos me he aterrado, tú me has dicho cómo algun dia se adivinará su carrera: que no puede señalarse á los astros un solo camino en el cielo infinito. ¿Sabrás decirme, Thrasyllo, por qué causa Roma no tiene tantos y tan grandes astrónomos como otras ilustres ciudades?

—Ya sabes, Tiberio, que una raza superior ha existido en el mundo, sabedora de los secretos del cielo, y que se ha extinguido por la carcoma de sus propios vicios y la cólera de nuestros próvidos dioses. Ya sabes que más allá del gaditano estrecho existia, en mares vírgenes por nuestras galeras jamás surcados y por nuestros marinos jamás conocidos, la isla Atlántida, habitada por genios superiores, á cuyo seno bajaban los astros en múltiples enjambres á contar sus secretos y á beber vida comunicándose con ellos, como diz que se comunican las mariposas con las flores y las flores con las mariposas. La raza superior ha

muerto, la isla divina se ha sumergido; y de la una y de la otra sólo quedan vagas reminiscencias indescifrables en la humana memoria, y el limo pesado y espesísimo en el inmenso Océano. Mas como no se aniquila todo en el mundo, los resplandores de la isla desaparecida y las observaciones de los pastores errantes han aumentado la claridad de los misteriosos cielos y los conocimientos de los ignorantes hombres. Los poetas vinieron despues con sus adivinaciones á iluminar la observacion de los pastores. La tierra para ellos estaba rodeada del rio llamado Océano, en cuyas aguas todas las noches el sol apagaba su fuego para animarlo y encenderlo al dia siguiente, como la vida se suspende en brazos del sueño, y al despertar se reanima y se rehace. ¡Cuánto trabajo no costó el saber, el adivinar que nuestra tierra era un astro como las estrellas que en la inmensidad resplandecen! Mas, respondiendo á tu pregunta, debo decirte que las secas arenas del desierto y los cielos resplandecientes que sobre ellas se extienden, las soledades que rodean á Ménfis y que rodean á Nínive y Babilonia, brillantes hasta en la oscuridad de la noche, como la Vía Láctea en la inmensidad del espacio, fueron más favorables con sus ardores y con sus reflejos á la astrología que vuestros climas templados y vuestros húmedos bosques. Luégo los pue-

blos pastores como el caldeo y el egipcio, á la par que los pueblos navegantes y coloniales como el griego, tienen más aptitud para la ciencia que el pueblo conquistador, el pueblo romano, cuyas legiones suelen ganar en sólo un dia los tesoros acumulados por otros con largo tiempo de trabajo. Y hé aquí por qué la Ciudad, Tiberio, no ha podido brillar en la ciencia de los astros como han brillado Babilonia y Alejandría, Aténas y Siracusa. Luégo nuestros dioses...

—No hablemos de los dioses, Thrasyllo, tratándose de ciencia. Las religiones atizan la supersticion, y mueren abrasadas en esa misma supersticion que han atizado. Las creencias religiosas se quedan para el vulgo. Yo trato con los dioses como con los poetas, por mera aficion á las ficciones. No puedo creer en la santidad de seres que han obligado á Agamenon al sacrificio de su propia hija, y que han atormentado á Prometeo por haber traido el fuego creador á la tierra. Para mí los pliegues del cielo están llenos de polvo como los pliegues de nuestro manto de viaje; las cimas de las montañas y las ondas de los arroyos completamente vacías de dioses; no hay más que la fuerza en la Naturaleza, ni más que la fatalidad en el alma. Abramos el Universo y miremos cara á cara lo que existe en su seno; el descarnado esqueleto sobre cuyos huesos se extienden el cielo y

los astros. Ese esqueleto es la nada, de que todos salimos y á cuyo frio seno todos volverémos al cabo. Pero dejémonos de esto. Vamos, gramáticos, ¿qué os pareceria del empeño de suprimir una letra más en nuestro alfabeto?

—Pareceríame una cosa inútil,—dijo uno de los gramáticos,—porque tú puedes arbitrariamente regir la tierra, pero no puedes, no, regir el uso y la costumbre de un pueblo. Más fácilmente cambiarás la jurisprudencia que la sintáxis. Depondrás un monarca, y no podrás deponer un diptongo.

—Calla; no me digas tales cosas, no me las digas. Si yo quisiera, ahora mismo impondria silencio á la humanidad entera. Y pudiendo imponerle silencio, ¿no habia de poder obligarla á que hablase como me pluguiese á mí? Calla; no me recuerdes que puede haber á mi voluntad un límite. A estos recuerdos de tu mente inquieta puedo yo oponer un olvido eterno, el tristísimo irreparable olvido que se encierra en el frio seno de la muerte.

—La muerte, Tiberio, opondrá su límite á todo y á todos. La muerte impera más que los emperadores. La muerte bate sus negras alas sobre tu frente y sobre mi frente. La muerte pone su corona de sombras indefectiblemente sobre tu corona de oro. La muerte es mi reina y tu reina.

¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos al ménos la esperanza de la muerte para salir de la esclavitud?

Los gramáticos miraron horrorizados al hombre que se atrevia á hablar de esta suerte ante Tiberio, y se fueron poco á poco apartando por temor de que el hallarse á su lado pudiera equivaler á muerte irremediable. Tiberio se levantó como si una víbora le hubiera mordido en el talon; se encaró con el audaz; y despues de mirarle frente á frente, gritó, dirigiéndose á sus esclavos:

—Llevaos á ese hombre, y entregádselo á mis carniceros para que ahora mismo lo entreguen á mís leones de Egipto, en cuyo paladar debe saber muy gratamente la carne de gramáticos.

¿Habeis estado alguna vez en los mataderos? ¿Habeis visto con qué estúpida indiferencia mira el toro amenazado de muerte al semejante y compañero suyo que acaba de recibir el golpe mortal de la cuchilla, y que se desploma en el suelo, echando por boca y por narices un chorro de sangre que todo lo salpica y lo mancha? Pues de esa misma suerte miraban aquellos infelices, amenazados todos de un próximo fin, á la víctima designada por el furor de Tiberio. Las épocas de un miedo supremo en el fondo son tambien épocas de un supremo egoísmo. La sensibilidad de los

perseguidos se embota como la conciencia de los perseguidores.

—Disputemos ahora, retóricos, disputemos,—dijo Tiberio,—si os place, sobre estos dos socorridos temas: sobre el color de los cabellos de Febo y sobre la edad de los caballos de Aquíles.

Los retóricos bordaron este tema como les permitió la intensidad de su terror. Unos, por no ejercitar la razon, ejercitaron la memoria, y dijeron versos de los poetas latinos y de los poetas griegos que sonasen gratamente á los oidos del César. Otros se esforzaron por amplificar disertaciones ampulosas y estrambóticas. Estos pugnaron por hacer reir, cuando sus ojos estaban preñados de lágrimas y sus dientes se chocaban y movian con tal estruendo que recordaban las piedras de un molino. Aquéllos hicieron toda suerte de vistosos ejercicios con las palabras, con esa divina forma de la idea. El payaso que saltaba, el bufon que hacía gestos grotescos, el enano que explotaba su deformidad para divertir la perversa naturaleza de los poderosos, el cortesano que arrastraba su vientre por el suelo á guisa de reptil, no podian aparecer tan asquerosos ante la conciencia humana como estos acróbatas de la palabra, expendedores asalariados del sofisma, terceros en la prostitucion de las almas, viles jugadores que se divertian con echar al aire como

vistosas bolas ó elásticas pelotas todas las ideas. Por fin Tiberio bostezó, cansado de oir tantas necedades, y todos palidecieron, temiendo pagar con sus respectivas cabezas aquel momento de soberano hastío.

Pero el hastío fué pasajero, y á contrastarlo con seguridad y evitar su repeticion necesaria, invitó el César á todos sus retóricos, á todos sus gramáticos y á todos sus astrólogos reunidos en festin donde debian correr juntos, como rio compuesto de caudales diversos, los mejores vinos que en aquella sazon producia la tierra.

—En medio de esta abundancia recuerda el ánimo—dijo Tiberio—ese Apicio, cuyo organismo entero, como el de ciertos animalejos, se compone de gigantesco estómago, y cuya vida toda está como concentrada en la mesa y en el plato.

—¿No sabes, Tiberio, lo que acaba de ocurrir?—preguntó cierto peinado retórico.

—No, ciertamente.

—¿Cómo has descuidado de esa suerte el tener de la Ciudad noticias?

—A veces llegan con tal rapidez y en tanto número, que me canso y digo: como he apartado mi cuerpo de Roma, quiero de Roma apartar tambien mi pensamiento. Pero vengan, vengan ahora las noticias: que oir no es leer.

—Pues Apicio, que, como sabes, gusta de

Minturno, la ciudad donde Mario fué presa de Sila, y él es presa diariamente de indigestion y borrachera, partióse desde sus cercanas costas á la apartada Africa, sufriendo mareos, tempestades, tormentas, en busca de ciertos cangrejos acerca de cuya magnitud habia oido hablar con tal encarecimiento, que se los imaginaba tamaños como marinas tortugas, y por ende dignos de que no ya su galera, sino tus escuadras, las escuadras del pueblo romano, corrieran á pescarlos. ¿Cuánta no sería su pena cuando llega despues de haberse mil veces tenido por muerto en la larga navegacion, y los encuentra poco más ó ménos de tamaño igual á los cogidos todos los dias á las puertas de su casa, en las piedras mismas de las riberas del Liro, al borde de la Vía Apia?

—Realmente, —añadió Tiberio, — hay para que él se muera de rabia y los demas de risa.

—No desembarcó, no. Viró, y volvióse á nuestras playas, donde llegó con el corazon despedazado y todas sus ilusiones muertas. En congoja tanta, el mundo no le ofrecia ya ningun halago, ni le guardaba lo porvenir ningun encanto. Liquidó su fortuna, y viendo que habia dispendiado cien millones de sextercios en comer, y solamente le quedaban diez millones para pasar el resto de sus dias, suicidóse en sus triclinios y al pié de su mesa.

—Así es la vida,—dijo tristemente Tiberio.—Aunque subais á las cimas del mundo, aunque os senteis en lo alto del Capitolio como en propia silla, siempre igual desproporcion ¡ay! entre las tristezas de la realidad y las ambiciones del deseo.

—Tiberio,—dijo su esclavo favorito,—Tiberio repugna todas estas manías del lujo, y sería capaz de hacer con cualquiera de esos extravagantes lo que hizo su padre el divino Augusto, cuando crucificó á Eros, su procurador en Egipto, al mástil de un navío, por haberse comido célebre codorniz canorísima, cuyo canto alcanzara famosos premios en competencias y concursos de diversos pueblos.

—No me adules, puesto que sabes cómo detesto la adulacion,—díjole Tiberio.—Jamás consentí yo que vinieran los pretendientes al lado de mi litera, ni que me abrazaran las rodillas los indultados, ni que me comparase nadie con Augusto ó con César. Tú mismo has presenciado que á un ciudadano, el cual me llamaba su señor, le reñí y áun le amenacé por tanto ultraje; á un cortesano que calificó mis ocupaciones con el adjetivo de sagradas, le obligué á sustituir laboriosas; y á un senador que se presentó en la curia diciendo que por mi órden, le murmuré al oido esta rectificacion, por mi consejo. ¡Oh! Yo soy capaz de las extravagancias de Eros, porque esta

noche misma os guardo un plato de lenguas arrancadas á los ruiseñores que más dulces endechas de amor han solido cantar en las florestas tendidas por esta mágica bahía de Parthenope.

—Yo—dijo entónces un filósofo que habia estado silencioso hasta aquel momento—no probaré ese plato. Profeso el principio de mi maestro Epicuro, el cual cree idéntico en divinidad con Júpiter á todo hombre capaz de tener por únicos alimentos pan, agua y un buen pedazo de queso prensado en Cyntho, en aquella montaña de Délos donde nacieron la casta Diana y el hermoso Apolo.

—Ese es tu oficio, epicúreo, pero ésa no es tu conviccion. Os entrais en una escuela como se entra el legionario en sus legiones. Allí recibis una consigna que observais artificiosamente. Pero al artificio se sobrepone bien pronto la naturaleza, y en cuanto se os cae el barniz exterior, desaparece el filósofo y queda el hombre. Ya comerás lenguas de ruiseñores.

—Si tú lo mandas...

—Yo te aconsejo, Tiberio,—dijo el astrólogo,—que á manera de tus padres los latinos, y de tus ascendientes los Claudios, des en cada comida á gustar una sola vez el vino de Grecia.

—¡Una sola vez! Ese consejo es consejo republicano. Si volviéramos á la sobriedad de nues-

tros padres, ¿cuánto tiempo crees tú que duraria el Imperio, fundado por la molicie de sus hijos? No, comamos el cabrito que pace en los campos donde fué Ambracia, la ciudad de Pirro; comamos la merluza de Pessinunto, que ha engordado á la sombra augusta del templo de Cibéles; comamos las ostras del golfo de Tarento y los dátiles madurados á las orillas del Nilo por el sol brillantísimo del Egipto. Devoremos los sesos exquisitos del faisan y del pavo real. Acostemos sobre un lecho de espárragos los pollos recien muertos de Numidia, sazonados con almejas y rellenos de pastas amasadas con carne de ciervo y lonjas de jabalí. Pongamos junto á las anguilas de Capri las cabezas de cerdo de Campania; y junto á las liebres de España los patos de Liguria. Las rosas de Poesthum se deshojarán sobre nuestras frentes, y los vapores olorosos del vino de Chipre se subirán á nuestros cerebros.

—Veo, Tiberio,—dijo uno de los comensales,—que olvidas el pescado remitido por mí esta misma tarde desde Nápoles, el cual pesa cinco libras romanas y cuesta cinco mil sextercios.

—Ciertamente. Si lo hubiera sabido Apicio, ántes de matarse... ¡ah! se muere de celos.

—Hay cuatro jabalíes enteros,—dijo uno de los gréculos,—y cerdo sazonado de cincuenta maneras diversas.

—Tendrémos — añadió otro comensal — que preparar eficaces vomitivos para descargar el estómago tres ó cuatro veces, y tres ó cuatro veces tornar á comer gigantescamente.

—Ya te oigo, Optato Elipertio, y reconozco en tí al que ha logrado alimentar en las aguas de Ostia el rico sargo, que sólo se criaba en la aguas de Ródas y de Creta.

—Así como en las pajareras se crian aves exóticas, Tiberio, se crian exóticos peces en los mares. Hortensio no es tan grande por haber competido en elocuencia con Marco Tulio, como por haber asado la vez primera el ave de Juno, que ningun romano ni ningun griego osaba en sus rancias supersticiones tocar, ni mucho ménos comer. Así las islas de los mares de Italia á estas horas parecen inmensos corrales de pavones de Juno. Varron, el inmortal amigo de Pompeyo, aquél cuya cabeza podia denominarse la Biblioteca de la antigua Roma, el archivo de nuestras memorias, el depósito de nuestra ciencia, filósofo, poeta, orador, que escribia á los noventa años como si hubiera tenido veinte, no merece tantos elogios y tanta consideracion por haber reunido todas estas calidades, como por habernos dicho en sus innumerables libros cómo se cuidan las gallinas del Africa, los conejos de las Galias, el caracol de la Iliria. ¡Qué no hubiese pensado si cono-

ciera como conocemos nosotros, si gustara como nosotros gustamos esos faisanes de Media, comidos desde los primeros Tolomeos en Alejandría y transportados á Roma entre los esclavos y los despojos de la batalla de Actio, cual uno de nuestros más gloriosos títulos sobre el misterioso y vencido Egipto!

—En verdad, Optato, hablas con épico estro de nuestra agricultura y de nuestra cocina, tan dignas de ser cantadas como la misma guerra de Troya. Italia, en los antiguos tiempos, dividia sus tierras entre los pastos y los trigos. Los hijos de la luz, los padres de la ciencia, los divinos griegos, trajeron, al són de los címbalos y de las flautas, en naves doradas, coronados de flores y henchidos de alegría, á estas costas de la Campania esas guirnaldas de parras, esos festones de pámpanos, esos racimos de uvas que dieron á nuestra Italia en los versos de Sófocles el poético nombre de tierra preferida por Baco y las bacantes, y que derraman hoy en nuestras venas el fuego de una nueva vida. Los tiempos de Tarquino vieron brotar en nuestro suelo el árbol de Minerva, cuyos frutillos dan el claro y etéreo aceite que alimenta las lámparas y que presta su jugo á la luz misma de las ideas. Un siglo ántes de Augusto ya se regalaban los romanos con esos higos, por los cuales tenian tal pasion los atenienses como por el

canto de las cigarras, y que les valieron el dictado de sicofantas, higos sabrosísimos provinientes de Chíos, de Lydia; y ahora mismo trasbordo yo de mis escuadras y transplanto en mis jardines las frondosas higueras de Siria. La almendra sabrosísima, que Caton llamaba ya nuez griega, se abre de su gomosa envoltura y cae sobre las costas de esta isla Caprea en abundantísima lluvia. Virgilio cantó en sus versos, tallados como el mármol de Páros, la castaña; Varron encareció las bellotas en sus enciclopedias; Augusto tuvo la dicha de propagar por apartadas tierras la rica variedad de nuestra jurisprudencia, y por Italia la rica varidad de las orientales ciruelas; Caton ha hablado de ese fruto que lleva una corona como nuestros antiguos reyes, que parece teñido en púrpura como nuestros imperiales mantos, cuyos granos se asemejan á transparentes corales y cuyo sabor á dulcísimo refresco, llamado por el vulgo la granada; un romano, bien opuesto ciertamente á Caton, trajo del Ponto, donde tanto llorara Ovidio, la cereza; Sexto Papirio, al comienzo de mi imperio, desde Africa, la azofaifa, que sabe á miel condensada, y desde la antigua Fenicia el picante rábano; agricultores asiáticos plantan hoy á nuestra misma vista melocotoneros y albaricoqueros, á cuyos frutos le damos nosotros el nombre de manzanas persas y de ciruelas armenias; los jardines

de Nápoles se llenan de frescos melones traidos del Oxo, de ese rio cuyas aguas señalan el incierto límite entre los antiguos imperios asiáticos y los desiertos de las hordas salvajes y bárbaras; las marismas de Rávena dan gruesos espárragos de un peso fabuloso; y por todas partes vienen á nuestras en otro tiempo modestas mesas ricos y sabrosísimos manjares. Ciñámonos las túnicas de lino y seda transparentes que se ciñen las matronas; colguemos al cuello perlas de la India; cubramos nuestras cabezas con rosas y violetas; toquemos con nuestras manos, acostumbradas á manejar el puñal y la espada, esas cítaras de marfil y oro que acompañaron los versos de Anacreonte; y el placer de todos los goces terrestres se derramará por nuestras venas como se derrama la savia fecundísima por los árboles en la tibia primavera y nos dará la más indecible de todas las alegrías, la alegría que inspira al ánimo el dulce deseo de vivir.

Tiberio dió las túnicas blancas, propias de los festines, á sus convidados, que parecian sacerdotes apercibidos á una extraordinaria ceremonia religiosa. Las puertas del triclinio se abrieron como si las hubiera movido una mano mágica. Esparciéronse todos por los lechos de púrpura, segun la dignidad que tenia cada oual y el rango que ocupaba en aquel mundo extrañísimo, donde

realmente sólo existian ya las distinciones y los honores decretados por el César. Tiberio, como era de rúbrica, se tendió en el más elevado y más digno lecho, en el centro. Habíase allí seguido la costumbre antigua, cuyas reglas no estaban escritas en ninguna parte, y en todas partes se cumplian, disponiendo que los convidados no fueran ménos de tres ni más de nueve. Contábanse entre estos nueve, retóricos, gramáticos, sofistas, patricios y astrólogos, llamados todos á dar alimento y variedad á la conversacion. Aún no acababan de ocupar sus lechos, cuando los esclavos les traian las coronas que iban á ceñir á sus cabezas y les lavaban los piés con olorosas esencias. Uno de los esclavos, que se denominaba rey del festin, contó el número de los comensales ya tendidos, y dió gracias en voz alta á los dioses por haber este número resultado impar. El aroma de la rosa, de la violeta, del nardo, se mezcló suavemente con el aroma que despedian las copas rebosantes de vino consagrado á las primeras libaciones y ofrecido religiosamente á los dioses. Los esclavos, vestidos con lujo y colocados como los coros en las tragedias, sirven movidos por celo extraordinario; las doncellas, coronadas de azafran y ceñidas de transparentes túnicas, cantan y bailan al són de música deliciosa; sonrosados niños casi desnudos renuevan el aire con los abani-

cos de plumas y ahuyentan las moscas con los ramos de mirto; las lámparas de oro alimentadas por aromáticos aceites derraman extraño resplandor; los efebos griegos ofrecen á la sombra sus actitudes y sus posiciones de estatuas; las gaditanas suenan sus castañuelas; los acróbatas juegan, los bufones rien, los homeristas recitan, los farsantes representan, y los gladiadores fingen con puñales embotados y espadas de teatro un cruentísimo combate.

—¿Se sonrie?—pregunta uno de los convidados á otro.—Pues echémonos á temblar: que tras cada una de sus sonrisas viene una desgracia, como tras las calmas del Océano vienen las tormentas. Su boca sólo se abre, como si fuera la boca del sepulcro, para recibir los muertos.

—Mira no nos cuesten estas palabras la vida.

—Nadie nos oye.

—Hélo ahí. Nos da estas fiestas fingidas de gladiadores, y nunca ha querido darlas verdaderas al pueblo.

—La avaricia y la crueldad se juntan en su persona.

—Mira que este legista coronado puede aplicarte la ley de lesa majestad.

—Y tiene instrumentos dispuestos siempre para ello. ¿Ves los dos que están en el lecho último? Pues son dos delatores.

—No me importa. Ya me tengo echada la cuenta. Delátenme ó no, viviré cuanto quiera el César. Y el dia que me condene á muerte, como toda la tierra es suya, no encontraré seguro alguno donde asilarme en la tierra.

—Pues yo estoy resuelto á ser acusador ántes que acusado.

—Aquí no se puede escapar jamás á esta alternativa: espía ó espiado, delator ó delatado, verdugo ó víctima. Así la tristeza ha caido sobre todos, sobre los jóvenes y los viejos, hasta sobre los niños. El Emperador no es más que un ministro de la reina absoluta que se asienta sobre las cimas del Universo, un ministro de la muerte. Vivimos entre las fatalidades de la sociedad y las fatalidades de la Naturaleza, como los granos de trigo molidos entre las piedras de un molino.

—Léntulo, que tuvo la infeliz ocurrencia de dejarle por heredero para vivir, ha tenido que matarse para que recibiera con su muerte más pronto la herencia.

—La vida humana se ha resuelto en miedo, en puro miedo.

—Verdaderamente. Él mismo se asusta de nosotros, y hasta de sí ¡ay! se asusta.

—Como que ha pasado once años entre astrólogos encargados de leer en las estrellas el dia y

la hora de lo que más le aterra en el mundo, de su muerte.

—Ayer enseñaba una carta en la cual decíale el rey del Ponto que podia prestar al género humano el más preciado servicio si se quitaba de en medio por una muerte voluntaria...

Cuando más embebidos estaban los dos comensales en su conversacion, les toca un esclavo en el hombro, y les dice con imperio: «Seguidme». En efecto, si hubieran mirado al César, alcanzaran pronto en su gesto ágrio, en su labio trémulo, en su mirada de hiena, que adivinaba desde las alturas todo cuanto decian ellos en voz baja. Los dos infelices se miraron tristemente y comprendieron que su conversacion equivalia á un suicidio. Cuando la música sonaba más gratamente, cuando el baile parecia más alegre, cuando humeaban las viandas destinadas á conservar la existencia, cuando corria el vino por el suelo y por las venas dando esa alegría que dobla el calor de la vida, entre aquel exceso de placer, les cogia por la mano y les llevaba á sus frios dominios el pálido esqueleto de la muerte. Salieron, y los demas respiraron. Desde el triclinio los condujeron á un calabozo donde les aguardaban toda suerte de torturas, que abrieron sus venas, que rasgaron los filamentos de sus carnes, que machacaron sus huesos. Despues, concluido esto, arro-

járonlos al mar, y fragmentos de sus cabezas, pedazos de sus carnes, tripas de sus intestinos, rastros de su sangre, pendian de las rocas y de los arbustos en aquella isla donde habitaba el viejo carnicero que regía al mundo.

A pesar de esto, la comida continuó y los convidados no se curaron de que cerca, en el mismo palacio consagrado á los doce dioses mayores, exhalaban el postrer suspiro compañeros y amigos cuyas carnes se abrian al golpe del tormento, y cuyos corazones se cerraban al golpe de la desesperacion. ¡Qué contraste entre el festin, la música, la danza, el choque de las copas, el ruido de los platos, el eco de los besos bebidos en los labios de las jóvenes griegas ó de las bailarinas gaditanas, y el chirrido de los potros y los tormentos, el descoyuntamiento de los huesos, el estertor de la agonía, el grito de los moribundos, las maldiciones de los verdugos, el ruido siniestro de los cuerpos destrozados rodando por las breñas y cayendo al cabo en las tranquilas aguas, las cuales disipaban bien pronto como el triste olvido las negras manchas de sangre!

Tiberio habia bebido con tal intemperancia, que hablaba de todo en el esparcimiento propio de la sobremesa, y con la franca garrulería que suelen inspirar los vapores del vino. Estaba acostumbrado á mezclar sus banquetes con sentencias de

ba cuando queria decir alguno de esos largos monólogos, con los cuales solia echarla de gran maestro, pasando desde un asunto á otro asunto con verdadera inconstancia, y muchas veces sin ninguna lógica en las ideas y sin ningun género de enlace entre los diversos asuntos.

—El mundo no me obedece con la ciega obediencia que yo desearia y que necesita y exige para su paz esta tierra perturbada aún por los últimos restos de las guerras civiles y los últimos recuerdos de la extinguida República. Las Galias se agitan; el Oriente, de donde viene eternamente la luz, se nubla y oscurece. Los rios de razas y de gentes que forman esas tribus innumerables desparramadas por el Asia, se han salido de madre. El partho de ligeros piés y agudas flechas ocupa la Armenia; el dacio y el sármata, que bebe órines de caballo, ocupa la Mesia. Que se curen de eso en buen hora aquéllos en cuyos hombros he arrojado la púrpura imperial, la cual me pesa y me abruma como una capa de plomo. Yo aquí me entretengo en roer las entrañas de mi pueblo y en levantar para sostener mi trono la base incontrastable de mi poder, el oro. En lo único en que me ocupo es en evitar que me nombren nuevos gobernadores, y en sostener por cuantos medios tengo á mi alcance todos los antiguos. ¿A qué van los gobernadores á las provincias?

Pues van á beber su sangre. Dejemos esas moscas hartas y no las sustituyamos con moscas sedientas, que chuparán las últimas gotas de sangre y devorarán hasta las postrimerías de la vida y los restos de los cadáveres. Ademas, hay que sostener la supersticion y el terror. La supersticion engendra los tiranos, y el terror los conserva. El egoísmo, que puede ser un vicio en los inferiores, en el dueño de la tierra es una virtud. Yo necesito vivir á expensas de los demas, apoderarme de su jugo, y beberlo con verdadero anhelo para conservar la vida. Los seres viven unos á expensas de otros. El rico es rico por el dinero de los demas; el poderoso es poderoso porque de los demas se queda con el derecho. Querer la armonía de todo es querer lo imposible, es pensar en lo excusado. Para esta guerra de la vida no hay más remedio que recoger las más aceradas armas y resultar el más fuerte. Mi idea se pierde en los sinuosos senderos de mis dudas. Si los dioses existieran, al asomarse á nuestra conciencia verian estos torcedores terribles, y los disiparian con la mirada de sus ojos, con la sonrisa de sus labios. Pero no es dado á quien acaba de restaurar los antiguos cultos y rehacer los féciales, erguirse airadísimo contra su propia obra y lanzarle horrorosas blasfemias. Cuando todos los placeres de la tierra nos saben á cenizas de las tumbas, el

ánimo hastiado no tiene otro refugio contra el hastío que la esperanza en la inmortalidad, es decir, en la renovacion de la vida por la renovacion del sentimiento. El hado ha querido que ganáramos esa vida por nuestro esfuerzo, por nuestro constante trabajo, y nos ha obligado á remar siempre en esta barca en que vamos bogando; y remarémos todos los dias, por más que sepamos cómo cada movimiento del remo y cada empuje del cuerpo nos precipita hácia la muerte. Restaurar una religion, como nosotros hemos hecho, es cosa bien inútil. Se restauran los templos con piedras y albañiles, pero las conciencias no se restauran con Césares y con sacerdotes. Nadie es capaz de volver al suelo la humedad del diluvio, al ánimo el terror de la primitiva fe, á los dioses su forma ruda de lanza quiritaria, á los altares sus toscas piedras rociadas de aceite, á los templos sus bóvedas formadas por las espesas ramas de los árboles, nadie, ni los poderosos con su omnipotencia, solamente los sencillos con su fe. Vivir más allá de esta vida de un dia es el impulso ciego que nos lleva hácia la religion. Pero ¡cuántas dudas nos asaltan á cada instante sobre la duracion de nuestra existencia! Yo bien quisiera ser uno de esos crédulos galos que prestan su dinero con las condiciones expresas de una restitucion para despues de la muerte. Yo bien quisiera dormirme

como Aquíles á la orilla del resonante mar, y ver venir en procesion sombras queridas de los muertos á rozarme la frente y refrescar con su frio contacto mis sienes abrasadas. ¡Cuántas veces me detengo con punzadora envidia al borde de un camino para mirar la inscripcion puesta sobre la tumba, y en cuyas letras hablan los frios manes desde las profundidades del Averno! ¿En nuestro cuerpo está toda la vida? ¿Bastará para vivir eternamente el recogernos y acurrucarnos dentro de una tumba, como se recoge y acurruca el soñoliento en su cama? Y el sueño y la muerte se confunden. Y amamos tanto la muerte que, al despertarnos todos los dias de nuestro diario morir, sentimos no haber dormido más, no haber estado mayor tiempo muertos; sentimos el regreso á la existencia, sentimos despertar. ¡Ah! Nuestra mente no puede caber en el puñado de cenizas que resta de una pira, ni en la nube de humo que se disipa por los giros del aire. Parte del planeta por mi cuerpo, parte de la humanidad por mi espíritu, parte de los cielos y de los astros por la luz que de ellos recibo y por el aliento que les envio, no puedo yo creerme ajeno ni á las transformaciones, ni á las ideas, ni á los organismos, ni á la palpitacion de la vida universal, no mil veces. Aquella nada en que estaba ántes de ser hombre, ántes de alcanzar ésta mi existencia, no se repe-

tirá hasta el punto de serme indiferente que el mar, la tierra y el cielo volvieran á mezclarse y á confundirse en el cáos. La paz del sueño eterno, desde que hemos llegado á la vida, nos está vedada completamente. Y acaso, aunque quisiéramos, no podríamos aniquilarnos por entero. Caton no ha muerto. Y si ha muerto, no puede vivir en paz como no le haya el puñal llegado hasta la conciencia. Está inquieto, muy inquieto, porque desde el orco me ve á mí en el trono. La tranquilidad no es posible ni en la tumba. La tierra profunda y tenebrosa está henchida de misterios. Al tendernos rígidos y frios en su seno, debemos punzarnos con sus agudas espinas. ¡Cuántas veces me levanto despues de largo sueño, equipo mi nave dorada, tomo en las velas de púrpura la brisa que viene del Oriente, y me dirijo á la bahía de Bayas, á las orillas del Averno, allí donde las montañas se desgajan como los árboles heridos por el rayo ó tronchados por el huracan, donde el suelo se estremece como las entrañas en el parto, donde las piedras humean blancas espirales y huelen á azufre, donde la muerte exhala por todos lados su glacial aliento, y como Annîbal en otro tiempo, hago un sacrificio mágico á los dioses por la salud de los manes que habitan tristemente en las tinieblas eternas! Y me parece ver dibujándose en las sombras los monstruos que

guardan los abismos, las quimeras que arrastran sus mantos de nubes, las gorgonas que abren sus fauces oscuras como abismos. Los muertos caen cual las hojas en el otoño, y convierten los ojos á Caronte en demanda de que los aparte pronto de este mundo y los lleve al otro. Los niños arrancados á la teta de su madre no me dan pena, porque pasan tranquilos, sin haber conocido nuestra vida, á otra vida mejor. Pero me da muy grande pena los que se han querido anticipar la muerte y se han suicidado, convirtiéndose en tristes sombras sin alegría y sin dolor. No, no estamos entre el olvido y el olvido, entre la nada de ayer y la nada de mañana. Hemos caido en el océano de la vida y no saldrémos de él jamás en toda una eternidad. Por eso conservo yo los antiguos ritos y rechazo toda innovacion. Pero si hay otra vida, si hay otro mundo mejor que este mundo, si las buenas acciones allí se premian y se castigan las malas, decidme cuál será la suerte de quien ha oprimido á los hombres, vulnerado la justicia, roto las leyes, y puesto en el ara reservada á los dioses su propia personalidad. Cuantas veces me acuerdo de que tras el sepulcro hay otro mundo y de que soy tirano en éste, me aterro como si viera abrirse á mi lado la boca del Averno. Huyamos de esta idea. Y para huir de esta idea, huyamos de mí mismo. El castigo que me aguarda

me aterra. No ha bastado el placer á extinguir este pensamiento. No han bastado, no, todos los vicios juntos en toda su terrible exacerbacion. Veamos si basta el amor, veamos si ese bálsamo puede caer sobre mi cuerpo destrozado, difundirse por mis venas ateridas, y traerme con el beleño de un olvido semejante á la muerte el reposo necesario á mi desasosegado ánimo. Idos, pues, convidados mios, idos en buen hora. Dejadme en paz.

Los convidados se retiraron, y Tiberio se quedó solo como dormitando en su lecho de púrpura. La música se habia callado y las luces disminuido en términos que parecia el triclinio envuelto en las dudosas sombras del crepúsculo. Aquí y allá se veian las copas vacías, las flores deshojadas, las luces extinguiéndose y medio humeantes, los tristes y despedazados restos del festin. Tiberio levantó la mano como si llamara á seres invisibles; y las puertas se abrieron para dejar paso á una especie de sombra blanca como la espuma de las olas y coronada con una vistosísima guirnalda. En sus hermosos contornos se dibujaba la imágen de una mujer que se diria engendrada por los vapores de aquella orgía, por los aromas de aquellas rosas, por los reflejos de aquel crepúsculo, como una evocacion de la mente ó como un sér sobrenatural traido por los con-

juros litúrgicos. El que la hubiera seguido de cerca y con atencion la hubiera mirado, echara de ver su realidad bien pronto con sólo oir los suspiros que se exhalaban de su pecho y reparar en el rastro de lágrimas que dejaba como un triste reguero á su paso. Efectivamente, era una mujer envuelta en transparentes gasas y coronada de frescas flores.

—Acércate.

—No puedo.

—Lo manda quien manda en todas partes.

—Pero quien no puede mandar aquí.

Y señaló el corazon.

—Sería el único lugar que hubiese en la tierra ó en la humanidad fuera de mi dominio.

—No sabes, no, las almas que se escapan á tu imperio.

—Me importan poco las almas, con tal que se encorven á mis mandatos los cuerpos de todos los hombres y se entreguen á mis caricias los cuerpos de todas las mujeres.

—¡Tigre!

—Desciñete de tus velos.

La jóven sintió un estremecimiento involuntario, y cual si la moviese incontrastable instinto de pudor, se ciñó con mayor fuerza las gasas y los velos que la envolvian.

—Déjame penetrar hasta el secreto último de

tu hermosura. Déjame conseguir que mis ojos se paseen por esas bellísimas formas y tranquilos reposen con amor en tus perfecciones.

—¡Oh! No, mil veces no. Los dioses me han hecho para el jóven que mi voluntad elija, y no para el tirano que intente avasallarme.

—No me resisten los pueblos, no me resisten los ejércitos, no me resisten los inconquistables tribunos, ¿y me resistirá una débil mujer?

—Sí; te resistirá.

Tiberio lanzó una carcajada tan fuerte que atronaba el aire y tan siniestra que helaba la sangre.

—Vuelvo á repetirlo. Te resistirá.

—Inútil empeño.

—Invencible resolucion.

—No hay resoluciones contra mi suprema voluntad.

—Que no domará á otra voluntad indómita.

—Tengo tormentos.

—Y yo paciencia.

—Tengo calabozos para aprisionarte.

—Y yo pensamiento para volar fuera de la cárcel.

—Tengo verdugos.

—Llámalos en buen hora, porque estoy resuelta ántes que ser tuya á ser del Averno.

—¡Oh! Siento por tí lo que por ninguna otra mujer he sentido.

—¿Es verdad eso?—preguntó la jóven con cierta mezcla de curiosidad y de compasion propias de su sexo, que ni contra los crueles puede ser cruel.

—Te comprendo...

—Nada hay que comprender más allá de mi palabra.

—Las mujeres os pareceis á las gatas en que todas sois pura astucia.

—¿Astucia dices?

—Sí; astucia.

—¿Y en qué has visto mi astucia?

—La he visto en la solicitud con que preguntabas si por otra mujer habia sentido alguna vez lo que siento ahora por tí.

—No era solicitud, era compasion.

Y acentuó esta palabra con tal gesto y tal tono, que fácilmente hubiera llegado á un corazon humano, distinto del corazon de Tiberio.

—La compasion es siempre compañera del amor.

—¡Oh!

—Y tú, mujer, y por mujer, conocedora de todos los secretos del corazon, has sentido mi estado como si pasara por tí misma. Has visto que el hastío me domina. Aquél en cuya presencia se doblan todas las frentes; aquél á cuyo imperio se entregan todos los corazones; aquél que no ve en

torno suyo erguirse ni una voluntad ni una conciencia, precisa, necesariamente ha de amar á la mujer que tenga bastante voluntad para resistirle. Y por eso me has resistido. Por eso te has levantado imperiosa en mi camino y has querido contrastar mi albedrío para que este albedrío omnipotente se ciñera á tus piés como un esclavo encadenado por tu bellísima mirada. Y ahora la sangre me hierve en las venas, los ojos me saltan de las órbitas, y un vértigo se apodera de mi cabeza. Todo ha huido á mi vista, todo cuanto el mundo encierra, mi poder, mi autoridad, mi gloria, todo ménos tú, amor mio. Y serás mia como la flor es de la planta, como la estrella es del cielo.

Y Tiberio se irguió en su lecho, tendiendo los brazos á la jóven, que retrocedió espantada.

—Si aún queda algun resto de humanidad en tu pecho, conjúrote á que te apartes de mí, á que me dejes pura, á que respetes mi resolucion de reservarme á la familia, al amor, al hogar, á la virtud.

—¿Quién eres tan hermosa? ¿Por ventura una de esas bacantes que acaban de arrojar el tirso de oro y la corona de pámpanos para venir embriagadas de vida á traer en sus ojos centelleantes la embriaguez del amor á nuestro seno? ¿Por ventura una de esas sirenas blancas como la es-

puma, palpitantes como la onda, luminosas como la estela, entre cuyos cabellos de algas se mezclan las ricas perlas y las trémulas gotas, y de cuyos labios se exhalan cánticos repetidos por las rocas sonoras que ningun mortal podria escuchar sin morir en el acto como consumido por las llamas invisibles de un exaltado amor? Sirena ó bacante, diosa ó mortal, apariencia ó realidad, el César, ante cuyo nombre la tierra entera se prosterna, te sigue como suspenso de tu corazon y pendiente de tus labios.

—Tiberio, vuelve en tí. Algun impuro sacerdote de Cibéles te ha tocado en este dia y te ha destituido por completo de tu dignidad de César que confunde la tierra con la dignidad de Dios.

—No, no me ha tocado ningun sacerdote de Cibéles; me han tocado los rayos de tus ojos y me han encendido en amor.

—Mira, César, el tiempo y los holocaustos á dioses amigos y propicios apaciguarán esa tempestad. Yo no puedo corresponder á tu amor, porque aquí donde me ves, yo no soy libre.

—¿Y qué quiere decir libertad en amor?

—Aunque mi albedrío lo dispusiera, no podria amarte, porque el corazon jamás á la voluntad obedece: tales son y han sido siempre los achaques del amor. Erraba yo una tarde por las

16

playas de Parthenope, entre los pinos, sobre la arena de oro, buscando los caracolillos y las conchas, allá donde muere suavemente la sonora onda. Nada me distraia de esta ocupacion, ni la paloma que volaba por el horizonte, ni el lagarto que se arrastraba en la yerba, ni el jugueteo de las brisas con mis cabellos, ni la carrera del ciervo entre los matorrales, ni el coro de las aves que cantaban sus felices amores en la enramada. Pero, de pronto, pasa un cazador, desnudo como los dioses de Grecia y sudoroso como los héroes de Homero. Las madreselvas se habian enredado entre las sortijas de su rizada cabellera, y las violetas entre las cintas de sus sandalias. Inmóvil, sereno, fija la mirada en los aires, tendió su arco, y disparó una flecha. Yo ignoro á qué ave del cielo, ni á qué bestia de la tierra heriria con su dardo; lo único que sé desde entónces, ¡ay! es que me hirió á mí en mitad del corazon. Mi dolor fué tan súbito que me arrancó un grito, y mi grito tan triste que detuvo al cazador, creido de haberme vulnerado con su flecha. «Sí, le dije, sí me has herido, pero no en el cuerpo, en el alma invisible; sí, estoy muerta, pero créelo, muerta de amor. Hace un momento no sabía yo que existiera en el mundo tal pasion, pero desde ahora me parece que tu vida es mi vida, y que no podria separarme de tí, porque una fuerza superior á mi

voluntad habia de arrastrarme hasta confundirme contigo en fecundísimo amor.» — «Cualquiera diria, me contestó, que eras una de las ninfas de Diana, perdida en el bosque y de pronto enamorada contra la expresa voluntad de la diosa. Tú, hermosa jóven, como no has menester más adorno que tu inocencia, no has menester más felicidad que mis brazos. Vivirémos en las cabañas, apagarémos nuestra sed recogiendo el agua de las fuentes en el hueco de las manos, tejerémos sendas coronas para tus sienes y mis sienes con las florecillas del campo, nos hablarémos como cantan los ruiseñores, tendrémos por lecho las yerbas secas, y para que duren nuestros amores comenzarémos ahora mismo por sacrificar y ofrecer holocaustos en los divinos altares del pudor. Y estos amores, por separados del mundo que parezcan, deben declararse y decirse en el mundo. Todo obedece á la ley. Que el amor obedezca tambien. Me traerás un as, y con el as que me traigas del hogar, yo te compraré ante él mundo. Tu hermosa cabellera será partida en dos sobre la frente por el tosco hierro de mi lanza. Una procesion de jóvenes te precederá y te seguirá para tomarte en brazos y hacer que no toques con tus plantas el sagrado dintel de mi casa. Y en la calle ó en la encrucijada presentarás ofrendas á los dioses lares que encuentres, y al entrar en casa

de tu esposo depondrás tus sandalias al pié de su larario. Y serémos honrados y felices y tendrémos hijos que puedan á todas horas aclamar en voz alta el nombre sagrado de sus padres. Y yo viviré de tu amor y tú vivirás de mi cuidado. Y no desearémos más que la perpetuidad de nuestra vida, porque será tambien la perpetuidad de nuestra ventura. Y así como todos tus deseos han sido por mí, todos los mios por tí, ántes de conocernos, será ahora por tí y para tí la vida mia, por mí y para mí la vida tuya.» Y señalándome la isla de Capri que se levantaba entre las aguas esmaltada de luz, me dijo: «El César habita allí rodeado de placeres, obedecido por todos los hombres, con más riquezas que arrastró el Pactolo, con más ejércitos que capitaneó Alejandro; la tierra sirve de pedestal á sus plantas; las estrellas de brillantes á su diadema; el mar de manto á sus espaldas; y no podrá tener una felicidad como la nuestra, esta felicidad sin igual en la vida, la inmensa felicidad de amar y ser amado».

—No me enfurezcas, mujer, no, recordándome cuanto me pasa en la vida; no me enfurezcas diciéndome cuán léjos del alcance de mis manos está la felicidad. El cazador que tiene por único patrimonio sus flechas; el marinero que tiene por única hacienda sus redes, pueden ser felices; y no lo puede ser el que tiene en las redes de su jar-

din, como si los hubiera cazado uno á uno, presos todos los hombres.

—¡Ah! Pero al punto en que debíamos gozar de nuestra dicha, tus gentes han venido y nos han separado diciendo que las primicias de mi amor pertenecian al César. Mi novio queria matarme ántes que consentirlo; pero yo le he prometido que volveré á su lado pura, ó que caeré sobre el duro suelo muerta. Y estoy resuelta á cumplir mi promesa, que en presencia de los dioses se ha elevado á juramento. Mira, Tiberio, tú eres viejo, y no debes contrariar la felicidad de los jóvenes. Harto tienes con el poder inmenso, con la gloria inmarcesible, con los dioses por compañeros, con el pueblo romano por ganado. Gózate en la satisfaccion de tantas ambiciones. Y deja á dos séres, ménos visibles desde tus alturas que las esponjas perdidas en esas aguas, déjalos entregados por completo á la dicha de amarse y de vivir. No te pedimos nada más que un poco de espacio, nada más que no vedes el aire á nuestros pechos ni el amor á nuestros corazones. En cualquier parte de la tierra serémos felices si estamos juntos. Puesto que los hombres no pueden dividir lo que han juntado los dioses, déjanos en paz. Un momento de placer tan fugaz como un suspiro, no vale el horrible torcedor que va á costarte. Si me dejas, me oirás gorjear como el

ave canora á quien le ofrecen la inmensidad del aire. Si me retienes aquí, no lograrás tu intento. No verás que mis labios se fijen amorosos en tus labios ni mis ojos en tus ojos; verás el estremecimiento que produce, no el placer y el deliquio de los sentidos, sino el dolor y la desesperacion de una horrible agonía. Déjame, pues, déjame partir; y mi marido y yo con mis hijos irémos á poner hoy ofrendas en tus altares, mañana flores en tu sepulcro. Una palabra tuya, y somos felices.

—Mira, todas esas invencibles resistencias no hacen más que aguijonear la intensidad de mi deseo.

—Deseo irrealizable.

—Porfiaré.

—Y porfiará mucho más mi débil voluntad.

—Venceré.

—Sobre un cadáver.

—¿Qué dices?

—Te digo mi resolucion.

—Ni á la muerte puedes llamar sin mi permiso, porque no te oirá la muerte.

—¡Tiberio, por piedad! No me atormentes más: que la paloma puede convertirse en hiena. ¿Cómo? Tengo la copa de la felicidad en los labios, y vienes furioso á arrebatármela cuando son los dioses mismos los que con ella me han brindado. No. Me defenderé como la leona calentu-

rienta, y moriré, si es preciso, como la cierva perseguida. Pero tuya, ¡oh! tuya, Tiberio, tuya, no seré jamás.

—Mujer, he visto el amor poniendo el arco sobre su rodilla y apuntándome al pecho hasta tocar en el blanco. Mi cama está hoy tan dura y tan fria como la piedra de un sepulcro. El sueño huye de mis párpados enrojecidos por tenaz insomnio. Mis miembros todos se hallan hoy más doloridos en este palacio por esa lucha con mis deseos, que ayer en el campamento por la horrible lucha con los parthos. Yo me resisto, pero el amor se complace en dominar á quien combate en el mundo más que á quien sumiso le sirve. No puedo hacer otra cosa más que alargar mi cabeza cargada con una corona de oro á que le ciñan la placentera corona de mirto. Sonrie, jóven ingrata, á este amante que, siendo dueño del mundo, jura por todos los dioses ser tu esclavo. Los años que hilan las tres Parcas pasarán más lentamente si pasan á tu lado. Como el cisne á Leda, como el toro á Europa, te darán á tí fama inacabable Tiberio y sus amores en todo el Universo, que enlazará nuestros dos nombres. La noche se pasa, la noche propicia á los amores, y yo no puedo aguardar por más tiempo el cumplimiento y la satisfaccion de un deseo imperioso. No te amenazo; todas mis armas son estas palabras que salen de mis labios

y estas manos que se tienden hácia tí trémulas y suplicantes. Las pastoras te envidiarán y te proclamarán la más hermosa de todas, cuando les enseñes en el cuello las marcas de mis dientes. Déjame apartar con mis manos esa cabellera de tu cabeza. Déjame mirarte y admirarte, pálida como el mármol de Páros que el cincel desbasta y agitada como el sauce que el viento mece. ¿Tan poco te va en haber gustado al hombre que más poder y más riquezas tiene en la tierra? Por acariciarme un momento tendrás túnica de seda para tu blando cuerpo, collar de perlas para tu torneada garganta, lluvia de zafiros para tus trenzas, y entre esa pedrería brillarán más lucientes y más seductores aún tus bellos ojos. ¿Te ruborizas? ¡Oh! ¡Cuánto más bella estás con ese rubor, encendida como la rosa de Poesthum! Tú me ceñirás la corona de César como á Héctor ceñia la fiel Andrómaca el casco de guerrero. Dejando los brazos de su viejo esposo, aparece ya sobre el mar la rubia diosa, cuyos dedos de púrpura, sonando en las puertas del Oriente, nos traen los primeros albores. Esta es la hora del amor, la hora en que los amantes se estrechan más fuertemente al beso del aura refrescante, y al cántico de Filomena en celo. Y ahora va á venir y me va á encontrar hablando contigo como un muchachuelo enamoradizo y desdeñado. ¡Oh! La diosa va á burlarse de

mí y á contar esta historia en el Olimpo, que temblará de risa como temblara de terror si Júpiter hubiese fruncido el ceño y arqueado las cejas. Mujer, tu dolor aumenta tu hermosura, como aumenta tu resistencia mi amor. Yo aquí, en vez de un César que manda, parezco un abogado que pleitea. Ahora mismo, te rindes á mi amor.

Y Tiberio se levantó de su lecho, saltó con presteza hácia la jóven, y cogiendo con furia las gasas entre sus manos, la despojó de ellas, y de la corona de flores al mismo tiempo. La vírgen bellísima, en su casta desnudez, en su pudoroso rubor, en las tintas que hacian tomar á sus ojos los diversos afectos apoderados de su alma, parecia más tentadora á la impura lascivia de aquel viejo.

—No te acerques á mí, canceroso sátiro, no te acerques, asquerosísimo macho cabrío, no te acerques...

Tiberio tendió sus brazos sobre el cuello, y la jóven, corriendo á la mesa del festin que aún estaba puesta, cogió un cuchillo, y se lo clavó á sí propia en el corazon, cayendo desplomada despues de haber dado un grito horroroso, y quedando tan muerta y extincta como si la hubiera herido un rayo. El viejo, ciego de lúbricos apetitos, sació sus brutales deseos en el cadáver, y cuando hubo vuelto en sí, manchado de sangre, ebrio de

horror y de remordimientos, dijo entre alaridos de locura y carcajadas de furor, semejantes al sacudimiento de la epilepsia, que arrojasen aquel cuerpo exánime al mar.

Su secretario, el gréculo que le seguia á todas partes, se apareció, y dijo entónces:

—¡Tiberio!

—¿Qué quieres de mí?

—No olvides que al comenzar el dia te he dicho que habia venido un mensajero de Roma.

—¿Y qué trae?

—Una revelacion. Druso tu hijo...

—Murió.

—Murió envenenado.

—¿Por quién?

—Bien pronto has de saberlo.

—Acaba.

—¿Quién te ha pedido en matrimonio á la mujer de Druso?

—¿A Livila?

—A Livila.

—Me la ha pedido Sejano.

—Tu favorito, tu ministro.

—Es verdad, el más listo etrusco que ha producido toda Etruria.

—Pues ese listo etrusco aspira constantemente al Imperio.

—¿De véras?

—Y tan de véras.

—Sería capaz de obtenerlo, porque es astuto como un griego y falso como un cartagines.

—Sólo una mano puede detenerlo.

—Ya estoy en ello, solamente mi mano. La ejercitaré en esta obra con toda la destreza que necesita la enemiga destreza.

—El mundo se maravillará del escarmiento.

—¡Oh! Le dejé tomar un poder demasiado fuerte, y ahora resultará una lucha demasiado desigual.

—No es de fiar el Pretorio.

—Lo vigilarémos.

—Cuida mucho del Senado.

—Los infelices creen que van á tornar los tiempos de Casio y Bruto.

—Examina tu propia familia.

—¡Mi familia! ¿Quién me queda ya de la familia? Todos han muerto.

—Comienza por tener un heredero para cerrar toda esperanza á Sejano.

—¡Un heredero! Los nietos de Augusto han muerto. Los hijos de Germánico...

—Ahí queda de la familia imperial tu sobrino Calígula.

—¿Qué me dices? ¡Calígula!

—Verdaderamente.

—Está loco.

—Pues con eso el mundo te echará mañana de ménos.

—Feliz idea.

—Ya sabes lo que dicen tus enemigos.

—¿Qué dicen?

—Que Augusto te eligió por heredero...

—Para que resaltara la bondad de su Imperio.

—Justamente.

—Pues si yo escojo á Calígula...

—Todavía el mundo te echará de ménos.

—Vamos, pues, á conspirar como si en vez de ser un Emperador fuera un conjurado. Vamos á tender la telaraña en que será preciso coger esa mosca. Le tengo miedo á Sejano. Para que todo el mundo tiemble en esta época, los dioses quieren que yo mismo tiemble de mí mismo. ¡Oh, fatalidad!

CAPITULO XI.

LA CONJURACION.

—Opimia,—decia Livila á su esclava,—¿está mi carro de marfil enganchado para ir á los sacrificios?

—Todo cuanto has dispuesto tú, he dispuesto yo.

—Llama á mis demas esclavas y dirige con precipitacion y con arte mi tocado.

—Hélas aquí.

—¡Quién me diera tener siervas como las que al pié de Cleopatra se tendieron para morir con ella picadas del áspid, y con ella enterrarse en la tumba egipcia llena de misteriosos jeroglíficos! En brazos como aquellos brazos encuentran los jóvenes enamorados el necesario olvido de todas las cosas; en labios como aquellos labios la dulce miel de todos los placeres; sus cabezas virginales, tan bellas como la flor del girasol, se inclinan al

peso de las coronas de verbena; sus trenzas de ébano caen como dos serpientes de Egipto sobre las espaldas de marfil; sus manos, llenas de anillos, arrancan al pecho todo cuidado; y si invitan á gozar y á beber, deshojan las rosas de Poesthum sobre el vino de Chipre, y recuerdan que las riquezas no deben guardarse para los entierros, sino para los goces; porque el amor se parece á la muerte en que viene y se apodera de nosotros á su debida hora.

—Si no podemos ser tan bellas como las esclavas que con tanta poesía evocas,—dijo Opimia,—podemos por lo ménos ser tan fieles. Aquí tienes tu espejo de oro circuido de pedrería; mírate en su bruñida superficie y cuida de no quedarte extática, y de tí misma perdidamente enamorada. Los jarros de alabastro están llenos de cocodrílea y de pastas de Ródas que pulen y afinan tu tersa piel. En esas cajillas de marfil hay espuma de nitro rojo recien llegado de Nápoles. Pon la sombra de la noche en tus cejas y en tus párpados para que resplandezca más el dia contenido en tus miradas y reflejado en tu rostro. Cálzate el coturno como las trágicas en el teatro; cíñete tu blanca túnica que brilla como el ampo de la nieve en la cima de los montes. Es la estola de las antiguas romanas que tan bien cuadra á una matrona jóven como tú y perteneciente á la fami-

lia de los Césares. Encierra tus negros cabellos en estas redecillas de perlas y enróscate esas serpientes de oro á tus brazos y cuelga estos crótalos de diamantes á tus orejas. Así estarás tan hermosa que, al presentarte en los sacrificios, creerán las gentes ver en tí, en tu imágen, la verdadera divinidad.

—Oigo ruido.

—Es verdad.

—Cualquiera diria que se acerca todo el pueblo-rey.

—Pues sólo se acerca Sejano,—dijo Opimia, que habia ojeado en rápido instante desde la ventana el declive que conducia del Foro al Palatino.

—¿Sejano á estas horas? Algo extraño sucede y algo nuevo trae. Retiraos,—dijo la matrona á sus esclavas.

—Calla, Livila, no podemos habitar ya en Roma,—exclamó Sejano al entrar.—Un cautivo deslenguado, originario de Tracia, segun él, y de Macedonia, segun sus enemigos, que manchó con su cuna la alta y hermosa montaña donde naciera Orfeo, hase domiciliado en Roma, y no atreviéndose á empuñar la tajante espada de Espartaco, ha empuñado el agudo estilo del taimadísimo Esopo, escribiendo intencionada fábula alusiva á nuestro casamiento, en la cual se queja de que pudiéramos tener hijos, como se quejaban las ra-

nas de que el sol pudiera tenerlos y secarles todas las lagunas. Estaba ya dispuesto el verdugo á dar cuenta del malicioso á los dioses infernales, cuando tu tia Antonia se interpone y manda su liberto Pálas á Caprea, consiguiendo de Tiberio un perdon que me ha sabido como una puñalada. Desde este punto y hora ya no podrémos vivir en la Ciudad Eterna, que será una eterna murmuracion. Vibrarán los círculos en maldiciones, resonarán los teatros con invectivas, escribirán los libelistas las mayores calumnias; y se atreverán á nuestra honra y á nuestro poder en canciones indecentes hasta los pilluelos de las calles.

—Dejemos estas cosas, que importan bien poco. Lo importante es saber si nuestro matrimonio se realiza, aunque escriban contra él todos los Fedros del mundo, eso es lo importante. ¿Qué hay?

Sejano movió tristemente la cabeza.

—¿Qué hay? Dímelo pronto.

Sejano alzó los ojos como quien tiene una gran pena y debe decir una gran cosa.

—No me impacientes. Sácame de dudas. ¿Ha escrito Tiberio? ¿Ha dado ya su permiso para nuestra boda? ¿Están prontos los preliminares de la confarreacion, como cumple á excelentes patricios? ¿Debemos inmediatamente apercibirnos á que nos designe por sus herederos y sucesores por

ser yo sangre de su sangre y tú vaso de su eleccion? Háblame de todo pronto, pronto, pronto. Cualquiera diria que has perdido la voz en las cantinas y burdeles del campo pretoriano y que no puedes ni siquiera articular una palabra. Habla, habla, habla pronto.

—¿Y cómo quieres que hable si lo dices todo y no dejas espacio alguno con tus inconexos discursos para que pueda decir una palabra?

—Acaba.

—Tiberio designa por sucesor suyo á Calígula y se opone completamente á nuestro enlace.

—Hijo de madre maldecida, padre de hijos protervos, infame manchado con el contacto de los sacerdotes de Cibéles, etrusco engañador y vil, siervo favorito de Apicio, borracho de las tabernas pretorianas, instrumento de Tiberio, asesino vulgar, envenenador insidioso, plebeyo indigno de mirar á los que pertenecen como yo á las dos primeras familias de Roma, á la familia Julia y á la familia Claudia, díme qué disposiciones tomaste para aplastar al viejo capaz de interponer su sombra letal entre nuestros dos nombres y su huesosa mano entre nuestra ambicion y el Imperio.

—¡Livila!

—Tu natural se conoce hasta en tus acciones más mínimas. Has entrado con mal pié en esta casa. Vienes con dos nuevas tan nefastas como la

adopcion de Calígula y la negativa á nuestro matrimonio, y en vez de dármelas en seguida, porque un minuto perdido puede equivaler á una vida entera malograda, me hablas de aquello que sólo importa á tu vanidad y á tu orgullo, de las flechas que nos ha lanzado un satírico más ó ménos cuerdo, un fabulista más ó ménos feliz, un tracio que ni para el circo de gladiadores sirve. Cuando las gentes vean que teniendo en tu mano la voluntad de Tiberio no has podido conseguir tu casamiento con su nuera viuda, tú que lo has conseguido todo, hasta una estatua de oro en el teatro de Pompeya, creerán, y creerán con razon, que el primero en negarse á esta boda has sido tú mismo, embustero por naturaleza, traidor de profesion.

—No sabes, Livila, no, cuánto hice por ganar el supremo poder á Tiberio y ponerlo luégo como un pedestal bajo tus plantas. Yo he atizado las delaciones y he convertido la ciudad de los tribunos en la ciudad de los espías. Todos los malvados que por sendas oblicuas se encaminan al poder ó á la riqueza, comerciantes de la mentira, artífices de la intriga, cortesanos de la fortuna, urdidores de la calumnia, han formado en torno mio un ejército que me tiene sometidos los ánimos, como los pretorianos me tienen sometidos los cuerpos de estas gentes romanas tan levantiscas é

inquietas. Los viles se han vuelto honrados, los pobres ricos, los despreciables temibles, los criminales omnipotentes, con sólo escribir una memoria secreta ó revelar á tiempo un suspiro de pena por el fin de la República y una mirada de odio al rostro de los Césares. Yo he cruzado con mi látigo la faz de esta ciudad, diosa en cuyas aras el género humano se ofrece como víctima. Yo he explotado la torva inquietud de ánimo que aqueja á Tiberio; los remordimientos desgarradores y continuos que atenacean sus entrañas; las contradicciones entre el miedo y el odio en que sus pasiones se dividen y batallan; sus terrores á las sombras de todas las ideas y á las conjuraciones de todos los humanos; su hastío de las terrenales grandezas; su amor á la soledad; su aislamiento en esos peñascos donde sólo anidan las águilas y á cuyos piés muge siempre la tormenta. Pero si abrieras mi pecho, si sacaras palpitante mi çorazon, verias que tiene tantas heridas como latigazos he dado, y que lleva en cada una de sus fibras indeleblemente grabados cada uno de mis crímenes. Así, por todas partes tocamos el decaimiento y la ruina. Los antiguos oradores se han convertido en tristes retóricos; la Tribuna de los Rostros en la tribuna de los leguleyos ; las sublimes controversias por la libertad en pleitos de intereses; el camino de los honores,

abierto ántes á la elocuencia y á la virtud, en la senda tortuosa donde sólo puede medrar aquél que sabe arrastrarse. El bien y el mal han pasado á ser indiferentes á las turbas infames de los sofistas. Acusar, delatar, perseguir, perder, matar: hé aquí el ministerio y el oficio de todos los romanos. En mandar un infeliz al verdugo se emplea ahora la elocuencia que se empleaba ántes en levantar al pueblo contra la cólera de Anníbal ó en favor de la virtud de los Gracos. Hemos llegado hasta el punto de perder á quien no ha querido acusar. Roma es una ciudad de esclavos y delatores. Hay quien ha ganado en el oficio de delator más millones de sextercios que tuvo Lúculo y que derrochó Antonio. A la luz del dia, ya por este partido ó ya por el otro, ya por la institucion de la República ó ya por la institucion del Imperio, en competencias francas, en guerras civiles abiertas, con el ánimo levantado y la frente alta han muerto muchos ciudadanos, que despues de haber exhalado su alma por su causa, han recibido de amigas manos piadosa sepultura; pero ahora mueren más, muchos más en el silencio, en la oscuridad, sobre la cama de su triste cubículo, envenenados ó apuñalados, á una órden del César que quiere sus riquezas, á una señal del espía que husmea su perdicion, para ser lanzados á las genmonias como los restos de las fieras ó de los gla-

diadores que caen y espiran unos sobre otros en la sangrienta arena de los circos. La riqueza, la virtud, la elocuencia, han pasado á títulos de muerte. Cada romano rico tiene constantemente dos siervos á su lado; y cada siervo es un espía que escucha hasta sus ensueños, y un delator que denuncia hasta sus gestos. Los padres desconfian de sus hijos y los hijos de sus padres; el esposo teme que la esposa le sorprenda en sueños algunos de los votos de su vida ó alguna de las profecías políticas de su alma; nadie se atreve á hablar por temor de interpretaciones torcidas á sus menores palabras; se desconfia hasta de las paredes como si las paredes tuvieran oidos, y se recela hasta de los objetos inanimados; el dolor está prohibido y prohibida la alegría; un rostro sereno inspira la misma desconfianza que un rostro torvo; la ausencia de una fiesta imperial equivale á crímen de lesa majestad; cada frente lleva sobre sí la sombra de un hacha, y cada corazon la punta de un puñal; todas las mañanas, al levantarse, se informan los patricios de cuántos entre ellos han desaparecido en el matadero que se llama Imperio, y cuántos han logrado escapar á esta implacable matanza de todos los dias; la mayor parte de los delatados no aguardan al verdugo, y se matan creyendo que asegurarán así la transmision de la herencia á sus hijos; y los que restan, los que sobreviven, acari-

cian el suicidio, y bendicen á la Naturaleza, que, teniendo una sola manera de dar la vida, tiene muchas y muy várias y muy diversas de dar la muerte; pues en este universal terror, para que todo se concluya, los lazos de la familia, los sentimientos de misericordia, la compasion de unos por otros, la amistad y el amor, se ha concluido hasta el instinto de conservacion, hasta el apego á la existencia, como si nos encontráramos en víspèras de la ruina total del Universo.

—Has hablado, Sejano, como un tribuno antiguo, y no sabiendo ya á quién combatir, te has combatido á tí mismo en párrafos dignos de Ciceron ó de Hortensio. Ya que tantos crímenes has cometido para apoderarte del alma de Tiberio, comete algunos más para lograr que nosotros le sustituyamos en el mando supremo. La vida del César ó la vida de su heredero no valen ciertamente más que la vida de tantos ciudadanos como has inmolado en tus arrebatos de odio ó en tus taimadas intrigas. Mi esposo Druso ha muerto á tu capricho; que mueran Calígula y Tiberio al mio. Jefe del Pretorio, en ese campo atrincherado donde los pretorianos residen está la púrpura imperial. Téjela sobre sus lanzas y guárdala para nuestros hombros. En cuanto los soldados digan un nombre, los ciudadanos lo repiten; y en cuanto soldados ó ciudadanos lo repitan, el mundo ente-

ro lo aclama. La suerte de Roma depende de las cantinas del Pretorio. Unos cuantos odres de vino hoy, unos cuantos charcos de sangre mañana, bastan para amasar un trono y someter un pueblo. Me voy al paseo, á los sacrificios, con mis jóvenes clientes: que no vuelva sin que hayas tomado una resolucion y decidido ponerla inmediatamente por obra. Resolucion, resolucion, resolucion: he ahí la palabra que decide por completo de la suerte de los hombres.

—¡Y te vas con tantos adoradores!

—No temas, Sejano, ninguna infidelidad de mi parte. Yo me he propuesto por modelo á Livia, aunque el mundo me llame Livila. Y por consiguiente, en mi pecho no caben ya otras pasiones más que la ambicion, ni otro amor más que el Imperio. Cuando has de temer mi furor y mi venganza, es cuando te hayas de encontrar con el desengaño que tú mismo me procures. Hoy vuelvo á repetirte: resolucion; y vuelvo á conjurarte para que nos ganes y nos procures el Imperio.

Livila descendió en litera la cuesta del Palatino; pasó por el Foro, donde se agitaban las gentes ocupadas en negocios mercantiles y negocios políticos; entró en el templo á cumplir el deber de presenciar un sacrificio; paseó por el campo de Marte, donde se entretuvo en contemplar los vis-

tosos juegos gimnásticos; y luégo volvió á su hogar, encontrándolo lleno como siempre de amigos, de clientes, de damas, de literatos, de políticos, de gentes que iban á recoger los rayos de luz y de calor lanzados por los ojos de aquella mujer que dominaba á Sejano, el cual á su vez dominaba á Tiberio. Leíanse versos y pronunciábanse discursos. No sé por qué la conversacion recayó sobre dos temas importantes, ya casi históricos: sobre la muerte de Julia, la hija de Augusto, la esposa de Tiberio; y sobre el destierro de Ovidio, el cual ya habia muerto desesperado en el Ponto. Un retórico, jóven, elocuente, bellísimo, educado en las escuelas de Aténas y dispuesto á controvertir todos los temas que se propusieran á su dulce palabra, admitió con agradecimiento la tésis consagrada á considerar las desgracias de Julia, hija de Augusto, esposa de Tiberio.

—Canten otros—dijo—la guerra y sus lances varios; yo quiero cantar el amor y sus varios hechizos. Fatal fuiste, mujer, á cuantos te adoraron; pero hoy mismo, helados unos por los años, muertos otros y en el orco, prefieren sus dolores y sus remordimientos á no haberte conocido y amado. Los que pasaban el dia desafiando la polvareda y la lumbre del campo de Marte, robustecidos en los ejercicios ecuestres y gimnásticos, se esquivaron al aceite de los atletas como si fuera veneno

de víboras, y corrieron á pasar las noches á la puerta de tu casa para depositar una cancion de amor en el aire que te circuia, y una corona de rosas á la puerta que te guardaba. ¡Cómo abandonaron las doradas aguas del Tíber, el caballo galo que ántes domaban, la coraza y el casco de hierro, los discos pesados y las agudas lanzas, esquivándose á los ejercicios militares cual Aquíles á los funerales de Troya así que te vieron, y se consagraron á tejer coronas que ofrecer en tus altares, parecidos á los altares de Vénus! ¡Cuántas veces oíamos repetirse este grito en las hojas de tu puerta, este grito cuyo acento de dolor hubiera podido desquiciarlas de sus gozmes: tú duermes y yo muero! A la sombra del pino y del álamo confundidos; al borde del fugitivo arroyuelo cuyas ondas fluian con dulce susurrar; ceñida de mirtos que te daban la juventud de las musas, rodeada de palomas como la diosa del amor, apurabas el vino aromático y ofrecias los besos hechiceros. Evohe, se decia por todas partes, Evohe, como en las voluptuosas bacanales, reproduciéndose aquellos felices dias en que Baco murmuraba en los oidos de las ninfas ebrias cantares no aprendidos, y los tirsos vibraban en los bosques perfumados de aromas embriagadores, y el hueco de las encinas destilaba miel, y las vacas venian mugiendo y ostentando los cuernos tan bellos como

la media luna en creciente, y la Naturaleza entera sentia doblarse la vida al benéfico influjo del vino y del amor. Paréceme ¡oh, Julia! que te veo en el santuario de tu tocador asentada en el trono de oro, circuida de tus esclavas que cada una te presenta su ofrenda, exhalando de tu aliento perfumes como no conoció iguales ningun mes de Mayo en ningun tiempo; con tu estola del color de la alborada en el erguido cuerpo; tu esclava nubia negra como la noche y rugiente como la tigre en las rodillas; el abanico de plumas orientales en una mano y en la otra el espejo de rica pedrería; dispuesta á recibir los homenajes de todos los poetas en versos inmortales y á despertar deseos inextinguibles con los dardos de tus mortales miradas. ¡Quién se hubiera cansado de verte en aquellos dias de fiesta en que te llevaba tu padre de la mano, erguida y airosa como una jóven sabina, ostentando en tu rostro y tu figura líneas tan puras y correctas como las estatuas griegas, severísima en el fruncir de tus cejas y en el imperar de tu mirada, con la diadema de oro sobre la frente que resplandecia y deslumbraba, las tres sartas de perlas flotando sobre los hombros, y los labios entreabiertos para dejar pasar el aliento que á todos nos embriagaba y que prendia el fuego del amor con la exaltacion del entusiasmo en todos los corazones! ¡Cuántas veces te seguíamos

cuando ibas, velada como la noche, con una máscara á traves de cuyas sombras lucian tus ojos, á encerrarte cerca del Circo Máximo, en el templo de Hércules, donde admiramos el grupo hermosísimo de Fídias, lugar vedado por las leyes á las mujeres, abierto sólo á tus caprichos, y desde cuyas tribunas cubiertas por asiáticos tapices, tendida sobre cojines de púrpura, mirabas al traves de las celosías doradas las actitudes de los gladiadores, sus ejercicios y sus ensayos para sus posturas atrevidas en los juegos, su hermosa desnudez, sumiéndote en aquella contemplacion con el amor mismo con que pudieran mirarlos sus mujeres y con la admiracion con que pudiera seguirlos un escultor apasionado de las formas y de sus excelencias! Entónçes se veian en el ejército de tus adoradores nombres que se ilustraban todos en las batallas de amor, como sus predecesores se habian ilustrado en las guerreras batallas y en las competencias políticas: un Apio Claudio, un Graco, un Escipion, un Marco Antonio, cantado por Horacio. Pero cierta noche los soldados entran brutalmente en su casa como en la casa de cualquier prostituta de la Suburra tras ruidoso escándalo. Las nubes llovian lágrimas, los árboles amarillentos hojas secas. Una litera más triste que la urna cineraria la aguardaba para conducirla á un destierro más desesperante que la muerte. Nin-

guno de sus parientes se le pudo acercar para consolarla; ninguno de sus siervos pudo decirle adios. Penthea, su esclava favorita, se ahorcó; Antonio, su último amante, se partió el corazon. La que oia los homenajes de todos los poetas, sólo oyó en su camino los dicharachos de los pretorianos; la que contemplaba las miradas de amor dirigidas por toda la áurea juventud de Roma, sólo contempló el siniestro mirar de los delatores y de los esbirros. Ni siquiera adivinaba dónde la conducian. Algunas veces creyó ir á la muerte, y la muerte le parecia ménos triste y ménos amarga que su destierro. Aquellas riberas de la Campania, testigos de sus alegrías, la vieron llegar á sus costas, donde la entregaron á los vientos y á las ondas como si quisieran que los dioses marinos la devoraran, ya que tanto la habian respetado y querido los dioses de la tierra. Por fin la dejaron sola allá en una isla desierta, cuyo suelo, semejante al cráter del Vesubio, cortaba y heria sus piés acostumbrados al suelo de los palacios, y cuya soledad entristecia y desesperaba su alma acostumbrada á las delicias del Imperio. Ni un árbol prestaba sombra grata en aquel ingrato escollo, á cuyas estrías se habia cogido la pobre náufraga sumida en lágrimas mucho más amargas que el mar. Telas de tosca lana eran toda su vestidura; el pan y el agua de las prisiones todo

su alimento; las espinas y los abrojos todas sus flores; los carceleros toda su servidumbre; una estrecha torre toda su habitacion; y las ondas del mar que venian á romperse en los escollos toda su corte y todas sus compañeras. Miento, sólo allá en su destierro le quedaba un refugio: el corazon de su madre. Sí; Sempronia, la primera mujer de Augusto, repudiada para ser sustituida por Livia, se fué con su hija al destierro y sostuvo con el corazon despedazado esta prolongadísima agonía. Allí, en aquella soledad, frente á frente, hablaban de las horas y de las delicias pasadas, de la ingratitud y el desamor de sus respectivos esposos, de las grandezas gustadas en las cimas del Capitolio y del Palatino, de las festividades religiosas, de los espectáculos profanos, de Roma, de nuestra Roma, cuya majestad crecia en los arreboles del dolor y al traves de las lágrimas. Y allí lo único que rompia la triste uniformidad de aquella vida, era la noticia que implacable mensajero traia de vez en cuándo acerca de la muerte de los hijos de la una, de los nietos de la otra, todos segados por la guadaña del despotismo en la edad en que podian volver por su madre y por su abuela, redimirlas, vengarlas. La vehemencia de su corazon se habia reconcentrado toda entera en sus hijos, dulces recuerdos de su amor, prendas dulcísimas de su vida, y de tiempo en tiempo

El terror era tal y tanto, que ninguno de los contertulios de Livila se atrevió á protestar contra aquella sentencia de muerte, la cual cortaba una palabra digna de resonar en la Tribuna de los Rostros cuando era libre, y en los espacios del Foro cuando los llenaban los comicios del pueblo. Solamente Livila se acercó al oido de Sejano en demanda de olvido y de perdon. Pero la reflexion sencillísima sobre que el perdon para el orador era la muerte para ella, le tocó en el alma y le obligó á sobreponer el instinto de la propia conservacion á todos los sentimientos. Estaba visto. Los hombres desaparecian en Roma como los bueyes en el matadero; y los sobrevivientes se limitaban á respirar por tener un dia más de vida.

Despues de escenas tan terribles no estaban los ánimos aparejados á nuevas emociones; y la tertulia se deshizo poco á poco, hasta el punto de quedarse solos Sejano y Livila. Embarazosos fueron los primeros momentos de este nuevo y monotono coloquio entre los dos amantes, siempre ocupados en urdir tramas contra Tiberio y en tejer la red dificilísima de aquel ideado matrimonio, donde debian quedar sus dos vidas presas como presos de mutua pasion habian quedado ántes sus dos corazones. Livila conoció en el entrecejo de Sejano, en las preocupaciones que transcendian por las arrugas de su frente, en la dificultad de

su respiracion fatigosa, en el extravío de su mirada errante, que guardaba nuevas del solitario de Caprea, y que estas nuevas no debian ceder en bien de su mutua felicidad y de sus ambiciosos ensueños. Pero, acostumbrada á tener al César por dócil instrumento de ajenas voluntades, y al etrusco, doble y redomado, por único árbitro de la voluntad imperial, no creia en la existencia de ningun obstáculo que resistiese invenciblemente á la firme voluntad del favorito y á su desprecio de todos los mandatos de la conciencia. Pues qué, ¿no le habia visto deshacerse poco á poco de cuantos enemigos le salian al paso? ¿No habia degollado los romanos que marcaba con su odio, como el carnicero degüella los borregos señalados para la muerte? ¿No habia exterminado, desde los oradores hasta los poetas, todos cuantos maldijeran de su tiranía y suspiraran por la República? Druso, esposo de Livila, hijo de Tiberio, sucesor designado á la suprema autoridad, alma desasida de todas las mundanas ambiciones, jóven de vida ligera y de costumbres epicúreas, incapaz de rivalizar con ninguna ambicion ni de querer otro influjo que el ejercido sobre sus gladiadores, sus bufones y sus comediantes, por haberlo desacatado y ofendido un dia, cayó muerto al influjo letal de los brebajes y á las manos homicidas de los médicos. Germánico, el dulce Germánico, hijo

adoptivo de Tiberio, general vencedor de los bárbaros, ciudadano capaz de restaurar la antigua República, carácter modelado en el molde de los grandes caracteres, ya por desgracia roto, habia desaparecido, misteriosamente muerto al frente de sus legiones, sobre una cama de laureles regada con las lágrimas de Roma, que veia en tanta grandeza extincta extinguirse tambien toda su esperanza. Agripina, la viuda de Germánico, habia vuelto, llorosa como la imágen del dolor, erguida sin embargo como la matrona del antiguo patriciado; con sus pequeñuelos á los piés entre los pliegues de su túnica de duelo, y la urna cineraria conteniendo los adorados restos en las manos; para encontrar por premio á su castidad un destierro allá en la isla Pandataria que la confundia con las prostituidas Julias y la castigaba por el mismo esplendor de sus virtudes. Los dos hijos mayores de aquel matrimonio, Neron y Druso, queridos de Tiberio, adoptados por nietos ante los padres conscriptos, con la arenga quizá más sentida de cuantas ideara la facundia oratoria del César, habian caido á los dardos de la calumnia, enterrado el uno vivo en la isla de Pouza, y el otro en los subterráneos del Palacio imperial, donde hubo de comerse hasta la podrida lana de sus colchones y aguantar las injurias y los golpes y las heridas de los libertos y de los

esclavos, que se gozaban crueles en atormentar á aquel ilustre vástago de la imperial estirpe. Y si todo esto era verdad, ¿por qué no habia ya de andar el resto de aquella tortuosísima senda, y encaramarse hasta el trono, y desocuparlo del frágil ídolo que lo ocupaba para sustituir la propia personalidad, realmente soberana con la realidad del poder en las manos, y sólo necesitada de los honores y de los nombres, de lo más fácil, de lo más sencillo, para completarse en sí misma y á los demas imponerse? Así Livila no admitia ningun género de excusa y hasta ningun género de aplazamiento. Interrogando por fin á Sejano, se desesperó como nunca cuando lo vió firme en su resistencia como siempre. Acababa de recibir el favorito una carta imperial, y esta carta imperial denegaba ya, con una de esas denegaciones irrecusables, la pretension absurda del proyectado matrimonio. Taimado y astuto, superando en las artes del engaño al etrusco, tan perito é industriado en todos sus achaques, supuso Tiberio que Livila no podia conocer la pretension del ministro, pues no alcanzaba cómo jóven princesa de la primer estirpe romana, patricia de abolengo, nuera de Césares, podia envejecer en brazos de un simple caballero. Aun él quizá consentiria; mas imposible el consentimiento de aquellos sus parientes que la habian visto nacer, nieta de la esposa de Au-

gusto, hija de Druso, hermana de Germánico, y elevarse á compartir con el tálamo del primogénito de Tiberio los derechos á la herencia del mundo. Con este motivo deslizaba ya una idea sutil como impalpable veneno, verdaderamente asesina, triste nuncio de cambio mortal en sus inclinaciones y preferencias, la idea de que rompia todo límite Sejano á su voluntad y aspiraba á todos los mundanales honores con todos sus nombres vanos, porque sentia colmadas sus ambiciones y vinculado en sí un poder muy superior quizas á su cóndicion y á sus merecimientos. Si Augusto pensó alguna vez en casar su hija con Procuyelo, de la clase ecuestre, fué á causa de que este caballero pacífico no se mezclaba en los negocios políticos y no podia despertar ningun recelo en el pueblo ni traer al gobierno ninguna dificultad, cosas que él queria evitar á toda costa, comprendiendo el poder inmenso dado á cualquier hombre con la mano de su Julia. Pero esta idea no pasó nunca de proyecto ideado por la irresolucion y la incertidumbre propias de los que ven los hechos bajo varios aspectos, y al llegar á la hora de las resoluciones, la enlazó con general tan grande como Agripa, y viuda de Agripa, con patricio tan esclarecido como Tiberio mismo. Despues de haber soltado esta especie tan desfavorable á todos los proyectos de Sejano, lo adormecia con ha-

lagos, le columpiaba en mentidas esperanzas, le traia á la memoria con arte sus servicios, le aseguraba la continuacion del imperial favor, y le decia cómo reservaba para lo porvenir en su pro tanta sorpresa, que en sazon oportuna serian de ella sabedores el pueblo y el Senado.

Livila no se engañaba; la primer negativa equivalia á una declaracion de guerra. Acostumbrado al disimulo desde sus primeros años, en que estallaron las primeras contrariedades de su vida, no luchó jamás el César frente á frente con ninguno de sus enemigos. Odió á su mujer Julia y nunca se lo dijo; odió á su madre Livia y nunca osó destronarla; sus pasiones eran pacientísimas, y sus telas de araña se tejian con arte tan prolijo, que no las conocian por la finura de sus hilos y la lentitud de sus trabajos los enemigos en ellas envueltos. Tiberio ideaba algo, y habia que desconfiar de sus obras á medida que más halagüeño y más solícito se mostraba en sus palabras. Y para desconcertarlo, para perderlo, para salirle al encuentro por lo ménos, precisaba lanzarse sobre él con prontitud ántes que él se lanzara sobre su presa. El leon vence al tigre porque miéntras éste atisba traidoramente y se espereza en una incertidumbre indolentísima, su feroz y fuerte enemigo, rey de todos los brutos por ser entre todos ellos el más decidido y resuelto, vence á su

enemigo y lo despedaza. Así Livila instaba para que Sejano procediese en la conspiracion contra Tiberio con la misma rapidez con que habia procedido en la conspiracion contra Druso. Pero Sejano, que todo lo habia intentado, y en todo habia vencido, vacilaba ante uno de esos atentados que pudieran costarle el poder y la vida. A pesar de su astucia y de su experiencia, no conocia aún todos los tortuosos senderos del alma oscurísima en que estaba como preso, no obstante aparecer tan poderoso. Si ciertas negativas á sus demandas y ciertos reproches á su ambicion le apenaban, el reverso de esta medalla, los halagos continuos, las promesas formales, las esperanzas, le infundian valor y aliento. ¿Qué más podia hacer por él Tiberio? Las tropas de la Ciudad Eterna estaban por completo en sus manos; la realidad del poder imperial en su persona; las adulaciones que rodean á la omnipotencia en torno suyo; su natalicio se celebraba mucho más que el natalicio de su señor; sus estatuas se contaban en mayor número; sus clientes parecian verdaderos ejércitos, y su presencia en Roma daba á esta magnitud de autoridad todas las apariencias de poder único, incontestado, personal, absoluto. Perseguir al viejo de cuya sombra vivia; acosarlo en su caverna de Caprea; destruirlo allí, para que en el tránsito de aquel su gobierno al gobierno de su

favorito, las pasiones del pueblo se sublevaran, los antiguos recuerdos de la República revivieran, los partidarios de Germánico conspiraran, las ofensas recibidas renacieran, parecíale arriesgarlo todo para no conseguir nada, por no caber aumento en la realidad del poder y en su dificilísimo ejercicio.

Mas Livila no se satisfacia con este poder omnímodo, no se satisfacia ciertamente miéntras no tuviera todas las apariencias apetecidas por su vanidad y necesarias al esparcimiento de su ánimo y á las satisfacciones de su orgullo. El poder á los ojos de Sejano era el medio de dirigir á los hombres, y á los ojos de Livila el medio de deslumbrarlos; para él bastaba con ser obedecido, y para ella no bastaba sino con ser adorada; lo queria él para poseerlo y explotarlo, y lo queria ella para lucirlo. Pagada de su abuela Livia, merecia el diminutivo con que la calificaba el comun de las gentes, y aparecia su ambicion al cabo tan diminuta como su mismo nombre. Atraer todas las miradas; doblar á su presencia las frentes como el sol dobla los tallos; oir el rumor de las adulaciones embriagadoras; pasar entre coros de gentes prosternadas; gozar de riquezas que pudieran satisfacer todos los caprichos; dar espectáculos; tener del supremo mando los goces, los placeres, las alegrías, las satisfacciones femeniles: hé ahí

todo cuanto codiciaba Livila, vana, ligera, aturdida, ignorante. Y en tal estado resultaba verdaderamente insufrible su posicion. De esposa habia pasado á manceba; de heredera habia pasado á pretendiente. Sus manos se hallaban como cogidas y destrozadas en la misma triste máquina donde habia querido forjar un cetro de oro. Mujer ántes de Druso, era más querida y más considerada que favorita y querida de Sejano. ¡Y pensar que ella misma se habia precipitado de lo alto y habia creido que subiria bajando! Así es que en aquella noche Livila empujó al crímen á Sejano, como Sejano habia empujado á Livila pocas noches ántes del envenenamiento de Druso. Ruegos, lágrimas, amenazas, todo se empleó y todo se agotó en esta porfía de un alma resuelta á decisiones supremas y caida desde las más altas esperanzas en la más irremediable desesperacion. Así, despues de haber pedido, suplicado, halagado, roto en llanto, puesto en juego todos sus halagos, se levantó furiosa y sacó de su áureo cinturon, que relumbraba como las escamas de una serpiente, áureo puñalillo empapado en veneno mortal.

—No quiero — dijo — dilaciones nuevas que aumentan el dolor aumentando la incertidumbre. A vivir en semejante angustia, prefiero descansar en brazos de la muerte. Tu irresolucion depende,

no del respeto que sientes por Tiberio, sino del desamor que por mí sientes. Si despues de haberme precipitado al infortunio crees que vas á continuar en la fortuna, te engañas tristemente. Una palabra mia puede perderte; y la que está resuelta á clavarse este puñal envenenado en el pecho, más resuelta debe estar todavía á clavar la venenosa lengua en tu perdida alma. Yo saldré de aquí, yo iré á Caprea, yo revelaré tu secreto y mi secreto. Moriré, es verdad, pero morirás conmigo. Yo nada puedo perder, aborrecida ya del pueblo, asesina vil de mi esposo, destinada á soledad perpetua; pero tú puedes perder con la vida honores como jamás los tuvo ningun mortal, y grandezas que te procuran goces y satisfacciones indecibles. Tales como somos, no hay otro remedio sino el combate: precisa matar ó morir. Si ántes de llegar á las Kalendas del mes próximo no has satisfecho mis deseos, yo satisfaré mi venganza. Cuando miro tus ojos impasibles y recuerdo el tierno amor con que los ojos de Druso espirante me contemplaban, quisiera huir de mí misma, porque á mí misma ¡ay! me aborrezco. Imagina cómo te aborreceré á tí, malvado. Todo mi antiguo amor se ha convertido en odio. Pero no podemos separarnos. El destino que nos ha juntado en el crímen, debe juntarnos en el castigo. Caerémos á una en los calabozos de Tiberio y

en las tinieblas del infierno. Mi resolucion es irrevocable; tu pérdida segura. Cuando yo descorra el velo de todos los misterios, cuando revele el desprecio que sientes por tu amo, cuando le muestre cómo has querido hacerle aborrecible al mismo pueblo-rey, cuando ponga al descubierto tus maniobras en el Senado y en el Pretorio, cuando le pinte cómo te deslizaste en su familia, cómo heriste el corazon de su hija, cómo envenenaste á Druso, cómo me prometiste la mano y el Imperio, te matará, no de un golpe, porque eso sería misericordioso é indigno por tanto de su natural, sino á fuego lento, arrancándote una á una las gotas de tu sangre, rompiéndote uno á uno los huesos de tu cuerpo, rasgándote una á una las fibras de tu carne hasta que mueras de mil muertes, viendo pasar en los estremecimientos del dolor y en los delirios de la agonía todas tus víctimas, que aumentarán tus tormentos con sus reconvenciones, que te amenazarán con el tormento de los infiernos, y que te acompañarán donde quiera que vayas con el discorde clamor de sus gritos y con la sombra letal de los remordimientos. Y para mí todo está ya decidido y resuelto, porque para mí todo está encerrado en la punta de este puñal y en el jugo de este veneno.

La mirada, el acento, la actitud de Livila tenian tanta fuerza, que Sejano se quedó como

aterrado, y dirigiéndose á ella con toda clase de halagos, quiso persuadirla á desistir de sus resoluciones y llevarla á la seguridad y á la calma. Conociendo profundamente su natural, vió tambien que no podia de ninguna otra suerte aquietarla sino prometiéndole el logro de sus deseos y el sacrificio de Tiberio. ¡Infelices! Miéntras urdian estas conspiraciones, miéntras atisbaban su víctima, no veian el fondo insondable de los pavorosos abismos donde se precipitaban. Los conspiradores que tramaban la muerte y la ruina de su enemigo, hallábanse en manos de aquel mismo enemigo, que les tendia ya el sudario en que iban á caer envueltos, sudario misterioso, invisible, como si fuera tejido por la mano de la muerte. Tiberio tenia tal naturaleza, que pudiendo mandar como un tirano y requerir la obediencia como un dios, preferia arrastrarse como un conjurado. Otro hombre, al saber el motivo de la muerte de su hijo, el crímen de su nuera, el perverso natural revelado por las ingratitudes y las infamias de Sejano, hubiera caido sobre los criminales, sin amagos, sin amenazas, de pronto, por soberano impulso de la voluntad, ansioso de que á la propia herida hubiera seguido el castigo, como se vuelve con rabia todo aquél que se ve ofendido, pisado, abofeteado, escupido. Pero el omnipotente ¡ah! temblaba de su misma omnipotencia y se

asustaba de su propio poder, como los medrosos que huyen de su sombra y se asustan de sus pasos. Si el astuto Sejano le conociera tan á fondo como suponia, notara en el redoblar de su solicitud la amenaza de próxima desgracia. Gustábale á Tiberio embriagar de cariño á los mismos á quienes iba á herir de muerte. Gustábale rodar en torno de sus víctimas, para fascinarlas ántes de consumirlas. Así dos conspiraciones se tramaron, y dos enemigos surgieron decididos el uno contra el otro y buscándose en las sombras para arremeterse con más seguridad y aniquilarse; que aquella tiranía era una guerra sorda y universal en que todos, por término último de sus contiendas, quedaban completamente deshonrados, rotos y vencidos. ¡Cuán odiosos, gran Dios, son los tiranos!

CAPITULO XII.

LA VENGANZA.

Cuando su tia Antonia envió á Tiberio la revelacion de los proyectos de su nuera y de su favorito, el Emperador disimuló delante de sus libertos, como si nada sucediese, la profunda inquietud de su alma. Pero pasado el primer momento, y vencida la primera emocion ante toda ajena mirada, encerróse en su cubículo para encerrarse despues dentro de sí mismo y contemplar, sondeándola, toda la profunda llaga por estos crímenes abierta en los senos del Imperio. La mujer que debia guardar con mayor culto el nombre de su ilustre familia, hija política y sobrina carnal de Tiberio, habíase prendado de un hombre á quien la fama atribuyó el fin prematuro de su hermano Germánico, y á quien habia ofrecido en sacrificio y sin piedad alguna inmolado el propio augusto esposo. El favorito, pobre etrusco elevado á primer ciudadano de Roma, sim-

ple caballero convertido en superior á todos los patricios, odiado repúblico que sólo debia su poder á la sombra vivificante bajo cuyo amparo estaba asentado, habíase atrevido hasta asesinar al hijo de su protector y acechar á este mismo, husmeando su ruina y su muerte. Tales avisos y enseñanzas del horror que trae consigo toda rebeldía contra las leyes de la conciencia, en vez de moderar los ímpetus del tirano y volverlo al bien, recrudecieron todos sus odios contra los hombres y exacerbaron toda su sed de venganza.

—Yo soy,—decia encerrado en su cubículo, sin mirar más que el suelo y el techo,—yo soy fundador de un templo consagrado á la Concordia. Debí consagrarlo á la implacable venganza. Reposa en tu privado, rodéalo de honores, dale el poder, déjalo vivo donde sólo se respira la muerte y libre donde sólo se sufre la servidumbre, cólmalo de riquezas arrancadas á la expropiacion universal, elévalo sobre las universales humillaciones; y cuando te hayas descuidado, clavará en tu corazon sus dientes venenosos y te matará en pago y en agradecimiento á todos estos sacrificios. Tenia derecho á usurario interes por bondades tales, y me encuentro con negra ingratitud. Ya vereis cómo mi odio supera á mi amor, y mi cólera vence á mi entusiasmo. Ya vereis cómo os consumis en la ira que habeis despertado, y llegais á

todos los terribles castigos que habeis ¡infames! justamente merecido. Trajo las legiones, no para mí, sino contra mí. Aduló á los soldados, no para sostenerme, sino para derribarme. Abrió la puerta principal del campamento cara al Palatino, como en señal de que amenazaba los templos del Senado, cuando realmente amenazaba las casas del Emperador. Escogió los soldados más robustos, á fin de que me invocaran á mí con los labios, y lo sostuvieran á él sobre los hombros. Yo me defenderé y yo me vengaré. La cólera ciega no conduce al éxito seguro. La furia quita su frialdad á la razon, y da á la justicia aspecto de batalla. Que la ira no pase sobre mis retinas como la nube sobre los horizontes. Cobremos ahora la calma necesaria á recoger nuestras fuerzas para un golpe decisivo y el mirar claro para una ojeada segura. Yo podria traer de súbito mis escuadras, subir por el Tíber, entrar en Roma descuidada, y deponer al tirano en breve momento, y de tal suerte, que los esclavos y aduladores, hoy atenidos á lamerle las manos, se las mordieran y despedazaran como perros hidrófobos. Dos obras elevaste en Roma, Sejano, dos obras de igual magnitud. Tú, para oprimir, has erigido el campo pretoriano; de allí saldrán tus verdugos: tú, para atormentar, has abierto en la escalera de la prision Mamertina las genmonias; allí se cavará tu sepulcro, á la en-

trada del Foro manchado por tus mercedes convertidas en viles mercancías, y al pié del Capitolio empequeñecido y aminorado por tu nefasta sombra. Te figurabas que por esos lugares subirias á la gloria inmarcesible, quizá al poder imperial, arrellanándote en la cúspide del mundo, en el templo de Júpiter, tirano de los hombres, compañero de los dioses. Pues por ahí, por ese mismo sitio, rodarás al abismo. Pero que no conozca mi resolucion. Escribámosle hoy mismo una carta peinadísima con multitud de versos griegos que halaguen y acaricien sus oidos, diciéndole cómo se acerca la hora de pagar sus servicios, de colmar sus votos, de anunciar al pueblo y al Senado que debo coronarlo con la corona reservada á mis predilectos y conducirlo á una apoteósis que dentro de su sepulcro envidien nuestros mayores héroes. Así apartarémos toda sospecha de su ánimo y le cogerémos en una trampa, desprevenido para toda resolucion é inhabilitado para toda defensa. Tambien le debo escribir á Livila: que las mujeres husmean muy de léjos el peligro y tienen presentimientos reveladores capaces de adivinar el secreto más oculto y descomponer el plan más arreglado. Es necesario que la fuerza decida, y decida pronto. ¡Oh! Por él perseguí á la esposa de Germánico, á la mujer heroica que, digna hija del primero entre los generales de Augusto, habia de-

tenido las legiones romanas indisciplinadas y fugitivas, salvando así nuestro ejército, y con nuestro ejército á Roma. Por él maté á los mismos niños á quienes ántes habia adoptado como hijos. Cuando él se revuelve contra mí, cuando me falta, ¿de quién me fiaré en el mundo? Tengo sed de sangre, tengo hambre de carne humana. He de ver los astros apagarse, la tierra convertirse en cenotafio, las cenizas de la humanidad entera abrasada caber en el puño de mi mano, que las ha de arrojar á la nada eterna. Donde quiera que veo un hombre, veo un enemigo. Donde quiera que oigo respirar, siento que aquel resuello me roba el aire destinado á mi pecho. No debo reinar yo solo; debo yo solo vivir. ¿Cuándo será la tierra como esta roca donde ahora me encuentro, y podré dirigirme á todos sus espacios sin tropezar con nadie? Ahora, que voy á despedir á Sejano, debo llamar para sustituirle á las Parcas. Si yo supiese dónde se encuentran las tijeras con que cortan el hilo de la vida, cogeríalas inmediatamente y acabaria de un tijeretazo con esta raza humana que en buen hora ahogaran los dioses irritados, y en mal hora, en muy mal hora, despues del diluvio despertaron de nuevo Deucalion y Pirra. Morir es el destino de todos. Matar no es en el fondo otra cosa más que adelantarse al destino. Adelantémonos en buen hora. Seamos tales que nadie pueda respirar

donde nosotros respiremos. Toda luz vivificante debe convertirse en asesino rayo. Todo soplo de aire debe trocarse en mortal hálito de muerte. No hay piedad en el cielo, y no debe haberla en la tierra. La compasion es femenina. Lo varonil es el odio, el incendio, el exterminio. ¿Por qué, dioses, me llamásteis á esta tierra ingrata? ¿Por qué me hicísteis de la raza de los hombres? Me avergüenzo de mi propia estirpe. ¿Cómo será cuando consiente que yo, un gramático, un astrólogo, un retórico, un leguleyo, lo mande, cómo será este género humano? Le aborrezco, y por aborrecerlo todo, me aborrezco á mí mismo.

Tras estos gritos de ira, tras estos rugidos de rabia, conoció que debia moderarse y volver á la antigua simulacion para combatir más seguramente. Lo primero que hizo fué escribir tales epístolas á Sejano, que le confirmasen completamente en la posesion de su privanza, y le cegaran respecto á la proximidad de los peligros. Seis largos meses pasaron desde que supo la traicion hasta que dió el golpe, seis meses de adulaciones pérfidas, de mentiras crueles, de emboscadas odiosas, de caricias falsas, de promesas vanas, de esperanzas dentro de las cuales solamente se encerraba el suplicio y la muerte. Como si Sejano hubiera estado sobre él, en vez de estar él sobre Sejano, escarbó la tierra de su pedestal paciente-

mente á fin de que cayera, sin presentimiento alguno de su desgracia y á un solo golpe. Atenido siempre á las fórmulas legales, en lo cual tenia el genio y el carácter de su patria, esperó á que su enemigo no fuera cónsul, á fin de que ninguna inviolabilidad pudiera valerle, ni ley alguna salvarle. Y cuanto más se acercaba el estallido de su cólera, más léjos parecia de todo pensamiento político, de toda actividad humana, de todo proyecto, y más sumido en serena y cuasi divina indiferencia.

Amanecia, y desde lo alto del Palatino contemplaban á Roma Livila y Sejano. Los montes sabinos tomaban á los primeros albores una transparencia suave como nubes celestes, y la nieve de sus crestas un color sonrosado como nubes en el Ocaso inflamadas por los últimos rayos del sol poniente. Al resplandor incierto que caia de las alturas y que apénas iluminaba los objetos, destacábanse los templos de blanco mármol, los largos intercolumnios, los arcos triunfales, las estatuas de los dioses, entre los verdinegros y oscuros bosques de hayas, encinas, cipreses, pinos, olivos y laureles. Contemplar desde aquellas alturas á Roma, verla tan magna y tan hermosa, sentirse con dominio sobre ella, pensar que ese dominio se extendia tambien sobre la tierra, causas eran bastantes á levantar ideas capaces de

sumir el ánimo ménos reflexivo en reflexiones profundas. Livila no tenia para qué extrañarse de su grandeza, porque en la grandeza habia nacido; hija del hermano preferido por Tiberio, nieta adoptiva de Augusto, nieta natural de Livia, hermana de Germánico, esposa un dia del heredero destinado á tanto Imperio. Sejano sí que no deberia comprender su grandeza sino por caprichosa voluntariedad de la fortuna. Simple caballero, etrusco de nacimiento, extraño al patriciado y extraño á la ciudad, por empeños del acaso habíase visto dueño del Emperador, jefe de los pretorianos, dios del Senado, con una cohorte de clientes como jamás la conoció ningun romano: que el vicio de servir y su envilecimiento se acrecientan á medida que se acrecienta tambien la tiranía. Y sin embargo, Sejano, teniendo en la facilidad de subir como un ejemplo, y como un aviso de la facilidad en caer, estaba aquella mañana más seguro que nunca de sí mismo y de la continuacion de su Imperio, y miraba á Roma, la diosa de la libertad, á Roma, la reina de las naciones, como su eterna presa, como la manceba eternamente prostituida á sus caprichos.

—Mírala, — decia á Livila, — mírala desde aquí, con sus colinas coronadas por templos, con sus ejércitos de dioses, con sus caminos de tum-

bas gloriosísimas, con sus arcos triunfales, mírala, y grita: toda es tuya, y por consiguiente toda es mia, toda es de nosotros.

—Sejano, toda es de Tiberio.

—¿De Tiberio ausente? ¿De Tiberio encerrado en Caprea?

—La ausencia aumenta su prestigio. Caprea es respecto á su misteriosa persona como las nubes del cielo respecto á los dioses de Homero, la envoltura que los acrecienta á los ojos mortales.

—Yo estoy seguro de Tiberio.

—¿Quién puede estar de Tiberio seguro en el mundo miéntras Tiberio viva?

—Yo.

—Parece imposible que así te desconozcas y así le desconozcas. El dia que llegue á cansarse de tí, los mismos favores que te ha hecho y los servicios mismos que le has prestado, serán los precedentes de tu sentencia de muerte.

—Extrañas ideas te asaltan tras una de estas noches á un tiempo consagradas á la ambicion y al amor. ¿Has visto mi correspondencia entera con Tiberio, mi correspondencia de los últimos meses?

—Y me he aterrado.

—¿Te has aterrado?

—Sí, te diré mil veces, me he aterrado.

—Cuando las mujeres os empeñais en verlo todo negro...

—Reflexiona y verás cómo mis temores no son aprensiones, verás cómo no se fundan verdaderamente en mi cavilacion, sino en tu desgracia.

—No me acibares una noche dulcísima con ése triste dejo de amargura, propia sólo de tus cavilosidades.

—Dos cosas le has pedido á Tiberio: nuestro casamiento y nuestra adopcion.

—Perdona...

—Ha prohibido nuestro casamiento, y ha adoptado á Calígula.

—Yo le he pedido nuestro casamiento; pero no le he pedido nuestra adopcion.

—Pues al pedirle una de estas dos cosas, la primera sobre todo, en realidad le pedias ambas.

—De cierta manera...

—Y te las ha negado.

—Verdaderamente.

—Pues si Tiberio comienza por negar, es que comienza traidoramente á herir.

—¡Livila!

—Conozco su natural, porque conozco mi sangre.

—Pero ¿no te calman sus cartas?

—No. ¿Qué calmante encuentras en esas cartas? No puedes extraer de ellas una idea cierta ni en ellas fijar un proceder definido y seguro. ¡Las cartas!

—Llenas están de promesas.

—Y llenas tambien de contradicciones.

—En que estalla su mal humor, pero sin revelar ninguna mala intencion.

—Una de las cualidades de mi suegro, de mi tio, que más conozco, es la que más desesperaba á mi ilustre abuela Livia, su facilidad en cambiar bruscamente de aspectos.

—Para mí siempre se ha presentado lo mismo.

—Tienes ojos y no ves, oidos y no oyes. ¡Siempre lo mismo! Toda la noche tengo la vista fija en esas cartas y el pensamiento en sus palabras. Son como la piel de la serpiente, multicolores y cambiantes. Ya te acarician como la lengua del perro, ya te arañan como la mano del gato. A una efusion de cariño sucede un bramido de odio. Súbitamente ofrece el Capitolio como un templo digno de tus talentos y merecido por tu fortuna, para encarecerte luégo las ventajas de pacífico retiro, de limpia mesa llena por manjares no comprados, de una consagracion entera á las faenas del campo, ménos ingratas que los cuidados y desasosiegos del gobierno. Ya habla de sus desencantos, y ya de sus esperanzas. Ora ofrece declinar el poder, ora á toda costa conservarlo. Se pinta próximo á morir, y próximo á rejuvenecerse, como si los viejos pudieran volver á la primavera de la juventud, con su sangre hirviendo

en generosas pasiones y su pecho lleno con la esperanza de una larga vida. En aquellas tortuosidades de su estilo, en aquellas espirales de su frase, en la afectacion con que amontona palabras y palabras para no decir cosa alguna, en la hueca declamacion subsiguiente á reflexiones profundas, en todo esto que yo he aprendido á conocer con exactitud y á examinar con desconfianza, gracias á las repetidas lecciones de mi abuela, veo una cosa: que has debido apresurarte á herir á Tiberio ántes de que Tiberio nos hiera á nosotros.

La edad, dicen los historiadores, habia dado á Livila una hermosura que no tuvo en sus primeros años. Y la desgracia, añado yo, una reflexion, una profundidad dignas de su abuela, y que si no rescataban sus antiguas faltas, parecian como esas súbitas revelaciones que preceden á la muerte. Sejano, por lo contrario, á pesar de la profundidad de su política, de la experiencia de su vida, miraba con vanidad ligerísima todos los síntomas de la ruina, y se apercibia á completar su autoridad y su grandeza, cuando ya estaba suspenso sobre los abismos y próximo á la muerte. Así es que opuso una completa denegacion á todas las pretensiones de Livila para que apresurase el golpe meditado contra Tiberio.

—Le adormeceremos, —dijo, —le harémos creer que es omnipotente. En esta seguridad, sus

sospechas irán mellándose y sus recelos perdiéndose hasta llegar á una completa confianza y dormirse tranquilo, como en filial regazo, en el seno donde tarde ó temprano encontrará el amargo beleño de la muerte. En tal manera está seguro de su privado, y fuera de sí mismo, que su última carta, larga y verbosa, es una apología de mi genio político y una promesa de segura y próxima apoteósis. Por consiguiente, esperemos á que suelte sus últimos favores y soltarémos nuestra incontrastable ira.

—¡Sejano, Sejano! Cuando yo apercibia el puñal para el combate, era hora; y ya es tarde, irremediablemente tarde.

—Tu tristeza te inspira todos esos negros pensamientos.

—Me los inspira mi experiencia. Sobre todo, cree en los latidos del corazon de una mujer que no se engaña nunca. La inteligencia duerme, pero el corazon vela siempre. Su silencio sería nuestra muerte. Mi corazon me dice que estamos perdidos.

—Nunca estuvimos mejor.

—Ya no eres cónsul.

—Pero de los dos nuevos, el uno es mi hechura.

—Y el otro es tu enemigo.

Miéntras porfiaban así el favorito y su ama-

da, dos militares subian por la cuesta que conduce del Foro al Palatino. En su lento andar, en sus miradas escudriñadoras, en las precauciones que á cada paso tomaban volviendo la cabeza para ver si álguien les seguia, en sus palabras entrecortadas y misteriosas, hubiérase podido muy fácilmente echar de ver que les embargaba el ánimo algun gran cuidado, y que entre manos traian algun gran proyecto. Su direccion evidente era la casa de los Césares, donde sabian que se encontraban de seguro Sejano y Livila, cuyos amores llegaron á un escándalo tal que vivian vida comun casi, á pesar de las murmuraciones de las gentes y de las invectivas continuas que decian hasta en público los autores cómicos y los autores satíricos, empeñados vanamente en criticar los vicios de su tiempo. Los dos personajes, que se dirigian á la casa imperial, mostraban aire de imperio, como quien está de antiguo acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

—Macron,—dijo el que parecia entre ellos superior,—ya nos acercamos.

—Bien descuidado estará.

—¿No has olvidado ningun documento?

—Ninguno.

—¿Has traido todos tus nombramientos?

—Todos.

—¿Has visto á los vigilantes?

—Con esmero.

—¿Continúan siendo enemigos de los pretorianos?

—Más cada dia.

—Y por consecuencia, enemigos del jefe omnipotente del Pretorio.

—¡Calla!

—Nadie nos oye á estas horas.

—Sejano apénas duerme.

—Entre los cuidados del amor y los cuidados del gobierno...

—Ya estamos á la puerta.

—Mucho disimulo.

—Como que somos los emisarios del más grande y del más disimulado entre todos los mortales.

—Llama.

—¡Cómo se va á extrañar!

—Guarda el perro; que la casa de los Césares se halla guardada como la casa del último ciudadano, por un perro.

—Sin embargo, mira cuántos vigilarios hay por todas partes, por esas torres altísimas, desde donde velan los humildes el sueño de los poderosos y guardan los pobres las codiciadas haciendas de los ricos.

—¡Emisarios de Caprea, embajadores del Emperador!—gritaron los dos militares.

Al oir estas palabras, los porteros se alarmaron, los siervos corrieron en todas direcciones medio vestidos, pues acababan de dejar el lecho, y Sejano abandonó el sitio desde donde miraba el aspecto de Roma en compañía de Livila, para salir hasta el patio, y casi casi hasta el atrio.

—¡Macron!

—¡Sejano!

—¿Tú por aquí?

—Ciertamente. Me envia el César.

—Yo habia deseado ir á Caprea y le habia pedido la vénia para llegar á su presencia.

Y Sejano interrogaba con los ojos inquietos el rostro impasible de Macron.

—Es tanto su amor hácia tí, Sejano amigo, que ha querido evitarte un largo é inútil viaje.

—Gracias sean dadas á quien adoro como un Dios,—dijo Sejano respirando con desahogo despues de haber largo tiempo retenido el aliento.

—Pues bien, una nueva prueba de su afecto vas á recibir.

—La munificencia de Tiberio se parece á la luz del sol en que todos los dias amanece para mí.

—Ya sabes cuán grande quiso Augusto que fuera el poder tribunicio áun despues de muerta la República.

—Como que llamó al poder supremo poder tribunicio para conservar ese nombre querido del

pueblo y evitar el nombre de rey, á los romanos tan odioso.

—El que se llame tribuno, tendrá la inviolabilidad misma que tiene el César; revestirá el carácter sagrado que su propia divina majestad reviste; adquirirá derecho á que no se haga cosa alguna en contra suya ni por las curias del Senado, ni por los comicios del pueblo, y podrá distribuir la justicia entre todos aquéllos que la pidan, y la gracia cuando su corazon se lo mande á todos los condenados.

—En verdad, el tribuno es en Roma un dios y á una milla alrededor de Roma.

—Pues bien, Tiberio...

—Díme, ¿cómo no me ha escrito?

—¿Para qué necesitaba escribirte, cuando venía yo en persona y aportaba su palabra?

—Os veo cargados de documentos.

—Sí, son cartas cerradas que envia al Senado.

—¿Y ninguna para mí?

—Temíamos mal tiempo y nos apresuramos á venir. Pero debes tranquilizarte con sólo pensar en la nueva que voy á decirte ántes de partir. Estas cartas que llevo para el Senado contienen tu nombramiento á la dignidad tribunicia. Por él te igualas con Tiberio. Como te habia dicho el César en la última ó en una de las últimas cartas,

anhelaba una ocasion oportuna para demostrarte su aprecio y decirte cuán alto y constante es su favor, y cuán decidido está á acrecentar tu gloria y tu poder.

—¡Oh, Macron!

—Tribuno del pueblo, Macron te saluda.

—Los dioses bendigan la boca por donde ha llegado á mi oido esta noticia, el instante en que la has dado y la he sabido, la mano próvida del Emperador que me la envia; hasta las paredes que testifican su munificencia inagotable y mi indecible alegría.

Macron saludó con grande reverencia á Sejano, y Sejano corrió al cuarto de Livila.

—Abrázame,—dijo,—abrázame. Mi cabeza se desvanece de alegría. Todos mis votos están colmados.

—¿Ha desistido Tiberio de sus denegaciones? ¿Ha dado su permiso para nuestro matrimonio?—preguntó con grande serenidad Livila.

—No ciertamente. Pero me ha revestido con la dignidad tribunicia, y la dignidad tribunicia equivale á la dignidad imperial. Ya estoy asentado en la cima del Capitolio. Ya tengo los resplandores de la majestad imperial. Ya soy inviolable como el César mismo. Cualquiera que me desacate, desacatará en mí á Roma. Cualquiera que me falte, faltará en mi persona á la majestad del

Emperador y del Imperio. Los reos de injurias á Sejano serán reos de lesa majestad. Voy á peinarme con más esmero y á vestirme con más lujo. Que derramen sobre mi cabellera las más preciadas esencias y que me adoben con los más delicados afeites. Me parezco un dios, y me siento llamado á fundar con mi idolatrada Livila una raza de dioses, la cual perpetuamente ocupe el trono de Roma, y por consecuencia la cima del mundo.

Miéntras Sejano goza en sus insensatas alegrías, Macron se dirige á la casa del cónsul Régulo para perfeccionar el plan y concluir la obra de perdicion á tanta costa acabada y con tanto sigilo concebida. Régulo era implacable contra Sejano, y le desgarraba materialmente con sus continuas gracias y sus incesantes epigramas. Por lo mucho que el favorito iba al campo pretoriano; por las bromas que gastaba con los soldados; por las insensateces en que frecuentemente caia ó aparentaba caer; por la vida militar que llevaba; por todas sus aficiones llamábale Régulo el soldado fanfarron, título de una de las comedias más recargadas de Plauto, y que más tiraban y se parecian á la moderna caricatura. Mil veces habia querido el favorito arrancar aquella lengua viperina y patearla; pero mil veces se habia encontrado con el veto invencible del Emperador, que guarecia á muchos íntimos amigos suyos, al mis-

mo tiempo implacables enemigos de Sejano. Sucedíale en esto exactamente lo mismo que le sucediera en el conocidísimo asunto de las fábulas de Fedro; el omnipotente habia tenido que tascar el freno de una voluntad superior á su voluntad. Nombrado cónsul Régulo, debia conocer Sejano que aquel nombramiento significaba una declaracion de guerra. Y no lo conoció, porque el poder suele dar vértigos que quitan materialmente la vista y perturban la conciencia. Y la primer persona industriada en el plan que se iba á realizar, era naturalmente aquel mismo de quien ninguna debilidad podia esperarse, ninguna desercion temerse en la hora suprema de vencer y soterrar á su implacable enemigo. Por tanto, en aquella noche crítica, cuando Macron se deslizaba en Roma casi furtivamente, como el salteador en la casa ajena, y preparaba la conjuracion, Régulo recogia algunos amigos y les daba órdenes encaminadas al perfeccionamiento de ciertas particularidades y detalles al trabajo comun y al comun fin verdaderamente indispensables. Miéntras Macron se dirigia al Palatino para cerciorarse de que el privado estaba desprevenido, Régulo se frotaba las manos y se gozaba en contemplar las amarguras de su infortunado rival, poniendo en ridículo con saña implacable sus actos y sus ambiciones.

—¡Bien va á encontrarse el soldado fanfarron!

Cuando le digan cómo el tribunado le aguarda, responderá con su inoportuna erudicion que en él se confunden, como en los tiempos primitivos, el tribunado de la plebe y el tribunado de la guerra. Bruñidme—exclamará—mi escudo para que brille como brilla el sol en dia sin nubes; afiladme mi espada para poder blandirla en los aires y curarla del ocio que la roe; poned en los arcos de triunfo los nombres de Cluninstaridarchides, y otros igualmente ilustres é igualmente pronunciables; decid que rasgo con mis manos las fauces de los tigres como si fueran de lino, y que rompo con mis puños las rodillas de los elefantes como si fueran de caña; pues yo soy aquél que mató siete mil hombres en una sola jornada.

Los compañeros de Régulo reian á todo reir de las gracias que, inventadas en tiempos de Plauto y para una comedia popular, tanto á las debilidades de Sejano se parecian y aproximaban. Todos estaban contentos del proyecto, y todos temerosos de que pudiera malograrse y perderse con él y en él sus propias cabezas. Pero Régulo continuaba como quien ha roto las compuertas á todo miedo y ha decidido resarcirse en solo un dia de larguísimo y forzoso silencio.

—El fué—decia—quien allá en Capadocia hubiera de un tajo degollado quinientos hombres, si no llega tristemente á embotarse el corte de su

espada; y quien fué confundido por unas griegas con Aquíles, y por otras con Marte.

—Pero ¿no crees, Régulo, que tarda Macron?—preguntaron al cónsul varios de sus amigos.

—Verdaderamente tarda.

—¿Y no temes que Sejano haya descubierto algo?

—No temo nada.

—Pues yo,—dijo uno que hasta entónces habia permanecido silencioso,—yo temo y tiemblo en términos de traer un veneno en mi toga para darme la muerte ántes de que Sejano me robe la vida.

—Macron habrá gastado algun tiempo indispensable para embriagarle y para hacerle perder la pista, á fin de que no husmee la trampa abierta á sus piés, y donde acabarán todas sus zorrerías. Al vanidoso no le convencereis jamás con una ó dos palabras, con uno ó dos dichos; pero le convencereis siempre cargando y recargando de tintas el cuadro de la adulacion, y embriagándolo con el aroma de las orientales esencias que se queman todos los dias en aras de los dioses y que tan pronto se suben á la cabeza de los débiles.

—¡Oh!—dijo uno.—Si Sejano ha olido la conjuracion, aún puede sumirnos en la guerra civil.

—No temas. Se necesita que no descubra el golpe hasta el minuto en que lo sienta. Así que le haya herido en el corazon, se volverán contra él sus mismos aduladores. No hay nada tan servil y tan cobarde como el miedo, y los que Sejano de antiguo ha tristemente amedrentado, están de tiempo inmemorial tambien vencidos. No hay remedio para él. No se salva. Yo os digo que no se salva.

—Pero ¡cuánto tarda Macron!

—No.

—¿Cómo?

—Miradlo. Se aproxima.

—¿Con quién viene?

—Con Laco.

—¿El jefe de las cohortes vigilantes?

—El mismo.

—¡Extraño liberto!

—Fiel á Tiberio y enemigo ardiente de Sejano.

—¿Me respondes de ello?—dijo entrando en casa de Régulo Macron y dirigiéndose á Laco.

—Respondo.

—¿No faltarán?

—Jamás.

—Mira, Laco, que puedes perder á Roma, que puedes perder el Imperio.

—Ya te he dicho que no fies en mis palabras, pero que fies en los hechos.

—Tus reflexiones me tranquilizan.

—Somos siete mil.

—Y á la verdad,—añadió Régulo,—siete mil leones, pues sin ellos no habria paz ninguna en Roma.

—Verdaderamente,—añadió Macron.

—Originarios de tan distintas razas, pertenecientes á tan diversas familias, todos libertos, los vigilantes aman la ciudad como los perros aman á su amo y la casa de su amo.

—Y añade otra cosa,—dijo Laco á Régulo,—aman la ciudad y aborrecen el campo pretoriano; aman al César y aborrecen á su favorito.

—Pues bien, á una señal mia ocupareis los alrededores del templo de Apolo.

—¿Por qué el templo de Apolo?

—Porque allí va á reunirse el Senado.

—Pues entiende que estará rodeado de pretorianos.

—Ahora mismo voy yo á dirigirme á ellos en persona.

—Macron, corres peligro de muerte.

—No me importa.

—Son fidelísimos á Sejano.

—Pero yo soy más fiel todavía á Tiberio.

—Permíteme, Macron, amigo mio,—dijo Régulo,—darte un consejo que importa..

—Habla pronto. El tiempo vuela.

—No te empeñes en que los pretorianos te sigan contra su antiguo jefe del Pretorio.

—¿Qué he de hacer?

—Enviarlos á sus alojamientos y guardarlos allí encerrados.

—Tienes razon.

—Confiar la custodia del Senado á los vigilantes.

—Razon tienes.

—Sustituir los unos por los otros.

—Pero ¿cómo?

—Dejas que el favorito haya penetrado en el templo, y te presentas y le enseñas á su propia escolta tu nombramiento de jefe del Pretorio, encargado de sustituir á Sejano. En ausencia de su señor, la virtud de tu influjo puede alcanzar mayor fuerza y mayor decision. Piénsalo bien; medítalo bien. El paso que vas á dar es el paso más decisivo. La determinacion que vas á tomar es la determinacion más grave. Ó puedes ó no puedes imponerte á los pretorianos. Si puedes, si la autoridad de Tiberio llega hasta ellos y supera á la corrupcion de Sejano, ¡ah! no debes llegar más allá: que las empresas grandes no han de intentarse con fuerzas inciertas. Te basta con los vigilantes. Esos, cuando los azuces, rugirán y caerán sobre su presa con el hambre de las fieras.

—La empresa es dificultosísima.

—Pero digna de tu aliento.

—Yo debo ganar la misma escolta que tenga Sejano.

—La misma.

—Primero enseñaré mi nombramiento. Luégo les hablaré de que sustituyo á su jefe, tan decidido como él á servirlos, pero mucho más decidido á ennoblecerlos. Luégo, miéntras Sejano está dentro del Senado, y por lo mismo no puede ejercer sobre ellos su maléfica influencia, los llevaré al campo pretoriano, y los encerraré en sus muros. Allí estaré yo hasta que todo haya concluido, hasta que hayamos soterrado por completo á nuestro pérfido y astutísimo enemigo. Sin escolta, sin espadas amigas, sin auxilio ni recurso alguno, la suerte está echada, y le será fatal. En cuanto sepan sus mayores amigos que es muerto, volverán las espaldas á sus despojos y se arrojarán á los piés del vivo que haya de reemplazarle en el mando supremo de la tierra y que haya de interpretar la suprema voluntad del César.

Sejano atravesaba la cuesta palatina para dirigirse desde la casa de los Césares al templo de los senadores con pompa y riqueza, cuyo esplendor indicaba bien claramente la última embriaguez de la soberbia y los extremos últimos permitidos en el mundo al poder y á la fortuna. Áurea litera, parecida más bien por sus adornos á

joya preciadísima de remilgada cortesana que á sede augusta de severo tribuno, le conducia con pausa y majestad, como si en vez de ser aquello el paso de afanadísimo repúblico desde su casa al Parlamento, fuera la procesion de idolatrado dios desde un templo á otro templo. La litera despedia tales esencias, que materialmente trastornaba como si fuera el tocador ambulante de perfumada matrona. Su toga pretexta era nueva; su laticlava nueva, como que todos los dias mudaba de traje; y las blancas lunas clavadas en las botinas de terciopelo negro, valian por sus brillantes una provincia, como valian un reino los anillos ceñidos á sus dedos y los brazaletes enroscados á sus puños. Al verlo en tal guisa cualquiera diria que era un histrion de la Suburra y no un senador del Imperio.

Inmensa multitud le rodea. Sus numerosos clientes le saludan con la esportilla que llevan aparejada para recibir la comida del dia; y sus numerosos parásitos con aquellas tazas de cuatro picos donde apuraban el vino peleon de su tiempo. Los gladiadores, los acróbatas, los gimnastas, hacen mil gestos y dan mil saltos á su paso como si estuvieran en medio de los juegos; y los bufones dicen mil dicharachos soeces contra el Senado y los padres conscriptos como si estuvieran en medio del teatro. Los retóricos pobres, los poetas

de callejuela, cubiertos de harapos y pálidos de hambre, se acercan á recitar frases aduladoras y versos laudatorios, para recibir algunas monedas del gran señor y algunos puntapiés de sus esclavos. Los jóvenes patricios, que no han dormido en toda la noche, que van á la cama en aquella hora misma en que sus ascendientes iban á las batallas, se detienen solícitos para arrojar un nombre ilustre y una alcurnia incomparable á los piés del advenedizo elevado por los caprichos de la tiranía y por los juegos de la suerte. Larga procesion le precede; diez ó doce mozos de las orillas del Adriático ó de los desiertos de Siria llevan su litera; espesa nube de aduladores y de cortesanos le circunda; guardias muy bien armados le acompañan, y detienen á parásitos, clientes, retóricos, poetas, mendigos, para que no corten el paso y no interrumpan la procesion; coros de mancebos entonan cánticos en que resalta la palabra patria como allá cuando iba en persona Augusto mismo al Senado; y una legion pretoriana entera, tanto de soldados á caballo como de soldados á pié, cela el cortejo y demuestra á todos cómo allí va guardada la imágen de la incontrastable omnipotencia que regía entónces á la Ciudad Eterna. Oíase, pues, un rumor de voces, de palabras, de refranes que todo él exhalaba estos calificativos: feliz, afortunado, divino,

próvido, incomparable, hechicero, padre de la patria. Nunca habia estado Sejano tan alegre. Sus ojos irradiaban gozo, sus labios vibraban como si estuviera ensayando una arenga, inclinábase á cada paso su cabeza y la mano subia con un movimiento vertiginoso al labio para devolver los saludos, los votos, los requiebros, los vivas, las aclamaciones que acompañaban aquella especie de vencedor, á cuyas plantas veia todo el mundo á Tiberio sometido y esclavo. Si tanta felicidad hubiera dejado espacio alguno á la sospecha, viera Sejano deslizarse entre la multitud, atisbarle con verdadera insidia á Macron, que llevaba su trama con una prudencia y un acierto dignos en verdad de Tiberio mismo. Sejano sólo vió al que iba á ser su verdugo al bajar de la litera, en el atrio mismo del templo donde se congregaba el Senado, y sólo pudo decirle si llevaba su nombramiento de tribuno; demanda á que contestó satisfactoriamente, enseñándole unas cartas cerradas y selladas con todo cuidado y esmero. La alegría del favorito no tuvo límites, y coronándose como un sacerdote, abrió las entrañas de un cordero y las arrojó al fuego; libó en sacro cáliz el vino religioso; miró á los aires para descubrir el vuelo de las aves; y viendo que todos los augurios eran buenos y todos los auspicios prósperos, entró resueltamente en lo interior del Senado.

Magnífico templo este templo de Apolo. Augusto en persona le habia erigido sobre tierras compradas á los ciudadanos, sus vecinos, cerca de la casa donde naciera él y habitara su familia, al par de otro templo de Vesta, igualmente magnífico, dando ocasion á los poetas para decir, con motivo de estas construcciones religiosas, que las dos grandes divinidades se debian contar desde aquel momento entre los domésticos del César. Y como se llaman domésticos ciertos animales y domésticos ciertos criados ó siervos, no sabemos dónde imaginarian que estaban mejor estos dioses, si en el corral ó en la ergástula. Creíase la familia Julia descendiente de Eneas, y Eneas fué adorador de Vénus y Apolo, en términos que un templo á este dios equivalia á un templo consagrado á los abuelos de Augusto. Así, despues de la batalla de Actio, muerto Antonio, enterrada Cleopatra en su sarcófago de pórfido, sometido el Egipto, en aquellos tres dias de fiestas cuya memoria se conserva en los cánticos seculares y en los poemas cortesanos, Augusto, precedido de cautivos nubios, acompañado de sus legiones, seguido de brutos de otros climas, entre los cuales llegaba por vez primera el hipopótamo, puso los fundamentos de un templo, elevado en apariencia á un dios, y en realidad á su casa, á su prosapia, á sus recuerdos y á su gente.

¡Maravilloso templo! Grandiosos pórticos y armoniosísimos intercolumnios lo rodeaban; cincuenta columnas de mármol numídico rematadas por chapiteles de bronce dorado, entre las cuales surgian cincuenta estatuas de las Danaides, ornaban estos pórticos con inusitados esplendores; un Apolo, sacado de las canteras de Páros y esculpido por cinceles griegos, á la entrada misma presidia aquel mudo coro que, si no entonaba cadencias con sus cánticos, las entonaba con sus escultóricas proporciones y sus suaves líneas; cuatro vacas yacian á los piés del dios, con tal verdad, que se dirian recien venidas de las praderas de Délfos y abrevadas en las cristalinas aguas de la fuente Castalia; el edificio era todo entero de mármol y su fronton lucia el áureo carro del sol; las puertas de marfil eran, y en esta preciosa materia veíanse dibujados los hijos de Niobe heridos por invisibles flechas, y los galos cayendo en los abismos desde las alturas del Parnaso; á los extremos de estas maravillosas hojas así realzadas por el buril campeaban trofeos guerreros; en el altar elevábase un simulacro del divino genio de la poesía acompañado, como en el cielo, de Diana y de Latona, obras las tres de tres artistas como Escopas, Thimoteo y el hijo de Praxiteles; ante el hermoso altar, un candelabro robado por Alejandro

á Tébas para ponerlo en Cymo, y robado por Augusto á Cymo para ponerlo en Roma; y además, rica coleccion de inapreciables piedras preciosas, cajas doradas conteniendo los libros sibilinos, y trípodes de plata sobre los cuales ardia el fuego sagrado y se disipaban en espirales de blanquecino humo embriagadoras esencias.

Al entrar en aquel templo tan soberbio para dominar en Senado tan glorioso debia creerse el favorito etrusco mayor aún que el dios mitológico. Poco ántes habia llegado Régulo, precedido de sus doce lictores, para presidir la sesion, que no se abria nunca en regla hasta la entrada de Sejano, representante único de la suprema autoridad, y por ende, en delegacion continua, príncipe del Senado. Unos senadores ocupaban ya sus asientos en aquellos bancos ambulantes, los cuales iban de templo en templo á causa de no tener residencia fija el Senado; otros se formaban en grupos alrededor de los altares y de las estatuas; éstos, para matar el tiempo, entraban y salian en la Biblioteca adjunta con el fin de recoger algun libro; aquéllos pedian los periódicos recien publicados, y todos se enteraban de la salud de Tiberio y de Sejano con la mayor solicitud y las muestras mayores de adhesion y de entusiasmo. Aunque eran ochocientos los senadores de aquel tiempo, no asistian todos por várias razones y excusas;

en realidad, porque acabadas las libertades romanas, destruido el Senado, reducida toda dignidad senatorial á remedar los tiempos antiguos y servir á los nuevos Césares, no les cuadraba á muchos representar un papel importante en tan triste como indigna comedia. Aún el etrusco no llegaba al pórtico cuando ya las aclamaciones de la plebe ensordecian los aires, y aún no atravesaba la puerta de marfil para penetrar en el templo cuando á las aclamaciones de la plebe se unian las aclamaciones del Senado. Su comitiva iba coronada de laureles y le acompañaba cantando hasta el mismo dintel, y los senadores, en cuanto le vieron, bajaron la cabeza con profundísima reverencia, y corrieron á sus respectivos asientos. Efectivamente, cada senador ocupó un sitio en los bancos y puso los piés sobre su taburete; los cónsules salieron al fondo de la gran sala y se arrellanaron en sendas sillas curules á cada lado de Sejano; junto á los cónsules los escribas pusieron toda clase de tablillas en mesas aparejadas al efecto, y se consagraron á escuchar y á escribir; al pié de las sillas curules reuniéronse en varios asientos humildes las magistraturas que no llevaban consigo aneja la dignidad senatorial; y por los lados y por los ángulos del templo multitud de esclavos actuarios se colocaron como encargados de recoger en notas abreviadas todos los

discursos y fijar todas las disposiciones. Sejano paseó su mirada tranquila por aquella antigua asamblea de la libertad, por aquella borrosa imágen de la República. Todas las frentes se habian doblado á su paso y todos los pechos habian despedido gritos de entusiasmo en su loor. Ni un solo gesto amenazante, ni un solo entrecejo fruncido. Régulo mismo, de continuo tan amenazador y tan sombrío, estaba aquella mañana en vena de cumplidos, y saludaba al favorito con mayor efusion que sus amigos, á causa, pensaba el favorito, de haberle notificado la nueva dignidad apercibida, y por consiguiente la completa inania de su guerra y la impotencia completa de su rabia. Nada, pues, le fué más grato en aquel momento que nombrar de memoria uno por uno á los senadores presentes y dirigirles á cada cual su respectiva salutacion afectuosa. Nada más lisonjero á los senadores que recibir estas salutaciones y contestarlas con frases de entusiasmo. Uno de los más venerables entre los padres conscriptos, no sabiendo ya qué hacer, se levantó y dijo:

—Sejano, puesto que tus estatuas ornan el Foro como las estatuas de los dioses; puesto que tus hechos llenan el mundo como los hechos de los Césares; puesto que has llegado á la altura de Tiberio mismo, el cual desde Caprea deposita en

tí la custodia de Roma y del Imperio, permíteme imitar el ejemplo de uno de nuestros más ilustres antecesores, el inmortal Mesala, y como Mesala supo pedirla para Augusto, pedir al Senado para tí la denominacion inmortal de padre de la patria.

Esta demanda, que sobrepujaba en vileza á todo cuanto de vil habia hecho el Senado, no levantó ni una protesta ni un rumor. La resignacion más absoluta reinaba en aquellos hombres decididos á todo ántes que á morir, siquier la vida fuese una deshonra y una amargura continuas. Sejano, viendo esta aprobacion absoluta prestada á su absoluto poder, descendió de la silla curul, dejando la presidencia á Régulo, y fué á estrechar la mano de todos los senadores, y á repetirles con verdadera efusion este cumplido de pura fórmula, pero dicho con sumo afecto y suma gracia:

—Todos mis votos están colmados; todos mis deseos satisfechos. Sólo me resta rogar al dios Apolo que nos escucha, al Júpiter tonante que se eleva en la cima del Capitolio, la conservacion de estos sentimientos durante nuestra vida, que los dioses prosperen y alarguen.

Y tomando cierto aspecto de modestia para precaver ciertas temibles envidias, se confundió con los demas senadores en sus bancos, y desde los bancos aspiró á plenos pulmones el incienso de la adulacion, y oyó cómo le llamaban espejo

de todas las virtudes, dueño de todas las naciones, gloria de Roma y de sus hijos, orgullo de la historia, asunto favorito de la poesía, tema inagotable de la elocuencia, inspirador de los oráculos, jefe nato de los pretorianos, colega eterno de Tiberio, el grande, el inmenso, el omnipotente, el omnisciente, el pio, el sublime, el incomparable, el dios.

Y miéntras sucedia esto en lo interior del templo, pasaba en los alrededores la siguiente escena: Macron, que habia visto ya á Sejano arrellanarse en su silla, se dirigió al jefe de la escolta y le dijo:

—¿Conoces esta firma?

—Ciertamente, es la firma del César.

—Lee el contenido de ese documento.

—¿Es tu designacion para prefecto del Pretorio?

—Justamente.

—Pero ¿y Sejano?

—Sejano pasa á tribuno de la plebe, y Tiberio no quiere que reuna al tribunado la jefatura del Pretorio.

—Que la voluntad de Tiberio sea cumplida.

Macron respiró.

—Que el jefe nuevo del Pretorio obtenga de los pretorianos la adhesion obtenida por el antiguo.

—Así sea.

—Danos tus órdenes.

—Bajemos inmediatamente al campo pretoriano á notificar la nueva y á tomar posesion de mi cargo. Servidme todos de escolta.

—Como desees.

—Andando.

—Tú mandas.

Y se marcharon los pretorianos con Macron á la cabeza hácia el campo pretoriano, miéntras Laco, el jefe de los vigilantes, ocupaba todos los alrededores del Senado y se apercibia á represen tar en esta tragedia la terrible escena que debia concluirla y perfeccionarla completamente, la prision y muerte de Sejano.

En cuanto se fué la guardia pretoriana y se colocó en su lugar la guardia vigilante, una señal oportunamente dada advirtió á Régulo que todo estaba consumado, y Sejano perdido. Mas eran tantos los senadores levantados en sus asientos á presentar mociones ó proposiciones diversas, que no pudo leer las cartas de Tiberio en el momento mismo de recibir la señal convenida para leerlas.

—El monte Celio ha ardido,—decia un senador;—grande anfiteatro de madera elevado sin arte, se ha hundido, pereciendo millares de ciudadanos; ruego al Senado que decrete sacrificios y

holocaustos á los dioses á fin de pedirles treguas en sus justas cóleras y piedad para Roma, al mismo tiempo que la necesaria conservacion de la vida y de la salud de nuestros dos genios protectores, de Tiberio y Sejano.

A este tenor pidieron unos dinero para los templos, otros honores para las legiones, varios reformas en las vías, y especialmente en la sublime Vía Apia, algunos castigos á los prevaricadores, y todos proteccion del cielo para la majestad ausente y para su divino favorito, próximo á ser elevado, en alas del favor imperial, á nuevas dignidades, que iban á ser de su virtud y de su genio merecida apoteósis. No podia darse mayor envilecimiento en la adulacion. Habíanse agotado todas sus fórmulas, y sin embargo, se encontraban nuevas, como si fuera interminable el arte de arrastrarse, y sin fondo el abismo fangoso de la servil miseria.

Concluidos estos asuntos, Régulo abre la carta de Tiberio y la recita al Senado, que la escucha unánime, con excepcion solamente de Sejano, el cual, creyendo saber el contenido, y estando seguro de su proclamacion inmediata al tribunado, paseaba la mente por nuevas ambiciones y nuevas esperanzas.

—Padres conscriptos: Ya sabeis que deliberadamente os dejo la gloria del poder y tomo sus

cuidados. Ya sabeis que todo bien proviene en el mundo de vosotros, y todo mal se atribuye al poder supremo por vosotros delegado en mi persona y en mi familia. Si atendiera al propio goce y no al bienestar de la República, en cuyo regazo todos vivimos, declinara tanta responsabilidad y viviera en el seno de la Naturaleza, á cuyos brazos me vuelven ya mi edad y mis achaques. Pero, decidido á serviros y á evitaros el dolor que traia consigo la necesidad de proveer á este inmenso imperio romano, atiendo ántes á vuestra salud que á la mia, y en aras del vuestro sacrifico gustoso mi propio nombre, como ántes que yo hicieron mis divinos padres César y Augusto. No puedo ménos, si he de corresponder dignamente á vuestros decretos, que elevarme hasta la altura del favor dispensado y merecerlo por mi proceder y por mis actos, ya que tanto decliné un dia vuestra confianza y tanto me he envanecido más tarde con la interior satisfaccion de obtenerla y saborearla. Vosotros no quereis examinar los motivos de mis acciones, ni yo daros una explicacion ofensiva á vuestra fidelidad y perturbadora quizá de vuestro olímpico reposo. Tócame á mí el triste ministerio de mandar y á vosotros la mejor gloria que alcanzarse puede en el mundo, la gloria de una ciega obediencia. No teneis así poder para dañar, y el que me resta á mí, sólo sirve

para serviros. Sabeis que he rechazado honores divinos, los cuales, aceptados sin exámen y por el propio orgullo, me confundirian con aquéllos que los decretan sin discernimiento. Soy mortal, soy hombre; y habré, sin embargo, hecho algo sobrehumano é imperecedero si merezco llamarme vuestro jefe, si obtengo vuestro aplauso como he obtenido vuestro nombramiento. La posteridad dirá mañana si he sido celoso del bien público, reflexivo en mis proyectos, concienzudo en mis obras, firme en mis resoluciones, devoto al pueblo, anheloso de engrandecer, si posible fuese, el nombre de Roma, imitando y siguiendo á nuestros gloriosísimos abuelos. Así no pido templos, que merecidos apénas aumentaran mi gloria, y no merecidos se convertirán todos en mi suplicio, bastándome para albergarme vuestros corazones. Los dioses me concedan el instinto de lo justo, la prevision de los sucesos, la idea de las leyes divinas, vuestro afecto hoy, mañana dulce recuerdo en la memoria de vuestros hijos. Ya sabeis que Sejano *(Momento de atencion)* me acompañó en diez y seis años gloriosísimos. *(Generales aclamaciones.)* Ya sabeis que lo asocié á mi autoridad en el mando más poderoso y más fuerte, en la direccion de las legiones pretorianas destinadas á velar por el reposo de Roma, bajo cuyo amparo providísimo reposa tambien la tierra. *(Vo-*

ces: Cargo merecido, justo, próvido, digno de tu munificencia imperial, digno de Sejano.) Su amistad valia á los hombres mi amistad; su odio mi odio. *(Perfectamente. Muchos senadores se levantan á aclamar á Sejano, á rodearle, á decirle su amigo, su predilecto, su favorito, su providencia entre gritos prolongados de entusiasmo.)* Los primeros entre los senadores han tenido á gloria contarse entre los cortesanos de sus esclavos y de sus libertos; y Satrio y Pompinio han alcanzado tantos honores como Sejano, el cual ha obtenido y gozado tantos honores como yo mismo, como el César: que hasta tal extremo me ha inspirado un justo y merecidísimo afecto. *(Gritos de entusiasmo. El Senado entero se abalanza adonde está Sejano, lo aclama con aclamaciones universales, como si fuera á ahogarlo en este tempestuoso entusiasmo.)* Yo he contado entre mis glorias el llamarlo mi amigo, mi privado, mi colega. Y yo le llamo ahora mismo mi compañero, mi copartícipe, mi cooperador en el supremo dominio. *(Redoble de albricias y redoble de entusiasmo.)* Sus estatuas obtienen los mismos honores que mis estatuas, y sus retratos están juntamente con mis retratos en los cuadros. Yo le he llamado siempre mi Sejano. *(Voces: Y nosotros tambien.)* Pues bien, yo os mando que lo cojais fuertemente, que lo guardeis en la prision Mamertina, que lo re-

duzcais á la suerte merecida por los traidores al Príncipe y á la patria, enviándome inmediatamente una fuerte escolta para volver de Caprea, la cárcel donde esa fiera me tenia encerrado, para volver libre y salvo á mi ciudad, á Roma.

Un estupor indecible cae sobre el Senado. Al ruido de entusiasmo que acogia las palabras del César, sucede un siniestro silencio de muerte. Es aquél uno de esos momentos inesperados en que parece desquiciada la tierra y divertida de su curso la inmensa corriente de los tiempos. Los que ardian minutos ántes en el fuego de un verdadero entusiasmo, se quedan frios como las estatuas de mármol y como las losas del templo. El personaje á cuyo abrigo se acercaban para vivir, proyecta en torno suyo triste sombra de muerte. Así, poco á poco, se van apartando de él, como si temieran contaminarse de su desgracia los que ántes corrian á buscar el contagio de su favor. Inmensa soledad y profundo silencio rodean al que acababa de hallarse rodeado por vociferaciones de destemplada alegría. Régulo, delante de él, con la cabeza alzada, los ojos provocadores, el labio vibrante de rabia, las manos trémulas, muéstrale gozoso la condenacion auténtica, y la pasa de uno á otro senador para que todos puedan cerciorarse y todos de su autenticidad certifiquen. Sejano, que se mecia en las ilusiones des-

prendidas de sus esperanzas, que aguardaba el deseadísimo tribunado inviolable, no habia tenido ninguna prevision como no habia tenido ningun presentimiento, y falto de precauciones completamente, ni invocó á sus amigos para que le rodearan, ni llamó á las guardias pretorianas para que le defendieran. Bien es verdad que sus amigos acababan de entrever el abismo de la muerte y corrian á salvarse como náufragos, miéntras que sus enemigos encubiertos se levantaban en tropel, le herian con dicterios horribles, más bajos, más viles aún que sus antiguas adulaciones. Sejano, inmóvil, rígido, sin comprender apénas cuanto pasaba en torno suyo, se levantó como para salir, como para retroceder, cuando la fria mano de Laco, el jefe de los vigilantes, cayó sobre su brazo y lo retuvo prisionero. Desde el momento en que los senadores se persuadieron de que la desgracia no tenia remedio, de que la fiera no podria erguirse, esperezarse, morder, comenzaron las injurias y las blasfemias, las amenazas horribles, los gritos descompasados, los calificativos soeces. Unos le abofeteaban, otros le escupian. Los que más temblaran en su presencia, más se atrevian al desacato y al insulto en su desgracia. Aquel hombre habia vejado mucho, habia oprimido mucho, y se veia muy vejado y muy opreso en este momento de suprema angustia y de suprema

desgracia. El insensato imaginó que la tiranía era capaz de ofrecer nada fuerte, ni siquiera un pedestal, á sus ambiciones. Así vuelve la vista á todas partes, pero en todas partes encuentra la implacable crueldad que su propio terror habia forjado. El silencio de tanto tiempo estalla en furiosas imprecaciones. El miedo se venga como sólo el miedo sabe vengarse. La ofensa devorada rompe con siniestro rompimiento. Los unos ven los manes de sus inmolados padres todavía insepultos. Los otros sus haciendas caidas en el fisco. Estos recuerdan los insomnios de aquellas noches angustiosas en que sentian el puñal acerado de los esbirros en su pecho. Aquéllos se avergüenzan de su propia servidumbre y desahogan su vileza cometiendo actos viles de venganza. Por todas partes las pasiones más bajas truenan y las injurias más soeces corren. El hambre de emociones que hay en todas las sociedades privadas de esa agitacion saludable que trae consigo el ejercicio de la libertad, se satisface por aquel breve momento con la desgracia irreparable de Sejano.

Los mismos que se habian levantado á pedir el título de padre de la patria, sólo al Emperador concedido, se levantan ahora á pedir el título de traidor á la patria. Los mismos que se lanzaban á decirle retóricas flores, se lanzan á decirle taber-

narias injurias. Éste, que recordaba la paz conseguida bajo su mando, recuerda ahora las muertes perpetradas; aquél, que encarecia el número de beneficios llovidos sobre Roma, encarece ahora el número de esbirros enviados á sembrar la delacion, la deshonra, el asesinato. Los calificativos lisonjeros se cambian por los calificativos vejatorios y groserísimos; las frases dulces que parecian aprendidas en las ergástulas donde yacen los siervos adscritos á los palacios de Oriente, en frases agrias de tribunos y áun de demagogos. Parecia que hubieran aquellos hombres recobrado su derecho, segun la audacia en el decir, porque un amo los liberte caprichosamente de otro amo, inquieto é incómodo, cuando sólo cambiaron los infelices de postura en el potro de su servidumbre. Sejano, que comprende lo irremediable de su suerte, cae en una de esas resignaciones frias á que en la antigüedad arrastraba el sentimiento de necesaria sumision á los decretos irrevocables del destino. Cuando alguno le injuria, recuerda las adulaciones, las cortesías, los loores de otros tiempos, y le mira con el silencio propio de su triste situacion, pero con el desprecio interior que hasta en las almas viles inspira la vileza. Por fin, tumultuariamente, aquel Senado que estaba dispuesto á celebrar con inusitadas fiestas la ascension del simple caballero, del taimado etrusco,

del astuto asesino, á dignidades reservadas hasta entónces en la nueva organizacion social á la familia Julia, es decir, á la familia de César; aquel Senado decide el envío del reo á la prision Mamertina, y de la prision Mamertina á las genmonias, como si dijéramos, el envío al suplicio y á la muerte.

El paso de Sejano desde el templo de los senadores á la antigua prision romana ¡ah! no puede pintarse. Los clientes, que llevaban las espórtulas á su puerta para volverlas cargadas de viandas, recogen el barro con la misma avidez que ántes el plato, y lo lanzan á su rostro con ademanes tan exagerados en el insulto, como exageradas fueron sus genuflexiones en la adoracion de la antigua idolatría; los caldeos, que le profetizaban toda suerte de prosperidades leidas en las estrellas, levantan los brazos á las alturas pidiendo el fuego de la cólera celeste sobre sus huesos; la plebe, tan solícita en acudir á sus puertas los dias del natalicio, en aclamarle á su paso hácia el Senado, en recibirle despues de cualquier visita al campo pretoriano como pudiera recibir á generales vencedores de los númidas ó de los germanos, grita, vocifera, amenaza, injuria, escupe, golpea, hiere, en tales términos, que los vigilantes han menester de todas sus fuerzas y de todas sus armas para impedir un asalto violentísimo y un des-

pedazamiento inmediato; los ediles, que batieron tantas medallas con su busto y alzaron tantas estatuas en su apoteósis y ofrecieron sacrificios en sus aras, llegado el momento de la caida y de la desgracia, como por ensalmo, demuelen los monumentos, destrozan los bustos, rompen en mil pedazos las estatuas, tanto que el privado mismo pudo ver en su paso del poder á la prision los restos de sus simulacros arrastrados por las calles, hundidos en el lodo, arrojados á los hornos de fundicion para ser convertidos en marmitas, en cacerolas y bacías; Roma entera, tan dócil ántes al yugo, Roma, capaz de contarle entre sus divinidades mayores, Roma, que en su sed de servir hubiera osado colocarle entre las constelaciones celestes, se indigna contra su opresor y envia contra él, para inferirle bajos agravios, todos sus hijos, cuando nunca existiera tal tirano si el desmayo de su voluntad no la hubiera aparejado á la opresion y no la hubiera hundido en la servidumbre, convirtiéndola de reina y diosa de las gentes en manceba y prostituta de Sejano.

¡Qué horrible la prision Mamertina! Abierta al pié del Capitolio, á la entrada casi del Foro, en el límite donde termina la Vía Sacra; obra de los primitivos tiempos, de los reyes legendarios, de los etruscos, quizá anteriores á los reyes; resto de aquella Roma primitiva, la cual, como nos ha di-

cho con acierto hábil escritor, sólo ha dejado á la Roma moderna un calabozo y una cloaca; abierta en la roca viva; compuesta de piedras volcánicas sin ningun pulimento y de dimensiones diversas; con una bóveda semicilíndrica, con una ventana tapiada, como si en vez de ser humana habitacion fuera triste sepultura; veinte piés de larga y diez y seis de ancha, cual madriguera de alimañas feroces; comunicándose con lo exterior por un agujero como el de esos antiguos silos ó primitivos graneros subterráneos, y por una cuerda á cuyo extremo iban colgados los reos; teniendo debajo otra prision todavía más oscura, semejante á triste matadero de hombres; allí se suicidó Apio Claudio; allí Manlio Capitolino sufrió la ingratitud de su siglo y de su patria; allí se murió de hambre el númida Jugurtha, vencido por la traicion de su propia gente y no por la pujanza de Mario; allí cayeron inmolados á manos de Ciceron los cómplices de Catilina; allí cada molécula de los pedruscos groseramente apilados que las tinieblas envuelven y ocultan en su negro sudario, destila ó una lágrima amarguísima ó una gota de sangre.

Son los humanos dolores tan vivos y tan profundos, que todavía pudo acercarse el infeliz Sejano, cual si á un refugio se acercara, á la cárcel, donde le aguardaba, como por anticipacion, terrible frio semejante al frio de la muerte. Los in-

sultos habian sido tales y los bofetones tantos, que prefiriera la muerte al paso desde la sagrada casa de Apolo á la triste mansion de los reos. Inútilmente habia tendido aquellas manos suplicantes, aquellas manos acostumbradas á llevar las riendas del Imperio; inútilmente habia tratado de preservarse con su túnica del barro y de la saliva; llegaba á su prision molido de golpes, injuriado, escupido, medio muerto. La losa cayó sobre él, y la soledad siguió al tumulto como si le hubieran enterrado vivo. Pero apénas tocara en la soledad cuando quisiera salir de ella, ascender nuevamente á las alturas, y devorar las recientes injurias y sufrir los rudos y todavía no curados golpes. ¿Por qué? Porque apartado del mundo, recluido en las entrañas de la tierra, acostado sobre el suelo durísimo, las víctimas que en otro tiempo inmolara y perdiera se irguieron á su vista, tomaron el aspecto de pálidos fantasmas, lanzaron de sus ojos vacíos fuegos fosforescentes cual suelen los sepulcros, moviéndole á terrores terribles, como si lo hubieran los dioses entregado á merced de su cólera y de su venganza. Aquí un romano arrastraba ruidosas cadenas y mezclaba el ruido de carcajadas histéricas al siniestro ruido de sus hierros. Allá otro romano mostraba el corazon partido por un puñal agudísimo, y se revolvia al estremecimiento de su dolor, maldiciendo y renegando de quien

así le habia herido. Por esta parte se veian mujeres lívidas retorciéndose de hambre con sus hijuelos al pecho, que, en vez de chupar la dulce leche, afanosos chupaban sangre que escupian entre desgarradores sollozos. Padres delirantes preguntaban por sus hijos; hijos destrozados por sus padres, las esposos por sus esposas, los abuelos por sus nietos, y á todos les contestaba el resuello infinito del abismo insondable donde yacian restos disyectos que ni siquiera podia distinguirse á qué cuerpo estaban pegados y adheridos en aquella trucidacion general producida por la voraz carnicería, venganza de un déspota aborrecible. El infeliz se tendia en el suelo, se tapaba el rostro con las manos, proferia alaridos desgarradores, y demandaba perdon y misericordia. Pero entre los dedos de sus manos y los cerrados párpados se deslizaban aquellos perseguidores fantasmas, especie de aves nocturnas producidas al frio contacto de los terribles remordimientos con su perturbada conciencia. Cuando no podia sufrir ya más, se levantaba y corria como un loco, cual si fuese inmenso el espacio abierto á su carrera, para concluir por chocar, como quien se estrella, en las paredes de su siniestra cárcel. «Apiadaos de mí, apiadaos», gritaba á las sombras; y las sombras se multiplicaban á medida que se multiplicaban sus clamores, y caian sobre él como caen los cuer-

vos sobre los cadáveres en la soledad de un campo de batalla por donde ha pasado la guerra y su humilde sierva, la muerte. Fuera completamente de sí, con los ojos saltándosele de las órbitas, se agarraba á las piedras, y hubiera querido removerlas y desgajarlas para abrirse paso y huir de aquella tremenda persecucion de su propia conciencia.

En esto, la piedra que cerraba la entrada de la siniestra cárcel se remueve, y un resplandor incierto se refleja, resplandor parecido al destello de funeraria antorcha. Sejano levanta los ojos y bendice aquella luz lejana que le ahuyenta por un minuto los cercanos fantasmas. Ruido de voces y estruendo de armas suceden al resplandor. De pronto nada distingue; pero fijando más el oido, advierte una voz dominando todas las demas voces, que le hiela en las venas la sangre. Terror más espantoso aún que el producido por los remordimientos fué el terror producido por aquella voz angustiosa. Y tenia motivo para tanto dolor el etrusco. Habia abandonado su mujer Apicata y sus hijos por unirse con Livila, y con Livila maquinar su ascension al Imperio. Y entre el ruido de las armas, entre los votos y dicharachos de los carceleros, sonaba la voz de esa Apicata abandonada, que pedia con clamores capaces de partir las piedras que la dejaran bajar al calabozo jun-

tamente con sus hijos y morir con su desdichadísimo marido. Tanta ternura en pago de su dureza; tanta abnegacion opuesta en aquel momento supremo á su egoísmo; tanta virtud frente á frente de sus vicios, hirieron á Sejano en mitad del corazon y le mostraron todo el horror de su vida pasada. Hubiera dado en aquel instante su alma por tener alas, por subir al boquete de su cárcel, por lanzarse á los piés de Apicata y proclamarla digna esposa de su corazon, madre dignísima de sus hijos: que solamente reconocemos nuestras faltas y las sentimos cuando ya no nos encontramos en posicion de remediarlas. Miéntras todas estas ideas le asaltaban, ve tenderse en el aire una escala y bajar por ella el verdugo, que trae á sus tres hijos, dos niños y una niña, todos de esa edad que toca por un lado en la infancia y por otro en la adolescencia. Un grito horrible se mezcló al ruido de la losa desplomada, el grito de la triste madre. Una antorcha compuesta de materias resinosas, y que, por lo mismo, despedia mucho humo, iluminaba la prision; los rostros repugnantes de los verdugos; la faz demudada del antiguo privado; las caritas sonrosadas y encantadoras de los niños. El padre se olvidó de todo en aquel momento, y sólo se acordó de los hijos de su alma, abrazándolos y besándolos con verdadera locura.

—Despáchate,—le dijo el verdugo, acercándose al oido.

—¿Cómo que despache? ¿No los traeis para mi consuelo?

—No ciertamente.

—¿Pues para qué los traeis?

—Los traemos para matarlos en la prision que hay al pié de esta prision.

—¡Oh, hijos mios!—exclamó Sejano llevándolos á los tres hácia su pecho con más fuerza.

—Mira, padre,—dijo el más niño, señalando al verdugo,—yo no quiero irme más con ese hombre.

—Te quedarás conmigo, con tu padre.

—Yo hoy no he hecho nada malo, no he quebrado nada. Tengo todos mis juguetes intactos. No deben castigarme.

—¡Oh, padre!—exclamó la niña abrazándose al cuello de Sejano.—Aunque el calabozo está muy frio, aunque la noche es aquí eterna, con tal de no ver á esos hombres que tanto han hecho llorar á nuestra madre, con tal de quedarnos contigo, estamos aquí contentos.

—Pero que no nos miren con esos ojos,—decia el mayor, profundamente irritado.

—Aquí podemos jugar,—clamaba el más pequeño.—¡Vaya si podemos! Como que yo me he traido una pelota. Luégo harémos con cucuruchos

de papel la embajada armenia, de la misma manera que la vimos el dia en que los embajadores vinieron á ver á nuestro padre. Cuando nos cansemos de eso, jugarémos al Senado. Mi hermana sabe discursos de memoria. Luégo recordarémos los dias de tu natalicio...

—Hijo mio, me partes el corazon.

—Pero el niño tiene razon en una cosa,—decia inocentemente la niña.—Nunca habíamos sido tan buenos. Ayer jugamos los tres en paz. No rompimos nada. No faltamos en lo más mínimo á nuestra madre. Dijimos ante el larario nuestras oraciones sin equivocarnos en nada. Jugamos sin molestar á nadie. ¿Por qué nos castigan? ¿Por qué nos separan de nuestra madre? ¿Por qué nos encierran aquí? Tú, padre, que lo puedes todo, tú podrás sacarnos tambien de este sitio. Vámonos, llévanos.

Sejano lloraba como un niño. Su hijo mayor, el único que comprendia la desgracia, callaba como un muerto.

—Yo nada malo hice,—añadia el más pequeño,—nada malo absolutamente. Una vez que me pisó mi hermano mayor le llamé elefante. Pero ya le he pedido perdon. Y llamarle á otro elefante á lo sumo merece un azote.

—Despáchate,—dijeron á un tiempo los dos hombres.

—No puedo, no puedo dejarlos ir.

—Es una órden del Senado.

—Matadlos despues que me hayais matado á mí.

—¡Matarnos, matarnos!—dijeron los tres niños horrorizados.

Y se acogieron éste al cuello, el otro á los piés, todos al regazo de su padre, asiéndose á él tan fuertemente que no habia medio de separarlos. Pero los dos carceleros y el verdugo se lanzaron sobre aquel grupo como las culebras sobre el grupo del Laoconte, y cogiendo á los niños, los arrancaron por fuerza de su padre. Este infeliz los vió hundirse en el calabozo que habia á sus plantas, los oyó forcejear, defenderse, gritar para que no los mataran, gemir en dolorosa agonía, y extinguirse en supremos y desgarradores gritos de dolor. La niña era vírgen, y las vírgenes romanas estaban exentas de la pena de muerte. El verdugo la desfloró delante de sus hermanos y sobre el suelo de aquel calabozo, para que pudiera cumplirse la sentencia inapelable del Senado y observarse á la letra la ley inflexible del Imperio.

Despues de esta atrocidad, matar á Sejano era ser con él compasivo. Los verdugos lo estrangularon. Tres dias estuvo su cuerpo tendido en las genmonias, en las escaleras que bajaban á la pri-

sion. Despues de estos tres dias, destinados á que sufriera en la eternidad todas las penas reservadas á los insepultos, lo arrastraron por el Foro y por el Velabre, lo subieron al puente Sublicio, y lo arrojaron al Tíber. La fiel Apicata, en cuanto supo la muerte de su marido y de sus hijos, se suicidó, no sin escribir ántes al Emperador para llamar su cólera sobre Livila. Y en efecto, Livila fué encerrada en una cárcel, donde murió de hambre.

CAPITULO XIII.

LA MUERTE DEL TIRANO.

Engañado, vendido Tiberio por Sejano, ¿á quién podria ya confiar sus secretos, ni en quién descargar el peso de su Imperio? Su odio al género humano creció á medida que crecian las vilezas de unos, las traiciones de otros, el miedo y la cobardía de todos. Su primer impulso de cólera le llevó á sumirse y revolcarse en el cieno, ya que de cieno estaban hechas las almas que en su juventud creyó desprendidas del éter de los cielos. Pero el placer tiene límites al reves del deseo, y le fatigó el cuerpo, y le entristeció el ánimo, obligándole á moverse en pos de una diversion á sus penas. Cierto dia atravesó el espacio que separa la isla Caprea del cabo Sorrento y se dirigió á Roma, llegando hasta los jardines del Tíber; pero en cuanto la sombra de la capital le dió en los ojos, acostumbrados á la soledad, retrocedió, y

tornóse á su escollo, como el ave carnicera y nocturna que no puede sufrir en la retina el contacto del dia y vuelve á sus tinieblas. Y eso que cuanto más crecia la crueldad en su ánimo, crecia tambien más la servidumbre en sus siervos. Los herederos de aquellos Casios que inmolaran su vida en los altares de la República, prefiriendo el puñal de Caton á la marca de los esclavos; y los descendientes de aquellos Escipiones que ilustraran con sus hazañas los anales de la Gloria y engrandecieran con su propia grandeza la magnitud y la majestad de la diosa Roma, sin temor á las maldiciones de manes tan sublimes, ideaban artes de adulacion como las cortesanas afeites y mejunjes. Así los más oscuros ciudadanos se atrevian á las extravagancias más manifiestas y se despeñaban por las ridiculeces más risibles. Togonio propuso que veinte senadores armados á guisa de pretorianos escoltaran al César; y Galion que los soldados más veteranos fueran al Senado y se asentaran en el banco reservado á los caballeros. Todo el mundo aprobaba estas sandeces; y el único á quien hacian reir era el mismo en cuyo obsequio se inventaban y se difundian. Triste figura la de esos senadores, exclamaba, disfrazados de militares y reducidos á teatrales comparsas, sólo semejante á la más triste todavía de esos militares sacados de sus campamentos y con-

ducidos desde los cuarteles al Senado y desde la tribuna á la cantina para convertirse en falsos caballeros.

Desaparecido Sejano, lo más triste para Tiberio era la obligacion de cargar con la responsabilidad de todos los crímenes atribuida ántes á crueldades del favorito. En su astucia tomaba el papel de mediador, de benigno, de misericordioso, con lo cual ejercia sus perversos instintos y engañaba á la posteridad y á la Historia, excusándose con otros hasta de los propios remordimientos, y con el nombre de otros creyéndose eximido hasta de la eterna infamia. No tiene más explicacion aquel arrastrarse ántes de embestir, y marchar por las sendas tortuosas en vez del camino recto, y acariciar á los mismos á quienes iba á destruir como el gato emplea la aterciopelada piel de sus manos ántes de clavar el filo de sus uñas. Muerto Sejano, perdia el escudo que le resguardaba contra aquello que más temia, contra su propia responsabilidad. Desnuda iba á presentarse su alma ante la Ciudad y ante la Historia. Cierto es que temblaba ante esta situacion, pero no se compadecia de lo que más necesitaba compasion, de su propio nombre, entregado á eternas maldiciones: que la ferocidad predominaba en él sobre todas sus pasiones y todos sus instintos.

La delacion aparecia entónces como el más

poderoso medio de gobierno, y el delator como el instrumento más necesario á la autoridad imperial. Así, las cartas de Tiberio al Senado resultaban perpetuas delaciones. Acusa á Galion por gozar en Lésbos de un destierro superior á Roma, para que los senadores le llamen y le atormenten. Acusa á Paconiano de espiar y delatar, es decir, de aquellos infames oficios que él, con ser Emperador, ejercia. Los senadores lo designaban, ya acusado, á la muerte, cuando se salva por lo más socorrido que habia entónces en la Ciudad, por otra acusacion. Laziaris, que delató á Sabino y le llevó al suplicio, cae y muere en las redes de otra delacion á él inferida. Trion, el amigo, y Régulo, el enemigo de Sejano, cónsules ambos, acallan su antiguo odio, persuadidos de que les aguarda un mismo verdugo, César; y el senador Haterio los azuza y los provoca á esgrimir cada cual sus sendas venganzas. Así los senadores más prostituidos en pleno Senado maquinaban la ruina y la pérdida de los senadores más ilustres. Cestio se ve obligado á delatar á su propio hijo y á sostener la delacion inhumana con su propia palabra. Marco Terencio, argüido de amistad á Sejano, responde que perdonen á su corazon aquel afecto perdonado ya al corazon de Tiberio. Como suele suceder en épocas agitadísimas, palabra tan venturosa le salva de irremediable desventura.

Vestilio tiene que abrirse las venas por una sátira escrita contra Calígula. Cuando ya la vida se le iba, ansioso de conservarla, tapa sus heridas y escribe una carta suplicante, que, con dureza contestada, le obliga á reabrirse de nuevo las venas y espirar con el dolor de aquella doble agonía unido al dolor de aquella innecesaria humillacion. Y no alcanzaban las mujeres, ni por débiles ni por hermosas, perdon y olvido en la universal carnicería. Sus dolores las debilitaban, y con las lágrimas mismas que les arrancaba el tirano, se escribian sus sentencias de muerte. Vizia, anciana de una vejez casi decrépita, no hubiera querido vivir tanto, á fin de que el eterno sueño la librara de ver á su hijo muerto á mano airada en pleno Senado, y lloró llanto de madre. Una fiera se hubiese apiadado de tan natural dolor, hubiera quizá lamido aquellas mejillas escaldadas, pero Tiberio se indignó, y la condenó al mismo suplicio que á su hijo. Todo el mundo comentaba el caso raro de morir Pison, el pretor, en su lecho por aquellos dias; y los analistas lo registraban con extrañeza en sus anales. El amable y epicúreo Geminio murió por amigo de Sejano; y el tribuno Celso se ahorcó en la cárcel Mamertina con la misma cadena que le ceñia y que le ataba. Fabato se iba á los parthos en pos de la seguridad que no podian ofrecerle los romanos, y en el camino

le detuvieron y entregaron á los carceleros, los cuales aún le permitieron vivir, *por olvido más que por clemencia*. Proculo celebraba con familiar gozo un dia que debiera en tales tiempos celebrar con funeraria tristeza, el dia de su nacimiento, cuando infame delator se desliza como una sombra abortada del Averno en su casa, lo coge del cuello, lo arrastra al Senado por reo de lesa majestad, y en el Senado lo inmolan los senadores con la misma indiferencia con que los cocineros inmolan los animales destinados á la comida. Los primeros ciudadanos de la Acaya se matan por fuerza á causa de que sus bisabuelos tuvieron por afecto amistad estrecha con Pompeyo. Galo murió voluntariamente de hambre, y cuando sus amigos pidieron permiso para enterrarlo al César, dolióse de que el suicidio le hubiera privado de una víctima. Así no se contentó con haber asesinado á su pariente Druso, lo calumnió en público cual si le doliera que se escaparan las almas á su voracidad. Plancina, á pesar de haber sido largo tiempo olvidada, se suicidó, segura de que si su recuerdo se despertaba alguna vez en el tirano, la mataria cruelmente. El temor á morir multiplicaba las muertes. Labeon, que gobernara la Mesia con acierto, se abrió las venas con indiferencia. Paxea, su mujer, murió como habia vivido, al lado de su esposo. Hasta los delatores caian,

como dos célebres que fueron abandonados en una isla desierta, privados del agua y del fuego, á ver si se devoraban entre sí como habian devorado á tantos ilustres ciudadanos. El cónsul Trion, amigo de Sejano, se dió por fin muerte, no sin denigrar ántes en su testamento á Tiberio, y Marziano le imitó; más valerosos ó más desesperados estos dos que Tazio, el cual aguardó y aceptó su suplicio. Cosa análoga sucedió entre Paconiano y Trebeliano. Este se suicidó; pero aquél se resignó tranquilo á que sus verdugos lo acabaran en la cárcel. Se sucedian con tal frecuencia estos holocaustos, que el sacrificio de Arrunzio apénas se advirtió, como si la crueldad del César matara á guisa de epidemia diluida en los aires. A pesar de tal estado de los ánimos, aún hubo verdadera extrañeza cuando Agripa oyó tranquilo su acusacion ante el Senado, y concluido el discurso de los acusadores, se tragó un veneno que llevaba oculto en la toga, levantando tal indignacion su atrevimiento que los lictores se dirigieron á su banco, le agarraron con fuerza, le arrastraron á la cárcel, y ya en la cárcel tuvieron el singular ensañamiento de profanar y estrangular á un cadáver, como si la tiranía hubiera hecho de los primeros ciudadanos del mundo una manada de hienas.

A pesar de esto, nada semejante á la inmola-

cion general en dia dado de todos los amigos de Sejano. Hacinados en las cárceles, desposeidos de sus bienes, muertos mil veces en las angustias de la incertidumbre que conserva la vida solamente para conservar el dolor; juntos los patricios con los plebeyos, y los jóvenes con los viejos, y los sanos con los enfermos, y los amigos con los enemigos; privados hasta de la compasion humana y de las lágrimas, pues se castigaban como ofensas personales al Emperador y crímenes de lesa majestad; los verdugos entraron y acometieron á todos en monton cual si segaran un trigo ó destruyeran un ganado. La sangre de éste cae sobre la frente de su vecino; el suspiro postrero de aquél se mezcla con el primer quejido que su herida abre á otro desdichado; búscanse los brazos para caer abrazados y míranse los ojos en aquel naufragio para cerrarse con vislumbres de humana ternura; bajo un monton de cadáveres palpita un infeliz á quien no han rematado de una vez; junto á sus pequeñuelos destrozados arrástrase una madre olvidada que agarra la túnica de los sayones pidiéndoles por caridad la muerte; aquí una blasfemia, allá una agonía, acullá un estertor; por todas partes algo más horroroso que cuantos horrores han podido idear los hombres, hasta que rematados todos, y conducidos sus cadáveres á un campo infecto donde los amontonaron y hacinaron

con respetos sólo comparables á los guardados hácia las reses en el matadero, desaparecen todos, sin que nadie se cure de sus honras fúnebres, en las siniestras aguas del Tíber, cuya corriente llena de muertos parece la plomiza corriente de un rio del infierno.

Así no hay que extrañar la decision de algunos privilegiados, cuya angustia al verse en el mundo era tanta que se daban la muerte, movidos sólo de horror á su generacion y á su tiempo. Estaba un dia Tiberio deseoso de algun esparcimiento á su ánimo concentrado en la ira y en la venganza, cuando le anunciaron la visita del jurisconsulto Nerva, el ciudadano más favorecido de la fortuna, más erudito en derecho civil y religioso, más amado del César y de su corte. Amigo íntimo desde los primeros años de Tiberio, agasajábale éste y le queria como no quiso ni agasajó en ningun tiempo á sus hermanos, á sus padres, á sus propios hijos. Por consiguiente, aquel hombre debia considerarse feliz, bienaventurado, si la felicidad consistiese para el hombre en vivir adscrito á la tierra como esos animalillos inferiores que á una roca se pegan y de su jugo se nutren. Para aquél que ha subido á las alturas de las sociedades humanas, que ha respirado el puro aire de las ideas, que ha visto el horizonte intelectual muy superior al limitadísimo

horizonte sensible, no está la vida solamente en el hogar, en la familia, en los afectos privados, sino que, así como pertenece por su cuerpo á la naturaleza y por su alma á la ciencia, pertenece por su derecho y por su deber á la sociedad en que naciera, y no puede llamarse feliz, por muchas felicidades que le circunden, si ve infeliz y decadente á su patria. En aquellos dias últimos de Tiberio; cuando el esposo creia ver la delacion en su propio lecho y recelaba hasta de la palabra que escapada en sueños pudiera sorprender su esposa; cuando no solamente los hijos á sus padres, sino tambien los padres acusaban á sus hijos por haberse perdido en los hierros de la servidumbre hasta el clamor de la sangre y el imperio de la naturaleza; cuando los senadores aguardaban su vez en el Senado, como pudieran aguardarla los toros en el matadero, con la misma brutal resignacion en sí, la misma indiferencia respecto á los demas; cuando los delatores pululaban por todas partes y proferian acusaciones, las cuales arrastraban á los ciudadanos más pacíficos de la mesa á las genmonias; cuando se vaciaban las cárceles destruyendo á centenares los presos como se pisan las uvas en el lagar, no podian las almas enteras conformarse con tanta degradacion y huian de aquel mundo por la única puerta que les quedaba franca, por la puerta del sepulcro. En seme-

jante disposicion de ánimo se encontraba Nerva cuando fué á ver por última vez al tirano.

—Nerva, amigo mio.

—¿Tu amigo?

—Del corazon, sí, del corazon. Cuando hemos envejecido y pasado por las peligrosas alturas de un trono, inclinándonos ya sobre el sepulcro, estas pasiones tiernas, estos afectos de la juventud, estos recuerdos de una edad más venturosa levántanse como islas de luz en profundo é inmenso océano de tinieblas.

—¡Tu amigo me has llamado!

—Sí. Mi amigo, mi consejero en los graves asuntos religiosos y civiles. Hace pocos dias un farsante fingió tener nuevo libro sibilino de ésos en cuyas páginas hablan misteriosamente nuestros oráculos. Este tiempo se inclina de suerte á la superstición, que los senadores, deslumbrados por la novedad, y sin detenimiento ni exámen, aceptáronlo como legítimo por aclamacion y lo unieron al tesoro de nuestros sagrados libros. Entónces me acordé súbitamente así de tus consejos como de tus advertencias y me puse á reflexionar cuánto dañan las novedades en materia religiosa, y cuánto importa, sean cualesquiera nuestras creencias, conservar sanas y enteras las creencias del pueblo. Y dije á los padres la precipitacion criminal con que habian procedido, y les insté á

revocar el senado-consulto y obedecer un antiguo rescripto de Augusto, el cual, considerando los muchos libros apócrifos introducidos en nuestra liturgia, los recogia todos y ordenaba la inmediata entrega del nuevamente amañado al pretor para que lo guardase y dispusiese que los particulares se deshicieran desde aquel dia, bajo las penas más rigurosas, de cuantos ejemplares tuvieran en su poder; decision sapientísima en la cual obedecí á tu criterio y acepté tus consejos, amigo y hermano mio.

—Tu amigo, tu hermano. Así me llamará la Historia. Y mi nombre, que debia ser honrado y honroso, pasará infame é infamante de siglo en siglo y de generacion en generacion, unido, Tiberio, á tu odioso nombre.

—Nerva, ¿quieres morir?

—Lo quiero. ¿Crees que he venido á otra cosa? No quiero pasar á la Historia en el número de tus amigos, sino en el número de tus víctimas. Si es verdad que me quieres, si en ese corazon seco aún queda algún humano afecto, ruégote que ahora mismo, Tiberio, me envies á tus genmonias y me entregues á tus verdugos. El tormento no me será tan doloroso, aunque descoyunte uno á uno todos mis huesos, como la idea de verme unido en la memoria de los hombres á tu corazon y abrumado con tu amistad y con tu afecto. ¿Quién

sería, se preguntarán unos á otros los venideros, cuando le amó aquel que detestaba á todo el género humano? Tan vil, tan bajo de carácter, tan torpe é inmoral de vida, tan sofista y engañador de ideas, que la fiera le amaba sin duda porque poseia todos sus instintos. Sálvame de esta deshonra; sálvame con la muerte.

—¡La muerte! Me pides un imposible. Yo habia soñado pasar los últimos dias de mi vida contigo, departiendo acerca de la inmortalidad, como Sócrates con sus discípulos á la hora de su muerte. Yo, para fortalecerme en mis últimos momentos, habia pensado compartirlos contigo, y contigo entregarme á la adoracion de lo verdadero y de lo justo, ofreciéndoles en homenaje los últimos dias de mi existencia y las últimas obras de mi Imperio.

—Ya, aunque vivieras tanto como la tierra, aunque duraras tanto como la humanidad, aunque tu conciencia resplandeciera en tu frente como el sol resplandece en los cielos, no podrias rescatarte de la maldicion eterna que ha de caer ¡infeliz! sobre tu historia. Yo, yo puedo rescatarme todavía. Yo no tengo tan cancerosa la sangre que no pueda lavarme una culpa casi irremisible: haber sido amigo tuyo. Puesto que á tantos mataste movido de crueldad, mátame ahora á mí, mátame por compasion y por misericordia.

—Nerva, no me atormentes. Considera cómo penetrarán hasta mi corazon esas palabras. Yo he podido matar á los mios, pero yo no puedo matarte á tí, pues te quiero mucho más que á los mios.

—Mi suerte está echada. Mi destino está cumplido. Ya que rehusas matarme, no rehusarás el verme morir. Mira: he resuelto no tomar alimento alguno, y voy á entregarme á esta muerte honrosa, para la cual me siento con ánimos, á la muerte por hambre.

—Nerva, Nerva, amigo mio, yo te suplico que vivas. Si quieres libertarte de remordimientos, aparecer ante la posteridad con toda tu grandeza, con todo tu orgullo, te entrego mi existencia. Mátame en buen hora. Pasarás á la Historia como un Bruto, como un Casio, entre los defensores de la patria, entre los mártires de la libertad, entre los que se empeñan noblemente en levantar y redimir una época decidida á ser esclava, y en la cual acaso sea yo el mejor de los tiranos. No te mates. Prescinde, hermano mio, del dolor que tu último trance ha de causarme. Piensa la injuria que infieres á mi nombre y el juicio que legas á la posteridad con ése tu estéril sacrificio. El mejor de mis amigos llama la muerte, cuando no tiene ningun motivo para odiar la vida. El mundo entero dirá que huiste de tí por huir de tu

amigo. Ninguno de los que han blasfemado de mi nombre, ninguno de los que han maldecido de mi Imperio, ninguno de los que han conspirado contra mi existencia, me ha hecho el daño que me harias con semejante acto de demencia. Los dioses te lo perdonen, si es que puede haber para tanta ingratitud ni en lo divino perdon. Yo jamás te perdonaré.

—Contempla lo que es hoy nuestra época á la vista, y tiembla al pensar lo que será mañana nuestra época en la Historia. No se levanta ya, como en otros tiempos, Caton á denunciar ante el Senado al infame que, con desprecio de los tratados y en agravio al pueblo romano, inmolara una tribu entera de lusitanos. La palabra tiene otro empleo. Los delatores, pálidos de ira, anhelosos de herencias, movidos por la captacion y por el lucro, se deslizan sombríos en los hogares, oyen la palabra que se escapa de los labios en el fondo de los cubículos, y llevan los nombres más ilustres inscritos en las tablas de delaciones para que los oiga y los devore el único emperador verdadero, el verdugo, recogiendo el único despojo codiciado, las riquezas. La palabra, el dón que los dioses regalaron al hombre para que instruyera á las gentes, lo consagran tus cortesanos, peinadísimos retóricos, obedientes á reglas artificiales, y sin ninguna inspiracion ni estro, á oprimirlas y

embrutecerlas. ¡Ay! La elocuencia, que ántes salvaba á los desgraciados, ahora hace desgraciados á los felices. No puede haber partidos, ni combates en el Foro, ni magistraturas electivas, ni lauros debidos al mérito, ni público aprecio, pues hay delatores á millares que, hambrientos, aullan en torno de tu persona, pidiéndote sangre humana que beber y carne humana con que alimentarse. Has creido libertarte de la infamia echándola entera sobre esos infames, y eximirte de todo vejámen ante Roma, el mundo y la posteridad, poniendo tus actos tras sus acusaciones, y al dictado de cruel unirás el tristísimo dictado de hipócrita. Tu disimulo contribuye á tu descrédito. Yo no soy enemigo tuyo, sino de tus acciones. Yo no castigo en mí la amistad que me has profesado, castigo la amistad que te profeso. Yo no mato, muero por no ver el derecho invocado para cohonestar el crímen, los padres convertidos en sayones de los verdugos, el pueblo degradado hasta confundir la libertad con la venganza, la elocuencia prostituida y pagada como las meretrices, el Foro abandonado á los mercaderes, la delacion puesta en los altares, los tribunales reducidos á tu persona, los magistrados á tus cortesanos, el hogar celado por los espías, las familias divididas y separadas por el miedo, el crímen adorado como un dios, la conciencia sumergida en el ocaso,

extinctas todas las ideas de virtud, acabadas todas las grandezas morales, agonizando los dioses, y Roma tan olvidada de sí misma, que será mañana ludibrio de los hombres la que ayer fué la imágen severa de la razon y la depositaria sagrada de las leyes; tristísimo estado al cual no puede huir el hombre de bien, como á toda desesperacion, sino por la muerte.

—Mátate en buen hora, y no habrás evitado mal ninguno. A lo acerbo de esta enfermedad que mata á Roma habrás unido sin quererlo y sin saberlo un crímen más, y de consiguiente una nueva desgracia.

—Morir; hé ahí, Tiberio, el acto único en que podemos revelar nuestra libertad. Morir; hé ahí la única decision digna de ánimos enteros. Yo pido á los dioses que la muerte sea olvido eterno y eterno sueño, para no ver ni desde las riberas de otro mundo á Roma esclava, para no oir ni en las tinieblas mis acusadores remordimientos. Pero si las Euménides me han de perseguir y me han de enfurecer con sus furias, si me han de azotar eternas serpientes, si me han de circuir dolores eternos, prefiero ese tormento al tormento de habitar en Roma y de sentir sobre la frente derramarse el pus de todos los vicios, en vez del calor de todas las virtudes. Caton, divino Caton, aliéntame desde los Elíseos Campos. Sean las almas

el ganado de un hombre, Roma su jardin ó su predio, el hogar su mancebía, las familias todas sus meretrices. Oscurezca, si quiere, con su sómbra el cielo, y apague con su aliento ponzoñoso hasta el resplandor de las estrellas. Que sus pretorianos sean los carceleros de la humanidad entera. Sobre esta débil diestra que se arranca las entrañas para dárselas á los perros, nada podrá tu poder. No me es dado darle la libertad á Roma, pero me es dado darme la libertad á mí mismo. Adios, Tiberio; voy á ser libre, porque voy á morir. Si hay otro mundo, yo os ruego, dioses, que no nos reunamos allí, que desaparezcamos ántes mil veces como una vaga sombra en los abismos de la nada. Adios. Voy á morir.

Tiberio, al ver aquella decision, se quedó como si le hubieran arrancado el alma. En el profundísimo dolor que le absorbia, ni siquiera osó detener á Nerva, que decididamente iba á darse la muerte y á echar esa infamia más sobre la odiosa memoria de la tiranía y del tirano. Sintió, pues, que le faltaba el aire en las alturas de Caprea, y temeroso de morir, demandó las galeras áureas, los remeros, los coros que le acompañaban en sus excursiones, la guardia personal, para errar por la bahía y distraer su ánimo de las penas que lo atenaceaban. Entre las personas destinadas á acompañarle se encontraba el pupilo

adoptado, el César futuro, el heredero presunto, el hijo de Germánico, el nieto de Druso, el demente Calígula, cuya designacion era una venganza más que de la humanidad tomaba el infame Tiberio.

Cuando apareció á la vista de sus cortesanos, tembloroso como un epiléptico, yerto como un mármol, pálido como la muerte, los ojos hundidos y chispeando en las carnosas órbitas, la cara llena de pústulas que le manaban asquerosas postemas, el pecho fatigado por una respiracion asmática, las mejillas encendidas de fiebre, y las extremidades frias como un sepulcro, todos presintieron que sin remedio se acercaba la hora suprema, la hora de su muerte. El disimulo tenia tanta fuerza en sus inveterados hábitos, que creia subyugar á la misma naturaleza, y fingia hasta la salud, cuando le poseian y dominaban las más terribles enfermedades. Así es que se irguió con toda la soltura posible; saludó con toda la solicitud que le consentian sus dolores; habló en voz alta, sin que el resuello cortado le ahogara la respiracion y le impidiera la palabra. Pero Macron, su nuevo jefe del Pretorio, le miraba con recelo y le seguia con empeño para conocer la hora de su último trance y captar la voluntad de su futuro heredero. Así es que, dirigiéndose al médico Charicles, le excitó á seguirles y acom-

pañarles en la imperial comitiva. No se ocultó á la penetracion del César esta maniobra del soldado, y á fin de desconcertarlo é imbuirle la seguridad de que estaba en el pleno goce de todas sus facultades, enderezó la proa de su nave hácia la tierra de todos los placeres, hácia la voluptuosa Bayas.

No hay cosa alguna tan hermosa en el mundo y tan apropiada al placer. Los mares son azules, como condensacion misteriosa del aire de los cielos, y las olas luminosísimas, como si tuvieran disuelta en sus senos la misma Vía Lactea; ostentan los campos, bajo las selvas de pinos y de hayas, florestas de rosas alternadas con bosques de mirtos; cantan entre el follaje los ruiseñores y las palomas, zumban las abejas, juguetean las mariposas y lucen templos graciosísimos de mármol que parecen irradiaciones de Grecia; junto á las estériles piedras volcánicas brillan los jardines exuberantes de vida; junto á las grietas que humean vapores blanquecinos y despiden llamaradas siniestras sonrien los lagos serenísimos; junto á las ruinas que ha amontonado el último terremoto y que ha cubierto de vestigios sulfurosos la última inundacion de las aguas termales álzanse aras llenas de ofrendas; aquí cordilleras sombrías miéntras allá islas escultóricas; en este lado el césped verde y en el otro la desolacion de las

erupciones señaladas por las lavas lucientes y las cenizas frias; en las costas palacios de ágatas y en los riscos verdaderas fortalezas de granito y de puzolana; por doquier, entre bandadas de gaviotas y coros de delfines, ya en el mar, ya en los lagos, las barcas doradas con sus remos de nácar y de plata, su cordaje de sedas, sus velas de púrpura, sus tripulaciones ceñidas de guirnaldas, sus cojines asiáticos donde las mujeres más bellas del mundo, venidas á vender sus gracias, se tienden, deshojando tantas rosas que cubren la superficie de las aguas, inventando tantas delicias y placeres que llenan los giros del aire con sonatas, canciones, versos, reclamos de amor, y ardientes y voluptuosísimos besos.

Cuando Tiberio llegaba, naturalmente salian todas estas barcas, semejantes á las que arrastraran las aguas del Cydno el dia que visitó Cleopatra por vez primera á Marco Antonio, regalando los oidos al Emperador con poemas cantados y envolviéndolo en espesas nubes de estudiadas lisonjas: que todo, y ante todo el arte, se prostituia y se entregaba al César. El cielo se encolerizó contra nosotros, decian unos cánticos, y los dioses nos mandaron tales azotes, que corrieron los ciervos por el mar y los peces se encontraron muertos en las ramas de los olmos donde ántes anidaban las palomas. Pero tú, ¡oh, César!

intercediste por todos con los dioses, á quienes acompañas tanto en gloria como en poder, y los aires se calmaron, y los mares se durmieron, y al huracan sucedió el céfiro, y á la nube tonante el arco de Iris, que pintó con sus colores dulcísimos los últimos torbellinos del aire irritado y las últimas gotas de la procelosa tormenta. Así que tú pareces, no persigue el milano á las tortolillas, ni el diente de la cabra envenena al oloroso tomillo, ni el macho cabrío se pierde en los bosques, ni el lobo carnicero desciende á los inocentes apriscos. Las ninfas levantan sus blancos cuerpos de los arroyos, y las nereidas sus cabezas de las ondas para saludarte y decirte que si quieres, el mismo Pan tocará el caramillo en los bosques, Apolo mismo la lira en los cielos, y Vénus dejará á Gnido y á Páfos para correr á tu lado y acostarse en tu lecho. Mira, vuelve los ojos en derredor tuyo, y verás este dia contado entre los dias fastos; rosas y lirios flotando sobre las aguas del mar; coros de hermosas jóvenes tañendo cítaras de oro; brazos torneados que se alzan á tí para abrazarte como la yedra al tronco; húmedas miradas que el amor ha henchido de lágrimas y que te piden otra mirada tambien; rostros exaltados por los vapores del vino y los anhelos del placer; bosques henchidos de amorosos misterios y en cuyas hojas amontonadas por el viento

se encuentran lechos propicios al reposo; bacantes agitadas por la embriaguez divina y sonando el címbalo llamativo y la placentera trompeta; faunos decididos á traerte en cadenas de flores las ninfas presas y entregarlas puras y virginales á tus caricias; ánforas llenas de licores que renuevan las fuerzas y prometen la inmortalidad á tus goces; todas las delicias con que puede soñar la fantasía y hervir y enardecerse la sangre.

Estos cánticos tan voluptuosos hirieron tristemente á Tiberio, porque le demostraron la horrible desproporcion habida entre los goces que le ofrecia Bayas y las fuerzas que le quedaban ya en su desmayado y desfallecido cuerpo. Así es que mandó enderezar la ruta hácia el cabo Miseno y descender en la quinta de Lúculo. Su mirada se paseó tristemente por el hermoso espectáculo que presentaba la hermosísima bahía como si pidiera á tanta vida que le evitase la muerte. Pero el fin de la vida se aproximaba á más andar, inspirándole el terror horrible que sólo puede experimentar quien tiene manchada su conciencia con el crímen y su vida con las sombras de una historia como es siempre la negra historia de todos aquellos que han oprimido y deshonrado á los pueblos. Para divertir su melancolía y preparar lo venidero, congregó su corte y le presentó al jóven sucesor, á su hijo adoptivo, á Calígula. Ancha la

frente, pero surcada, á pesar de su juventud, por arrugas torvas; errantes los ojos, con esa expresion verdaderamente incierta que tiene la demencia; duras todas las facciones, por cuyas líneas jamás pasaba el resplandor de las ideas ni la expresion del sentimiento; inclinada la cabeza sobre el pecho como si le pesara la conciencia; grueso y largo el cuello, semejante á la cerviz de un toro; todos estos rasgos de energía viril se hallaban contrastados por los perfumes de sus cabellos, los afeites de sus mejillas, los largos pliegues de su cuidada toga, los innumerables anillos de sus dedos, los brazaletes y pulseras que le daban todas las apariencias y todas las formas y todos los vislumbres de uno de esos déspotas del Oriente que señalan con sus vicios el decaimiento y el término de los Imperios. Tiberio lo alimentó y lo cebó como una culebra que se lanzaria desde los piés de su lecho sobre la garganta del género humano. Esperaba que así como Augusto engrandeciera su memoria con el recuerdo de Tiberio, Calígula engrandeceria la memoria de Tiberio con sus demencias sin límites y sus crueldades sin número. Así, cuando alguna vez veia jugar con Calígula á los otros jóvenes y niños de su familia, en vez de sentir aquella ternura que despierta la inocencia con su candor y con sus juegos, exclamaba tristemente: Os matareis los

unos á los otros. Para decir tal profecía no necesitaba Tiberio leer horóscopos en los astros, sino convertir los ojos á su interior, y escudriñar los insondables abismos de los corazones educados en el seno de los palacios. Pero Tiberio queria ocultar esta siniestra venganza que pensaba tomar del género humano, al cual despreciaba por haberse sometido sin protesta á su autoridad y á su dominio. Así ocultaba bajo las apariencias del patriotismo más puro la eleccion que habia hecho y la trampa que habia apercibido para coger al mundo prisionero en las siniestras voluntariedades de un demente.

—Aunque todavía siento fuerzas en mí para sobrellevar el Imperio, la prevision me impone el deber de iniciarte en el gobierno y direccion de las cosas públicas,—dijo á Calígula.—Ochocientos años de esfuerzos heroicos han levantado esta poderosísima Roma: que no decaiga, ni disminuya, ni descienda en tus manos. Acuérdate de nuestra antigua grandeza. Cien pastores tendidos en verde pradera componian todo el Senado; fuerte loba de las montañas de Alba lactaba á los primeros romanos; aguda lanza quiritaria teñida en la sangre de los combates servia de dios; graciosa colina cubierta de yerba bastaba para contener toda la ciudad; los bueyes rumiaban sobre las cuestas del Palatino, despues de haber abierto

el surco bajo la callosa mano de Evandro; y las pieles de los corderos servian de vestidura á nuestros íntegros magistrados. Procura que aquellos tiempos vuelvan por la sencillez de tus costumbres, por la pureza de tu vida, por la regularidad de tus disposiciones, por la prudencia de tu proceder, por la claridad de tus ideas, por el acierto de tus juicios.

Al oirlo hablar así, cualquiera creeria que el espíritu de la antigua Roma hablaba por su boca y que el genio de la República residia en su cerebro. Calígula, con los ojos en el suelo, inclinada la cabeza sobre el pecho, inmóvil y rígido como las estatuas, no opuso ninguna objecion á las palabras de su tio y su señor. A pesar de que éste conspiró siempre contra su padre, el héroe Germánico, mató y deshonró á su madre, la hija severa del fuerte Agripa, acabó con todos sus hermanos y todos sus allegados, ni una queja salió jamás de aquellos labios sellados por el más religioso respeto. Los que observaran sus disposiciones á servir, ya podrian prever cuáles serian sus facultades para mandar. No hay escuela de tiranía como la ergástula. No hay peor tirano que el esclavo. Terrible será siempre, cuando se ponga erguido, el que por espacio de mucho tiempo se haya arrastrado por el negro fondo de los abismos sociales. Así, uno que observaba la humildad del

futuro César, exclamó: Los hombres no verán mejor siervo, ni peor amo.

En cuanto Tiberio concluyera aquella apología de la Roma primitiva y de sus sencillas costumbres, mandó que le aparejaran un festin á la moderna, con todo el asiático lujo y toda la epicúrea voluptuosidad de su tiempo. Y Macron, que ejercia con las facultades de los prefectos del Pretorio las facultades de los prefectos del Palacio, conspiraba á favor de Calígula, porque representaba lo porvenir é infundia esperanzas, miéntras que el Emperador reinante sólo representaba lo pasado, y sólo podia dar de sí ya la muerte. Este Macron fué el que apresó á Sejano, á quien odiaba mucho, aunque no tanto como odiaba á Tiberio. Y convencido de que en los palacios de los Césares se necesita dominar por el vicio, entregó el infame su propia mujer á Calígula, cuyo imperio deseaba creyéndolo su propio y absoluto imperio. Por eso, al ver tras el discurso de Tiberio la extraña órden del festin, y al notar la respiracion fatigosísima y el asma creciente que le destrozaba el pecho, impelió al médico traido de Bayas para que le tomara el pulso. Grave apuro del discípulo de Esculapio. Si le tomaba el pulso, disgustaba á Tiberio; si no lo tomaba, á Macron. Así, fingió irse á varios asuntos de su profesion, y tomando la mano de Tiberio, como para besarla,

entre sus dos manos, pudo cerciorarse del estado de su pulso. Y como saliera Macron á acompañarle, díjole que el viejo sólo podria vivir á lo sumo dos dias.

Conoció Tiberio con su natural penetracion de qué trataban sus dos amigos, y llamando al médico, le mandó que le acompañara en aquel mismo instante á la mesa. De grado rehusara tal honra el convidado, pero en tiranía como aquélla, ni los honores ni las mercedes podian rehusarse. Habló Tiberio como un sofista, comió como un epicúreo, bebió como un soldado, creyendo engañar á la naturaleza tan fácilmente como engañaba á los hombres. Pero, por grande que fuera el imperio ejercido sobre la propia oscura alma, no podia ejercerlo igual sobre las fatalidades del cuerpo. Redoblóse la tos, fuésele á consecuencia de un vértigo la cabeza, y conociendo que se le escapaba la vida, como si el placer fuera antídoto á la muerte, mandó cantar á los coros y danzar á las bailarinas gaditanas, cual soliera en la más feliz de las antiguas orgías. En este combate consigo mismo, sus apopléticos ronquidos acompañaban las cadencias de los instrumentos músicos y sus epilépticas convulsiones los giros del baile. Terrible espectáculo el de aquella mesa ricamente puesta, aquellas flores exhalando esencias, aquellos coros acompañados de suaves armonías,

el voluptuoso baile al són de las provocadoras castañuelas, los juegos de acróbatas, titiriteros y gimnastas, las farsas y pantomimas de los actores mímicos, para acompañar una agonía, y una agonía en la cual resollaba la humanidad entera pendiente por aquel gobierno despótico de la vida de un solo hombre. Al fin, rindióse al mal, y cayó en síncope cataléptico muy semejante á la muerte.

Apénas lo advierten los convidados, cuando abandonan con menosprecio el cuerpo inerte, y rodean al nuevo César, al jóven y afortunado Calígula. El que viera á éste minutos ántes, y lo observara en aquel momento, de seguro no le conocia. Silencioso y humilde en presencia de su tio como un neófito pitagórico, en cuanto su tio se privó de conocimiento y de habla, irguióse y esperezóse á manera de jóven tigre, paseando una mirada de águila sobre el cortesano concurso. Bien es verdad que todos le seguian, le aclamaban, le saludaban con delirio. Este le decia estrella de la noche, sol del Imperio, delicia de Roma, esperanza del género humano. Aquél se tendia á sus piés y le abrazaba las rodillas. El de más acá le pedia una mirada, y el de más allá le enviaba un beso. Todos mostraban á porfía el envilecimiento sobre que estaba asentado el cesarismo. Pero, entre todos, ninguno cual Macron, creido de que, reinan-

do un jóven tan inexperto como Calígula, reinaria él en su nombre. Así, le cogió la mano, y le presentó á los cortesanos que se prosternaban como los devotos de Oriente á la vista de sus ídolos. Calígula estaba radiante de alegría y de esperanza. Las palabras jubilosas fluian á borbotones de sus labios abiertos para recibir el aliento de la adulacion. A las genuflexiones correspondia con genuflexiones, á los orientales saludos con otros más orientales todavía, al incienso que se le quemaba con la sonrisa de un dios satisfecho. Jamás se oyeron tantos loores á un vivo mezclados con tantas maldiciones á un muerto. El mundo respiraba, decian los mismos que acababan de poner sus labios en los piés de Tiberio, porque á un monstruo canceroso y viejo sucedia un jóven hermoso y divino, poseido de todas las generosas pasiones que inspiran el amor, la felicidad, la juventud y la hermosura. Felices aquéllos que habian podido salvarse de las garras del viejo, y se encontraban ya bajo el suave yugo de su afortunado sucesor.

Y cuando más embriagados se hallaban en la alegría de su nuevo estado, el viejo Tiberio se despierta y se levanta. Parecia un muerto resucitado. Parecian aquéllas sus úlceras los primeros bocados de los gusanos del sepulcro en sus carnes pestilentes. Verdoso como el cadáver corrompido,

queria mirar con sus ojos yertos cuanto pasaba en torno suyo, y asistir al juicio de la posteridad. La penetrante inteligencia que aún quedaba como un rescoldo en las frias cenizas de su vida adivinó cuanto pasaba á su alrededor y apreció todo el frio de la ingratitud cortesana. Roncó su pecho como un volcan que estallara en súbita y no esperada erupcion. Sus quijadas rechinaron como las quijadas del caiman. Su cabeza se levantó con el siniestro movimiento con que se levanta el hocico de la hiena. Una ira tan grande se reconcentró en sus ojos que chispeaban en aquel mar de luz como los ojos del buho en la profunda oscuridad. Calígula, aterrado, exclamó estas palabras: «¡Soy muerto!» Y fué á esconderse entre las cortinas de las ventanas y los manteles de la mesa. Huyeron la mayor parte de los cortesanos, en la seguridad de que, vivo Tiberio, sólo podian aguardar la muerte. Pero el más comprometido de todos y por lo mismo el más amenazado, Macron, se dirigió al viejo, lo agarró con hercúleo esfuerzo, lo tumbó á pesar de su resistencia en el lecho del festin, y cogiendo cuantos paños y manteles y almohadas tenia á mano, se los arrojó sobre la cabeza, hasta lograr, en una lucha digna de dos fieras, quitarle del todo la respiracion y asfixiarlo. Cuando, despues de los últimos estremecimientos y de los últimos ronquidos y estertores, se cer-

cioró de que habia muerto Tiberio, dió un puntapié al cadáver, buscó en su escondite al azorado Calígula y volvió á presentarlo á los cortesanos, que volvieron á postrarse de hinojos. Tales cosas suceden ¡ay! en los pueblos cuando llega la libertad á su ocaso.

ADVERTENCIA FINAL.

Presento esta obra al público y á la crítica, seguro de que su penetracion alcanzará el íntimo sentido. Es una especie de drama histórico en que apénas ha entrado mi inventiva para otra cosa más que para animar la escena y hacer hablar á los personajes. Las necesidades de la accion y la exigencia natural de agrupar los hechos con alguna más prisa de la que consiente la lenta realidad, me han obligado á trastornar un poco la cronología rigurosa de los sucesos. He puesto algunos ántes de que sucedieran y he retrasado otros á fin de conseguir efectos dramáticos que la Historia no puede disputar al arte. Hé ahí todo mi atrevimiento. El fin de esta obra resalta en cada una de sus páginas. Inspirada por el espectáculo grandioso de la bahía de Bayas y de sus ruinas; comenzada en Paris; concluida entre los combates de la tribuna, tiene por objeto mostrar de relieve, como para grabarlas en la mente de los pueblos, las tristes consecuencias que trae consigo el abandono de la libertad. La Historia romana guarda tal influjo sobre nuestras ideas, que nos sirve de enseñanza á veces más que la propia historia. Natural-

mente, en aquella ciudad nació nuestro derecho civil, nuestra sonora lengua, y hasta la magistratura suprema que rige las conciencias y regula de antiguo la vida moral en nuestra patria. Cualquiera de sus páginas vive en nuestra memoria y despierta nuestro interes. Por consiguiente, me ha parecido que evocándola en toda su terrible verdad evocaba el culto al derecho humano y el horror inextinguible al despotismo. Casualmente, si alguna tendencia hay triste en nuestra sociedad, es la tendencia cesarista. Los excesos de la libertad la llaman muchas veces, cuando no la llamara cierta inclinacion de nuestros pueblos á los poderes dictatoriales y arbitrarios. Por eso he creido rendir un servicio á la sociedad presente pintándole con vivos colores todo el horror en que la tiranía sumió á la sociedad antigua. No he aspirado á escribir una bella obra. He aspirado á hacer una buena obra. Si despierto algun alma adormecida y reanimo el amor á la libertad en algun corazon helado por los desengaños, habré satisfecho todas mis ambiciones y cumplido todos mis deseos.

ÍNDICE.



